GERALD DURRELL

ALIANZA EDITORIAL



BICHOS Y DEMÁS PARIENTES

Segunda parte de la célebre trilogía de Corfú —iniciada con *Mi familia y otros animales* y concluida con *El jardín de los dioses*—, *Bichos y demás parientes* prosigue la crónica de la estancia de Gerald Durrell y su familia en la isla mediterránea, así como la narración autobiográfica, sembrada de divertidas anécdotas, de una infancia envidiable, con el campo y el mar como única escuela, y sin más clave de explicación de la alarmante racionalidad de los seres humanos que la que proporciona la contemplación atenta y curiosa de esos «parientes» supuestamente irracionales que son los miembros de la familia animal.

Gerald Durrell

Bichos y demás parientes

Trilogía de Corfú - 2

ePUB v1.0
lamirona 25.03.13

Título original: *Birds, Beasts and Relatives*
Gerald Durrell, 1969.
Traducción: María Luisa Balseiro

Editor original: lamirona (v1.0).
ePub base v2.1

A Teodoro Stefanides,
por lo mucho que me
ha hecho reír y aprender

Conversación

El invierno había sido crudo, y, aun después de que la primavera tomase teóricamente el relevo, los crocos —que parecían tener una fe enternecedora e inquebrantable en las estaciones— tenían que abrirse paso con decisión a través de una cascarita de nieve. El cielo, bajo y gris, amenazaba descargar otra nevada en el momento menos pensado, y alrededor de la casa rugía un viento cortante. Tomadas en conjunto, las condiciones meteorológicas no eran las más idóneas para una reunión familiar, y menos tratándose de mi familia.

Era una pena, pensaba yo, que, para ser aquélla la primera ocasión en que se congregaban en Inglaterra después de la Segunda Guerra Mundial, fueran agasajados con poco menos que un temporal de nieve. La situación no era la más propicia para que dieran lo mejor de sí mismos; estaban más irritables que de costumbre, más picajosos y menos dispuestos a prestar oídos comprensivos a todo punto de vista que no coincidiera con el propio.

Se apiñaban, cual manada de leones malhumorados, en torno a un fuego tan alto y vigoroso que la chimenea corría peligro inmediato de salir ardiendo. Mi hermana Margo acababa de alimentarlo por el sencillo procedimiento de traer a rastras del jardín la osamenta de un arbolito y embutir uno de sus extremos en la chimenea, dejando el resto del tronco atravesado sobre la estera. Mi madre tricotaba, pero por su expresión ligeramente ausente y por su manera de mover los labios de vez en cuando, como si rezara en silencio, se echaba de ver que lo que realmente ocupaba sus pensamientos era el menú del día siguiente. Mi hermano Leslie se ocultaba tras un gran manual de balística, y mi hermano mayor, Lawrence, de pie junto a la ventana y envuelto en un jersey de cuello vuelto como los que usan los pescadores (de varias tallas por encima de la suya), estornudaba con liquidez y regularidad en un hermoso pañuelo rojo.

—Verdaderamente, este país es *horroroso* —dijo volviéndose hacia nosotros con aire combativo, como si todos fuéramos directamente responsables de las condiciones climatológicas reinantes—. Con el primer pie que pones en Dover te cae encima una verdadera andanada de gérmenes catarrales. ¿Os dais cuenta de que es la primera vez que me constipo en doce años? Porque sencillamente tuve el buen sentido de no acercarme a la Isla del Pudding. Toda la gente que he visto hasta ahora está resfriada. La población entera de las Islas Británicas no parece hacer otra cosa, desde que empieza el año hasta que acaba, que arrastrar los pies en corrillos, estornudando voluptuosamente en las narices del de enfrente…, una especie de tiovivo de reinfección. ¿Qué posibilidades de supervivencia le quedan a uno?

—Simplemente porque *te* te has constipado, te pones como si fuera el fin del mundo —dijo Margo—. No entiendo por qué todos los hombres tenéis que ser tan

quejicas.

Larry le dirigió una mirada mustia con sus ojos acuosos.

—Lo que os pasa a vosotros es que os gusta ser mártires. Nadie que no tuviera tendencias masoquistas aguantaría este… este paraíso de los virus. Os habéis estancado; os *encanta* rebozaros en este mar de infección. El que no haya visto otra cosa, pase; pero todos vosotros habéis conocido el sol de Grecia, y deberíais tener mejor gusto.

—Sí, querido —dijo Mamá apaciguadora—, pero es que tú has llegado en mal momento. Este país puede ser muy agradable; en primavera, por ejemplo.

Larry le lanzó una mirada asesina.

—Lamento mucho sacarte brutalmente de tu místico ensueño —dijo—, pero se supone que *esto* es la primavera…, ¡y observa! Haría falta un tronco de perros siberianos para salir a echar una carta.

—¡Total, por un centímetro de nieve! —relinchó Margo—. ¡Anda que no eres exagerado!

—Estoy de acuerdo con Larry —dijo Leslie, apareciendo de repente desde detrás de su libro—. Hace un frío que pela ahí afuera. No dan ganas de hacer nada. Ni siquiera se puede ir a cazar como Dios manda.

—Exactamente —dijo Larry triunfante—. Mientras que en un país normal, como Grecia, estaríamos desayunando al aire libre, y luego nos daríamos un chapuzón en el mar. Aquí me castañetean tanto los dientes que hasta me cuesta trabajo tomar el desayuno.

—Podías no darnos tanto la lata con lo de Grecia —dijo Leslie—. Me recuerdas aquel libro siniestro de Gerry. Siglos tardé en rehacerme.

—¿Tardaste siglos? —dijo Larry cáusticamente—. ¿Y yo? No tienes ni idea del daño que aquella caricatura dickensiana hizo a mi imagen literaria.

—Sí, pero, a juzgar por lo que ponía de mí, se diría que no pensaba en otra cosa que en escopetas y botes —dijo Leslie.

—Es que nunca piensas en otra cosa que en escopetas y botes.

—Yo fui la peor tratada —dijo Margo—. No hacía más que hablar de mi acné.

—A mí me pareció un retrato fiel de todos vosotros —dijo Mamá—. Pero yo aparecía como una *idiota integral*.

—A mí no me importaría verme satirizado en prosa bien escrita —señaló Larry mientras se sonaba con energía—. Pero lo que no se puede aguantar es que te satiricen en mal inglés.

—Ya sólo el título era insultante —dijo Margo—. ¡*Mi familia y otros animales*! Estoy hasta el moño de que me pregunten: «Y tú, ¿cuál eres de los otros animales?»

—Yo el título lo encontré bastante gracioso, querida —dijo Mamá—. Lo que me pareció es que no había aprovechado las mejores historias.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Leslie.

—¿Qué historias? —preguntó Larry receloso.

—Pues, por ejemplo, lo de aquella vez que bordeaste toda la isla en el yate de Max. Fue divertidísimo.

—Es que, si llega a poner esa historia en letra impresa, le demando.

—No veo por qué. Fue muy divertido —dijo Margo.

—¿Y cuando a ti te dio por el espiritismo? Suponte que hubiera contado eso. Te habría hecho *mucha gracia,* ¿no? —inquirió Larry cáusticamente.

—No, ninguna… ¡no habría sido capaz de hacerlo! —dijo Margo con horror.

—Pues ahí está —dijo Larry triunfante—. ¿Y qué me decís del juicio de Leslie?

—No veo razón para que me metas en el asunto —dijo Leslie.

—Tú eres el que ha salido diciendo que no utilizó las mejores anécdotas —señaló Larry.

—Sí, ya no me acordaba yo de esas historias —dijo Mamá risueña—. Yo creo que eran más divertidas que las que escogiste, Gerry.

—Me alegro de que lo pienses —dije yo pensativo.

—¿Por qué? —preguntó Larry, taladrándome con la mirada.

—Porque he decidido escribir otro libro sobre Corfú y usar todas esas historias —expliqué con candor.

El alboroto fue inmediato.

—¡Te lo prohíbo! —rugió Larry, estornudando con violencia—. ¡Te lo prohíbo terminantemente!

—¡Tú no escribes sobre mi espiritismo! —chilló Margo—. Mamá, dile que no puede escribir sobre eso.

—Ni sobre mi juicio —bramó Leslie—. No pienso permitirlo.

—Y como se te ocurra nombrar siquiera los yates… —empezó Larry.

—Larry, hijo, haz el favor de no dar voces —dijo Mamá.

—¡Pues prohíbele escribir una segunda parte! —gritó él.

—No digas tonterías, hijo; *yo* no puedo impedírselo.

—¿Quieres verte otra vez en las mismas situaciones? —preguntó Larry con voz ronca—. ¿Que te escriban del banco pidiéndote que tengas la amabilidad de saldar el descubierto, que los tenderos te miren con desconfianza, que te dejen en la puerta paquetes anónimos llenos de camisas de fuerza, que todos los parientes te retiren el saludo? Mamá, tú eres el *cabeza* de familia…: no dejes que lo escriba.

—Exageras, querido —dijo Mamá—. En cualquier caso, si quiere escribirlo yo no puedo detenerle. No creo que con ello haga ningún daño, y en mi opinión esas historias son las mejores. No veo razón para que no escriba una segunda parte.

Pusiéronse en pie mis hermanos como un solo hombre, y ruidosa y vociferantemente le explicaron por qué no debía hacerlo. Yo esperé a que el tumulto

se apagara, y entonces dije:

—Y aparte de esas historias, hay muchísimas otras.

—¿Cuáles, querido? —quiso saber Mamá.

Mis hermanos, congestionados y furiosos, callaron para clavar en mí sus miradas expectantes.

—Pues me gustaría dar una descripción —dije muy serio— de tu romance con el capitán Creech, Mamá.

—¿Queé? —chilló Mamá—. ¡Ni se te ocurra…! ¡Romance, dice! ¡Con aquel viejo asqueroso! ¡No te permito que escribas sobre *aquello*!

—Pues yo diría que es la mejor historia de todas —dijo Larry untuoso—. La vibrante pasión del idilio, el dulce y arcaico encanto del galán…, tu manera de engolosinar a aquel pobre hombre…

—¡Cállate, Larry! —dijo Mamá enfadada—. Me pones de mal humor cuando hablas así. Me parece que no es buena idea hacer ese libro, Gerry.

—Secundo la moción —dijo Larry—. Si lo publicas te demandaremos en bloque.

Enfrentado a una familia tan firme y unida, enardecida en su resolución de detenerme a cualquier precio, sólo podía hacer una cosa: sentarme a escribir este libro.

Escribir algo de este tipo encierra muchas trampas peligrosas para el autor. Sus lectores nuevos no quieren que se les irrite con continuas alusiones a un libro anterior que no han leído, y los que leyeron el libro anterior no quieren que se les irrite con la repetición constante de cosas que ya conocen. Espero haber logrado mantener un rumbo equidistante entre esas dos posibilidades.

Primera Parte: *Perama*

Crecen aquí árboles magníficos de fresca sombra: peral, granado, manzano de espléndidas pomas, dulces higueras y floridos olivos, que nunca dejan de dar fruto, ni en invierno ni en verano, desnudos, porque el céfiro, soplando de continuo, a unos hace brotar y madura otros. Pera sigue a pera, manzana tras manzana crece, higo tras higo, y a la uva suceden nuevas uvas.

Homero

Capítulo 1. El bautismo

La isla se extiende frente a las costas de Albania y Grecia como una larga cimitarra mordida por la herrumbre. La empuñadura es la región montañosa, pedregosa y yerma en su mayor parte, con imponentes peñascos que frecuentan el roquero solitario y el halcón peregrino. Sin embargo, en los valles de esta región escarpada, donde el agua mana abundantemente de las rocas rojas y doradas, hay bosques de almendros y nogales que dan sombra fresca como un pozo, batallones espesos de cipreses como lanzas, e higueras de plateado tronco y hojas del tamaño de fuentes de mesa. La hoja de la cimitarra la forman ondulados edredones verde-plata de olivos gigantescos, algunos se dice que más de cinco veces centenarios, y cada uno irrepetible en su estampa artrítica y encogida, acribillado el tronco por cien agujeros como una piedra pómez. Ya hacia la punta de la hoja está Lefkimi, con dunas centelleantes que hacen daño a la vista, y extensas marismas ornadas de hectáreas de bambúes que crujen y susurran y bisbisean subrepticiamente. La isla se llama Corfú.

En aquel mes de agosto en que llegamos yacía sofocada y aletargada en medio de un mar hirviente, de color azul pavo real, bajo un cielo desteñido por el fiero sol. Nuestras razones para liar el petate y abandonar el sombrío litoral inglés eran un tanto nebulosas, pero más o menos respondían a un hartazgo de la deprimente vulgaridad de la vida en Inglaterra y del penoso y desagradable clima acompañante. Huimos, pues, a Corfú, con la esperanza de que el sol de Grecia nos curase de la inercia mental y física que tan larga permanencia en Inglaterra nos había metido dentro. Muy poco tiempo después de desembarcar teníamos ya nuestra primera villa y nuestro primer amigo en la isla.

El amigo era Spiro, un hombre barrilesco de andares de pato, con unas manazas poderosas y un ceño permanente en el rostro atezado y coriáceo. Había llegado a un dominio extraño pero suficiente de la lengua inglesa y era propietario de un Dodge antiguo que usaba como taxi. Pronto descubrimos que Spiro, como casi todos los personajes de Corfú, era único. No había nadie, al parecer, a quien Spiro no conociera, ni nada que no fuera capaz de conseguir o solucionar. A toda petición de la familia, por descabellada que fuera, respondía con las mismas palabras: «No se preocupes. Yo me encargos.» Y ya lo creo que se encargaba. La primera demostración fehaciente de su capacidad fue la adquisición de nuestra villa, porque Mamá se había empeñado en que teníamos que tener cuarto de baño, y en Corfú escaseaba tan necesario accesorio de la vida saludable. Pero huelga decir que Spiro sabía de una villa con baño, y en seguida, tras mucho gritar y rugir, gesticular, sudar y anadear de acá para allá con brazados de nuestros bienes y enseres, nos dejó tranquilamente instalados. Desde ese momento dejó de ser un mero taxista contratado para convertirse en nuestro mentor, filósofo y amigo.

La villa que Spiro había encontrado, de forma semejante a la de un ladrillo, era de un color rosa fuerte de fresa machacada, con contraventanas verdes. Agazapada en medio de un catedralicio olivar que descendía por la falda del monte hasta el mar, estaba rodeada de un jardín del tamaño de un pañuelo de bolsillo, con arriates trazados con esa exactitud geométrica tan cara a las gentes de la época victoriana, y todo él protegido por un alto y espeso seto de fucsias que emitía misteriosos susurros pajariles. Viniendo como veníamos de muchos años de tortura en la frialdad gris de Inglaterra, aquel sol y los brillantes colores y olores que hacía brotar produjeron sobre todos nosotros el mismo efecto que un buen trago de vino cabezudo.

A cada miembro de la familia le afectó de manera distinta. Larry vagaba sin rumbo, sumido en una especie de trance, recitando periódicamente largas estrofas de poesía a Mamá, que o no le escuchaba o decía «Es muy bonito, hijo» distraídamente. Ella, alucinada por la diversidad de frutas y verduras que veía a su alcance, pasaba casi todo su tiempo encerrada en la cocina, preparando menús complicados y deliciosos para todas las comidas. Margo, convencida de que el sol obraría sobre su acné el efecto que hasta entonces no habían logrado todas las pastillas y pócimas de la farmacopea mundial, se entregaba con ahínco a los baños de sol en los olivares, y en consecuencia sufrió graves quemaduras. Leslie descubrió con deleite que en Grecia se podían comprar armas letales sin licencia, por lo que continuamente desaparecía camino del pueblo y volvía cargado de un surtido de armas de caza que abarcaba desde antiguos ejemplares turcos de carga por la boca hasta revólveres y escopetas. Su insistencia en practicar con cada nueva adquisición dejaba nuestros nervios un tanto maltrechos; como Larry observó no sin amargura, venía a ser como vivir en una villa sitiada por fuerzas revolucionarias.

El jardín, durante largo tiempo descuidado, era una selva espesa de flores y hierbas desmandadas donde corría, chillaba, susurraba y saltaba un multicolor tiovivo de insectos, y fue, por lo tanto, lo que captó inmediatamente mi atención.

Por lujosos que hubieran sido nuestros diversos jardines de Inglaterra, nunca me habían suministrado semejante diversidad de animales. Me vi presa de una curiosísima sensación de irrealidad. Era algo así como nacer por primera vez. Aquella luz brillante y fina permitía apreciar el verdadero bermellón del élitro de la mariquita, el magnífico chocolate y ámbar de la tijereta y el ágata oscuro y bruñido de las hormigas. Más aún, me regalaba la vista con una cantidad deslumbrante de seres para mí desconocidos: las grandes y peludas abejas carpinteras, como osos de peluche color azul eléctrico, que merodeaban de flor en flor zumbando bajito; las mariposas macaón, amarillo azufre con franjas negras, vestidas de elegante chaqué, que pirueteando arriba y abajo del seto de fucsias bailaban complicados minués en parejas; y las mariposas esfinge, que, suspendidas delante de las flores sobre un revuelo de alas, iban probando cada capullo con sus probóscides largas y delicadas.

Sufría yo de una ignorancia supina en todo lo relativo a aquellos animales, incluso al nivel más elemental, y no tenía libros que me orientasen. Mi único recurso era contemplar sus actividades en el jardín o capturarlos para estudiarlos más detenidamente de primera mano. Muy pronto tuve mi dormitorio atestado de tarros de mermelada y latas de galletas que albergaban las presas encontradas en el jardincito. Había que meterlas en casa de tapadillo, porque la familia, con la posible excepción de Mamá, veía la introducción de aquella fauna en la villa con considerable inquietud.

Cada día radiante traía consigo nuevos enigmas de comportamiento que hacían más patente mi ignorancia. Uno de los animales que más me intrigaban e irritaban era el escarabajo pelotero. Tumbado tripa abajo, con mi perro Roger al lado, que sentado parecía una jadeante montaña de rizos negros, contemplaba cómo dos relucientes escarabajos negros, cada uno con un cuerno de rinoceronte de delicada curvatura en la cabeza, hacían rodar entre los dos, con absoluta dedicación a la tarea, una bola de caca de vaca perfectamente formada. En primer lugar, me habría gustado saber cómo se las arreglaban para hacer una bola tan bien acabada y tan redonda. Mis propios experimentos con barro y plastilina me habían enseñado que era dificilísimo conseguir una bola absolutamente esférica, por más que frotaras y manipularas el material, y sin embargo aquellos escarabajos, sin otro instrumento que sus patas espinosas, desprovistos de compases o cualquier otra ayuda, se las apañaban para hacer aquellas preciosas bolas de caca, redondas como la luna. Luego estaba el segundo problema: ¿para qué hacían la bola y adonde se la llevaban?

Este problema, o parte de él, lo aclaré dedicando toda una mañana a un par de escarabajos peloteros, sin dejarme apartar de la tarea por los otros insectos del jardín, ni por los débiles gemidos y bostezos de aburrimiento que me llegaban de Roger. Despacito, a cuatro patas, les seguí trabajosamente, palmo a palmo por todo el jardín, tan pequeño para mí y para ellos un mundo tan vasto. Por fin llegaron a un monticulillo de tierra blanda que había al pie del seto de fucsias. Mover la bola de caca cuesta arriba era un trabajo colosal, y más de una vez a uno de los insectos le falló el juego de patas y la pelota se soltó y cayó rodando hasta el pie de la pequeña pendiente, con los escarabajos corriendo detrás y —. Al menos eso imaginaba yo— poniéndose verdes mutuamente. Al final, de todos modos, la subieron hasta arriba y empezaron a bajar la pendiente contraria. Entonces reparé en que al pie de esta ladera se abría en la tierra un agujero redondo, como un pozo, y hacia allí se dirigían los escarabajos. Cuando ya sólo les faltaban cuatro o cinco centímetros para llegar a él, uno de los animales se adelantó corriendo, se metió marcha atrás en el agujero y allí se sentó, accionando desordenadamente con las patas delanteras, mientras el otro, con bastantes sudores (casi me parecía oírle jadear), rodaba la bola de caca hasta la boca de la madriguera. Al cabo de bastante rato de empujar y tirar, la bola despareció

lentamente en las entrañas de la tierra, y los escarabajos con ella. Esto me molestó. Al final era evidente que iban a hacer algo con la bola de caca, pero, si lo hacían bajo tierra, ¿cómo demonios iba yo a verlo? Con la esperanza de recibir alguna iluminación, a la hora de comer expuse el problema a la familia. Mi pregunta era ésta: ¿qué hacían los escarabajos peloteros con la caca? Hubo un momento de sorprendido silencio.

—Pues me figuro que les servirá para algo, hijo —dijo Mamá vagamente.

—¿Supongo que no pensarás meternos unos cuantos de contrabando? —dijo Larry—. Me niego a vivir en una casa cuya decoración consista en tener bolas de estiércol por todo el suelo.

—No, no, querido, cómo se le va a ocurrir semejante cosa —dijo Mamá, apacible e insincera.

—Bueno, yo aviso por si acaso —dijo Larry—. Lo cierto es que parece tener recluidos en su cuarto a todos los insectos más peligrosos del jardín.

—Lo querrán para defenderse del frío —apuntó Leslie, que había estado dándole algunas vueltas al asunto de los peloteros—. Es muy caliente el estiércol. Por la fermentación.

—Lo tendré en cuenta —dijo Larry—, por si alguna vez necesitamos calefacción central.

—Será seguramente que se lo comen —sugirió Margo.

—Margo, hija, que estamos en la mesa —dijo Mamá.

Como siempre, la carencia de conocimientos biológicos de mi familia me dejaba igual que estaba.

—Tú lo que tienes que leer —dijo Larry, sirviéndose distraídamente otro plato del mismo estofado del cual acababa de decir a Mamá que no sabía a nada—. Tú lo que tienes que leer es algo de Fabre.

Pregunté qué o quién era Fabre, más por educación que por otra cosa, porque viniendo de Larry la sugerencia, sin duda Fabre resultaría ser algún oscuro poeta medieval.

—Un naturalista —me respondió con la boca llena, agitando hacia mí el tenedor —. Escribía sobre los insectos y demás. Voy a ver si te consigo algún libro.

Abrumado por tan inesperada magnanimidad por parte de mi hermano mayor, me hice el firme propósito de tener mucho cuidado durante los dos o tres días siguientes para no hacer nada que pudiera despertar sus iras; pero pasaron los días sin que apareciera ningún libro, y al fin olvidé el asunto y me dediqué a los otros insectos del jardín.

Pero las palabras «por qué» me perseguían y me frustraban a cada paso. ¿Por qué las abejas carpinteras recortaban redondelitos de las hojas de los rosales y se los llevaban volando? ¿Por qué las hormigas sostenían, al parecer, idilios apasionados

con los pulgones que en cerrado batallón infestaban muchas de las plantas del jardín? ¿Qué eran aquellas extrañas cáscaras o cadáveres de insecto, de color ámbar transparente, que encontraba pegadas a los tallos de hierba y a los olivos? Eran la envoltura vacía, frágil como la ceniza, de algún animal de cuerpo bulboso, ojos bulbosos y un par de gruesas patas delanteras, bien armadas de púas. ¿Por qué todas aquellas cáscaras tenían una hendidura a lo largo de la línea dorsal? ¿Habían sido atacados aquellos animales por otro que les había succionado sus partes vitales? En tal caso, ¿quién era el atacante y quién el atacado? Yo era un hervidero de preguntas a las que mi familia no sabía responder.

Pocos días después, estaba yo una mañana en la cocina cuando llegó Spiro. Le estaba enseñando a Mamá mi última adquisición, un largo y fino ciempiés de color caramelo, e intentaba convencerla, a pesar de su escepticismo, de que por la noche emitía una luz blanca. Entró Spiro en la cocina con sus andares de pato, sudando profusamente y, como siempre, con expresión truculenta y preocupada.

—Le traigós el correo, señoras Durrells —dijo dirigiéndose a Mamá, y luego se volvió hacia mí—. Buenos días, señorito Gerrys.

Pensando, en mi inocencia, que Spiro compartiría mi entusiasmo por mi último protegido, le metí el tarro de mermelada debajo de la nariz y le insté vivamente a que se deleitara en su contemplación. El echó un vistazo rápido al ciempiés, que en aquel momento daba vueltas y vueltas por el fondo del tarro como un tren de juguete, dejó caer al suelo el correo y se retiró apresuradamente al otro lado de la mesa de la cocina.

—¡Carambas, señorito Gerrys! —exclamó—. ¿Qué hace usted con *esos*.

Desconcertado por aquella reacción, expliqué que no era más que un ciempiés.

—Esos canallas son venenosos, señoras Durrells —dijo muy serio—. En serios, señorito Gerrys, no *debes* usted tener esos bichos.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Mamá vagamente—. ¡Pero es que le interesan tanto todas esas cosas! Llévatelo, hijo, donde no lo vea Spiro.

—Me estampa —oí decir a Spiro mientras salía de la cocina con mi precioso tarro —. Ses lo aseguras, señoras Durrells, me estampa ver lo que *encuentra* ese chicos.

Pude meter el ciempiés en mi cuarto sin tropezarme con ningún otro miembro de la familia, y le di acomodo en un platito elegantemente decorado con musgo y pedacitos de corteza de árbol. Estaba resuelto a que mi familia reconociera que yo había encontrado un ciempiés que lucía en la oscuridad. Pensaba organizar un espectáculo pirotécnico especial aquella misma noche, después de cenar. Pero se me fue totalmente de la cabeza toda idea del ciempiés y de su fosforescencia, porque con el correo llegó un grueso paquete pardo que Larry, tras una rápida ojeada, me lanzó mientras estábamos almorzando.

—Fabre —dijo lacónicamente.

Olvidándome de la comida, desgarré el paquete, y dentro encontré un libro verde y rechoncho titulado *El escarabajo sagrado y otros*, por Jean Henri Fabre. Abrirlo y quedarme embelesado fue todo uno, porque el frontispicio era una estampa de dos escarabajos peloteros, de tan familiar aspecto que bien podrían haber sido primos hermanos de los míos. Empujaban una hermosa bola de caca entre los dos. Arrobado, saboreando cada instante, pasé las páginas despacio. El texto era maravilloso. No era un tomazo erudito ni abstruso; estaba escrito de una manera tan sencilla y clara que hasta yo podía entenderlo.

—Deja el libro para luego, querido. Tómate la comida antes de que se te enfríe —dijo Mamá.

De mala gana me guardé el libro en el regazo, y ataqué la comida con diligencia y ferocidad tales que el empacho agudo resultante me duró toda la tarde; pero no pudo empañar el gozo de zambullirme en Fabre por primera vez. Mientras la familia dormía la siesta, yo me tumbé en el jardín a la sombra de los mandarinos y página tras página me devoré el libro, de suerte que cuando llegó la hora del té ya lo había terminado. Me dio pena acabarlo, pero mi gozo era indescriptible. Ya estaba armado de conocimientos. Me parecía saber cuanto había que saber sobre los escarabajos peloteros. Ya no eran sólo unos animales misteriosos que se arrastraban trabajosamente por los olivares; eran amigos íntimos.

Hubo por entonces otra cosa que ensanchó y alentó mi interés por la historia natural —aunque no puedo decir que entonces lo entendiera así—. La adquisición de George, mi primer preceptor. Amigo de Larry, George era alto y desgalichado; lucía barba castaña y gafas, y poseía un cachazudo y sardónico sentido del humor. Es probable que jamás un preceptor haya tenido que lidiar con un educando tan recalcitrante. Yo no veía absolutamente ninguna razón para aprender nada que no tuviera que ver con la historia natural, de modo que nuestras primeras clases estuvieron erizadas de dificultades. Pero George descubrió que algo podía conseguir estableciendo relaciones entre la zoología y materias tales como la historia, la geografía o las matemáticas, y por ese sistema progresamos bastante. De todos modos, para mí lo mejor era que una mañana a la semana se dedicaba exclusivamente a las ciencias naturales, y entonces George y yo examinábamos gravemente mis ejemplares recién adquiridos y tratábamos de identificarlos y desentrañar su biografía. Llevábamos un diario pormenorizado que incluía gran número de dibujos vistosos aunque de tembloroso trazo, supuestos retratos de los animales en cuestión, que yo hacía con gran variedad de tintas de colores y acuarelas.

Ahora, al cabo del tiempo, tengo la sospecha de que George disfrutaba tanto como yo con las mañanas dedicadas a la historia natural. Era, por ejemplo, el único día de la semana en que yo iba a buscarle. Íbamos Roger y yo a paso lento por los olivares, y, ya a medio camino de la villa diminuta que ocupaba George, nos

escondíamos en un macizo de arrayán y esperábamos su llegada. Al cabo aparecía, sin otra indumentaria que unas sandalias, unos pantalones cortos deslucidos y un sombrero de paja gigantesco y desflecado, con un montón de libros bajo el brazo y cimbreando un largo y esbelto bastón. Lamento decir que el motivo de que saliéramos al encuentro de George era puramente interesado: sentados entre el oloroso arrayán, Roger y yo hacíamos apuestas sobre si aquella mañana George se batiría o no con un olivo.

George era floretista experto y poseía cantidad de copas y medallas que daban fe de ello, por lo cual le asaltaba frecuentemente el deseo de batirse con alguien. Iba dando zancadas por el sendero, con un brillo en las gafas y un cimbreo en el bastón, cuando, de pronto, un olivo se convertía en un ser perverso y malévolo a quien había que dar una lección. Dejando libros y sombrero al borde del camino, George avanzaba cauteloso hacia el árbol en cuestión, con el bastón, transformado ahora en espada, dispuesto en la diestra mano, y el brazo izquierdo echado atrás con donaire. Despacio, tensas las piernas, como se acerca un terrier a un mastín, rodeaba el árbol, atento con ojos entornados a su primer movimiento hostil. De improviso se abalanzaba, y la punta del bastón desaparecía en uno de los agujeros del tronco del olivo; y George, con un «¡Ja!» de satisfacción, retrocedía al instante, poniéndose a cubierto antes de que el árbol pudiera contraatacar. Según mis observaciones, meter la espada en uno de los agujeros más pequeños no suponía herida mortal, sino sólo un ligero rasguño, cuyo efecto debía de ser el de desencadenar la furia desatada del antagonista, porque al instante siguiente George estaba empeñado en una lucha sin cuartel, bailoteando con ágiles pies alrededor del olivo, acometiendo y parando, apartándose con un salto y un mandoble de arriba abajo, desviando el golpe envenenado que le había lanzado el árbol, pero tan rápidamente que yo no había llegado a verlo. Había olivos que despachaba en seguida con una estocada mortífera en uno de los huecos grandes, en el que la espada desaparecía casi hasta la empuñadura; pero en varias ocasiones se topó con alguno que casi podía con él, y durante cosa de un cuarto de hora teníamos un combate a vida o muerte, en el que George, con expresión implacable, echaba mano de hasta la última de sus arteras *añagazas* para romper las defensas del árbol gigante y matarlo. Una vez bien muerto su antagonista, George limpiaba de sangre el acero con cara de asco, poníase el sombrero, recogía los libros y reanudaba la marcha, canturreando en voz baja. Yo siempre dejaba que se alejara bastante trecho antes de reunirme con él, por temor a que supiese que había presenciado la batalla imaginaria y le diera vergüenza.

Fue por aquella época cuando George me presentó a una persona que inmediatamente iba a ser la más importante de mi vida: el doctor Teodoro Stefanides. Para mí, Teodoro era una de las personas más extraordinarias que había conocido (y treinta y tres años después sigo sosteniendo la misma opinión). Con su cabello y

barba de color rubio ceniciento y sus hermosos rasgos aquilinos, Teodoro semejaba un dios griego, y desde luego parecía igualmente omnisciente. Aparte de estar titulado en medicina, era también biólogo (con especial dedicación a la biología dulceacuícola), poeta, escritor, traductor, astrónomo e historiador, y entre tan variadas actividades aún hallaba tiempo para colaborar en la gestión de un laboratorio de rayos X, el único de su clase que había en la ciudad de Corfú. Le conocí con ocasión de un asunto de mígalas, arañas que yo acababa de descubrir, y tan fascinante era la información que entonces me dio sobre ellas, y tan tímida y modestamente me la dio, que quedé cautivado por la información y por el propio Teodoro, el cual me había tratado exactamente igual que si yo fuera una persona mayor.

De aquel primer encuentro salí convencido de que seguramente no nos volveríamos a ver, porque no era posible que un hombre tan omnisciente y famoso como él tuviera tiempo que perder con un mocoso de diez años. Pero al día siguiente me llegó un regalo de su parte, un pequeño microscopio de bolsillo, con una nota en la que me invitaba a tomar el té con él en su piso del pueblo. Allí le asedié a preguntas, recorrí sin aliento la enorme biblioteca de su estudio, y a través de los relucientes tubos de los microscopios me pasé horas y horas contemplando las extrañas y hermosas formas de fauna de charca que Teodoro, como un mago, parecía capaz de sacar por arte de birlibirloque de cualquier poza de agua sucia. Después de esa primera visita, le pregunté cautelosamente a Mamá si podría decirle que fuera a tomar el té con nosotros.

—No tengo inconveniente, hijo —dijo Mamá—. Pero espero que hable inglés.

La pugna de mi madre con la lengua griega era batalla perdida. Justamente el día anterior se había pasado una mañana agotadora preparando una sopa deliciosísima para el almuerzo, y, concluida la sopa a su entera satisfacción, la puso en la sopera y se la dio a la muchacha. Al mirarla ésta con gesto interrogante, Mamá echó mano de una de las pocas palabras de griego que había conseguido grabar en su memoria: *«Exo»*, dijo, moviendo los brazos con firmeza; *«exo»*. Siguió con sus guisos, y cuando volvió la cabeza fue en el momento justo para ver cómo la muchacha vertía las últimas gotas de sopa por el sumidero de la pila. No sin razón, aquel incidente le había hecho concebir serias dudas sobre su talento para los idiomas.

Respondí indignado que Teodoro hablaba un inglés excelente; si acaso, mejor que el que hablábamos nosotros. Tranquilizada, Mamá sugirió que le escribiera una notita invitándole para el jueves siguiente. Dos horas de agonía pasé vagueando por el jardín en espera de su llegada, asomándome cada pocos minutos por encima del seto de fucsias, presa de las más terribles emociones. Pudiera ser que no le hubiera llegado la nota. Pudiera ser que se la hubiera echado al bolsillo y la hubiera olvidado, y en aquel instante pasease su erudición por la punta más meridional de la isla. Pudiera ser que le hubieran llegado noticias acerca de mi familia y sencillamente no quisiera

venir. Si fuera ésa la razón, decidí, no les perdonaría fácilmente. Pero por fin le vi llegar dando zancadas entre los olivos, enfundado en su pulcro traje de *tweed*, con el sombrero hongo bien calado, cimbreando el bastón y canturreando. Traía al hombro su bolsa de recolección, que era parte tan inseparable de su persona como sus brazos y sus piernas, porque rara vez se le veía sin ella.

Para mi satisfacción, el éxito de Teodoro entre la familia fue inmediato y clamoroso. Con fina modestia sabía hablar de mitología, poesía griega e historia veneciana con Larry, de balística y las mejores zonas de caza de la isla con Leslie, de buenas dietas adelgazantes y remedios para el acné con Margaret, y de recetas campesinas e historias de detectives con Mamá. La familia se comportó más o menos como yo me había comportado cuando fui a tomar el té con él: parecía una mina de información tan inagotable que la conversación fue un continuo bombardeo de preguntas, y Teodoro, sin esfuerzo, como una enciclopedia andante, daba respuesta a todas, salpicándolas, a mayor abundamiento, de juegos de palabras increíblemente malos y divertidas anécdotas sobre la isla y los isleños.

En cierto momento, y para indignación mía, Larry afirmó que Teodoro debía dejar de alentar mi interés por la historia natural, habida cuenta de que, según señaló, la villa era pequeña y estaba ya hasta los topes de todo tipo de bichos y sabandijas repugnantes que caían en mis manos.

—A mí no es eso lo que me preocupa —dijo Mamá—, es lo sucio que se pone. Créame, Teodoro, cada vez que vuelve de pasear con Roger tiene que cambiarse de arriba abajo. Yo no sé qué hace con la ropa.

Teodoro emitió un gruñidito de regocijo.

—Recuerdo una vez —empezó, echándose a la boca un trozo de bizcocho y mascándolo metódicamente, con la barba en punta y un brillo de satisfacción en la mirada— que iba yo a tomar el té con unos…, hum…, unos *amigos* de aquí de Perama. En aquella época andaba yo metido en el ejército, y estaba bastante orgulloso de mi reciente ascenso a capitán. Conque…, eh…, ya saben…, eh…, para lucirme me puse el uniforme, del cual formaban parte unas botas y unas espuelas muy relucientes. Pasé a Perama en el ferry, y según iba andando por ese pequeño trecho pantanoso que hay vi una planta que era nueva para mí. Conque me acerqué a cogerla. Y pisando lo que a mí me parecía…, ya saben…, terreno firme, de pronto me encontré con que me había hundido hasta el pecho en un lodo muy maloliente. Afortunadamente había un arbolito allí al lado, y…, eh…, conseguí agarrarme a él y *salir*. Pero hete aquí que estaba cubierto de lodo negro y pestilente de la cintura para abajo. El mar estaba…, eh…, estaba muy cerquita, conque… eh… pensando que sería mejor ir empapado de agua de mar limpia que rebozado en lodo, me metí y empecé a pasearme por el agua. Justo en ese momento pasaba un autobús por la carretera de arriba, y en cuanto que me vieron con la gorra y de uniforme, caminando

por el mar, el conductor paró inmediatamente para que todos los viajeros pudieran…, eh…, contemplar mejor el espectáculo. Todos parecieron quedarse bastante estupefactos, pero aún fue mayor su asombro cuando salí del agua y vieron que hasta llevaba botas y espuelas.

Solemnemente, Teodoro esperó a que las carcajadas se apagaran.

—Yo creo —añadió, con expresión meditativa y entera seriedad—. Yo creo que decididamente debilité su fe en la cordura del ejército.

Teodoro le cayó estupendamente a la familia, y desde entonces siempre fue a pasar por lo menos un día a la semana con nosotros, y a ser posible más, si conseguíamos apartarle de sus numerosas actividades.

Por entonces habíamos hecho ya incontables amistades entre las familias campesinas de la zona, gentes de tan vehemente hospitalidad que hasta el más breve paseo se prolongaba indefinidamente, porque en cada casita había que sentarse a beber un vaso de vino o comer fruta con los dueños y estarse allí las horas muertas. De manera indirecta aquello nos venía muy bien, porque cada uno de aquellos encuentros robustecía nuestro más bien precario dominio de la lengua griega, con lo que no tardamos en comprobar que habíamos avanzado lo bastante para sostener conversaciones muy complicadas con nuestros amigos campesinos.

Hasta que un día llegó el espaldarazo, el gesto que demostraba que habíamos sido aceptados por la comunidad en general: nos invitaron a una boda. Se casaba Katerina, la hermana de nuestra muchacha, María. Katerina era una moza voluptuosa, de ancha y deslumbrante sonrisa y ojos castaños, grandes y tiernos como flores de pensamiento. Alegre, provocativa y melodiosa como un ruiseñor, llevaba la mayor parte de sus veinte años partiendo corazones por la comarca; y al fin se había decidido por Stefanos, un apuesto mocetón en quien la mera visión de Katerina producía frenillo, tartamudez y amorosos sonrojos.

Pronto habíamos de descubrir que en Corfú la invitación a una boda era cosa muy seria. La primera celebración era la ceremonia de petición de mano: todos acudían a la casa de la novia con sus regalos, y ella les daba las gracias muy finamente y les hartaba de vino. Ya con la concurrencia convenientemente animada, los futuros esposos abrían la marcha hacia su futura casa, precedidos por la banda del pueblo (dos violines, una flauta y una guitarra) tocando alegres músicas, y seguidos por los invitados, cada uno de los cuales cargaba con su regalo. Los regalos de Katerina formaban un conjunto bastante variado. El más importante era una cama de matrimonio gigantesca, de latón, que abría el cortejo, acarreada por cuatro amigos de Stefanos. Detrás iba una hilera de invitados con sábanas, fundas de almohada, almohadones, una silla de madera, sartenes, garrafas de aceite y otros presentes por el estilo. Instalados los regalos en la nueva casita, brindamos todos a la salud de la pareja, calentándoles de ese modo su futuro hogar. Luego nos retiramos cada cual a

su casa, ligeramente achispados, y esperamos el siguiente acto de la obra, que sería la boda en sí.

No sin cierta vacilación habíamos preguntado si podría asistir Teodoro con nosotros, idea que entusiasmó a la novia y a sus padres, pues, según nos explicaron con simpática franqueza, muy pocas bodas de la comarca podían presumir de tener entre los invitados a toda una familia inglesa *y* un médico de verdad.

Llegó el gran día. Ataviados con nuestras mejores galas, recogimos a Teodoro en el pueblo y bajamos hacia la casa de los padres de Katerina, que se alzaba entre olivos, asomada al mar radiante. Era allí donde tendría lugar la ceremonia. Al llegar nos encontramos en un hervidero de actividad. Los parientes habían acudido en burro desde aldeas situadas hasta a quince kilómetros de distancia. La casa aparecía enteramente rodeada de hombres vetustos y ancianas decrépitas, que sentados en corrillos tragaban vino en cantidad, entregados a un chismorreo tan incesante y animado como el que suelen traerse las urracas. Para ellos era un día grande, no sólo por la boda, sino porque, separados normalmente por distancias de hasta quince kilómetros, aquélla era probablemente su primera ocasión en veinte años de intercambiar noticias y chismes. La banda del pueblo desplegaba toda su potencia: gemían los violines, retumbaba la guitarra y la flauta lanzaba chillidos periódicos cual cachorrillo abandonado, y con ese fondo todos los invitados jóvenes bailaban bajo los árboles. Allí cerca, cuatro corderos en espitas chisporroteaban y crepitaban sobre una gran llamarada bermeja de carbón de encina.

—¡Aja! —exclamó Teodoro, con la mirada encendida de interés—. Pues eso que están bailando es el baile de Corfú. Eso y la… eh… la tonada *nacieron* aquí en Corfú. Bueno, claro, no faltan autores que piensan que el baile…, o sea, los *pasos* proceden de Creta, pero yo personalmente creo que es… hum… una invención totalmente corfiota.

Las muchachas, con vestidos de colorines de jilguero, giraban graciosamente formando una media luna, y ante ellas danzaba un joven moreno con un pañuelo carmesí, que avanzaba, brincaba, se retorcía y se doblaba cual gallito exuberante frente a su cortejo de gallinas admiradoras. Katerina y su familia se adelantaron a saludarnos y nos hicieron pasar al lugar de honor, una desvencijada mesa de madera vestida con mantel blanco, a la cual estaba ya sentado un magnífico sacerdote anciano que iba a presidir la ceremonia. Tenía anchuras de ballena, cejas blancas como la nieve y bigote y barba tan espesos y crecidos que casi todo lo que se le podía ver de la cara eran un par de ojillos chispeantes, negros como aceitunas, y una gran narizota de color vinoso. Al enterarse de que Teodoro era médico, el sacerdote, por pura bondad, pasó a describir con gráficos detalles los innumerables síntomas de las diversas enfermedades con que Dios había tenido a bien mortificarle, y al final del recitado se carcajeó ruidosamente del pueril diagnóstico de Teodoro, que apuntó que

un poco menos de vino y un poco más de ejercicio aliviarían tal vez sus alifafes.

Larry echaba el ojo a Katerina, que enfundada en su blanco vestido de novia se había incorporado al círculo de danzantes. Bajo el apretado y blanco satén, el vientre de Katerina parecía más prominente y acentuado de lo normal.

—Si se descuidan —comentó Larry—, no llega a la boda.

—¡Calla, hijo! —susurró Mamá—. Algunos pueden saber inglés.

—Es un hecho curioso —dijo Teodoro, indiferente a la advertencia de Mamá— que en muchas de las bodas se encuentra a la novia en… eh… hum… en un estado *similar*. Aquí los campesinos tienen una mentalidad muy conservadora. Si un mozo corteja… eh… *seriamente* a una chica, a ninguna de las dos familias se le pasa por las mientes que no se case con ella. De hecho, si se le ocurriera… hum… en fin… plantarla, lo mismo su familia que la de la novia se le echarían encima. Esto crea una situación en la cual el muchacho que está cortejando a una chica se ve… eh… puesto en solfa, o sea, que todos los chicos de la comarca le toman el *pelo*, diciéndole que dudan de su… hum… capacidad como… hum… ya me entienden…, como padre en potencia. Y al pobre hombre le ponen en tal estado que casi se ve obligado a… eh… en fin… hum… a *demostrar* su valía.

—Muy imprudente, diría yo —dijo Mamá.

—No, no —le contestó Teodoro, tratando de corregir su acientífico planteamiento de la cuestión—. En realidad, se considera muy *bueno* que la novia esté embarazada. Eso demuestra su… hum… su fecundidad.

Al cabo el sacerdote alzó su vasta humanidad sobre sus pies gotosos y se abrió paso hasta la sala principal de la casa, ya preparada para la ceremonia. Una vez que el sacerdote estuvo dispuesto, Stefanos, que sudaba por todos sus poros, con un traje media talla más pequeño de lo debido y aspecto general de ligero estupor ante su buena fortuna, fue propulsado hacia la casa por una cuadrilla de jóvenes risueños y bromistas, mientras un grupo de jovencitas que parloteaban con voces chillonas hacían lo propio con Katerina.

La sala principal de la casa era extremadamente angosta, de modo que, una vez acoplada en ella la masa del sacerdote bien cebado, más todos los adminículos de su profesión, apenas quedaba el sitio justo para que la feliz pareja se colocara frente a él. Los demás tuvimos que contentarnos con mirar por la puerta o por las ventanas. La ceremonia fue increíblemente larga, y para nosotros incomprensible, si bien yo oí cómo Teodoro le traducía algunos trozos a Larry. A mí me pareció que entrañaba una cantidad verdaderamente innecesaria de salmodias, acompañadas de innumerables santiguamientos y la efusión de cataratas de agua bendita. Después había que sostener dos guirnalditas de flores, como aureolas gemelas, sobre las cabezas de Katerina y Stefanos, y, mientras el sacerdote seguía con su runrún, se las intercambiaban a ratos. Como hacía bastante tiempo que la gente que sostenía las guirnaldas no asistía a una

boda, de vez en cuando interpretaban mal las instrucciones del sacerdote y se producía, por así decirlo, una colisión de guirnaldas sobre la pareja de contrayentes; pero al fin se intercambiaron los anillos y se colocaron en los morenos y encallecidos dedos, y Katerina y Stefanos quedaron legítimamente, y esperamos que irremediablemente, casados.

Durante la ceremonia había reinado un silencio casi absoluto, roto sólo en algún momento por el cacareo suelto y soñoliento de alguna gallina o el hipido estridente, instantáneamente reprimido, de algún niño de corta edad; pero al acabar la parte solemne del asunto volvió a estallar la fiesta. La banda sacó melodías más alegres y saltarinas del fondo de su repertorio; por todas partes brotó el jolgorio y la jarana; vaciáronse las botellas de vino con gorgoteo, y los invitados, acalorados y felices, danzaron en corro, dando vueltas y más vueltas con la inexorabilidad de las manecillas de un reloj.

Hasta pasadas las doce no acabó la juerga. Los invitados más ancianos se habían marchado ya a sus casas en sus lánguidos borricos. De las grandes fogatas, bajo los restos de los corderos, sólo quedaba un manto de cenizas grises salpicado aquí y allá de ascuas de color granate. Tras una última copa con Katerina y Stefanos, partimos soñolientos, por los olivares que plateaba una luna grande y blanca como una magnolia. Los autillos se llamaban con lamentoso gemido, y a nuestro paso alguna que otra luciérnaga nos hacía un guiño verde esmeralda. El aire cálido olía al sol del día, a rocío, a cien esencias de hojas aromáticas. Con el contento y el sopor del vino, creo que en aquella marcha entre los grandes olivos retorcidos, atigrados por la luz de la luna, todos nos sentimos arribados a puerto y aceptados por la isla. Bajo la mirada blanda y serena de la luna, éramos ya corfiotas bautizados. La noche era espléndida, y con la mañana se abriría para nosotros otro día dorado. Era como si Inglaterra no hubiera existido nunca.

Capítulo 2. La ensenada de los olivos

Bajando desde la villa por los olivares se salía a la carretera, alfombrada de un polvo blanco y sedoso. Unos ochocientos metros más allá arrancaba de la carretera un camino de cabras que, siguiendo una abrupta pendiente entre olivos, descendía hasta una ensenada pequeña en forma de media luna, bordeada de arenas blancas y de montones de algas secas arrojadas a tierra por los temporales del invierno, montones que, desperdigados por la playa, parecían grandes nidos mal hechos. Cerraban la ensenada dos brazos de acantilados bajos, al pie de los cuales se distribuían innumerables pozas entre rocas, rebosantes del brillo y la animación de la fauna marina.

Viendo George que el encerrarme en la villa todas las mañanas de la semana me restaba capacidad de atención, instituyó la novedosa táctica pedagógica de «clases al aire libre». En seguida las arenas de la playa y los revueltos montones de algas se convirtieron en desiertos abrasadores y junglas impenetrables, que explorábamos diligentemente con la ayuda de un renuente cangrejo o pulga que hiciera de Hernán Cortés o Marco Polo. Las clases de geografía dadas en esas circunstancias tenían para mí muchísimo encanto. Un día decidimos hacer un mapamundi con piedras a la orilla del agua, de manera que el mar del mapa fuera mar de verdad. Fue una tarea sumamente absorbente, en primer lugar porque no era nada fácil encontrar piedras que tuvieran la forma de África, la India o América del Sur, y a veces había que juntar dos o tres para componer la figura del continente. Además, cada vez que cogíamos una piedra la volteábamos con mucho cuidado y debajo encontrábamos un gentío de animalillos que nos tenían muy entretenidos durante un cuarto de hora, hasta que George se dio cuenta de que a ese paso no acabaríamos nunca el mapamundi.

Aquella ensenada era uno de mis cotos de caza favoritos. Casi todas las tardes, mientras la familia dormía la siesta, Roger y yo bajábamos por los olivares, entre las cigarras que hacían vibrar con su chirrido el aire sofocante, y continuábamos después por la carretera, en donde Roger estornudaba voluptuosamente con el polvo que levantaban sus manazas, y que hacía para él las veces de rapé. Llegados a la ensenada, cuyas aguas, al sol de la tarde, casi no se veían de puro quietas y transparentes, nadábamos un rato cerca de la orilla y luego cada uno se entregaba a su diversión particular.

La de Roger consistía en repetir sus intentos desesperados e infructuosos de atrapar alguno de los pececillos que centelleaban y se estremecían en el agua baja. Iba acechándolos con paso lento, murmurando cosas para sí, tiesas las orejas y la vista fija en el agua. De improviso hundía la cabeza bajo la superficie, se oía un chasquido de mandíbulas, la volvía a sacar, estornudaba violentamente y se sacudía el agua del

pelo; mientras, el gobio o rabosa perseguido, que de un coletazo se había plantado un par de metros más allá, le observaba tranquilamente desde una roca, con una mueca de disgusto y una seductora vibración de la cola.

Para mí era tal la sobreabundancia de animales de la bahía, que casi no sabía por dónde empezar la tarea de recolección. Por debajo y por encima de las rocas se extendían los blancos túneles calcáreos de los tubícolas, como ensortijados y complejos adornos de pastelero, y en la arena de aguas un poquito más profundas había hincados unos tubos como trocitos de manguera diminuta. Mirando atentamente el extremo del tubo se veía asomar un delicado ramo de tentáculos, plumoso o floral: tentáculos de colores irisados, azul, rojo, pardo, que daban vueltas y vueltas lentamente. Eran los quetoptéridos; nombre bastante feo, pensaba yo, para un ser tan hermoso. A veces formaban pequeños grupos, que parecían macizos de flores móviles. Tenías que acercarte a ellos con un cuidado infinito, porque si movías los pies por el agua demasiado deprisa se formaban corrientes que informaban telegráficamente de tu proximidad, y los tentáculos se juntaban y desaparecían por el tubo abajo con increíble rapidez.

El fondo arenoso de la ensenada estaba interrumpido aquí y allá por medias lunas de negra y bruñida alga de vidrieros, que semejaban boas de plumas oscuras anclados al fondo, y allí se encontraba al pez aguja, cuya cabeza, posada en el extremo de un cuerpo largo y fino, guardaba un parecido extraordinario con lo que podría ser un caballito de mar alargado. Los peces aguja flotaban en posición vertical entre las algas de vidriero, y se les asemejaban tanto que había que buscarlos con gran concentración para distinguirlos.

Al borde del agua, bajo las rocas, se encontraban cangrejos minúsculos o actinias rojas, como enjoyados acericos escarlata y azul, o anémonas de mar, cuyos esbeltos troncos color café y largos y retorcidos tentáculos les proporcionaban un estilo de peinado que habría dado envidia a la mismísima Medusa. Cada peña aparecía tachonada de corales rosados, blancos o verdes, y de hermosos bosques de algas diminutas, como la *Acetabularia mediterránea*, que formaba delicados mantos: un alga de finos tallos filiformes, y en lo alto de cada tallo una a modo de sombrillita verde vuelta del revés por algún viento submarino. De cuando en cuando lo que recubría la roca era una masa negra de esponjas, cuajada de abiertas bocas protuberantes como volcanes en miniatura. Se podían arrancar de la roca estas esponjas y abrirlas con una cuchilla de afeitar, porque a veces se encontraban animales curiosos en su interior; pero la esponja se vengaba pringándote las manos de una mucosidad que apestaba a ajos rancios y tardaba horas en quitarse.

Diseminadas a lo largo de la orilla y en las pozas de las rocas encontraba conchas nuevas para mi colección; la mitad del placer de recogerlas estaba no ya en las bonitas formas de las conchas mismas, sino en sus nombres extraordinariamente

evocadores. Descubrí con deleite que una concha puntiaguda como un bígaro grande, cuyo borde se prolongaba en una serie de dedos semi-palmeados, se llamaba pie de pelícano. Otra del tipo de una lapa, cónica, blanca y casi circular, llevaba el nombre de sombrero chino. Estaban también las llamadas arcas, y era verdad que las valvas de aquellas extrañas conchas a manera de caja, al separarlas, recordaban (echándole un poquito de imaginación) los cascos de dos pequeñas arcas de Noé. Y estaban las torrecillas, retorcidas y afiladas como el cuerno del narval, y las peoncillas, listadas con un bonito dibujo en zigzag, en escarlata, negro o azul. Al pie de rocas más grandes había fisurelas, cada una de las cuales, como su nombre indica[1], tenía en lo alto de la concha un extraño orificio en forma de ojo de cerradura por el cual respiraba el animal. Y lo mejor de todo era, con un poco de suerte, dar con las aplastadas orejas de mar, de concha rugosa y gris, con una hilera de agujeritos por un lado; pero si se le daba la vuelta y se extraía a su legítimo ocupante, todo el interior de la concha era una llamarada de colores opalescentes, crepusculares, de mágica belleza. Por aquel entonces no poseía yo ningún acuario, y tuve que construirme, en un rincón de la playa, un estanque de unos dos metros y medio de largo por más de un metro de ancho. Allí depositaba mis diversas capturas, y así podía estar casi seguro de volver a encontrarlas al día siguiente.

Fue en aquella ensenada donde atrapé mi primer maido, y lo cierto es que habría pasado de largo, tomándolo por una piedra cubierta de algas, de no haber hecho el cangrejo un movimiento imprudente. Tenía el cuerpo del tamaño y forma aproximados de una perita aplastada, y el extremo en punta, decorado con una serie de púas, y rematado por dos protuberancias a manera de cuernos sobre los ojos. Las patas y pinzas eran largas, finas y ahusadas. Pero lo que más me llamó la atención de él fue que llevara sobre el dorso y las patas un traje completo de algas diminutas que parecían salirle de la concha. Encantado ante tan estrafalaria criatura, le trasladé triunfalmente a mi estanque. La firme presión con que hube de agarrarle (porque, no bien se percató de haber sido identificado como un cangrejo, hizo esfuerzos desesperados por escapar) fue causa de que llegara a la charca con bastantes peladuras en su traje de algas. Le deposité en el agua baja y clara y me tumbé tripa abajo para ver qué hacía. Primero se alzó de puntillas, como una araña apresurada, y corrió hasta una distancia de unos treinta centímetros de donde yo le había dejado; allí se sentó y se quedó rígido. Así permaneció largo rato; tan largo, que ya me tenía convencido de que iba a pasarse inmóvil el resto de la mañana, recuperándose del sobresalto de la captura, cuando de improviso extendió una garra larga y delicada, y con mucho melindre, casi como si le diera vergüenza, procedió a arrancar un alga chiquitita que crecía sobre una roca cercana. Llevósela a la boca, y observé que la mascaba. Al pronto pensé que se la estaba comiendo, pero en seguida salí de mi error, porque, con anguloso donaire, el maido se puso la garra sobre el dorso, lo palpó como

si buscara algo y a continuación procedió a plantar la alguita en su caparacho. Al parecer, había dado a la base del alga una consistencia pegajosa, con saliva o alguna sustancia similar, para que se le pegara al dorso. Siempre bajo mi mirada atenta, hizo después un lento recorrido por el estanque, recolectando toda clase de algas con la misma puntual dedicación que mostraría un botánico profesional en mitad de una jungla hasta entonces inexplorada. Al cabo de una hora tenía el dorso cubierto de una capa de vegetación tan espesa, que si se quedaba quieto y yo apartaba la vista un instante, luego me costaba trabajo volver a localizarle.

Intrigado por tan astuto sistema de camuflaje, busqué bien por toda la ensenada hasta encontrar otro maido. A éste le preparé una pocita especial con fondo de arena, totalmente vacía de algas. Allí le puse, y él se instaló tan contento. Al día siguiente volví provisto de un cepillo de uñas (que después, y para mi infortunio, resultó ser de Larry), y, sacando al desgraciado cangrejo, le froté vigorosamente hasta no dejarle ni un átomo de alga en el dorso ni en las patas. Luego eché a la poza cosas muy diversas: gran cantidad de peoncillas diminutas y algunos trozos de coral rotos, anémonas pequeñas y unos pedacitos de vidrio de botella que el mar había lijado hasta darles un aspecto de nebulosa pedrería. Y me senté a observar.

El cangrejo, una vez reintegrado a su charca, estuvo sentado, muy quieto, por espacio de varios minutos, recobrándose, evidentemente, de la indignidad del restregón sufrido. Luego, como si no pudiera creer que tamaña desgracia se hubiera abatido sobre él, se echó las dos pinzas por detrás de la cabeza y procedió a palparse el dorso con la mayor delicadeza, presumiblemente esperando contra toda esperanza que le quedara al menos una fronda de algas. Pero yo había trabajado a conciencia, y su caparacho estaba mondo y lirondo. Dio unos pasos vacilantes, se acurrucó y estuvo enfurruñado durante media hora. Después hizo un esfuerzo por sobreponerse a la murria y marchó hasta el borde de la poza, logró introducirse bajo un oscuro reborde de la roca y allí se quedó encogido, rumiando la desdicha de haberse quedado sin camuflaje, hasta que llegó la hora de marcharme a casa.

A la mañana siguiente volví muy temprano, y con gran satisfacción vi que el cangrejo había estado muy atareado durante mi ausencia. Inasequible al desánimo, se había decorado lo alto del caparacho con muchos de los ingredientes que yo le dejara, asumiendo un aspecto extremadamente chillón y un tanto carnavalesco. Se había pegado peoncillas listadas, entremezcladas con trocitos de coral, y ya cerca de la cabeza lucía dos actinias rojas, a guisa de coquetona boina con cintas y todo. Viéndole arrastrarse por la arena me pareció que llamaba muchísimo la atención; pero, cosa curiosa, al pasar al otro lado y acurrucarse junto a su saliente de roca favorito, quedó transmutado en un montoncito de restos de conchas y corales, con un par de anémonas posadas en lo alto.

A la izquierda de la ensenada, y a cosa de medio kilómetro de la costa, había una

isla llamada Pondikonissi, «Isla de los Ratones». Tenía forma de triángulo isósceles, y una espesa vegetación de cipreses ancianos y adelfas que custodiaban una iglesita muy blanca y una diminuta vivienda aneja a la iglesia. Habitaba esta isla un monje anciano y piojosísimo, de largas vestiduras negras y alto sombrero tubular. Su principal función en la vida parecía consistir en tocar de vez en cuando la campana de la minúscula iglesia, y por las tardes pasar en barca, remando lentamente, a un cercano promontorio donde había un conventillo habitado por tres monjas vetustas. Allí compartía el *ouzo*[2] y una taza de café, presumiblemente intercambiaba opiniones sobre el estado del pecado en el mundo actual, y luego, cuando ya el sol poniente transformaba las aguas tranquilas que bordeaban su isla en una sábana multicolor de seda tornasolada, volvía remando, cual negra corneja corcovada, en su barca llena de chirridos y vías de agua.

Margo, habiendo descubierto que si los constantes baños de sol ejercían alguna acción sobre su acné era para agravarlo, optó por otro de los remedios de la Madre Naturaleza: los baños de mar. Todas las mañanas se levantaba a eso de las cinco y media, me sacaba de la cama de mala manera, y juntos bajábamos al mar y nos zambullíamos en el agua clara, todavía fría de luz de luna, para después nadar lenta y lánguidamente hasta Pondikonissi. Allí Margo se desparramaba sobre una roca y yo vagueaba felizmente por las pozas de la orilla. Por desdicha, nuestras visitas a la isla parecían surtir un efecto perjudicial sobre el monje, porque apenas acababa Margo de salir a tierra y distribuir sus encantos sobre una roca, cuando ya estaba el monje bajando a grandes zancadas la larga escalinata de piedra que conducía a la iglesia, agitando el puño en dirección a mi hermana y barboteando cosas en griego incomprensible desde las profundidades de sus barbas luengas y greñudas. Margo le saludaba siempre con una amplia sonrisa y un gesto alegre de la mano, saludo que por regla general le ponía casi apoplético de ira, y al cual respondía paseándose de acá para allá entre el revuelo de sus hopalandas negras, apuntando a los cielos con un dedo sucio y tembloroso, y a Margo con otro. Al cabo de presenciar la misma escena repetida una y otra vez, yo conseguí fijar en la memoria varias de las frases predilectas del monje, porque su vocabulario no era demasiado extenso. Seguidamente le pregunté su significado a mi amigo Filemón. A Filemón le dio tal ataque de risa que casi no podía explicármelo, pero al fin entendí que el monje aplicaba a Margo diversas expresiones peyorativas, la más suave de las cuales era «bruja blanca».

Cuando se lo conté a Mamá, me sorprendió que se escandalizara tanto.

—¡Hay que ver! —dijo—. Deberíamos denunciarle a alguien. ¡En la Iglesia anglicana jamás se habría tolerado semejante comportamiento!

Pero al cabo del tiempo todo quedó en una especie de juego. Margo y yo cruzábamos con cigarrillos para el monje, él bajaba de un vuelo los escalones de

piedra, sacudía el puño y nos amenazaba con la cólera de Dios; y luego, exonerado ya, por así decirlo, de su obligación, se arremangaba las vestiduras, se sentaba en cuclillas sobre la tapia y con muy buen humor se fumaba los cigarrillos que le habíamos llevado. A veces incluso volvía trotando a la iglesia para sacarnos un puñado de higos de su higuera o unas almendras, lechosas y frescas, que cascábamos entre los cantos rodados de la playa.

Entre Pondikonissi y mi ensenada favorita se extendía toda una hilera de arrecifes. Casi todos eran llanos, y su tamaño variaba desde el de una mesa hasta el de un jardincillo. La mayoría tenía sólo cinco o seis centímetros de agua por encima, de modo que si uno se subía y se ponía de pie sobre ellos, de lejos parecía exactamente como si caminara sobre el mar. Durante largo tiempo tuve el propósito de explorar aquellos arrecifes, porque contenían muchos animales marinos que no se encontraban en las aguas bajas de la ensenada; pero ese proyecto presentaba dificultades insuperables, toda vez que yo carecía de medios para llevar mi equipo hasta allí. Había intentado pasar a nado hasta uno de los arrecifes con dos tarros grandes colgados del cuello con un cordel y la red sujeta en una mano, pero a medio camino los tarros, con súbita malevolencia, se me llenaron de agua, y su peso combinado me arrastró al fondo. Tardé algunos segundos en desembarazarme de ellos y volver a la superficie boqueando y escupiendo, y cuando lo logré, los tarros se mecían ya y relucían allá abajo con una braza de agua por encima, tan irrecuperables como si estuvieran en la luna.

Una tarde calurosa estaba yo en la ensenada levantando piedras, en busca de los largos nemertinos multicolores que habitaban aquel tipo de terreno. Tan abstraído estaba en mi tarea, que al principio ni me enteré de que a mi lado una barca de remos hincaba la proa en la arena de la orilla. A popa, apoyado en el único remo —que usaba, como todos los pescadores, retorciéndolo en el agua cual cola de pez—, venía un hombre joven, de tez torrada por el sol. Tenía una mata de pelo oscuro y rizoso, los ojos brillantes y negros como moras y unos dientes que relumbraban con blancura asombrosa en aquella cara morena.

— *Yasu* —dijo—. Salud.

Devolví el saludo y me quedé mirándole. El saltó ágilmente de la barca, cargado con un ancla pequeña y herrumbrosa que clavó con firmeza detrás de un gran montón de algas secas. No vestía más que una camiseta hecha jirones y unos pantalones que antaño fueran azules, pero que el sol había dejado casi blancos. Se acercó, amigablemente se sentó en cuclillas a mi lado y se sacó del bolsillo una lata con tabaco y papel de fumar.

—Hace calor hoy —dijo con gesto de desagrado, y sus dedos chatos y encallecidos liaron un cigarrillo con extraordinaria destreza. Lléveselo a la boca, lo encendió con un mechero grande de hojalata, inhaló profundamente, dio un suspiro y

me miró alzando una ceja, con unos ojillos chispeantes como los de un petirrojo.

—¿Tú eres uno de los forasteros que viven en lo alto del monte? —inquirió.

Ya para entonces hablaba yo el griego con alguna fluidez, conque reconocí que sí, que era uno de los forasteros.

—¿Y los demás? —preguntó—. Los demás que viven en la villa, ¿quiénes son?

Yo había aprendido en seguida que a todos los corfiotas, y en especial a los campesinos, les encantaba enterarse de tu vida y milagros, y a cambio de esa información te confiaban hasta los más íntimos detalles de su vida privada. Expliqué que los otros ocupantes de la villa eran mi madre, mis dos hermanos y mi hermana. El asintió gravemente, como si aquella información fuera de la mayor importancia.

—¿Y tu padre? —continuó—. ¿Dónde está tu padre?

Respondí que mi padre había muerto.

—Pobrecito niño —dijo, compadeciéndome inmediatamente—. ¡Y tu pobre madre, con cuatro hijos que sacar adelante!

Suspiró lúgubremente ante aquella imagen terrible, y luego su rostro se animó otra vez.

—En fin, así es la vida —dijo con filosofía—. ¿Qué estás buscando debajo de esas piedras?

Se lo expliqué lo mejor que pude, aunque siempre me resultaba difícil hacer entender a los campesinos por qué me interesaban tanto todos aquellos bichos que eran o dañinos o totalmente despreciables, y ninguno de los cuales se podía comer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Dije que me llamaba Gerasimos, que era lo más parecido a Gerald que se podía encontrar en griego. Pero, expliqué, mis amigos me llamaban Gerry.

—Yo soy Taki —dijo—. Taki Thanatos. Vivo en Benitses.

Le pregunté qué hacía allí, tan lejos relativamente de su aldea. Se encogió de hombros.

—Venía de Benitses —dijo—, pescando por el camino. Luego como y duermo, y de noche enciendo las luces y me vuelvo a Benitses, pescando otra vez.

Aquello me interesó mucho, porque poco tiempo antes, volviendo ya tarde del pueblo, en un momento en que nos paramos en la carretera, junto al caminito que subía a la villa, habíamos visto pasar allá abajo una barca, conducida por un hombre que remaba muy despacio, con un farolón de carbono sujeto a la proa. Al maniobrar el pescador la barca en las aguas someras y oscuras, el círculo de luz que arrojaba el farol iba iluminando grandes franjas de algas con la mayor vividez, arrancando su paso lento resplandores verde-limón, rosados, amarillos y pardos de los arrecifes. Entonces me había quedado pensando que debía ser aquélla una ocupación fascinante, pero no conocía a ningún pescador. Ahora empezaba a mirar a Taki con cierto entusiasmo.

Me apresuré a preguntarle a qué hora pensaba ponerse a pescar, y si tenía intención de rodear los arrecifes que había entre la ensenada y Pondikonissi.

—Empiezo a eso de las diez —respondió—. Voy dando la vuelta a la isla, y luego enfilo hacia Benitses.

Le pregunté entonces si podría acompañarle; porque, expliqué, en el arrecife vivían montañas de animales raros que yo no podía coger sin ayuda de un bote.

—¿Por qué no? —me dijo—. Yo estaré al pie de la casa de Menelaos. Tú vienes a las diez. Te doy una vuelta por los arrecifes y luego te dejo otra vez donde Menelaos, antes de salir hacia Benitses.

Le aseguré fervientemente que estaría allí a las diez en punto. Luego recogí la red y los tarros, llamé a Roger con un silbido y salí pitando, no fuera a ser que Taki lo pensara mejor. Ya lo bastante lejos como para que no pudiera llamarme, aminoré el paso y me puse a cavilar sobre cómo apañármelas para convencer a la familia en general, y a Mamá en particular, de que me dejasen salir al mar a las diez de la noche.

Sabía que a Mamá siempre le había preocupado mi negativa a dormir la siesta en las horas más calurosas del día. Yo le había explicado que precisamente esas horas solían ser las mejores para los insectos y demás, pero ese argumento no le parecía del todo válido. En fin, el caso es que a la noche, justo cuando estaba pasando algo interesante (como que Larry se enzarzase en batalla verbal con Leslie), Mamá siempre decía lo mismo: «Ya es hora de que te vayas a la cama, hijo. Acuérdate de que no duermes la siesta.»

Esa misma podía ser su respuesta al plan de pesca nocturna. Eran casi las tres: en ese momento la familia estaría en posición de decúbito supino, tras contraventanas cerradas; y no se despertarían y empezarían, soñolientos, a intercambiar zumbidos de mosca amodorrada hasta eso de las cinco y media.

Regresé a la villa a toda velocidad. A unos cien metros de distancia me quité la camisa y envolví bien con ella los tarros de recolección, para que ni un tintineo ni un chasquido delatara mi presencia; luego, conminando a Roger a no hacer ni el más leve ruido bajo pena de muerte, me introduje en la villa cautelosamente y me escurrí como una sombra hasta mi cuarto. Roger, jadeante, se tiró al suelo en mitad de la habitación y observó con bastante asombro cómo yo me quitaba toda la ropa y me subía a la cama. No sabía si dar o no su aprobación a tan improcedente conducta: ante nosotros se extendía toda una tarde repleta de aventuras emocionantes, y hete ahí que yo me disponía a dormir. Soltó un gemido experimental, y le acallé con tal ferocidad que, agachando las orejas y escondiendo su muñón de rabo entre las patas, se arrastró hasta debajo de la cama y se hizo una rosca, con un suspiro de abatimiento. Cogí un libro y traté de enfrascarme en la lectura. Las contraventanas entornadas prestaban a la habitación un aspecto de acuario verde y fresco, pero lo cierto era que el aire estaba inmóvil y caliente, y el sudor me corría en hilillos por el pecho. Rebullí, incómodo,

sobre la sábana ya empapada. ¿Qué encanto podría ver mi familia en la siesta? ¿Qué provecho le sacaban? Ya sólo el que pudieran dormirse era un misterio para mí. En ese momento me hundí velozmente en la inconsciencia.

Me desperté a las cinco y media, y todavía medio dormido salí tambaleándome al porche, donde la familia estaba tomando el té.

—¡Cielo santo! —exclamó Mamá—. ¿Has estado durmiendo?

Con toda la naturalidad de que fui capaz, dije que había pensado que esa tarde me vendría bien echarme la siesta.

—¿Te encuentras bien, querido? —preguntó Mamá con inquietud.

Dije que sí, que me encontraba estupendamente. Había decidido dormir la siesta como preparación para la noche.

—¿Por qué, hijo? ¿Qué sucede? —preguntó Mamá.

Entonces, y haciendo gala de la mayor indiferencia, dije que a las diez estaba citado con un pescador que iba a llevarme de pesca nocturna, porque —expliqué— había ciertos animales que sólo salían de noche, y ése era el mejor sistema de capturarlos.

—Espero que eso no signifique —dijo Larry con ominosa expresión— que vayamos a tener pulpos y congrios retorciéndose por los suelos. Será mejor que se lo prohíbas, Mamá. En cuanto que te descuides, vas a encontrarte toda la casa con el aspecto y el olor de Grimsby[3].

A eso repliqué, no sin cierto acaloramiento, que no era mi intención llevar los ejemplares capturados a la villa, sino ponerlos directamente en mi estanque especial.

—Las diez de la noche es un poco *tarde*, hijo —dijo Mamá—. ¿A qué hora estarás de vuelta?

Mintiendo con gallardía, dije que calculaba estar de vuelta a eso de las once.

—Bueno, pues ve bien abrigado —dijo Mamá, siempre convencida de que, por más que las noches fueran suaves y templadas, era inevitable que yo agarrase una pulmonía doble si no llevaba jersey. Prometí fielmente que me abrigaría, me acabé el té y luego pasé una hora muy grata y emocionante supervisando mi equipo de recolección. Disponía de la red de mango largo, una caña larga con tres ganchos de alambre en la punta para aproximar las matas de algas interesantes, ocho tarros de boca ancha y varias latas y cajas aptas para meter cosas tales como cangrejos y conchas. Asegurándome bien de que Mamá no andaba por las cercanías, me puse el traje de baño debajo de los pantalones y escondí una toalla en el fondo de la bolsa de recolección, pues estaba seguro de tener que bucear para coger algunas cosas, y los temores de pulmonía doble de mi madre se habrían multiplicado al ciento por uno si llega a conocer mis intenciones.

Por fin, a las diez menos cuarto me eché la bolsa a la espalda y, provisto de una linterna, emprendí la bajada por los olivares. La luna era una hoz pálida y tiznada en

el cielo salpicado de estrellas, y sólo enviaba un hilillo de luz. En las negras oquedades de las raíces de los olivos brillaban como esmeraldas las luciérnagas, y se oía a los autillos llamarse unos a otros con su «toink, toink» desde las sombras.

Cuando llegué a la playa encontré a Taki sentado en su barca, fumando. Había encendido el farol de carbono, que, sibilando iracundo para sí y despidiendo un fuerte olor a ajos, arrojaba un brillante círculo de luz blanca sobre el agua baja que ceñía la proa. Vi que la luz había atraído ya a multitud de animales. Los gobios y las rabosas habían salido de sus agujeros, y, posados sobre las rocas cubiertas de algas, boqueaban y tragaban aire con expresión expectante, como el público que en un teatro espera que se alce el telón. Los cangrejos de mar correteaban de acá para allá, parándose de vez en cuando para arrancar delicadamente un alga y metérsela en la boca con cuidado; y por todas partes iban dando tumbos las peoncillas arrastradas por cangrejitos ermitaños de colérico aspecto, ocupantes ahora de las conchas en lugar de sus legítimos propietarios.

Coloqué el equipo de recolección en el fondo de la barca y me senté dando un suspiro de satisfacción. Taki apartó la barca de la orilla, y, tocando fondo con el remo, la impulsó entre los macizos de alga de vidrieros que crujían y susurraban contra la borda. Ya en aguas más profundas fijó los dos remos y se puso a remar de pie. Avanzábamos muy despacio. Taki observaba con mirada atenta el nimbo de luz que iluminaba el fondo del mar en un radio de unos cuatro metros. Los remos chirriaban musicalmente, y Taki canturreaba en voz baja. A un costado de la barca llevaba una pértiga de casi tres metros de largo, que acababa en un tridente de cinco puntas, con feroces lengüetas. En la proa se veía la botellita de aceite de oliva, adminículo muy necesario para el pescador, porque, si una racha de viento encrespaba las aguas, unas salpicaduras de aceite aquietaban la ondulada superficie como por arte de magia. A marcha lenta y regular fuimos saliendo hacia la negra silueta triangular de Pondikonissi, a donde estaban los arrecifes. Ya cerca de ellos, Taki descansó sobre los remos un momento y se volvió hacia mí.

—Vamos a estar dando vueltas durante cinco minutos —dijo—, para coger yo lo que haya. Luego te daré una vuelta para que cojas tú lo que quieras.

Asentí de buen grado, porque tenía muchas ganas de ver cómo pescaba Taki con su enorme tridente. Bordeamos muy despacio el mayor de los arrecifes. La luz iluminaba los extraños acantilados submarinos, cubiertos de algas rosadas y violáceas que parecían encinas encrespadas. Mirando el agua me hacía yo la ilusión de ser un halcón que con las alas extendidas flotara blandamente sobre un multicolor bosque otoñal.

De pronto Taki dejó de remar y frenó hundiendo los remos suavemente en el agua. La barca quedó casi inmóvil, y él empuñó el tridente.

—Mira —dijo, señalando el fondo arenoso que se extendía al pie de un gran

baluarte de acantilado submarino—, *scorpios*.

Al pronto no vi nada; luego, sobre la arena, distinguí un pez de unos sesenta centímetros de largo, con el lomo recorrido por una filigrana de espinas agudas, dispuestas como la cresta de un dragón, y aletas enormes, como alas, extendidas sobre el fondo. La cabeza era tremendamente ancha, con los ojos dorados y la boca saliente y fruncida. Pero lo que me asombró fue el colorido, formado por toda una gama de rojos que iban desde el escarlata hasta el color vino, puntuados y acentuados aquí y allá por toques de blanco. Allí tendido, el soberbio animal parecía inmensamente seguro de sí, y también inmensamente peligroso.

—Está muy rico —susurró Taki para mi sorpresa, porque el aspecto del pez era más bien de algo venenosísimo.

Despacio, con mucho tiento, el pescador metió el tridente en el agua y lo fue bajando hacia el pez, corrigiendo la dirección centímetro a centímetro. No se oía otro sonido que el irascible silbido del farol. El tridente se acercaba, lento, inexorable. Yo contuve el aliento. Sin duda aquel pedazo de pez de ojos dorados se daría cuenta de lo que se le venía encima: un brusco coletazo, un remolino de arena y fuera. Pero no. Allí seguía, tragando agua metódicamente, solemnemente, abstraído de todo. Con el tridente ya a un palmo del animal, Taki hizo una pausa para cambiar de posición la mano sobre el mango. Permaneció inmóvil durante un segundo, que a mí me pareció un tiempo larguísimo, y luego, con tal rapidez que yo no llegué a ver el movimiento, clavó limpiamente los cinco dientes en la nuca del pez. Hubo un remolino de arena y sangre; revolviose el animal sobre las púas, enroscando el cuerpo de modo que las espinas del lomo acuchillaran el tridente. Pero Taki lo había clavado en su sitio, y no había escapatoria. Rápidamente, pasando una mano sobre la otra, el pescador recogió la pértiga, y el pez pasó a la barca, aleteando y retorciéndose. Yo me adelanté para ayudar a Taki a desclavarlo, pero él me apartó de un empujón.

—¡Cuidado! —advirtió—. El *scorpios* es un pez malo.

Ayudándose con la pala del remo lo desclavó del tridente; el animal, aunque ya prácticamente muerto, todavía se enroscaba y aleteaba y trataba de hundir las espinas en el costado de la barca.

—Mira, mira —me señaló Taki—. Ahora entenderás por qué lo llamamos *scorpios*. Si te clava una de esas espinas, ¡San Spiridion, qué dolor más horrible! Te tendrían que llevar corriendo al hospital.

Con el remo y el tridente, y un poco de hábil prestidigitación, consiguió levantar en alto el pez y dejarlo caer en una lata de petróleo vacía, donde ya no pudiera hacer daño. Yo quise saber por qué, si era venenoso, me había dicho que estaba tan rico.

—Ah, es que son sólo las espinas —respondió—. Se le quitan. La carne es dulce, dulce como la miel. Ya te daré un poco para que lo lleves a casa.

De nuevo se inclinó sobre los remos, y entre chirridos seguimos contorneando el

arrecife. Al rato volvió a pararse. Allí el fondo era arenoso, sin otra vegetación que unas pocas matas jóvenes de alga de vidriero. Por segunda vez Taki frenó la barca hasta detenerla y echó mano al tridente.

—Mira —dijo—, un pulpo.

Al oírle se me encogió el estómago de emoción, porque los únicos pulpos que había visto hasta entonces eran los que vendían muertos en el pueblo, y estaba convencido de que no debían parecerse en nada al animal vivo. Pero, por más que agucé la vista, el fondo me pareció totalmente deshabitado.

—Ahí, *ahí* —dijo Taki, metiendo el tridente en el agua y apuntando con él—. ¿No lo ves? ¿Te has dejado los ojos en casa? Ahí, *ahí*. ¡Pero si casi lo estoy tocando!

Yo seguía sin verlo. El pescador hundió otra cuarta de tridente, e insistió riendo:

—¿Ahora tampoco lo ves, tonto? Justo donde acaban los dientes.

Y de pronto lo vi. Lo había estado mirando todo el tiempo, pero era tan gris y arenoso que lo había confundido con el fondo. Estaba sentado en la arena, en medio de un nido de tentáculos. Desde debajo de su cráneo calvo y globoso, sus ojos, inquietantemente humanos, nos miraban con tristeza.

—Es grande —dijo Taki, y movió levemente la mano sobre el tridente.

Fue una imprudencia. Súbitamente el pulpo viró del pardo arenoso a un sorprendente color verde intenso e irisado; disparó un chorro de agua por el sifón, y, propulsado por él, alzó un remolino de arena y salió zumbando. Arrastrando los tentáculos tras de sí, tenía todo el aspecto de un globo escapado.

—¡Ah, *gammoto*! —exclamó Taki.

Tiró el tridente, agarró los remos y remó con energía en persecución del pulpo, que obviamente tenía una fe enternecedora en la efectividad de su camuflaje, porque había vuelto a posarse en el fondo, a unos diez metros de distancia.

Una vez más Taki acercó la barca poco a poco, y una vez más metió el tridente en el agua con cuidado. Pero esta vez tomó todas las precauciones y no hizo ningún movimiento imprudente. Cuando el tridente estaba a menos de una cuarta de la redonda cabeza del pulpo, Taki asió la pértiga con más fuerza y lo hincó de golpe. Al instante se alzó una nube de arena plateada, y los tentáculos se retorcieron con violencia y se enroscaron sobre el tridente. La sangre que el pulpo perdía a borbotones quedaba suspendida en el agua como una cortina trémula de negro encaje, o serpeaba como humo sobre la arena. Taki reía de contento. Ágilmente hizo el tridente, pero al pasar el pulpo a la barca, dos de sus tentáculos se aferraron a la borda. Taki dio un tirón brusco, y los tentáculos se soltaron con un ruido de rasgón y crujido que era como el que hace el esparadrapo al despegarse, amplificado mil veces. En seguida Taki echó mano al cuerpo redondo y resbaladizo, lo soltó de los dientes y, ante mi mirada atónita, levantó aquella convulsa cabeza de Medusa y se la llevó a la cara, de tal modo que los tentáculos le envolvieron la frente, las mejillas y

el cuello, dejando señalada su piel morena con las marcas blancas de las ventosas. A continuación, y escogiendo el lugar con cuidado, hundió de improviso los dientes en el centro mismo del animal, con un mordisco y una sacudida como los que daría un terrier para partir el espinazo de una rata. Sin duda había alcanzado algún centro nervioso vital, porque al punto los tentáculos soltaron su cabeza y cayeron inertes, con sólo un temblor y un ligero rizo en las puntas. Taki arrojó el pulpo a la lata, junto con la escorpena, y escupió por la borda; y luego, echando el cuerpo afuera, tomó entre las manos un poco de agua salada y se enjuagó la boca con ella.

—Me has traído suerte —dijo, sonriendo y limpiándose la boca—. Pocas noches cojo un pulpo y un *scorpios* a la vez.

Pero la suerte debió agotarse con el pulpo, porque, aunque dimos varias vueltas al arrecife, no cogimos nada más. Vimos una morena que sacaba la cabeza de su agujero, una cabeza del tamaño de la de un perro pequeño, y de expresión terriblemente pérfida. Pero cuando Taki bajó el tridente, la morena, muy digna, se replegó con fluida suavidad a las profundidades del arrecife y no volvimos a verla. Yo me alegré bastante de que lo hiciera, porque calculé que debía de medir casi dos metros de largo, y hasta un naturalista tan fervoroso como yo podía dejar pasar la experiencia de forcejear con una morena de dos metros en una barca mal iluminada.

—En fin —dijo Taki filosóficamente—, vamos a pescar tus cosas.

Me sacó hasta el arrecife de mayor tamaño, y me desembarcó, junto con mi equipo, en la plataforma superior. Armado de la red fui husmeando por el borde del arrecife, mientras Taki, con la barca a un par de metros por detrás de mí, iluminaba la incandescente belleza de las rocas. Era tanto lo que allí había, que desesperé de poder capturar ejemplares de todo.

Había frágiles rabosas ataviadas en oro y escarlata; pececillos del tamaño de media cerilla, con grandes ojos negros y el cuerpo de color bermellón, y otros de la misma talla cuyo colorido era una combinación de azul de Prusia fuerte y azul celeste pálido. Había estrellas de color rojo sangre y otras violáceas y quebradizas, continuamente enroscando y desenroscando sus largos brazos, finos y espinosos. Estas estrellas había que introducirlas en la red con la más extraordinaria delicadeza, porque bastaba el menor sobresalto para que, con alegre indiferencia, se desprendieran de todos sus brazos. Había lapas de zapatilla, que, al darles la vuelta, mostraban la mitad de la cara inferior recubierta por un pulcro parche de concha, de modo que sí tenían, en efecto, el aspecto de una ancha e informe zapatilla diseñada para un pie gotoso. Había también cauris, unas blancas como la nieve y con finas nervaduras, otras de color crema suave y muy manchadas y salpicadas de señales violáceas o negras; y quitones, algunos de hasta seis centímetros de largo, que, agarrados a los recovecos de las rocas, parecían cochinillas de humedad gigantescas. Vi una cría de sepia, no mayor que una caja de cerillas, y casi me caí del arrecife por

tratar de cogerla, pero, con inmenso disgusto por mi parte, se me escapó. Al cabo de sólo media hora de recolección me encontré con que en todos mis tarros, latas y cajas no cabían ya más animales, y, aunque de mala gana, tuve que dejarlo.

Taki, de muy buen humor, me llevó a mi ensenada predilecta, y contempló muy divertido cómo vaciaba cuidadosamente los tarros de muestras en mi estanque. Después me condujo otra vez al embarcadero que había al pie de la casa de Menelaos. Allí pasó una cuerda por las agallas de la escorpena, ya muerta, y me la dio, diciendo:

—Dile a tu madre que lo guise con pimentón fuerte, aceite, patatas y calabacines. Es muy dulce.

Le di las gracias por el regalo y por haber sido tan paciente conmigo.

—Ven a pescar otro día —me dijo—. Yo volveré por aquí la semana que viene. Probablemente el miércoles o el jueves. Te avisaré cuando llegue.

Se lo agradecí, y le dije que me haría mucha ilusión. El apartó la barca y con la pértiga fue abriéndose camino por el agua baja en dirección a Benitses.

—¡Sé feliz! —le grité.

—¡*Pasto cal*! —contestó—. ¡Pasarlo bien!

Di media vuelta y con paso cansino empecé a subir el monte. Descubrí con horror que eran las dos y media: Mamá estaría ya convencida de que me había ahogado, me había comido un tiburón o había corrido alguna otra suerte similar. De todos modos, me quedaba la esperanza de aplacar sus iras con la escorpena.

Capítulo 3. Las selvas del arrayán

Unos ochocientos metros al norte de la villa, el olivar se enrarecía hasta dar paso a una extensión de veintitantas hectáreas de terreno más bajo y llano. Allí no había olivos; sólo grandes selvas verdes de arrayán, dispersas por una pradera seca y pedregosa, únicamente decorada por los extraños candelabros de los cardos, con sus destellos de intenso azul eléctrico, y el voluminoso y deleznable bulbo de las escilas. Era aquél uno de mis cotos de caza más apreciados, porque albergaba una extraordinaria diversidad de insectos. Allí, a la sombra densamente aromática de los arrayanes, nos sentábamos Roger y yo a ver pasar el nutrido desfile de animalillos; a ciertas horas del día el ramaje estaba tan concurrido como la calle mayor de un pueblo.

Las selvas de arrayán estaban llenas de mantis de unos siete centímetros de longitud, provistas de alas de un color verde encendido. Se balanceaban en las ramas sobre sus finas patas, alzando en ademán de hipócrita plegaria sus brazos erizados de temibles púas, girando en todas direcciones su carita puntiaguda de ojos bulbosos y pajizos; como a amargadas y angulosas solteronas en un cóctel, no se les escapaba ningún detalle. Si una mariposa de la col o una *argynnis* aterrizaba en las bruñidas hojas del arrayán, la mantis se le acercaba con la mayor cautela, casi imperceptiblemente, deteniendo su avance de cuando en cuando para balancearse levemente, suplicando a la mariposa que la tomara por una hoja rizada por el viento.

Una vez vi cómo una mantis acechaba y se arrojaba sobre una mariposa macaón que meditaba y tomaba el sol moviendo ligeramente las alas. Pero en el último momento la mantis perdió pie, y en lugar de atrapar al macaón por el cuerpo, como era su intención, le cogió por un ala. El macaón salió de su trance abruptamente, y aleteó con tanta fuerza que consiguió alzar en vilo los cuartos delanteros de la mantis. Otros pocos golpes de ala vigorosos, y el macaón salió volando escorado, con gran disgusto de la mantis, en cuyas garras quedó un pedazo grande de ala, que ella se sentó a comerse con filosófica resignación.

Debajo de las piedras desperdigadas entre los cardos habitaba una fauna sorprendentemente variada, a pesar de la dureza del terreno, recocido por el sol y tan caliente que casi se habrían podido escalfar huevos en él. Allí vivía un animal que siempre me ponía carne de gallina: un ciempiés aplastado de unos cinco centímetros de largo, con un espeso fleco de patas largas y puntiagudas a cada lado del cuerpo. Era tan plano que cabía por la rendija más estrecha, y desarrollaba una velocidad tremenda: diríase que más que correr resbalaba por el suelo, como un canto rodado sobre el hielo. Escutigeromorfos se llamaban aquellos seres, y desde luego ningún otro nombre habría evocado mejor aquella forma particularmente repulsiva de locomoción.

Entre las piedras había unos agujeros abiertos en la tierra dura, del tamaño de una moneda de media corona o mayores. Estaban tapizados de seda, y de la boca salía una tela de araña que cubría un círculo de ocho centímetros de diámetro. Eran las madrigueras de las tarántulas, unas arañas grandes y gordas de color chocolate con marcas color crema y canela. Con las patas extendidas abarcaban una superficie como la de un platillo de taza; el cuerpo venía a ser como media nuez pequeña. Las tarántulas eran extraordinariamente vigorosas, rápidas y crueles en la caza, y daban muestras de poseer una notable inteligencia para el mal. Casi siempre cazaban de noche, pero alguna vez se las veía de día entre los cardos, que recorrían velozmente en busca de presas. Lo normal era que al verte se escabulleran y se perdieran en seguida entre el arrayán, pero una vez me encontré con una tan abstraída en lo que hacía que pude observarla desde muy cerca.

Estaba a un par de metros de su madriguera, subida hasta media altura de un cardo azul, y desde allí, agitando las patas de delante, oteaba los alrededores de una manera que no podía por menos de recordar la imagen del cazador que trepa a un árbol para ver si hay caza en las cercanías. Siguió haciendo lo mismo durante unos cinco minutos, y yo me senté en cuclillas a observarla. Al cabo se bajó cuidadosamente del cardo y echó a andar con paso decidido. Daba la impresión de haber divisado algo desde su atalaya, pero yo inspeccioné la zona y no vi bicho viviente, y además no estaba muy seguro de que las tarántulas tuvieran tan buena vista. Sin embargo, ella avanzó con gran decisión hasta llegar a una mata espesa de lágrimas de Job, una gramínea fina y temblorosa cuyas espigas semejan panecillos blancos en forma de trenza. Al acercarme comprendí de pronto qué iba buscando la araña, porque debajo del delicado surtidor de hierbas blancas había un nido de alondra. Tenía cuatro huevos, uno de los cuales se acababa de abrir: el sonrosado y blando pajarillo se debatía aún débilmente entre los restos del cascarón.

Sin darme tiempo a hacer nada por salvarle, la tarántula había trepado ya hasta el borde del nido. Allí se irguió un instante, monstruosa y terrorífica, y rápidamente apretó contra sí al trémulo recién nacido y le hincó en el dorso sus largas mandíbulas curvas. El polluelo emitió dos chilliditos casi inaudibles y, abriendo la boca de par en par, se retorció un momento entre los brazos peludos de la araña. Obró efecto el veneno; el pajarillo, tras agarrotarse brevemente, quedó exánime. La tarántula, inmóvil, esperó hasta cerciorarse de que el veneno había actuado, y entonces dio media vuelta y emprendió el paso, con el recién nacido colgando de sus mandíbulas. Parecía un extraño retriever patilargo, cargado con el primer lagópodo de la temporada. Corrió sin pausa hasta su madriguera, y allí desapareció, junto con el patético cuerpecillo inerte del polluelo.

Aquel encuentro me dejó asombrado, por dos razones: primera, que no sabía que las tarántulas atacaran presas tan grandes como un pollo de pájaro, y segunda, que no

alcanzaba a comprender cómo la araña sabía que allí había un nido; y *lo sabía*, porque había ido derechamente a él, sin vacilar. Midiendo con mis pasos calculé que del cardo donde estaba subida hasta el nido había unos diez metros; estaba seguro de que la vista de una araña no podía distinguir un nido tan bien camuflado y un polluelo desde esa distancia. Quedaba la posibilidad del olfato, pero tampoco: yo conocía animales capaces de captar olores sutiles que nuestra pituitaria atrofiada no detecta, pero habría hecho falta un sentido olfativo extraordinario para localizar a la pequeña alondra desde diez metros, y más en un día de aire sofocante de puro quieto. No se me ocurría otra solución que la de que la araña hubiera descubierto el nido en el transcurso de sus caminatas, y después lo hubiera vigilado periódicamente por ver si habían salido las crías. Sin embargo, no me satisfacía esa explicación, porque era atribuir a un insecto un proceso de pensamiento que estaba yo muy seguro de que no poseía. Ni siquiera mi oráculo, Teodoro, pudo explicar satisfactoriamente el enigma. Lo único cierto fue que aquella pareja de alondras no logró sacar adelante ni una sola de sus crías en aquel año.

Otros animales de las selvas de arrayán que me fascinaban grandemente eran las larvas de hormiga león. La hormiga león adulta presenta una amplia escala de tamaños y, en la mayoría de los casos, un colorido gris y apagado. Parece una libélula sumamente desaliñada y demente. Tiene unas alas que no parecen guardar proporción alguna con el cuerpo, y que agita con desesperación, como si le fuera necesaria la máxima cantidad de energía para no caer a tierra. Era un animal bondadoso y torpe, que no hacía daño a nadie. Pero no se podía decir lo mismo de sus larvas. Lo que las rapaces larvas de libélula eran en la charca, eso eran las larvas de hormiga león en los arenales secos que había entre las matas de arrayán. El único indicio de su presencia eran una serie de curiosas depresiones cónicas en zonas de tierra fina y lo bastante suelta para ser excavada. La primera vez que descubrí aquellos embudos me quedé muy perplejo, preguntándome quién los habría hecho. Pensé que tal vez habría sido un ratón que excavara en busca de raíces o algo así; lo que yo no sabía era que en el fondo de cada cono estaba su arquitecto, esperando tenso y atento en la arena, tan peligroso como una trampa oculta. Luego vi uno de los embudos en acción, y hasta entonces no me di cuenta de que no era sólo el hogar de la larva, sino también una trampa gigantesca.

Llegaba trotando una hormiga (a mí siempre me parecía que iban tarareando por lo bajo mientras hacían sus cosas): podía ser una de las pequeñitas negras y presurosas, o una de las grandes rojas solitarias que recorrían a trompicones la comarca, con el abdomen rojo apuntado hacia el cielo, no se sabía por qué, como un cañón antiaéreo. Fuera de la especie que fuera, si por azar traspasaba el borde de uno de los pocitos descubría inmediatamente que las paredes inclinadas eran tan deleznables que en seguida empezaba a resbalarse hacia el fondo del embudo. Ante

eso la hormiga daba media vuelta y trataba de salir del hoyo, pero la tierra o arena se desprendía en pequeñas avalanchas bajo sus patas. La llegada de una de aquellas avalanchas al fondo del embudo era la señal que ponía en acción a la larva. De pronto la hormiga se veía bombardeada por una rápida ráfaga de arena o tierra, que la cabeza de la larva disparaba a velocidad increíble desde el fondo del hoyo. Bombardeada y con el suelo cediendo bajo sus pies, la hormiga perdía su agarre y rodaba ignominiosamente hasta abajo. Entonces, como un rayo, salía de la arena la cabeza de la larva de hormiga león, una cabeza aplastada y hormiguil, armada de un par de enormes mandíbulas curvas, a manera de hoces. Cerrábanse las mandíbulas sobre el cuerpo de la desdichada hormiga, y la larva volvía a enterrarse en la arena, arrastrando a su tumba a la presa, que desaparecía pataleando y debatiéndose. Juzgando que las larvas de hormiga león jugaban con desigual ventaja sobre un animal tan serio y bobalicón como la hormiga, no me daba ningún remordimiento desenterrar a las que encontraba y llevármelas a casa, y tenerlas encerradas en jaulitas de muselina hasta que se hicieran adultas, para añadirlas a mi colección si resultaban ser de una especie desconocida para mí.

Un día tuvimos una de aquellas tormentas repentinas en las que el cielo se ponía azul-negro y los rayos dibujaban sobre él filigranas de plata. Después llegó la lluvia en goterones gruesos y pesados, calientes como la sangre. Cuando pasó la tormenta, el cielo quedó lavado hasta el color azul claro de un huevo de acentor, y la tierra mojada exhalaba aromas suculentos, casi gastronómicos, como de bizcocho de frutas o pastel de pasas; y los troncos de olivo despedían vapor al secarse al sol, y parecía que cada tronco ardía. A Roger y a mí nos gustaban aquellas tormentas de verano. Era divertido chapotear en los charcos y notar que la ropa se te iba empapando cada vez más de lluvia cálida. Roger, además, se entretenía bastante ladrando a los rayos. En aquella ocasión, cuando la lluvia cesó pasábamos junto a las selvas de arrayán, y me metí en ellas, pensando en la posibilidad de que la tormenta hubiera hecho salir a algún animal que normalmente estuviera resguardado del calor del día. Y en efecto, en una rama de arrayán había dos gruesos caracoles de color miel y ámbar, que suavemente patinaban el uno hacia el otro, meneando las antenas con gesto provocativo. Yo sabía que lo normal era que pasaran lo más caluroso del verano en estado de estivación: se adherían a una rama conveniente, hacían una delgada puerta como de papel para tapar la boca de la concha, y se replegaban a lo más profundo de sus circunvoluciones, protegiendo así la humedad de su cuerpo del calor abrasador del sol. Obviamente, aquella tormenta súbita les había despertado y les había puesto alegres y románticos. Observé que se acercaban hasta tocarse con las antenas. Entonces se detuvieron, y estuvieron largo rato mirándose muy serios a los ojos. Luego uno cambió ligeramente de posición, para poder pasar junto al otro. Cuando ya estaba al lado de él, ocurrió una cosa que me hizo dudar de mis propios ojos. De su

costado, y casi simultáneamente del costado del otro caracol, salieron disparados sendos a modo de darditos blancos, frágiles y diminutos, unido cada uno a un fino cordel del mismo color. El dardo del caracol uno se hundió en el costado del caracol dos y desapareció, y el dardo del caracol dos hizo lo propio con el caracol uno. Quedaron, pues, en paralelo, enlazados por dos cordelitos blancos, como dos curiosos veleros amarrados uno al otro. Eso en sí ya era asombroso, pero aún faltaban cosas más raras. Los cordeles parecían acortarse poco a poco, aproximando entre sí a los caracoles. Mirándoles desde tan cerca que casi les tocaba con la nariz, llegué a la portentosa conclusión de que cada caracol estaba recogiendo su cuerda mediante algún increíble mecanismo interno, atrayendo de esa manera al otro hasta que los dos quedaron fuertemente apretados. Yo sabía que debían estar apareándose, pero sus cuerpos se habían amalgamado de tal forma que no pude ver en qué consistía exactamente el acto. Permanecieron extáticamente unidos durante un cuarto de hora, y luego, sin siquiera despedirse ni darse las gracias, se alejaron deslizándose en direcciones opuestas, sin que en ninguno de los dos se advirtiera indicio alguno de dardos o cordeles, ni la menor muestra de contento por haber dado feliz culminación a su idilio.

Tanto me intrigó aquel comportamiento que estuve sobre ascuas hasta el jueves siguiente, en que Teodoro iría a tomar el té, para contárselo. Teodoro me escuchó basculando sobre las puntas de los pies y asintiendo gravemente a mi gráfica descripción de la escena que había presenciado.

—Aja, sí —dijo cuando terminé mi relato—. Ha tenido usted… hum… realmente… hum… ha tenido muchísima suerte de poder verlo. Yo he observado a muchísimos caracoles y no lo he visto nunca.

Pregunté si los darditos y los cordelitos eran imaginaciones mías.

—No, no —me respondió—. Es así, efectivamente. Los dardos están hechos de una sustancia así como… hum… calcárea, y, una vez dentro del caracol, desaparecen…, se disuelven. Parece que hay motivos para pensar que los dardos producen una sensación de *cosquilleo* que los caracoles, aparentemente… hum… encuentran agradable.

Pregunté si acertaba al suponer que cada caracol había recogido su cuerda.

—Sí, sí, totalmente cierto. Al parecer, tienen una especie de… hum… de mecanismo interior que les permite recoger otra vez la cuerda.

Dije que me parecía una de las cosas más extraordinarias que había visto.

—Sí, en efecto. Es curiosísimo —dijo Teodoro, y a continuación soltó un bombazo que me dejó boquiabierto—. Una vez colocados en paralelo, la… hum… mitad macho de un caracol copula con la, hum… mitad hembra del otro caracol y… hum, *viceversa*. por así decirlo.

Tardé algunos instantes en asimilar tan pasmosa información. ¿Entonces,

pregunté tímidamente, quería eso decir que cada caracol era a la vez macho y hembra?

—Hum, sí —respondió—. es hermafrodita.

Y, mirándome con ojos risueños, se rascó un lado de la barba con el pulgar. Larry, que hasta ese momento había tenido puesta la expresión dolorida que solía adoptar cuando Teodoro y yo hablábamos de historia natural, quedó igualmente estupefacto ante aquella asombrosa revelación de la vida sexual de los caracoles.

—Eso será una broma, ¿no? —protestó—. ¿No pretenderá usted insinuar que cada caracol es macho y hembra al mismo tiempo?

—Sí, así es —dijo Teodoro, y agregó, con magistral modestia—. es muy curioso.

—¡Santo cielo! —exclamó Larry—. Lo que es es una injusticia. ¡Que todos esos gusarapos viscosos anden seduciéndose unos a otros como locos por todos los arbustos, y experimentando los placeres de ambas sensaciones! ¿Y por qué no se ha concedido ese don a la raza humana, eh? Eso es lo que a mí me gustaría saber.

—Ah, sí. Pero luego tendríamos que poner huevos —señaló Teodoro.

—Bueno —admitió Larry—. pero sería un pretexto maravilloso para cuando te invitan a una fiesta: «Lo lamento muchísimo, pero no voy a poder ir. Tengo que incubar mis huevos».

Teodoro dio un ligero relincho de risa.

—Pero los caracoles no incuban los huevos —explicó—. Los entierran en terreno húmedo y los dejan ahí.

—¡Manera ideal de criar a los hijos! —terció Mamá inopinadamente, pero con absoluta convicción—. Ojalá yo hubiera podido enterraros a todos en un pedazo de tierra húmeda y dejaros ahí.

—¡Cómo puedes decir una cosa tan despiadada y desagradecida! —dijo Larry—. Seguramente con eso le has creado a Gerry un complejo para el resto de sus días.

Pero si aquella conversación me creó algún complejo, fue un complejo de contemplador de caracoles, porque ya estaba planeando vastas expediciones de captura con Roger, para llevármelos a la villa por docenas y guardarlos en latas donde pudiera verles dispararse sus dardos amorosos hasta hartarme. Sin embargo, aunque en las semanas siguientes recogí centenares de caracoles, les tuve encerrados en latas y les rodeé de toda suerte de cuidados y atenciones (hasta les serví tormentas simuladas con ayuda de una regadera), no pude conseguir que se apareasen.

Sólo en otra ocasión les vi dedicados a su curioso juego erótico: fue cuando conseguí una pareja de los enormes caracoles de huerta, que vivían en los peñascales del Monte de los Diez Santos, y si logré subir hasta allá y cogerlos fue gracias a que, por mi cumpleaños, Mamá me había obsequiado con lo que entonces era la ilusión de mi vida: una robusta borriquita.

Desde nuestra llegada a Corfú había observado yo que había allí enormes

cantidades de burros —como que toda la economía agrícola de la isla dependía de ellos—. pero en realidad no les presté atención hasta que asistimos a la boda de Katerina. Allí gran número de borricas habían acudido acompañadas de sus retoños, muchos de ellos sólo de días. Me encantaron sus rodillas abultadas, sus grandes orejas y su andar inseguro y bamboleante, y me hice el firme propósito de poseer un burro, costara lo que costara.

Como le expliqué a Mamá, tratando de obtener su beneplácito a fuerza de razonamientos, con un burro que nos llevase a mí y al equipo podría hacer expediciones mucho más largas. ¿Por qué no me regalaban uno por Navidad? Porque, repuso Mamá, primero, eran demasiado caros, y segundo, no habría crías por esas fechas. Pues si eran demasiado caros, argumenté, ¿por qué no regalármelo como regalo de Navidad y de cumpleaños? Con mucho gusto renunciaría a cualquier otro regalo a cambio de un burro. Mamá dijo que ya vería, cosa que por amarga experiencia sabía yo lo que quería decir, a saber, que se olvidaría del asunto tan pronto y totalmente como le fuera posible. Al acercarse la fecha de mi cumpleaños reiteré una vez más todos mis argumentos en favor de la posesión de un borrico. Mamá se limitó a repetir que ya se vería.

Un buen día Costas, el hermano de la muchacha, apareció en el olivar colindante con nuestro jardincito. Llevaba al hombro un grueso haz de cañas altas. Silbando alegremente para sí, procedió a hacer unos agujeros en el suelo y a hincar las cañas de pie, hasta formar con ellas un pequeño cuadrilátero. Yo, que le contemplaba desde el otro lado del seto de fucsias, me pregunté qué diablos estaría haciendo, y para averiguarlo llamé a Roger y salí.

—Estoy haciendo una casa para tu madre —dijo Costas.

Asombrado quedé. ¿Para qué demonios querría Mamá una casa de cañas? ¿Habría decidido dormir fuera de la villa? No me parecía probable. ¿Para qué quería mi madre una casa de cañas?, le pregunté a Costas.

El me miró con los ojos torcidos.

—Vaya usted a saber —se encogió de hombros—. A lo mejor la quiere para poner plantas dentro, o para guardar boniatos para el invierno.

También aquello me pareció sumamente improbable, pero al cabo de media hora de mirar a Costas me aburrí y me fui de paseo con Roger.

Al día siguiente ya estaba acabada la armazón de la cabaña, y Costas se afanaba en tejer haces de juncos entre las cañas para cerrar las paredes y el tejado. Al tercer día la construcción estaba completa, con el aspecto exacto de uno de los primeros intentos de edificación de Robinsón Crusoe. Interrogada Mamá sobre el fin a que destinaba la cabaña, me dijo que no lo tenía decidido, pero que pensaba que vendría bien para algo. Con tan vaga información hube de contentarme.

En la víspera de mi cumpleaños todo el mundo empezó a comportarse de forma

un poquito más excéntrica que de costumbre. Larry, él sabría por qué, recorría la casa gritando ¡ *Tantivy*!», ¡*Tally-ho*!, y otros gritos de caza semejantes[4]. Como esa clase de ataques le daban con cierta frecuencia, no le presté atención.

Margo no hacía más que zascandilear por la casa con misteriosos paquetes debajo del brazo. En una ocasión nos encontramos frente a frente en el vestíbulo, y observé con asombro que transportaba un brazado de adornos multicolores que habían quedado de las fiestas navideñas. Al verme soltó un gemido de consternación, y corrió a su alcoba con aire tan furtivo y culpable que me dejó con la boca abierta.

Por lo visto la cosa había afectado también a Leslie y Spiro, que continuamente celebraban misteriosos conciliábulos en el jardín. De los retazos de conversación que pesqué no pude sacar ninguna idea coherente de lo que estaban planeando.

—En el asientos de atrás —decía Spiro, frunciendo el ceño—. Palabras, señorito Leslies, que ya lo he hecho otras veces.

—Bueno, Spiro, usted verá —replicaba Leslie sin mucho convencimiento—. pero no queremos patas rotas ni nada por el estilo.

Entonces Leslie me pilló espiando descaradamente, y con cierta truculencia me preguntó qué pretendía con eso de espiar las conversaciones privadas de los demás. ¿Por qué no iba a tirarme desde el acantilado más próximo? Viendo que la familia no estaba especialmente tratable, me llevé a Roger a los olivares y dedicamos el resto del día a la persecución infructuosa del lagarto.

Acababa de apagar la lámpara aquella noche y de arrebujarme en la cama cuando oí unos cánticos estridentes, acompañados de risotadas, que llegaban del olivar. Al aproximarse el estrépito reconocí las voces de Leslie y Larry, combinadas con la de Spiro; cada uno, al parecer, venía cantando una canción distinta. Daban la impresión de haber estado por ahí y de que se les hubiera ido la mano en la celebración. Por los bisbiseos indignados y las pisadas que empezaron a oírse en el pasillo, deduje que Margo y Mamá habían llegado a la misma conclusión que yo.

Los cantores irrumpieron en la villa, entre risas histéricas desencadenadas por no sé qué gracia de Larry, y fueron callados ferozmente por Margo y Mamá.

—¡Silencio, por favor! —dijo Mamá—. Vais a despertar a Gerry. ¿Qué habéis bebido?

—Vino —respondió Larry muy digno, y soltó un hipido.

—Vino —dijo Leslie—. Y luego hemos estado bailando; y Spiro ha bailado, y yo he bailado, y Larry ha bailado. Y Spiro ha bailado y luego ha bailado Larry y luego he bailado yo.

—Más vale que os vayáis a la cama —dijo Mamá.

—Y luego Spiro ha bailado otra vez —dijo Leslie—. y luego ha bailado Larry.

—Muy bien, hijo, muy bien. Iros *a la cama*, por lo que más queráis. Spiro, no debería usted haber dejado que bebieran tanto.

—Spiro ha bailado —dijo Leslie, remachando bien la idea.

—Yo le llevo a la cama —dijo Larry—. Soy el único sobrio de los tres.

Se oyó arrastrar de píes por las baldosas: Leslie y Larry, el uno en brazos del otro, avanzaban a trompicones por el pasillo.

—Ahora bailo *contigo* —llegó la voz de Leslie mientras Larry le remolcaba a su cuarto y le metía en la cama.

—Lo sientos, señoras Durrells —dijo Spiro, espesada por el vino su voz profunda —. pero no pude impedirlos.

—¿La han traído? —preguntó Margo.

—Sí, señorita Margo, no se preocupes. Está abajo con Costas.

Al fin se marchó Spiro, y oí que Mamá y Margaret se retiraban a acostarse. Fue un broche misterioso muy a tono con el día, que para mí al menos había sido sumamente desconcertante. Pero en seguida me olvidé del comportamiento familiar, y, cavilando en la oscuridad qué regalos recibiría al día siguiente, me dormí.

Cuando me desperté por la mañana, estuve un momento preguntándome qué tenía de especial aquel día. ¡Ah!, sí: era mi cumpleaños. Saboreé la idea de tener todo un día para mí, un día en que me harían regalos y la familia se vería obligada a acceder a mis peticiones razonables. Iba a levantarme para ver los regalos cuando en el vestíbulo estalló un extraño vocerío.

—Sujétale la cabeza. ¡Sujétale *la cabeza*. —gritó la voz de Leslie.

—¡Cuidado, que estropeáis los adornos! —gimió Margo.

—¡A la porra los malditos adornos! —dijo Leslie—. ¡Sujétale *la cabeza*!

—Calma, calma, queridos, no os enfadéis —dijo Mamá.

—¡Dios! —exclamó Larry con repugnancia—. ¡Todo el suelo lleno de caca!

Toda aquella enigmática conversación se acompañaba de un extraño rumor de golpeteo, como si alguien estuviera botando pelotas de ping-pong en el suelo del vestíbulo. ¿Qué estaría haciendo mi familia? Lo normal era que a esa hora estuvieran todavía en la cama semiconscientes, legañosos, buscando a tientas la primera taza de té del día. Me senté en la cama, dispuesto a salir al vestíbulo para unirme a la juerga, cualquiera que fuese, y en ese momento se abrió la puerta de mi cuarto y entró al galope una burra, engalanada con festones de papel crepé de colorines, adornos navideños y tres enormes plumas hábilmente sujetas entre sus grandes orejas, con Leslie tenazmente agarrado a su cola y gritando: «¡Sooo, cabrona!»

—Ese lenguaje, hijo —dijo Mamá, apareciendo acalorada en la puerta.

—¡Estáis estropeando los adornos! —chilló Margo.

—Este animal tiene que salir de aquí cuanto antes —dijo Larry—. Ya ha dejado todo el vestíbulo lleno de caca.

—Tú la has asustado —dijo Margo.

—¡Yo no he hecho nada! —repuso Larry indignado—. No hice más que darle un

empujoncito.

La burra frenó derrapando junto a mi cama y puso en mí sus enormes ojos pardos. Parecía un tanto sorprendida. Se sacudió enérgicamente, con lo cual se le cayeron las plumas de las orejas. A continuación, y con suma destreza, coceó a Leslie en la espinilla.

—¡Mierda! —rugió Leslie, saltando a la pata coja—. ¡Me ha roto la pierna la muy puñetera!

—Leslie, hijo, no hay necesidad de decir tantas palabrotas —dijo Mamá—. Piensa en Gerry.

—Hay que sacarla en seguida —dijo Larry—. Nos va a dejar la casa apestando como un muladar.

—Habéis *destrozado* todos los adornos —dijo Margo—. y he estado horas para ponérselos.

Pero yo ya no atendía a la familia. La burra se había acercado al borde de la cama, me había mirado interrogante, y luego, con un gruñido gutural, había hundido en mis manos abiertas un hocico gris más suave que cualquier posible término de comparación: capullos de gusano de seda, cachorritos recién nacidos, guijarros de la playa o la piel aterciopelada de una ranita de San Antón. Leslie se había quitado los pantalones y se examinaba el moretón de la espinilla, jurando con gran fluidez.

—¿Te gusta, hijo? —preguntó Mamá. ¡Que si me gustaba! Me había quedado sin habla.

La burra era de color castaño oscuro, casi ciruela, con unas orejas enormes como flores de aro, y calzada en blanco sobre unos cascos diminutos, limpios y bruñidos como los zapatos de un bailarín de claque. Por el lomo le corría la ancha cruz negra que pregona que su especie llevó a Cristo a Jerusalén (y que desde entonces no ha dejado de ser uno de los animales domésticos más maltratados); alrededor de sus brillantes ojazos, un pulcro círculo blanco denotaba que procedía de la aldea de Gastouri.

—¿Te acuerdas de aquella burra de Katerina que tanto te gustó? —dijo Margo—. Pues ésta es hija suya.

Aquello, naturalmente, la convertía en algo todavía más especial. Me tiré de la cama y me vestí a toda prisa, mientras la burra masticaba meditabunda un pedazo de oropel, con pinta de refugiada de un circo. ¿Dónde la íbamos a tener?, pregunté sin aliento a Mamá. Estaba claro que dentro de la villa no podía ser, habida cuenta de que Larry acababa de señalar a Mamá que, si así lo deseaba, podría cultivar una buena cosecha de patatas en el vestíbulo.

—Para eso es la cabaña que hizo Costas —dijo Mamá.

Yo no cabía en mí de gozo. ¡Qué familia tan noble, comprensiva y bondadosa! ¡Con qué astucia me habían ocultado el secreto! ¡Cuánto habían trabajado para

adornar a la burra! Despacito y con cuidado, como si de una frágil porcelana se tratara, conduje a mi corcel por el jardín hasta el olivar, abrí la puerta de la chocita de cañas y lo metí dentro. Creí necesario hacer una prueba de dimensiones, porque Costas tenía fama de chapucero. Pero la cabaña era espléndida: lo justo para ella. La volví a sacar, la até a un olivo con una cuerda muy larga, y durante media hora me sumí en extática contemplación, admirándola desde todos los ángulos mientras ella pacía plácidamente. Al fin oí que Mamá me llamaba para el desayuno, y suspiré satisfecho. Estaba claro, no cabía duda alguna: no era porque fuera mía, pero mi burra era la mejor de toda la isla de Corfú. Sin razón aparente decidí ponerle de nombre Sally. Le di un beso fugaz en el sedoso hocico y entré a desayunar.

Después del desayuno, Larry, con gesto magnánimo que me sorprendió mucho, se ofreció a enseñarme a montar. Dije que no sabía que él supiera montar a caballo.

—Claro que sí —dijo, como sin darle importancia—. Cuando vivíamos en la India yo andaba siempre con ponies y demás. Yo los cepillaba, les daba de comer y todo eso. Pero hay que saber hacerlo, claro.

Conque provistos de una manta y una cincha larga, nos fuimos al olivar. Le echamos la manta a Sally sobre el lomo, y se la sujetamos en su sitio. Ella observaba estos preparativos con interés, pero sin entusiasmo. No sin cierta dificultad, porque Sally se empeñaba en dar vueltas y más vueltas en círculo cerrado, Larry consiguió al fin subirme al lomo. Luego cambió la soga con que estaba atada la burra por un ronzal y unas riendas de cuerda.

—Bueno —empezó—. se trata únicamente de gobernarla como si fuera un bote. Cuando quieras que vaya más deprisa, no tienes más que cocearla en las costillas con el talón.

Si la equitación se reducía a eso, iba a ser pan comido, pensé. Di un tirón a las riendas y clavé los talones en las costillas de Sally. Lástima que en mi caída se interpusiera una zarza de gran tamaño y extraordinariamente poblada. Sally contempló cómo me desenredaba, mirándome con expresión de asombro.

—A lo mejor sería conveniente que llevaras una vara —dijo Larry—. y así usas las piernas para sujetarte bien y no te caes.

Me cortó una varita, y volví a montar a Sally. Esta vez rodeé bien con las piernas su cuerpo de barril, y le di un varazo seco con la fusta. La burra corcoveó varias veces, muy enfadada, pero yo me pegué como una lapa, y en menos de media hora tuve la dicha de hacerla trotar de acá para allá entre los olivos, respondiendo dócilmente a los tirones de la rienda. Larry, tendido al pie de un olivo, fumaba y contemplaba mis progresos. Cuando vio que ya parecía dominar el arte ecuestre, se puso en pie y se sacó una navaja del bolsillo.

—Bueno —dijo, mientras yo desmontaba—. ahora te voy a enseñar cómo tienes que cuidarla. Lo primero de todo, tienes que darle un buen cepillado todas las

mañanas. Te compraremos un cepillo en el pueblo. Después hay que comprobar que tiene los cascos limpios. Esto hay que hacerlo todos los días.

Perplejo, pregunté cómo se le limpiaban los cascos a una burra.

—Ahora lo verás —respondió mi hermano tranquilamente.

Acercándose a Sally, se inclinó y le levantó una de las patas traseras.

—Aquí dentro —dijo, y señaló al casco con la hoja de la navaja— se acumula un montón de porquería. Eso puede producirle toda clase de cosas: ajuagas, etcétera, y es muy importante mantenérselo limpio.

Así diciendo, clavó la hoja en el casco. Con lo que no había contado era con que en Corfú no se herraba a los burros, ni con que en un animal joven los cascos, hablando en términos comparativos, son todavía blandos y sensibles. Así que, lógicamente, Sally reaccionó como si Larry la hubiera acuchillado con un hierro al rojo. Desasió la pezuña de sus manos, y, al tiempo que él se enderezaba y se volvía a mirarla con asombro, hizo una hermosa pirueta y le coceó limpiamente con ambas patas traseras en la boca del estómago. Larry cayó sentado como un saco, se puso blanco y se dobló llevándose las manos al estómago y emitiendo extraños ronquidos. Yo no me asusté por él sino por Sally, porque comprendí que le caería encima la más terrible de las represalias en cuanto mi hermano se recobrara. Precipitadamente la desaté y le golpeé la grupa con la vara, hasta verla desaparecer al galope entre los olivos. Luego corrí a casa y comuniqué a Mamá que Larry había sufrido un accidente. La familia en pleno, incluido Spiro, que llegaba en ese momento, salió corriendo al olivar, donde Larry se retorcía aún entre fuertes resuellos e hipidos.

—Pero Larry, hijo —dijo Mamá, desencajada—. *¿qué has hecho*.

—Atacado… —boqueó Larry entre hipido e hipido—. sin motivo… está loca… rabiosa probablemente… reventado el apéndice…

Entre Leslie por un lado y Spiro por el otro le transportaron a paso lento hasta la villa; Mamá y Margo se agitaban a su alrededor, manifestando inútiles condolencias. Ante una crisis de tal magnitud, con la familia de por medio, había que conservar la sangre fría para evitar la catástrofe. Corrí con pies ligeros a la puerta de la cocina, y allí, jadeante pero con aire inocente, informé a la muchacha de que iba a pasar todo el día fuera de casa y le pregunté si me podía dar algo de comer. Ella metió en una bolsa de papel media barra de pan, unas cebollas, aceitunas y un trozo de carne fiambre y me lo dio. Fruta sabía que podía conseguirla de cualquiera de mis amigos campesinos. Con esa munición de boca salí zumbando por el olivar en busca de Sally.

Al fin la encontré a un kilómetro de distancia, paciendo en una suculenta extensión de hierba. Al cabo de varios intentos infructuosos logré encaramarme a su lomo, y, cascándole el trasero con un palo, me la llevé al trote lo más lejos de la villa que pude.

Tenía que volver a casa a la hora del té porque se esperaba la visita de Teodoro. A

mi regreso encontré a Larry envuelto en mantas y tendido en el sofá. Le estaba dando a Teodoro una gráfica descripción de lo sucedido.

—Y en ese momento, sin que por mi parte mediara la menor provocación, arremete contra mí echando espuma por la boca, como la carga de la Brigada Ligera —y, al verme entrar en la habitación, se interrumpió para lanzarme una mirada asesina—. ¡Ah, conque has decidido volver! Y, si no es indiscreción, ¿qué has hecho con ese enemigo público en forma de burro?

Repliqué que Sally estaba bien guardada en su establo, y que, afortunadamente, el incidente no había producido malos efectos sobre ella. Larry me traspasó con la mirada.

—¡Cuánto me alegro! —dijo cáusticamente—. Evidentemente, el que yo esté aquí tirado con el bazo reventado por tres sitios no tiene mayor importancia.

—Le he traído… hum… esto… un pequeño… eh… un pequeño regalo —dijo Teodoro, y me hizo entrega de una réplica de su caja de recolección, hasta con tubos y una red fina de muselina. No podría haber deseado nada más delicado; le di las gracias profusamente.

—Debes ir a darle también las gracias a Katerina, hijo —dijo Mamá—. En realidad no quería desprenderse de Sally, ¿sabes?

—Me sorprende —dijo Larry—. Yo habría apostado a que la *llenarí*. de gozo quitársela de encima.

—Pero será mejor que no vayas ahora mismo a ver a Katerina —dijo Margo—. Está a punto de salir de cuentas.

Intrigado por tan insólita expresión, pregunté qué quería decir eso de «salir de cuentas».

—Que va a tener un niño —dijo Mamá.

—A la vista de cómo estaba en la boda —dijo Larry—. lo extraño es que no lo tuviera en la sacristía.

—¡Larry, querido! ¡Que está Gerry delante! —exclamó Mamá.

—¡Pero si es verdad! —dijo Larry—. En la vida he visto una novia más embarazada vestida de blanco.

Dije que me parecía mejor ir a darle las gracias a Katerina *antes* de que tuviera el niño, porque después estaría seguramente muy ocupada. De mala gana Mamá consintió, y a la mañana siguiente monté a Sally y partí por el olivar en dirección a Gastouri. Roger me seguía al trote y jugaba a un juego que habían inventado entre él y la burra, y que consistía en que de cuando en cuando Roger se le tiraba y le mordisqueaba los talones sin apretar, entre furiosos gruñidos, a lo cual respondía Sally dando un airoso respingo e intentando cocearle en las costillas.

Al rato llegamos a la casita blanca, ante la cual se extendía un espacio de tierra apisonada, perfectamente enmarcado por un círculo de latas viejas y herrumbrosas

llenas de flores. Mucho me sorprendió ver que no éramos los únicos visitantes del día. En torno a una mesita estaban sentados varios caballeros de edad, que, inclinados sobre vasos de vino, charlaban con mucho movimiento de sus ondeantes bigotazos manchados de nicotina. A la puerta de la casa, ávidamente asomadas al único ventanillo que daba luz al interior, se arracimaba una cuña compacta de parientas de la familia, todas parloteando y gesticulando a la vez.

De dentro de la casa salía una sucesión de alaridos taladrantes, intercalados con gritos de auxilio al Todopoderoso, a la Virgen María y a San Spiridion. De todo aquel vocerío y actividad colegí que había llegado en mitad de una riña de familia. La guerra intrafamiliar era muy corriente entre los campesinos. Yo siempre la encontraba muy deleitable, porque hasta la disputa más trivial se llevaba adelante con inflexible determinación hasta apurar las últimas gotas del drama; la gente se insultaba por los olivares y los hombres se perseguían periódicamente unos a otros, cañas en ristre.

Até a Sally y me dirigí a la puerta de la casa, preguntándome cuál sería el motivo de la pelea esta vez. La última de la zona que yo recordaba había durado una enormidad (tres semanas), y todo había empezado porque un chiquito le dijo a un primo suyo que su abuelo hacía trampas jugando a las cartas. Me abrí paso empujando con denuedo entre el nudo de gente que bloqueaba la entrada, y al fin me colé dentro, para encontrarme con que la estancia entera estaba atestada de parientes de Katerina, pegados hombro con hombro como el público de un partido de fútbol. En época muy temprana de mi vida había descubierto yo que lo que había que hacer en tal situación era tirarse a cuatro patas y gatear. Eso hice, y por ese sistema llegué felizmente hasta la primera fila del círculo de parientes que rodeaba la gran cama de matrimonio.

Entonces vi que lo que estaba pasando era mucho más interesante que una pelea familiar. Katerina estaba tendida en la cama, con una bata de estampado barato remangada hasta más arriba de sus grandes senos hinchados. Con las dos manos asía fuertemente el cabecero de latón; su vientre se estremecía y congestionaba como una especie de blanco montículo dotado de vida propia, y ella no paraba de encoger las piernas y chillar, girando la cabeza de un lado a otro, con el rostro bañado en sudor. Cerca de ella, junto a la cama, y evidentemente al mando de las operaciones, estaba una mujer pequeñita, sucia y consumida que era como una brújula, y que en una mano tenía un cubo lleno de agua de pozo. Allí introducía a intervalos regulares un manojo de trapos asquerosos, y con él enjuagaba la cara y los muslos de Katerina. Sobre la mesilla había un jarro lleno de vino y un vaso, y, cada vez que la vieja ponía fin a las abluciones, echaba una gota de vino en el vaso y se lo hacía tragar a Katerina, tras de lo cual lo llenaba hasta el borde y lo vaciaba ella, presumiblemente porque, en su condición de comadrona, necesitaba hacer acopio de energías tanto como la propia parturienta.

Me felicité mentalmente por no haberme dejado desviar de mi camino a casa de Katerina por varias cosas interesantes que había visto. Si, por ejemplo, me hubiera parado a trepar hasta un nido que estaba segurísimo de que era de urracas, probablemente me habría perdido toda aquella emocionante escena. Cosa curiosa, estaba tan acostumbrado a los alaridos con que los campesinos manifestaban su indignación por las circunstancias más triviales, que no llegué a asociar los gritos en falsete de Katerina con la idea de dolor. Era evidente que padecía dolores: tenía la cara lívida, arrugada y aviejada, pero yo desconté automáticamente el noventa por ciento de sus gritos como producto de la exageración. De tanto en tanto, cuando soltaba un alarido más fuerte que los demás e imploraba el auxilio de San Spiridion, todos los parientes chillaban por solidaridad e imploraban también la intervención del santo. La cacofonía resultante, dentro de aquel minúsculo espacio, había que oírla para creerla.

De pronto Katerina se agarró aún más fuerte al cabecero, con todos los músculos de sus morenos brazos en tensión. Se retorció, encogió las piernas y las abrió al máximo.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Bendito sea San Spiridion! —gritaron a coro todos los parientes—. y yo observé que en medio del amasijo enredado de vello púbico de Katerina aparecía una cosa blanca y redonda, algo así como la parte más esférica de un huevo. Tras un momento de pausa, Katerina volvió a apretar y exhaló un quejido ahogado; y cuál no sería entonces mi pasmo al ver que de dentro le salía la cabeza del niño como sale un conejo de una chistera, rápidamente seguida del cuerpo rosáceo y estremecido. La cara y los miembros de la criatura eran arrugaditos y delicados como pétalos de rosa, pero lo que más me impresionó fue que fuera tan diminuta y estuviera tan perfectamente formada. Adelantose la comadrona vociferando plegarias e instrucciones a Katerina, y recogió al niño de entre sus muslos ensangrentados. Pero en ese momento sucedió una cosa que me irritó muchísimo, y fue que todo el corro de parientes, impacientes por ver el sexo del recién nacido, dio un paso al frente, con lo cual me perdí la escena siguiente del drama, pues todo lo que alcancé a ver fueron las anchas y extraordinariamente rellenas posaderas de dos de las tías más gordas de Katerina.

Cuando conseguí abrir un túnel entre sus piernas y sus voluminosas faldas y situarme otra vez en primera fila, ya la comadrona —entre exclamaciones de gozo de todos los presentes— había declarado que el niño era varón y había cortado el cordón umbilical con una navaja grande y muy vetusta que se sacó de un bolsillo. Una de las tías se abalanzó al frente, y entre la comadrona y ella ataron el cordón. Luego, mientras la tía sostenía aquel pedazo de carne berreón y tembloroso, la comadrona metió el manojo de trapos en el cubo y procedió a lavar al niño. Hecho esto, llenó el vaso de vino y, tras darle un par de sorbos a Katerina, se echó el resto a la boca y se

puso a escupir vino desde sus encías desdentadas sobre toda la cabeza del niño, haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz sobre el cuerpecito. Luego se lo apretó contra el pecho y se volvió con fiereza a la multitud de parientes.

—¡Venga, venga! —chilló—. Ya está. Ya ha llegado. Fuera, fuera.

Riendo y parloteando con excitación, los parientes salieron en tropel e inmediatamente se pusieron a beber vino y a felicitarse unos a otros como si todos hubieran sido agentes directos del feliz natalicio. En el cuartito mal ventilado, que tan fuerte olía a sudor y a ajos, Katerina yacía exhausta sobre la cama y débilmente intentaba bajarse la bata para cubrir su desnudez. Me acerqué al borde de la cama y la miré.

—*Yasu*. Gerry mío —dijo, y esbozó una blanca caricatura de su brillante sonrisa normal. Allí tendida, parecía increíblemente vieja. La felicité cortésmente por el nacimiento de su primer hijo, y luego le di las gracias por la burra. Ella volvió a sonreír.

—Sal afuera —me dijo—. Te darán vino.

Salí del cuartito y corrí tras la comadrona, porque estaba ávido de ver cuál sería el siguiente paso en su tratamiento del niño. Detrás de la casa había extendido un mantel de lino blanco sobre una mesita, y allí le puso. Seguidamente cogió unos grandes rollos de lienzo que tenía preparados de antemano, como una venda muy ancha, y ayudada por una de las tías más ligeras y sobrias procedió a enrollarlo todo alrededor del cuerpo diminuto del bebé, deteniéndose cada dos por tres para asegurarse de que conservaba los brazos pegados a los costados y las piernas juntas. Lenta y metódicamente le fue liando y dejándole más tieso que un centinela de la guardia, hasta que sólo le quedó la cabeza fuera de aquel capullo de vendas. Intrigadísimo, le pregunté por qué liaba al niño.

—¿Por qué? ¿Por qué? —dijo, agitando las grises cejas sobre sus ojos lechosos de cataratas, que me miraban fieramente—. Porque si no se lía al niño no le crecerán los miembros derechos. Tiene los huesos blandos como manteca. Si no se le liara los miembros le crecerían torcidos, o, al patalear y mover los brazos, se le romperían los huesos como si fueran ramitas de carbón de encina.

Yo sabía que en Inglaterra no se ataba a los bebés de esa manera, y pensé si sería que los ingleses tenían los huesos más duros, por alguna razón; porque de otro modo tendría que haber muchísimos contrahechos entre los habitantes de las Islas Británicas. Tomé nota mentalmente para comentar aquella cuestión médica con Teodoro en la primera ocasión.

Después de beber varios vasos de vino en honor del niño y comerme un gran racimo de uvas, monté a Sally y volví a casa a paso lento. No me habría perdido aquella mañana por nada del mundo, pensé. Pero, al reflexionar sobre ello según caminábamos por la sombra moteada de los olivos, lo que más me admiraba era que

una cosa tan perfecta y tan bonita pudiera madurar y salir de dentro de una mujer que para mí era una vieja. Era algo así como romper la cáscara vieja, parda y espinosa de una castaña, y encontrar en su interior el precioso trofeo liso y brillante.

Segunda Parte: *Kontokali*

Ahora no menos que en la época clásica, la hospitalidad es, en efecto, un deber sagrado en estas islas, y un deber que se cumple a la perfección.

Profesor Anstead

Capítulo 4. La jungla en miniatura

Era un cálido día de primavera, azul como ala de arrendajo. Yo esperaba impaciente la llegada de Teodoro, porque íbamos a salir con la comida al campo, a una laguna que había a tres o cuatro kilómetros y que era uno de nuestros mejores cotos de caza. Aquellos días que pasaba con Teodoro, aquellas «expediciones», como él las llamaba, tenían para mí un interés absorbente, pero para él debían de ser muy fatigosos, porque desde que llegaba hasta que se despedía yo no dejaba de freírle a preguntas.

Por fin un golpeteo de cascos y un traqueteo anunciaron la llegada de su taxi por el camino, y de él bajó Teodoro, ataviado, como siempre, con la indumentaria menos adecuada para ir de recolección: pulcro traje de *tweed*. respetables botas muy bien lustradas y un sombrero hongo gris bien colocado en la cabeza. Las únicas notas discordantes con aquel atuendo de caballero de la capital eran la caja de recolección llena de tubos y frascos que llevaba colgada al hombro y una redecilla de cuyo extremo pendía un frasco, sujeta al puño del bastón.

—Ah, hum —dijo, estrechándome la mano gravemente—. ¿Cómo está usted? Veo que tenemos un día, hum… bueno para salir de expedición.

Dado que en aquella época del año había semanas enteras de días buenos, la cosa tenía poco de sorprendente, pero Teodoro se obstinaba en señalar siempre esa circunstancia, como si fuera un privilegio especial que nos concedieran los dioses de la recolección. Rápidamente recogimos la bolsa con la comida y los canecos de gaseosa que Mamá nos había preparado y nos los echamos a la espalda, junto con mi equipo de recolección, que era algo más extenso que el de Teodoro, porque a mí me interesaba todo y había que ir preparado para cualquier eventualidad.

Luego llamamos a Roger con un silbido y emprendimos la marcha por los soleados olivares, listados de sombra, con la isla entera, fresca y luminosa, ante nosotros. En aquella época del año los olivares estaban llenos de flores: pálidas anémonas con la punta de los pétalos teñida de rojo, como si hubieran estado sorbiendo vino; satiriones que parecían hechos de rosado merengue, y crocos amarillos tan gruesos, lustrosos y céreos que se dirían prestos a encenderse como una vela si se aplicase una cerilla a sus estambres. Seguíamos los toscos senderos de piedra entre los olivos, y luego continuábamos cosa de kilómetro y medio por la carretera bordeada de altos y añosos cipreses, cubierto cada uno de ellos de una capa de polvo blanco, como cien brochas oscuras cargadas de lechada. Al cabo dejábamos la carretera y coronábamos la cresta de un montecillo, y allí, a nuestros pies, se abría la laguna, de casi dos hectáreas de extensión, ceñidas sus orillas de revueltos juncos y verdosas de plantas sus aguas.

Aquel día, según bajábamos por la ladera del monte hacia el lago, yo iba un poco adelantado con respecto a Teodoro, y de pronto me paré en seco, atónito, para

contemplar el sendero que se extendía ante mí. Junto al borde del sendero corría un arroyuelo que bajaba haciendo eses hasta morir en la laguna. Era un arroyo tan minúsculo que el primer sol de primavera había bastado para secarlo, y sólo llevaba un hililló de agua. Por el lecho del arroyo, sobre el sendero y más allá de nuevo en el arroyo corría una cosa que a primera vista semejaba un cable grueso, pero que parecía misteriosamente dotado de vida propia. Mirándolo de cerca vi que se componía como de centenares de culebritas polvorientas. Llamé urgentemente a Teodoro y le señalé aquel fenómeno.

—¡Aja! —exclamó, con la barba erizada y un brillo de agudo interés en la mirada —. Hum, sí. Muy interesante. Son angulas.

¿Qué clase de culebra era una angula?, pregunté, ¿y por qué viajaban todas en procesión?

—No, no —respondió Teodoro—. No son culebras. Son crías de anguila, y al parecer, hum… al parecer se dirigen a la laguna.

Fascinado, me incliné sobre la larga columna de angulas, que, reseca la piel y cubiertas de polvo, reptaban con decisión entre piedras, hierbas y espinosos cardos. Se diría que había millones. ¿Quién habría esperado encontrarse con anguilas en aquel lugar seco y polvoriento?

—La historia, hum… la historia toda de la anguila —empezó a decir Teodoro, dejando en el suelo su caja de recolección y tomando asiento en una piedra a propósito— es muy curiosa. Sucede que en ciertas épocas las anguilas adultas abandonan las lagunas o los ríos donde vivían y, eh… descienden hasta el mar. Esto lo hacen todas las anguilas europeas, y también las norteamericanas. Adonde se dirigían fue durante mucho tiempo un misterio. Lo único, hum… lo único que sabían los científicos era que *no volvían*. pero que al cabo del tiempo venían estas crías y repoblaban los mismos ríos y arroyos. Tuvieron que transcurrir muchísimos años para que se descubriera lo que pasaba en realidad.

Hizo una pausa y se rascó la barba con gesto meditabundo.

—Todas las anguilas bajaban hasta el mar y luego cruzaban a nado el Mediterráneo, y después el Atlántico, hasta llegar al mar de los Sargazos, que, como usted sabe, está frente a la costa nororiental de Sudamérica. Claro está que… hum… las anguilas norteamericanas no tenían que hacer un viaje tan largo, pero iban también al mismo sitio. Allí se apareaban, ponían los huevos y se morían. La larva de la anguila, cuando sale del huevo, es un ser… hum… muy curioso…, algo así como una hojita transparente, tan distinto de la anguila adulta que durante mucho tiempo se la clasificó como un género aparte. Pues bien, esas larvas van volviendo muy despacio al lugar de donde procedían sus padres, y, cuando llegan a las costas del Mediterráneo o de Norteamérica, son así como éstas.

Al llegar a ese punto hizo otra pausa, volvió a rascarse la barba e insertó

delicadamente la punta del bastón en mitad de la columna móvil de angulas, que se revolvieron indignadas.

—Es como si tuvieran un instinto… hum… un instinto de retorno muy fuerte —prosiguió—. Calculo que debemos estar a unos tres kilómetros del mar, y sin embargo todas estas angulitas están atravesando todo este campo para volver a la laguna de donde salieron sus padres.

Atentamente paseó la mirada por el entorno, y luego apuntó con el bastón.

—Es un viaje muy arriesgado —observó, y en seguida comprendí por qué lo decía, porque justo en la vertical de la línea de anguilitas volaba un cernícalo, que allá arriba parecía una crucecita negra, y según le estábamos mirando se arrojó sobre ellas en picado y remontó el vuelo con una maraña de angulas firmemente sujeta entre las garras.

Reanudamos la marcha siguiendo la línea de angulas, porque llevaban la misma dirección que nosotros, y vimos a otros depredadores en acción. A nuestro paso alzaron el vuelo grupos de urracas y grajillas y un par de arrendajos, y por el rabillo del ojo vimos el destello bermejo de una zorra que desaparecía entre los arrayanes.

Para la llegada a la orilla de la laguna teníamos ya una pauta de conducta establecida. Primero manteníamos una larga discusión sobre qué olivo sería el más apropiado para dejar parte de nuestro equipo y la comida: cuál daría la mejor y mayor sombra al mediodía. Decidido este punto, hacíamos un montoncito con nuestras pertenencias al pie del árbol elegido, y, armados con nuestras redes y cajas de recolección, nos asomábamos a la laguna, donde vagueábamos felizmente durante toda la mañana, caminando con el paso lento y la atención concentrada de un par de garzas de pesca, metiendo las redes en el agua entretejida de algas. Allí era donde se veía a Teodoro en su elemento: cercado de libélulas de color escarlata que zumbaban como flechas a su alrededor, iba sacando de las profundidades de la laguna mágicos tesoros que el mismísimo Merlín habría envidiado.

Allí, en las quietas aguas de color oro vino, había una jungla en miniatura. Por el fondo iban de caza las mortíferas larvas de libélula, depredadores astutos como el tigre, que centímetro a centímetro se abrían paso entre el detrito de un millón de hojas del año anterior. Los renacuajos negros, cual bruñidas y relucientes pastillas de regaliz, retozaban en el agua somera como manadas de rollizos hipopótamos en algún río africano. Por las verdes frondas de algas vibraban y revoloteaban las turbas multicolores de animales microscópicos cual bandadas de aves exóticas, y entre las raíces de las frondas se desenroscaban los tritones, las sanguijuelas como grandes serpientes en la penumbra, estirándose implorantes, siempre hambrientas. Y los portamaderos, con sus astrosos gabanes de ramitas y detritos, reptaban vagamente como osos recién despiertos del sueño invernal, por los soleados montes y valles de lodo negro y blando.

—Aja, mire, esto es bastante interesante. ¿Ve usted esta cosita, hum… esta especie de gusano? Pues es la larva de la polilla «marca de china»[5]. Por cierto, que me parece que tiene usted una en su colección. ¿Cómo dice? Pues en inglés se llaman marca de china por las manchas que tienen en sus alas, y que, según dicen, se parecen mucho a las marcas que ponen los ceramistas en la base de… eh… en la base de las porcelanas *muy buenas*. En la porcelana de Spode, etcétera. Pues esta polilla es interesante porque es una de las pocas que tienen larvas acuáticas. Las larvas viven debajo del agua hasta… hum… hasta la pupación. Lo interesante de esta especie en concreto es que tiene, eh… hum… tiene dos formas de hembra. El macho, por supuesto, tiene alas completas y vuela desde el momento en que sale del huevo, y, eh… lo mismo hace una de las hembras. Pero la otra hembra cuando sale del huevo no, hum… no tiene alas y sigue viviendo debajo del agua, usando las patas para nadar.

Avanzó algunos pasos por la orilla, pisando el lodo ya seco y resquebrajado por el sol de primavera. Un martín pescador salió disparado de un sauce, como un cohete azul. En el centro de la laguna, un charrán descendió en picado y planeó sobre elegantes alas en forma de media luna. Teodoro hundió la red en el agua cenagosa, meciéndola suavemente, con el mismo movimiento que se acaricia a un gato. Luego la sacó y la sostuvo en alto, mientras el frasquito que pendía de ella era sometido a un escrutinio riguroso a través de una lente de aumento.

—Hum, sí. Algunos cíclopes. Dos larvas de mosquito. Aja, esto es interesante. Mire, este portamaderos se ha hecho el estuche enteramente con conchitas de planorbis. Qué cosa más… qué cosa más bonita. ¡Hombre! Aquí tenemos, me parece, sí, sí, aquí tenemos unos rotíferos.

Intentando por todos los medios no quedarme atrás de aquella avalancha de información, pregunté qué eran los rotíferos y contemplé a través de la lente a aquellos seres retorcidos y crispados, mientras Teodoro me explicaba.

—Los primeros naturalistas les pusieron un nombre que quería decir «animalillo en forma de rueda», por esos miembros tan extraños que tienen, ¿sabe? Los agitan de una manera muy curiosa, de modo que casi parecen, hum…, casi, hum… eh… las *ruedas* de un reloj. La próxima vez que vaya a verme le pondré alguno en el microscopio para que lo vea. La verdad es que son unos animales hermosísimos. Estas son todas hembras, naturalmente.

¿Y por qué era tan natural que fueran hembras?, pregunté.

—Esa es una de las cosas más interesantes del rotífero. Las hembras producen huevos vírgenes. Hum… es decir, producen huevos sin haber tenido contacto con el macho.

Hum… eh… viene a ser algo así como las gallinas, ¿comprende? Pero la diferencia está en que de los huevos *de rotífer*. salen otras hembras que a su vez son

capaces de poner más huevos que… hum… de los cuales a su vez salen hembras. Pero en ciertos momentos las hembras ponen huevos *más pequeños*. de los cuales salen machos. Ahora bien, como verá usted cuando se los ponga en el microscopio, la hembra tiene un cuerpo, ¿cómo diríamos?, muy *complejo*. con tubo digestivo, etcétera. El macho no tiene nada. En realidad, no es más que, eh… hum… no es más que una bolsa de esperma capaz de nadar.

Mudo de asombro estaba yo ante las complejidades de la vida privada del rotífero.

—Otra cosa curiosa de estos animales —prosiguió Teodoro, feliz de acumular milagro sobre milagro— es que en determinadas épocas, eh… si hace un verano caluroso o así y es posible que la charca se seque, se van al fondo y forman a su alrededor una especie de vaina dura. Es como un estado de *vida detenida*. porque la charca puede estar seca durante, eh… hum… pongamos siete u ocho años, y todo ese tiempo se lo pasan ahí en el polvo. Pero en cuanto cae la primera lluvia y llena la charca, reviven otra vez.

Reanudamos nuestro avance, pasando las redes por los globosos amasijos de huevos de rana y las tendidas sartas, como collares, de huevos de sapo.

—Aquí hay, eh… si quiere usted coger un momento la lupa y mirar… una hidra verdaderamente extraordinaria.

Al otro lado de la lente cobraba vida un fragmento diminuto de alga que llevaba pegada una alta y esbelta columna de color café, en cuya cúspide se veía una masa encrespada de elegantes tentáculos. Según la estaba yo mirando, una seria y obesa hembra de cíclope que arrastraba dos sacos grandes y aparentemente pesados de huevos rosáceos, y nadaba a tirones con gran esfuerzo, se acercó demasiado a los retorcidos brazos de la hidra. En un instante fue apresada, y dio un par de sacudidas violentas antes de recibir la picadura mortal. Yo sabía que, si se estaba uno un rato mirando, vería cómo el cíclope era engullido lenta e inexorablemente y pasaba, en forma de protuberancia, a lo largo de la columna de la hidra.

Al cabo la altura y el calor del sol nos decían que era hora de almorzar, y volviendo a nuestros olivos nos sentábamos a comer y a beber gaseosa, arrullados por el soñoliento canto de las primeras cigarras del año y el suave cucú interrogante de las tórtolas turcas.

—En griego —dijo Teodoro, masticando metódicamente su emparedado— la tórtola turca se llama *deka-octur*, sabe, «dieciochera». Cuenta la leyenda que cuando Jesucristo… hum… subía al Calvario con la cruz a cuestas, un soldado romano, viéndole exhausto, se apiadó de El. A la vera del camino estaba una vieja que vendía… hum… que vendía *leche*. conque el romano fue y le preguntó que a cómo vendía la taza. Ella le contestó que a dieciocho monedas. Pero el soldado no tenía más que diecisiete. Así que… eh… así que trató de convencer a la mujer de que le

diera una taza de leche para Cristo por diecisiete monedas, pero ella, codiciosa, no quiso bajar de las dieciocho. Conque, cuando Cristo fue crucificado, la vieja quedó convertida en tórtola, y condenada a repetir *dekaocto*, *dekaocto*, «dieciocho, dieciocho», hasta el fin de sus días. Si alguna vez consiente en decir *deka-epta*, diecisiete, recobrará su forma humana. Y si, por empecinamiento, dice *deka-ennaea*, diecinueve, entonces se acabará el mundo.

En la fresca sombra de los olivos, las minúsculas hormiguitas, negras y brillantes como bolitas de caviar, buscaban nuestras migas entre las hojas de olivo caídas el año anterior, secas, teñidas de pardo nuez y amarillo plátano por el sol del verano pasado, rizadas y crujientes como pestiños. A nuestras espaldas pasó por el monte un rebaño de cabras, con el tintineo lamentoso del cencerro de su jefa, y un rumor de desgarrones procedente de aquellas mandíbulas que devoraban indiscriminadamente todo el follaje que encontraban a su alcance. La jefa se nos acercó y nos contempló un instante con tristísimos ojos gualdos, lanzándonos resoplidos de aliento cargado de tomillo.

—No se las debería, eh… no se las debería dejar solas —dijo Teodoro, empujándola suavemente con el bastón—. Prácticamente hacen más daño al campo que ninguna otra cosa.

La jefa soltó un breve «bah» sardónico y se alejó, seguida de su destructiva hueste.

Durante cosa de una hora nos tumbábamos a dormitar y hacer la digestión, mirando, entre el enmarañado ramaje de los olivos, el cielo estriado de nubecitas blancas, como una azul ventana escarchada por la que un niño hubiera pasado los dedos.

—Bueno —decía Teodoro al fin, poniéndose en pie—. creo que tal vez debiéramos… en fin… mirar a ver qué nos ofrece el *otro* lado del lago.

Y una vez más emprendíamos el lento recorrido de la orilla. Poco a poco los tubos de ensayo, los frascos y los tarros se poblaban de trémula fauna microscópica, y mis cajas y latas y bolsas se llenaban a rebosar de ranas, galápagos de corta edad y un ejército de escarabajos.

—Supongo —decía al cabo Teodoro, de mala gana, volviendo la mirada al sol poniente—. supongo… en fin… que habrá que ir pensando en volver a casa.

Y trabajosamente nos echábamos al hombro las cajas de recolección, ahora pesadísimas, y poníamos rumbo a casa con pies cansados, precedidos por Roger, que marchaba por delante con sobrio trote y la lengua colgante cual rosada banderola. Ya en la villa trasladábamos nuestras capturas a locales más espaciosos, y luego nos sentábamos a descansar y a comentar la labor del día, bebiendo tazas y tazas de té caliente y estimulante y atracándonos de doradas magdalenas, burbujeantes de mantequilla, recién salidas del horno de Mamá.

Fue en una ocasión en que visité aquella laguna sin la compañía de Teodoro cuando cogí, por pura casualidad, un animal que deseaba conocer desde hacía mucho tiempo. Al sacar la red del agua y examinar la enmarañada masa de algas que contenía, encontré allí, agazapada, lo que menos me habría esperado encontrar: una araña. Me puse contentísimo, porque había leído cosas acerca de ese curioso animal, que debe ser una de las especies de arácnido más sorprendentes del mundo, porque lleva una existencia acuática muy fuera de lo común. Medía como un centímetro de largo, y tenía unos dibujos un tanto inconcretos en plata y pardo. La deposité triunfalmente en una de las latas de recolección y la llevé a casa con ternura.

Allí organicé un acuario con fondo de arena y lo decoré con ramitas muertas y frondas de plantas acuáticas. Deposité a la araña en una de las ramitas que sobresalía por encima del agua y esperé a ver qué hacía. Inmediatamente corrió por la ramita abajo y se sumergió en el agua, donde adquirió un vivo y hermoso color plata, por las numerosas burbujas de aire diminutas que quedaban atrapadas en las vellosidades de su cuerpo. Unos cinco minutos pasó correteando bajo la superficie, investigando todas las ramitas y plantas, antes de resolver en qué lugar quería hacerse su casa.

Hay que decir que la araña acuática es el verdadero inventor de la campana de buzo. Me senté frente al acuario para observar, absorto, cómo la hacía. Primero tendió varias hebras largas de seda desde las plantas a las ramitas. Estas hebras harían el oficio de vientos. Luego, situándose más o menos en el centro de esas guías, procedió a tejer una tela plana, de forma ovalada irregular y más o menos como todas, pero de malla más fina, de suerte que más parecía una telaraña casera cargada de polvo. Este trabajo le llevó cerca de un par de horas. Construida a su entera satisfacción la estructura de su hogar, faltaba dotarla del suministro de aire. Para esto hizo numerosos viajes a la superficie, saliendo al exterior. Cuando volvía al agua, tenía el cuerpo plateado de burbujas de aire. Entonces bajaba corriendo y ocupaba su puesto debajo de la tela, y, frotándose las patas, se desprendía de las burbujas, que se elevaban e inmediatamente quedaban atrapadas bajo la tela. Hecho esto cinco o seis veces, todas las burbujitas de debajo de la tela se habían amalgamado formando una sola burbuja grande. Conforme la araña añadía más y más aire a la burbuja y ésta aumentaba de tamaño, su fuerza empezó a empujar la tela hacia arriba, hasta que, al rato, la araña logró el fin pretendido: entre la planta acuática y las ramas, firmemente anclada por los vientos, quedó suspendida una envoltura campaniforme llena de aire. Ese sería el hogar de la araña, que le permitiría vivir muy cómodamente sin tener que hacer visitas frecuentes a la superficie; porque, según yo sabía, el aire contenido en la campana sería renovado por el oxígeno que desprendían las plantas, y el monóxido de carbono producido por la araña se escaparía a través de las sedosas paredes de su casa.

Contemplando aquella prodigiosa muestra de artesanía, me preguntaba yo cómo

demonios habría podido la primera araña acuática (que quería *llegar a ser* araña acuática) inventar aquel ingenioso sistema de vida bajo el agua. Pero la costumbre de vivir en un submarino de fabricación propia no es la única peculiaridad de esta araña. A diferencia de lo que sucede en la inmensa mayoría de las especies, el macho viene a ser el doble de grande que la hembra, y, una vez apareados, no es devorado por su esposa, como tan a menudo ocurre en la vida conyugal de los arácnidos. Por el tamaño se veía que mi araña era hembra, y me pareció que tenía el abdomen algo hinchado. Pensé que podría estar esperando un feliz acontecimiento, y en vista de ello puse buen cuidado en asegurarle abundancia de buenos alimentos. Le gustaban las gordas dafnias verdes, que atrapaba con extraordinaria destreza cuando pasaban nadando a su lado; pero probablemente su plato favorito eran las diminutas larvas de tritón recién salidas del huevo, a quienes nunca vacilaba en atacar, a pesar de ser una presa muy grande para ella. Capturada la golosina que buenamente pasara, se la llevaba a la campana y allí se la comía con toda comodidad.

Llegó el gran día en que la encontré añadiendo una extensión a la campana. Se lo tomó con calma, y tardó dos días en completarla. Y una mañana, al asomarme al tanque, tuve la alegría de ver que la *nursery* albergaba una pelota redonda de huevos, que a su debido tiempo dejaron salir réplicas en miniatura de su madre. Pronto me encontré con más arañas acuáticas de las que habría querido, y me enfadé mucho cuando descubrí que la madre, con absoluta carencia de sentimientos maternales, no le hacía ascos a alimentarse de su propia descendencia. De modo que tuve que pasar a las crías a otro acuario, pero según crecían les dio por comerse unas a otras, conque al final no me quedé más que con dos que parecían ser las más inteligentes, y a todas las demás me las llevé a la laguna y las solté.

Fue por aquella época en que yo estaba enfrascado con las arañas acuáticas cuando, por fin, se presentó en casa Sven Olson. Para consternación de Mamá, Larry había tomado la costumbre de invitar a hordas enteras de pintores, poetas y novelistas sin consultarla previamente. Sven Olson era escultor, y algún aviso habíamos tenido de su llegada inminente, porque durante varias semanas nos había bombardeado con telegramas contradictorios acerca de sus movimientos, telegramas que habían vuelto tarumba a mi madre, que no paraba de hacerle y deshacerle la cama. Estábamos ella y yo tomando el té tan tranquilos en la veranda cuando apareció un coche de punto, subió por la avenida y se paró delante de la casa. En el asiento de atrás venía un hombre enorme, que guardaba un parecido facial notable con las reconstrucciones del hombre de Neanderthal. Vestía camiseta blanca, voluminosos bombachos de cuadros de colores y sandalias. Sobre la descomunal testa reposaba un sombrero de paja de anchas alas, con sendos orificios a uno y otro lado de la copa, que indicaban que había sido diseñado para uso de un caballo. Pesadamente bajó el hombrote del coche, cargado con una maleta de cuero muy grande y baqueteada, y un acordeón. Mamá y

yo salimos a recibirle. Al vernos llegar se quitó el sombrero y saludó con una inclinación, dejando ver que aquel inmenso cráneo estaba totalmente mondo de pelo, fuera de una extraña y desflecada coletilla gris en el cogote.

—¿Es usted la señora Durrell? —inquirió, fijando en Mamá unos ojos azules grandes e infantiles—. Mucho gusto en conocerla. Yo soy Sven.

Hablaba un inglés impecable, sin indicios apenas de deje extranjero, pero en cambio la voz era rarísima, porque oscilaba entre un tono lleno y profundo de barítono y un falsete temblón, como si a pesar de su edad la estuviera empezando a cambiar. Ofreció a Mamá una mano muy grande, blanca y espatulada, y volvió a inclinarse.

—Me alegro mucho de que por fin haya conseguido usted llegar hasta aquí —dijo Mamá, con mucha animación y poca sinceridad—. Haga el favor de pasar. ¿Le apetece tomar una taza de té?

Yo cogí el acordeón y la maleta, y pasamos los tres a sentarnos en la veranda, donde nos servimos té y nos quedamos mirándonos los unos a los otros. Se hizo un silencio largo, largo, mientras Sven ingería una tostada y de cuando en cuando dirigía a Mamá sonrisas amorosas que ella le devolvía, exprimiéndose el cerebro en busca de temas de conversación de suficiente altura intelectual. Sven se tragó entero un pedazo de tostada y tosió violentamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Me encantan las tostadas —jadeó—. Me entusiasman. Pero siempre me pasa lo mismo.

Le hicimos tomar más té, y al cabo se extinguieron sus paroxismos. Entonces se echó hacia delante, con las enormes manos cruzadas sobre el regazo, blancas como el mármol sobre el espantoso dibujo de los bombachos, y clavó en Mamá una mirada interrogante.

—¿Será usted… —preguntó ilusionado—. será usted, por casualidad, aficionada a la música?

—Bueno… —titubeó Mamá bastante sorprendida, y evidentemente bajo la terrible sospecha de que, si decía que sí, a lo mejor Sven le pedía que cantase—. sí me gusta la música, cómo no, pero…, pero no sé tocar nada.

—Me figuro —dijo Sven, como con pocas esperanzas— que no le apetecería que le interpretara alguna cosa.

—Ah, sí, sí, ya lo creo —dijo Mamá—. Me agradaría mucho oírle.

Sven le sonrió con amor, cogió el acordeón y lo abrió; lo extendió como una oruga, y del instrumento salió un ruido semejante al final de un rebuzno de asno.

—Tiene un poco de aire de mar dentro —dijo Sven, dándole unas palmaditas cariñosas.

Se lo colocó mejor sobre el ancho pecho, dispuso cuidadosamente sobre las teclas sus dedos gruesos como salchichas, cerró los ojos y empezó a tocar. Era una melodía

muy complicada y muy rara. Sven mostraba en su feo rostro tal expresión de arrobamiento, que yo me moría de risa y tuve que morderme los carrillos para no explotar. Mamá escuchaba muy tiesa, con gesto de cortesía congelada, como un director de fama mundial obligado a escuchar un recital de silbato. Por fin la melodía se acabó, con un final abrupto y discordante. Sven exhaló un suspiro de puro deleite, abrió los ojos y dirigió una sonrisa a Mamá.

—¡Qué bonito es Bach! —dijo.

—¡Ah, sí! —dijo Mamá con entusiasmo bien simulado.

—Me alegro de que le guste —dijo Sven—. Le voy a tocar otra cosa.

Y durante toda una hora nos tuvo allí atrapados, tocando una pieza tras otra. Cada vez que Mamá iniciaba algún movimiento buscando la huida, Sven alzaba una manaza, como deteniendo una fila de tráfico imaginario, y con gesto malicioso decía: «La última»; y Mamá respondía con una trémula sonrisa y volvía a sentarse.

De modo que fue grande nuestro alivio cuando el resto de la familia regresó del pueblo. Larry y Sven bailotearon uno alrededor del otro, rugiendo como un par de toros e intercambiando abrazos apasionados, y luego Larry se lo llevó a su cuarto y allí estuvieron horas y horas encerrados. De vez en cuando nos llegaban sus sonoras risotadas.

—¿Qué tal es? —preguntó Margo.

—Pues, hija, si te he de decir la verdad, no lo sé —respondió Mamá—. No ha hecho más que tocar desde que llegó.

—¿Tocar? ¿Tocar qué? —preguntó Leslie.

—El aristón, o como se llame eso —dijo Mamá.

—¡Dios santo! ¡No los soporto! —exclamó Leslie—. Espero que no se dedique a tocar por toda la casa.

—No, no, seguro que no —se apresuró a decir Mamá, pero el tono con que lo dijo delataba escasa convicción.

Justo en ese momento volvía a salir Larry a la veranda.

—¿Dónde está el acordeón de Sven? —preguntó—. Quiere tocar una cosa.

—¡Santo cielo! ¿Lo ves? Te lo he dicho —dijo Leslie.

—Espero que no se pase *todo* el rato tocando el acordeón, hijo —dijo Mamá—. Ya nos ha tenido una hora aguantándolo, y a mí me ha dado un dolor de cabeza terrible.

—¡Pues claro que no se va a estar todo el rato tocando! —dijo Larry irritado, cogiendo el acordeón—. Sólo quiere interpretarme una canción. ¿A vosotros qué os ha tocado?

—Unas músicas rarísimas —dijo Mamá—. De ese compositor…, tú sabes quién es…, de Paj, o como se diga.

Decir que el resto del día fue atosigante es poco. El repertorio de Sven parecía

inagotable, y cuando, en el transcurso de la cena, se empeñó en pintarnos la hora del rancho en una fortaleza escocesa a base de dar vueltas y vueltas alrededor de la mesa al son de una de las más inarmónicas *reels* escocesas, yo vi que las defensas de la familia se desmoronaban. Hasta Larry puso cara de cierta preocupación. Roger, que era espontáneo y directo en su trato con los seres humanos, resumió la opinión que le merecía la actuación de Sven echando atrás la cabeza y aullando con desconsuelo, cosa que normalmente sólo hacía al oír el himno nacional.

Pero a los tres días de tener a Sven con nosotros ya estábamos más o menos hechos a su acordeón, y encantados con su persona. Aquel hombre rezumaba una especie de bondad inocente que hacía imposible enfadarse con él, hiciera lo que hiciera, como no se enfada uno con un bebé porque se moje los pañales. En seguida se hizo querer de Mamá, porque resultó ser un cocinero entusiasta, que iba a todas partes con un enorme cuaderno con pastas de cuero, donde anotaba las recetas. Mamá y él se pasaban la vida en la cocina enseñándose mutuamente a hacer sus platos predilectas y el resultado eran comidas de tal volumen y esplendor que todos empezamos a sentirnos empachados y un poco caídos.

Había transcurrido una semana desde su llegada cuando una mañana Sven se dejó caer por la habitación que yo orgullosamente llamaba mi estudio. En aquella villa inmensa teníamos tal sobreabundancia de habitaciones, que yo había conseguido que Mamá me asignara un cuarto donde poder meter todos mis animales.

Mi zoo era por entonces bastante extenso. Estaba Ulises, el autillo, que pasaba todo el día posado en la galería de encima de la ventana, fingiéndose tronco de olivo en descomposición, y de vez en cuando, con mirada de infinito desdén, regurgitando una píldora al papel de periódico extendido en el suelo. El contingente de perros se había elevado a tres con la llegada de un par de chuchetes que una familia campesina me había regalado por mi cumpleaños, y a quienes, por su comportamiento absolutamente indisciplinado, se habían dado los nombres de Widdle y Puke[6]. Había filas y filas de tarros, unos con ejemplares en alcohol, otros con animales microscópicos. Y había también seis acuarios que albergaban todo un muestrario de tritones, ranas, culebras y sapos. Mis colecciones de mariposas, escarabajos y libélulas se apilaban en cajas con tapa de vidrio.

Me asombró que Sven manifestara un interés profundo y casi reverente por mi colección. Encantado de que alguien mostrara entusiasmo por el zoo de mis amores, le hice un *tour* minucioso y se lo enseñé todo, incluso (tras tomarle juramento de silencio) mi familia de diminutos escorpiones color chocolate, que había introducido en casa de tapadillo. Una de las cosas que más le impresionaron fue la campana subacuática de la araña, frente a la cual permaneció en silencio, contemplando con sus ojazos azules muy abiertos cómo la araña atrapaba la comida y la subía a la cupulita. Tan grande era su interés, que, sin demasiada confianza, sugerí que quizá le

gustara que pasáramos algún rato juntos en los olivares, y así podría enseñarle algunos de aquellos animales en sus ambientes naturales.

—¡Qué amable eres! —me dijo, y su cara feota se iluminó—. ¿Seguro que no será una molestia para ti?

No, le aseguré que no sería ninguna molestia.

—Pues a mí me haría mucha ilusión —dijo Sven—. Me haría muchísima ilusión.

Conque, desde aquel día hasta el final de su estancia, desaparecíamos de la villa después del desayuno y pasábamos un par de horas en los olivares.

El día de la partida de Sven —se marchaba en el barco de la tarde— le dimos un almuerzo de despedida, e invitamos a Teodoro. Contentísimo de tener un nuevo oyente, Sven le dio inmediatamente un recital de media hora de Bach al acordeón.

—Hum… —dijo Teodoro, luego que hubo acabado—. ¿sabe usted, eh…, sabe usted alguna otra melodía?

—Usted dirá, doctor —repuso Sven, abriendo los brazos en expansivo ademán—. Le interpreto lo que usted quiera.

Teodoro se balanceó pensativo sobre las puntas de los pies, y tras un momento inquirió tímidamente:

—¿No sabrá usted por casualidad, eh…, no sabrá usted una canción que se llama «Hay una Taberna en el Pueblo»?

—¡Claro que sí! —dijo Sven, e inmediatamente atacó los primeros compases.

Teodoro se puso a cantar briosamente, con la barba erizada y los ojos brillantes, y al acabar Sven pasó sin pausa a «Clementine». Envalentonada por la filistea actitud de Teodoro hacia Bach, Mamá preguntó a Sven si sabía tocar «Si Yo Fuera un Mirlo» y «La Canción de la Rueca», y él prestamente las ejecutó de manera magistral.

Llegó el taxi que había de llevarle al muelle, y Sven nos abrazó cariñosamente uno por uno, arrasados sus ojos en lágrimas. Trepó después a la trasera del coche con la maleta junto a sí y el valioso acordeón sobre el regazo, y hasta que el taxi desapareció por el camino nos estuvo diciendo adiós con gestos desaforados.

—¡Qué hombre tan *varonil*! —dijo Mamá con satisfacción mientras entrábamos en casa—. ¡De los que ya no quedan!

—Pues se lo deberías haber dicho a él —dijo Larry, tendiéndose en el sofá y cogiendo el libro que estaba leyendo—. No hay cosa que más le guste a un homófilo que le digan que es varonil.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mamá, poniéndose las gafas y clavando en mi hermano una mirada recelosa.

Larry bajó el libro y la miró, extrañado.

—A los homosexuales les gusta que les digan que son varoniles —dijo por fin, pacientemente y con el aire de quien explica un problema sencillo a un niño retrasado.

Mamá seguía mirándole de hito en hito, tratando de dilucidar si era o no era una de las rebuscadas bromas de Larry. Al fin habló:

—¿No pretenderás decirme… que ese hombre es…, que es un…, que es uno *de ésos*.

—Por Dios, Mamá, claro que lo es —dijo Larry irritado—. Es un mariconazo de toda la vida…; si ha salido pitando para Atenas es porque está viviendo con un chipriota deslumbrante de diecisiete años y no se fía de él.

—¿Quieres decir —preguntó Margo, con los ojos como platos— que tienen *celos* unos de otros?

—¡Pues claro! —dijo Larry, y, abandonando el tema, reanudó la lectura.

—¡Qué curioso! —prosiguió Margo—. ¿Has oído, Mamá? Llegan a tener celos…

—¡Margo! —la paró en seco Mamá—. No vamos a entrar en eso. Lo que *yo* querría saber, Larry, es ¿por qué le invitaste a que viniera si sabías que, en fin, que tenía esa inclinación?

—¿Y por qué no? —preguntó Larry.

—Hombre, podías haber pensado en Gerry, aunque sólo fuera por eso —dijo Mamá echando chispas.

—¿Gerry? —repitió Larry, sorprendido—. ¿Gerry? ¿Y qué pinta Gerry en esto?

—¿Que *qué pint.*? Mira, Larry, a veces me pones de mal humor. Ese hombre podría haber sido una mala influencia sobre el chico si hubiera tenido mucho trato con él.

Larry se arrellanó en el sofá, miró a Mamá, exhaló un pequeño suspiro de exasperación y dejó el libro.

—Durante las tres últimas mañanas —empezó— Gerry le ha estado dando clases de historia natural a Sven en los olivares. Y no parece que eso les haya hecho perjuicios irreparables a ninguno de los dos.

—¿Cómo dices? —chirrió Mamá—. ¿Cómo dices?

Sentí llegado el momento de intervenir. Al fin y al cabo, Sven me caía simpático. Expliqué cómo, al principio de su estancia con nosotros, se había acercado por mi cuarto, y en seguida había quedado admirado y fascinado por mi colección de animales. Pensando que más valía un converso que una docena de santos, me había ofrecido a llevarle a los olivares y enseñarle todos mis cotos de caza. Por eso todas las mañanas nos íbamos a los olivares, y Sven se estaba las horas muertas tumbado en el suelo, contemplando cómo las atareadas hileras de hormigas transportaban sus semillitas de hierba, o cómo la bulbosa hembra de la mantis depositaba su ooteca espumosa sobre una piedra, o asomado a las madrigueras de las mígalas, murmurando para sí: «¡Maravilloso! ¡Maravilloso!», tan extasiado que se me ablandaba el corazón de oírle.

—Bueno, mira, hijo —dijo Mamá—. creo que lo más prudente es que, en lo

sucesivo, si quieres salir de paseo con un amigo de Larry me lo consultes a mí antes.

Capítulo 5. Sepias y sellos

Cada mañana, al despertar, me encontraba el dormitorio atigrado por el sol que se colaba por los postigos. Como siempre, los perros habían conseguido subirse a la cama sin que yo me diera cuenta, y, ocupando más espacio del que en justicia les correspondía, dormían con sueño profundo y apacible. Ulises, posado junto a la ventana, contemplaba fijamente las barras de luz dorada, reducidos sus ojos a una ranura de malévola reprobación. Afuera se oía el ronco y sarcástico canto de un gallo y el blando murmurar de las gallinas (sonido apaciguante como el borboteo del *porridge*) que comían bajo los naranjos y los limoneros, el campanilleo lejano de esquilas de cabras, el agudo piar de gorriones en los aleros, y el súbito estallido de gritos sibilantes e implorantes que indicaba que al nido de golondrinas de debajo de mi ventana había llegado uno de los padres con un cargamento de comida para la prole. Yo apartaba la sábana y echaba a los perros al suelo, donde se sacudían y estiraban y bostezaban, rizadas sus rosadas lenguas como hojas exóticas, y luego me asomaba a la ventana y abría los postigos. Inclinado sobre el alféizar, bajo el sol mañanero que calentaba mi cuerpo desnudo, me rascaba pensativamente los puntitos rojos que las pulgas de los perros me habían dejado en la piel, mientras mis ojos se acomodaban a la luz. Luego paseaba la mirada sobre las plateadas copas de los olivos, hasta la playa y el mar azul que se extendía a ochocientos metros de la casa. Era en aquella playa donde de cuando en cuando sacaban sus redes los pescadores, y siempre que lo hacían era una ocasión especial para mí, porque la red arrastrada a la orilla desde las profundidades de la bahía azul contenía un sinnúmero de fascinantes animales marinos que de otro modo quedaban fuera de mi alcance.

Si veía las barquitas de pesca cabeceando en el agua me vestía a toda prisa, y echando mano al equipo de recolección bajaba corriendo entre los olivos hasta la carretera y por ésta hasta la playa. Conocía a casi todos los pescadores por sus nombres, pero había uno que era más amigo mío que los otros, un mozo alto y fuerte con una mata de pelo color caoba. Se llamaba Spiro —¡cómo no!—. apócope de Spiridion, y para distinguirle de todos los demás Spiros conocidos, yo le llamaba Kokino, «rojo». A Kokino le gustaba mucho conseguirme ejemplares, y, aunque los animales en sí no le interesaban nada, mi evidente contento le producía gran satisfacción.

Un día bajé a la playa y la red estaba ya a medio sacar. Los pescadores, de tez parda como cáscara de nuez, tiraban de los cabos empapados, con los dedos de los pies muy abiertos sobre la arena, acercando palmo a palmo a la playa la voluminosa bolsa.

—Salud, *kyri*. Gerry —me gritó Kokino, saludándome con una manaza llena de pecas, relumbrante su mata de pelo al sol como una hoguera—. Hoy tiene que haber

buenos animales para ti, porque hemos echado la red en un sitio nuevo.

Sentado en cuclillas en la arena, esperé pacientemente mientras los pescadores, entre cháchara y bromas, jalaban sin pausa. Al fin la parte alta de la red sobresalía del agua somera, y al romper la superficie dejaba ver el brillo y el centelleo de los peces. Ya sobre la arena parecía como si estuviera viva, de tal modo la hacían latir los peces desde dentro, y se oía el continuo *stacatto* de las colas que batían fútilmente unas contra otras. Se traían los cestos y los pescadores iban sacando los peces de la red y echándolos en ellos. Peces rojos, peces blancos, peces a rayas de color vino, escorpenas como flamígeros tapices. A veces había un pulpo o una sepia que desde dentro de la red miraba con expresión de alarma en sus ojos humanoides. Una vez que todo el contenido comestible de la red quedaba puesto a buen recaudo en los cestos, llegaba mi turno.

En el fondo de la red quedaba un amasijo de piedras y algas, y allí encontraba yo mis trofeos. Un día fue una piedra plana y redonda sobre la cual crecía un perfecto arbolito de coral blanco puro; parecía un haya joven en invierno, con las ramas desnudas de hojas y cubiertas de una capa de nieve. A veces había asterinas, del grueso de un bizcocho y casi igual de grandes. Estas estrellas de mar no tenían brazos puntiagudos como las normales, sino que acababan en un borde redondeado, y eran de color crema pálido, con un vivo dibujo de manchas rojas. En otra ocasión conseguí dos cangrejos increíbles, cuyas pinzas y patas recogidas encajaban con precisión impecable en los costados del caparacho oval. Estos cangrejos eran blancos, con un dibujo de color herrumbre en el dorso que recordaba un rostro oriental. Ni de lejos se habría podido llamar a aquello coloración protectora; imagino que debían tener pocos enemigos para poder moverse por el fondo del mar con una librea tan llamativa.

En la mañana de mi relato estaba yo repasando un montón de algas cuando Kokino, guardados ya los últimos peces en los cestos, se acercó a ayudarme. Había el habitual surtido de calamaritos del tamaño de una caja de cerillas, peces aguja, maídos y un muestrario de peces diminutos que, a pesar de su pequeño tamaño, no habían podido escapar entre las mallas de la red. De pronto Kokino soltó un gruñido, medio sorprendido medio divertido, y sacando algo de una maraña de algas me lo acercó en la callosa palma de su mano. Apenas pude dar crédito a mis ojos: era un caballito de mar. Verde-pardo, esmeradamente ensamblado, con todo el aspecto de una estrafalaria pieza de ajedrez, yacía en la mano de Kokino boqueando con sus extraños morros y enroscando y desenroscando la cola frenéticamente. Sin perder un instante se lo arrebaté y lo sumergí en un tarro lleno de agua salada, rogando mentalmente a San Spiridion que hubiera llegado a tiempo de salvarlo. Vi con satisfacción que se enderezaba y se quedaba suspendido en el tarro, con una borrosidad a cada lado de su cabeza equina que era todo lo que se distinguía del rápido movimiento de las aletitas. Sin otras pausas que las necesarias para comprobar

que el animal seguía estando bien, registré el resto de las algas con el mismo fervor con que un buscador de oro registra el lecho de un arroyo donde ha encontrado una pepita; y mi diligencia se vio recompensada, porque en pocos minutos tuve seis caballitos de mar de diferentes tamaños suspendidos en el tarro. Loco de alegría ante mi buena suerte, me despedí apresuradamente de Kokino y los otros pescadores y corrí a casa.

Allí desalojé sin miramiento a catorce luciones y usurpé su acuario para hospedar en él a mis nuevas presas. Sabía que el oxígeno contenido en el tarro no duraría mucho tiempo, y tenía que actuar con rapidez si quería conservar vivos a los caballitos. Cargado con el acuario corrí otra vez hasta el mar, lo lavé cuidadosamente, llené de arena el fondo y de nuevo salí zumbando hacia la villa; luego tuve que correr al mar con cubos otras tres veces para llenarlo con la cantidad de agua necesaria. Al vaciar el último cubo me encontraba tan acalorado y sudoroso que empecé a preguntarme si los caballitos merecerían todo aquel esfuerzo, pero bastó introducirlos en el acuario para saber que sí. Había puesto dentro una rama muerta de olivo con ramitas secundarias, que anclé en la arena, y, según iban cayendo del tarro los caballitos, se enderezaban y en seguida, como potrillos recién sueltos en un campo, daban vueltas y vueltas al acuario, moviendo las aletas tan deprisa que no se les veían y cada uno parecía impelido por un motorcillo interno. Hecha esta inspección al galope, por así decirlo, de su nuevo territorio, todos se dirigían a la rama de olivo, enroscaban amorosamente la cola alrededor de ella y se quedaban allí dispuestos en formación y muy serios.

Los caballitos cosecharon un éxito inmediato. Fueron prácticamente el único animal introducido por mí en la villa que se ganó la aprobación unánime de la familia. Hasta Larry hacía visitas furtivas a mi estudio para verlos zumbar y cabecear en su tanque. Me robaban muchísimo tiempo, porque descubrí que el agua de mar se enranciaba en seguida, y para tenerla clara y fresca tenía que acarrearla en cubos desde la orilla cuatro o cinco veces al día. Era un sistema agotador, pero me alegré de mantenerlo, pues de otro modo no habría presenciado un espectáculo extraordinario.

Uno de los caballitos, evidentemente ya viejo porque era casi negro, tenía una panza muy desarrollada que yo atribuí simplemente a la edad. Pero una mañana observé que a lo largo de la panza mostraba una raja, casi como si le hubieran hecho un corte con una cuchilla de afeitar. Estaba yo mirándole y preguntándome si se habrían peleado, y en tal caso qué usaban como arma (porque parecían totalmente indefensos), cuando, para mi total y absoluto asombro, la rajita se abrió un poco y por allí salió nadando una réplica diminuta y frágil del caballito. Casi no podía yo dar crédito a mis ojos, pero tan pronto como el primer bebé estuvo fuera de la bolsa y colgando en el agua clara, otro vino a unírsele, y otro, y otro, hasta llegar a veinte los caballitos microscópicos que flotaban como una nubecilla de humo en torno a su

gigantesco progenitor. Aterrado por la posibilidad de que los otros adultos se comieran a los bebés, me apresuré a organizar un segundo acuario y trasladé a él lo que tiernamente tomaba por una madre con sus hijos. Mantener agua fresca en dos acuarios resultó ser una tarea aún más hercúlea, y empecé a sentirme bestia de carga; pero estaba decidido a aguantar hasta el jueves, día en que Teodoro venía a tomar el té, para enseñarle mis adquisiciones.

—Aja —dijo, asomándose a los tanques con interés profesional—. son verdaderamente interesantísimos. Desde luego, según los libros hay caballitos de mar en esta zona, pero yo no, eh…, esto…, yo no los había visto hasta ahora.

Le mostré la madre con su enjambre de bebés.

—No, no —dijo—. No es la madre, es el padre.

Al pronto pensé que me estaba tomando el pelo, pero en seguida me explicó que la hembra ponía los huevos y, una vez fecundados por el macho, éste se los metía en aquella bolsa incubatriz especial, y allí maduraban y se abrían, de modo que lo que yo había tomado por orgullosa madre, era en realidad un orgulloso padre.

Pronto el trabajo de mantener mi cuadra de caballitos de mar aprovisionada de alimento marino microscópico y agua fresca se hizo demasiado gravoso, así que con todo el dolor de mi corazón tuve que llevarlos al mar y soltarlos.

Fue Kokino quien, además de engrosar mi colección con animales procedentes de sus redes, me enseñó uno de los sistemas de pesca más novedoso que yo había conocido.

Un día me lo encontré en la orilla, metiendo en su desvencijada barquita una lata de gasolina llena de agua salada. En el fondo de la lata reposaba una sepia de gran tamaño y expresión muy cariacontecida. Kokino le había atado un cordel por donde se unía la cabeza con el corpachón en forma de huevo. Le pregunté adonde iba, y me dijo que a pescar sepias. Me extrañó mucho, porque en la barca no había ni sedales ni redes, ni un tridente siquiera. ¿Con qué pensaba coger sepias?

—Con amor —fue su enigmática respuesta.

Pensé que como naturalista era mi deber estudiar todos los sistemas de captura de animales, así que le pregunté si podía acompañarle para conocer aquel misterioso procedimiento. Sacamos la barca a la ensenada azul, hasta tener por debajo un par de brazas de agua clara como el cristal. Allí Kokino tomó el extremo del largo cordel que había atado a la sepia y se lo ató cuidadosamente al dedo gordo de un pie; luego cogió la sepia y la arrojó por la borda. Ella quedó a flote por breves instantes, mirándonos con expresión de incredulidad, y en seguida, escupiendo chorros de agua, se alejó con una serie de tirones bruscos, arrastrando el cordel tras de sí, y desapareció en la azul profundidad. El cordel corrió despacio por encima de la borda, y al fin se tensó hasta el dedo de Kokino. El encendió un cigarrillo y se revolvió el rojo pelo.

—Bueno —dijo, dirigiéndome una ancha sonrisa—. vamos a ver lo que puede el amor.

Tomó los remos y llevó la barca despacio y con suavidad sobre las aguas, deteniéndose una y otra vez para mirar con intensa concentración el cordel atado a su dedo. De repente dio un gruñido, dejó que los remos se plegaran a los costados de la barca como las alas de una mariposa y empezó a recoger la línea. Yo me incliné sobre la borda, escudriñando atentamente el agua clara hacia el extremo de la tensa línea negra. Por fin allá abajo se hizo visible algo borroso; Kokino recogió el cordel más deprisa y apareció la sepia. Al aproximarse vi con asombro que no era una sepia sino dos, que venían trabadas en apasionado abrazo. Rápidamente Kokino las trajo al costado y de un tirón seco las echó al fondo de la barca. Tan entretenida estaba la sepia macho con su adorada que ni siquiera la súbita transición de su ambiente acuático al aire exterior pareció preocuparla lo más mínimo; tenía agarrada a la hembra con tal fuerza, que Kokino tardó cierto tiempo en desasirla y echarla a la lata de agua salada.

La originalidad de aquella forma de pesca me la hizo muy simpática, aun bajo la oscura sospecha de que tal vez fuera poco deportiva. Venía a ser como coger perros a base de pasearse con una perra en celo atada a una correa larga. En una hora cogimos cinco machos de sepia dentro de un sector relativamente reducido de la bahía, y me sorprendió mucho que hubiera esa densidad de población en tan pequeño espacio, porque era un animal al que rara vez se veía, a menos que se saliera a pescar de noche. Durante todo ese tiempo la hembra representó su papel con una especie de indiferencia estoica, pero aun así me pareció que merecía una recompensa, por lo cual rogué a Kokino que la soltase, cosa que hizo muy de mala gana.

Le pregunté cómo sabía que la hembra estaba en situación de atraer a los machos, y él se encogió de hombros.

—Es la época —dijo.

Entonces, ¿en esa época se podía poner cualquier hembra al extremo de un cordel y obtener resultados?

—Sí —asintió Kokino—. Pero pasa como con las mujeres: hay hembras que son más atractivas que otras, y con esas se consiguen mejores resultados.

La cabeza me daba vueltas ante la idea de tener que dilucidar los méritos relativos de dos hembras de sepia. Era una verdadera lástima que no se pudiera emplear aquel sistema con otros animales. Habría sido estupendo, por ejemplo, echar por la borda una hembra de caballito de mar atada a una hebra de algodón y recogerla después en medio de una enmarañada corte de machos apasionados. Que yo supiera, Kokino era el único practicante de aquella peculiar modalidad de pesca, porque jamás vi a otro pescador emplearla, y de hecho aquellos a quienes se la mencioné ni siquiera habían oído hablar de ello y tendían a acoger mi relato con estridente incredulidad.

Aquella costa desflecada próxima a la villa era particularmente rica en fauna marina, y la escasa profundidad de las aguas favorecía mis trabajos de captura. Había conseguido engatusar a Leslie para que me hiciera un bote, que facilitó grandemente mis investigaciones. Aquella embarcación, casi circular, de quilla plana y con pronunciada escora a estribor, había recibido el nombre de «Bootle-bumtrinket»[7] y, después de la burra, era mi posesión más preciada. Llenando el fondo de tarros, latas y redes, y provisto de un paquete de comestibles, me hacía a la mar en el «Bootle-bumtrinket» en compañía de mi tripulación: Widdle, Puke y Roger, y de vez en cuando el mochuelo Ulises, si le apetecía venir. Pasábamos los días calurosos, asfixiantes, explorando remotas ensenadas y archipiélagos rocosos e incrustados de algas. Corrimos muchas aventuras curiosas en aquellas expediciones. Una vez encontramos media hectárea de fondo marino cubierta por un gran banco de liebres de mar, animales de cuerpo oviforme y color púrpura, con un pulcro volante plisado por el borde y dos extrañas protuberancias en la cabeza que, efectivamente, guardaban extraordinaria semejanza con las largas orejas de una liebre. Por centenares se deslizaban sobre las rocas y la arena, dirigiéndose todas hacia el sur de la isla. No se tocaban ni manifestaban el menor interés unas por otras, por lo que supuse que no se trataba de una reunión de apareamiento, sino de alguna forma de migración.

En otra ocasión, un grupo de delfines lánguidos, corpulentos y bondadosos nos descubrió anclados en una pequeña ensenada y, presumiblemente atraídos por la simpática combinación de anaranjado y blanco con que estaba pintado el «Bootle-bumtrinket», se pusieron a jugar a nuestro alrededor entre saltos y chapuzones, acercando sus caras sonrientes hasta el costado del bote y lanzándonos suspiros hondos y apasionados por sus respiraderos. Uno jovencito, más atrevido que los mayores, llegó incluso a pasar por debajo del bote, y sentimos el roce de su lomo contra el fondo plano. Yo hube de dividir mi atención a partes iguales entre la contemplación de aquel delicioso espectáculo y los intentos de impedir el amotinamiento de mi tripulación, cada uno de cuyos miembros reaccionó a su modo a la llegada de los delfines. Widdle, que nunca fuera soldado aguerrido, había hecho honor a su nombre profusamente y lloriqueaba y temblaba acurrucado en la proa. Puke resolvió que la única manera de salvar la vida era abandonar el barco y ganar la costa a nado; hubo que impedírselo por la fuerza, lo mismo que a Roger, convencido éste de que, con tal que se le permitiera saltar al agua, podría asesinar él solo a todos los delfines en cosa de segundos.

En el curso de una de aquellas expediciones encontré un magnífico trofeo, que fue causa indirecta de que Leslie tuviera que comparecer ante un tribunal, aunque mal podía yo haberlo imaginado por entonces. Toda la familia se había ido al pueblo, a excepción de Leslie, que se reponía de un ataque muy fuerte de disentería. Era su

primer día de convalecencia, y, tumbado en el sofá del cuarto de estar, con menos fuerzas que un gatito, se dedicaba a sorber té frío y a leer un voluminoso manual de balística. Me había hecho saber, en términos que no dejaban lugar a duda, que no quería tenerme por la casa dando la lata, por lo cual, y como no me apetecía ir al pueblo, yo había sacado a los perros a bordo del «Bootle-bumtrinket».

Según iba remando avisté en las aguas tranquilas de la bahía lo que me pareció ser una masa grande de algas amarillas. Siempre merecía la pena investigar las algas, porque invariablemente contenían multitud de animales pequeños, y a veces, con un poco de suerte, alguno de buen tamaño; conque me dirigí hacia allí. Pero al acercarme vi que no eran algas, sino una especie de piedra amarillenta. ¿Y qué clase de piedra podía ser aquélla, que flotaba sobre unos siete metros de agua? Cuáles no serían mi incredulidad y mi alegría cuando, observándola desde más cerca, vi que era una tortuga bastante grande. Tras introducir los remos en el bote y ordenar silencio a los perros, me coloqué a proa y esperé, tenso de emoción, a que el «Bootle-bumtrinket» se aproximara más. La tortuga, despatarrada, parecía flotar en la superficie profundamente dormida. Mi problema era capturarla antes de que despertara. Las redes y demás equipo que llevaba en el bote no estaban pensados para la captura de una tortuga de un metro de largo, conque no se me ocurrió otro procedimiento con posibilidades de éxito que echarme al agua, agarrarla y meterla de alguna manera en el bote antes de que volviera en sí. Tan excitado como estaba, ni se me pasó por las mientes que una tortuga de aquel tamaño tenía que tener bastante fuerza y no se dejaría atrapar sin resistencia. Cuando el bote estaba a un par de metros, contuve la respiración y me tiré al agua. Decidí bucear por debajo del animal para cortarle la retirada, por así decirlo, y al zambullirme en el agua templada formulé una breve plegaria para que el chapuzón no la despertara, o en todo caso estuviera todavía demasiado soñolienta para emprender una huida rápida. Había buceado hasta bastante hondo, y me volví boca arriba: y allí, suspendida sobre mí como una enorme moneda de oro, estaba la tortuga. Rápidamente me abalancé sobre ella y la así con fuerza por las aletas delanteras, que salían del caparazón curvándose como córneas hoces. Pero, para mi sorpresa, ni siquiera esa acción la despertó, y hasta que salí boqueando a la superficie, todavía aferrado a las patas, y me sacudí el agua de los ojos no descubrí el porqué: aquella tortuga llevaba bastante tiempo muerta, como me indicaron mi olfato y la multitud de pececillos que mordisqueaban sus escamosos miembros.

A pesar del chasco, más valía una tortuga muerta que nada, de modo que arrastré trabajosamente el cadáver hasta el «Bootle-bumtrinket» y lo sujeté por una aleta al costado. Los perros se mostraron sumamente interesados, bajo la impresión de que se trataba de alguna golosina exótica que les había procurado para su deleite. Debido a su forma, el «Bootle-bumtrinket» no había sido nunca la más manejable de las

embarcaciones, y ahora, con el peso muerto de la tortuga atado a un costado, mostraba tendencia a girar en círculo; pero al cabo de una hora de esforzado remar llegamos felizmente al embarcadero, y, amarrado el bote, saqué la tortuga a tierra para examinarla. Era una tortuga carey, de esas cuya concha se usa para hacer monturas de gafas, y que a veces se ven disecadas en los escaparates de las ópticas. Tenía una cabeza enorme, con un gran repliegue de piel amarilla sobre la mandíbula, y el hocico formando un pico ganchudo que le confería un extraordinario parecido con un ave de presa[8]. La concha aparecía magullada en algunos sitios, seguramente por efecto de las borrascas o por el mordisco de un tiburón de paso, y aquí y allá la decoraban blanquísimos racimillos de percebes diminutos. El peto, de color narciso pálido, era blando y flexible, como un cartón grueso mojado.

Recientemente había yo llevado a cabo una larga y fascinante disección de un galápago muerto que había encontrado, y pensé que sería la ocasión ideal de comparar la anatomía interna de la tortuga con la de su hermano de agua dulce, así que subí al monte, tomé prestada la carretilla del jardinero y en ella transporté mi tesoro hasta la casa y lo dejé de cuerpo presente en el porche de delante.

Sabía que habría repercusiones si pretendía hacer la disección dentro de la casa, pero pensé que nadie que estuviera en su sano juicio podría oponer reparos a que la disecara en el porche de delante. Con el cuaderno al lado y mis sierras, escalpelos y cuchillas de afeitar dispuestas en pulcra hilera como en un quirófano, puse manos a la obra.

Descubrí que el blando peto amarillo era muy fácil de desprender en comparación con el del galápago, que había tardado tres cuartos de hora en aserrar. Suelto el peto, lo levanté como quien levanta la tapadera de una fuente, y allí debajo se me presentaron a la vista todos los deliciosos misterios de los órganos internos de la tortuga, multicolores y odoríferos a más no poder. Tanto me consumía la curiosidad que ni me di cuenta del olor; en cambio los perros, para quienes normalmente el estiércol fresco de vaca era la fragancia ideal para añadir una pizca de picante a la vida amorosa, mostraron su desaprobación desapareciendo como un solo can, entre violentos estornudos. Embelesado descubrí que la tortuga era hembra y tenía dentro gran cantidad de huevos a medio hacer. Venían a tener el tamaño de una pelota de ping-pong y eran blandos, redondos y anaranjados como la capuchina. Había catorce, que extraje cuidadosamente y coloqué en luciente y glutinosa hilera sobre el suelo embaldosado. Aquel animal parecía tener una cantidad prodigiosa de tripas; decidí que había que anotar la longitud exacta de aquel asombroso aparato en mi ya ensangrentado cuaderno. Con ayuda de un escalpelo separé la tripa de la salida posterior, y procedí a sacarla. Parecía inacabable, pero al poco rato la tuve toda cuidadosamente extendida por el porche en una serie de lazos y meandros, como una línea férrea un tanto beoda. Una de las secciones era el estómago, una bolsa grisácea

bastante repugnante, como un globo lleno de agua. Obviamente estaba repleto de la última comida de la tortuga, y en pro de la ciencia pensé que era obligado averiguar qué había comido antes de su defunción. Así que pinché aquella eminencia fofa con un escalpelo y di un tajo a título experimental. Inmediatamente toda la bolsa estomacal se desinfló con siniestro suspiro, y de su interior brotó una peste que dejó chiquitos a todos los demás olores. Hasta yo mismo, fascinado como estaba por la investigación, me eché para atrás y tuve que retirarme tosiendo hasta que el hedor pasó un poco.

Sabía que tenía tiempo de limpiar el porche antes de que la familia volviera del pueblo, pero la emoción causada por la nueva adquisición me había hecho olvidar por completo que Leslie convalecía en el cuarto de estar. El aroma del interior de la tortuga, tan penetrante que casi se mascaba, entró flotando por las puertas de cristales y envolvió el sofá en que descansaba mi hermano. La primera indicación que tuve de la catástrofe fue un rugido espeluznante que salió del cuarto de estar. Antes de que yo pudiera hacer nada apareció en la puerta Leslie, envuelto en mantas.

—¿De dónde sale esa peste asquerosa? —inquirió con ronca voz; pero, al caer su mirada sobre la tortuga descuartizada y la decorativa disposición de sus entrañas sobre las baldosas, los ojos se le salieron de las órbitas y su rostro tomó un tinte de heliotropo—. ¿Qué coño es *eso*?

Expliqué, un poco intranquilo, que era una tortuga que estaba sometiendo a disección. Era hembra, me apresuré a añadir con la esperanza de distraerle con algún detalle. Ahí podía ver los fascinantes huevos que le había sacado de dentro.

—¡Me cago en sus huevos! —gritó Leslie, dándole el tono de un extraño taco medieval—. Llévate esa mierda de ahí. Está apestando toda la casa.

Dije que ya casi había acabado la disección, y que después pensaba enterrar todas las partes blandas y no quedarme más que con el esqueleto y la concha para añadirlos a mi colección.

—¡De eso nada! —vociferó Leslie—. Ahora mismo estás quitando de ahí toda esa mierda y enterrándola. Y luego vienes y friegas el porche.

Atraída por el escándalo apareció junto a Leslie, Lucrecia, la cocinera. Abrió la boca para preguntar el motivo de aquella pelea familiar, y en ese instante le dio de lleno el olor de la tortuga. Lucrecia tenía siempre quince o dieciséis achaques simultáneos, que cultivaba con el mismo tierno cuidado que otras gentes dedican a sus macetas o a un pequinés. En aquellos días era el estómago lo que más la hacía padecer; en consecuencia boqueó dos o tres veces débilmente como un pez, exhaló un estrangulado «¡San Spiridion!» y cayó en brazos de Leslie con desmayo bien simulado.

En ese preciso instante vi con horror que el coche que traía al resto de la familia subía por la avenida y se detenía al pie del porche.

—¡Hola, hijo! —dijo Mamá, descendiendo del coche y subiendo los escalones—. ¿Qué tal la mañana?

Antes de que yo pudiera decir nada la tortuga se me adelantó, por así decirlo. Mamá emitió un par de extraños hipidos, sacó el pañuelo y se lo aplastó contra la nariz.

—¿Qué es ese olor espantoso? —articuló indistintamente.

—¡Cosas de ese maldito niño! —rugió Leslie desde la puerta de cristales, tratando en vano de apoyar en la jamba a la gimiente Lucrecia.

Entre tanto Larry y Margo habían subido los escalones detrás de Mamá, y la tortuga despedazada se ofreció a su vista.

—¿Qué… —empezó Larry, pero también a él le dio un golpe de tos convulsiva.

—¡Otra vez ese maldito niño! —dijo boqueando.

—Sí, hijo —dijo Mamá a través del pañuelo—. Leslie me lo acaba de decir.

—¡Qué porquería! —gimió Margo, dándose aire con su pañuelo—. ¡Parece un accidente ferroviario!

—¿Pero *qué es eso*. hijo? —me preguntó Mamá.

Expliqué que era una interesantísima tortuga carey, hembra, con huevos.

—¿Pero no tenías otro sitio más que el porche para descuartizarla? —dijo Mamá.

—Ese niño se ha vuelto loco —dijo Larry con convicción—. Huele esto como un maldito ballenero.

—Te lo tienes que llevar a otro sitio, querido —dijo Mamá—. No podemos tener este olor en la entrada.

—Dile que entierre toda esa mierda —dijo Leslie, arrebujándose más en las mantas.

—¿Por qué no se lo ofreces a una familia de esquimales para que la adopten? —sugirió Larry—. A los esquimales les gusta comer grasa de ballena y gusanos y cosas de ésas.

—No seas asqueroso, Larry —dijo Margaret—. ¡Cómo va a comer nadie una cosa así! Sólo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Será mejor que entremos —dijo Mamá desmayadamente—. Olerá menos que aquí.

—Si acaso, aquí huele peor —gritó Leslie desde la puerta.

—Gerry, hijo, tienes que limpiar esto —dijo Mamá sorteando delicadamente las entrañas de la tortuga—. y desinfectar las baldosas.

La familia pasó adentro, y yo emprendí la tarea de retirar la tortuga del porche. Hasta mí llegaban sus voces, discutiendo con ferocidad.

—Es un peligro público —decía Leslie—. Yo estaba aquí leyendo tranquilamente, y de pronto fue como si me agarraran por el cuello.

—Una cosa repugnante —decía Margo—. No me extraña que Lucrecia se haya

desmayado.

—Hace tiempo que debería tener otro preceptor —decía Larry—. Te ausentas de la casa cinco minutos, y a la vuelta te lo encuentras sacándole las tripas a Moby Dick en mitad del porche.

—Yo estoy segura de que no tenía ninguna mala intención —decía Mamá—. pero ha sido una tontería que se pusiera a hacerlo en el porche.

—¡Una tontería! —dijo Larry cáusticamente—. Dentro de seis meses todavía estaremos circulando por la casa con caretas antigás.

Amontoné los restos de la tortuga en la carretilla y me los llevé a lo alto del monte que había a espaldas de la villa. Allí hice un hoyo y enterré todas las partes blandas, y seguidamente coloqué el caparazón y la estructura ósea cerca de un hormiguero de hormigas conocidas, que en ocasiones anteriores me habían ayudado mucho dejando mondos otros esqueletos. Pero lo mayor que habían atacado era un lagarto muy grande, de modo que me interesaba ver si se atrevían con la tortuga. Corrieron hacia ella, agitando ávidamente las antenas, y luego se pararon, lo pensaron un poco, celebraron una rápida conferencia y se retiraron en pelotón. Era evidente que hasta las hormigas estaban contra mí, así que me volví a casa muy alicaído.

Allí me encontré con que en el porche, todavía aromatizado, había un hombrecillo flaco y gemebundo que, evidentemente embravecido por el vino, estaba discutiendo con Lucrecia. Pregunté qué quería.

—Dice —me respondió Lucrecia, con magnífico desdén— que Roger le ha matado a sus pollos.

—Pavos —corrigió el hombre—. Pavos.

—Bueno, pues pavos —dijo ella, concediéndole ese particular.

Se me cayó el alma a los pies. A una calamidad sucedía otra. Sabíamos que Roger tenía la feísima costumbre de matar pollos. En primavera y verano se entretenía mucho con el inocente pasatiempo de perseguir a las golondrinas: le producían furores apopléticos zumbándole junto al hocico y planeando sobre el suelo por delante de él, y él las perseguía erizado de rabia, soltando rugidos de ira. Los pollos de los campesinos solían ocultarse en los arrayanes, y, justo cuando pasaba Roger, le salían al paso con gran batir de alas y demente cacareo de animal histérico. Para mí era segurísimo que Roger estaba convencido de que aquellos pollos eran una especie de golondrina desgalichada que no escapaba a sus poderes, y por lo tanto, pese a nuestros gritos de protesta, saltaba sobre ellos y los mataba de un certero mordisco, condensando en esa acción todo su aborrecimiento de las pesadas golondrinas estivales. Ningún castigo tenía efecto sobre él. En condiciones normales era un perro extremadamente obediente, en todo menos en esto; de modo que a nosotros, desesperados, no nos quedaba otro remedio que indemnizar a los propietarios, pero siempre a condición de que presentaran como prueba el cadáver del pollo.

De mala gana entré a comunicar a la familia que Roger había vuelto a las andadas.

—¡Dios! —exclamó Leslie, poniéndose en pie trabajosamente—. ¡Tú y tus jodidos animales!

—Calma, calma, hijo —dijo Mamá tratando de apaciguarle—. Gerry no tiene la culpa de que Roger mate pollos.

—Pavos —dijo Leslie—. Apuesto a que nos quiere cobrar un ojo de la cara por esos bichos.

—¿Has limpiado el porche, hijo? —preguntó Mamá.

Larry se apartó un pañuelo grande, empapado en agua de colonia, que se había extendido sobre la cara, y preguntó a su vez:

—¿Huele como si lo hubiera limpiado?

Me apresuré a decir que iba a hacerlo en ese instante, y seguí a Leslie para presenciar su conversación con el dueño de los pavos.

—Bueno, ¿qué quiere? —dijo en son de guerra, al tiempo que salía al porche con grandes zancadas.

El hombre se encogió, humilde, servil y totalmente repulsivo.

—Sea feliz, *kyrié*. sea feliz —dijo, saludando a Leslie.

—Sea feliz —gruñó Leslie con un tono de voz indicativo de que esperaba cualquier cosa menos eso—. ¿Para qué quiere verme?

—Es por mis pavos, *kyri*. —explicó el hombre—. Perdone usted que le moleste, pero es que su perro, sabe usted, me ha matado unos pavos.

—Bueno, ¿y cuántos ha matado? —dijo Leslie.

—Cinco, *kyri*. —dijo el otro, sacudiendo la cabeza con pena—. Cinco de mis mejores pavos. Yo soy un hombre pobre, *kyrié*. si no ni se me habría ocurrido…

—¡Cinco! —repitió Leslie sobresaltado, y volvió hacia mí una mirada interrogante.

Yo dije que me parecía muy posible. Si de un arrayán le habían saltado cinco pavos histéricos, yo podía creer que Roger los hubiera matado a todos. Era un perro muy bondadoso y sociable, pero puesto a ello podía convertirse en un asesino absolutamente despiadado.

—Roger es un perro bueno —terció Lucrecia con aire belicoso.

Se nos había unido en el porche, y era patente que veía al dueño de los pavos con la misma antipatía que yo. Aparte de eso, a sus ojos Roger era incapaz de hacer nada malo.

—Bueno —dijo Leslie, echándole valor—. pues si ha matado cinco pavos, ha matado cinco pavos. Así es la vida. ¿Dónde están los cuerpos?

Hubo un momento de silencio.

—¿Los cuerpos, *kyrié*. —inquirió el dueño de los pavos, no muy seguro.

—Los cuerpos, los cuerpos —repitió Leslie con impaciencia—. Los pavos muertos, hombre. Ya sabe que no se los podemos pagar mientras no nos traiga los cuerpos.

—Pero es que eso no es posible —dijo el dueño de los pavos nerviosamente.

—¿Cómo que no es posible? —dijo Leslie.

—Pues que no es posible que le traiga los cuerpos, *kyri*. —dijo el dueño de los pavos con un destello de inspiración—. porque su perro se los ha comido.

La explosión que aquella afirmación desencadenó fue considerable. Todos sabíamos que, si acaso, Roger estaba un poco sobrealimentado, y que era remilgoso por demás. Aunque era capaz de matar a un pollo, nada en el mundo le induciría a comerse los despojos.

—¡Mentira! ¡Mentira! —chilló Lucrecia, anegados sus ojos en lágrimas de emoción—. ¡Es un perro bueno!

—¡Jamás en la vida se ha comido un animal que hubiera matado! —vociferó Leslie—. ¡Jamás!

—¡Menos mis cinco pavos! —dijo el hombrecillo—. ¡Cinco se ha comido!

—¿Cuándo los ha matado? —rugió Leslie.

—Esta mañana, *kyrié*. esta mañana —dijo el hombre, persignándose—. Yo lo he visto con mis propios ojos, y se los comió todos.

Interrumpí para decir que aquella mañana Roger había salido conmigo a bordo del «Bootle-bumtrinket», y que, por más que fuera un perro inteligente, no veía yo cómo habría podido consumir la prodigiosa cantidad de cinco pavos en la granja de aquel señor y al mismo tiempo estar conmigo en el bote.

Leslie llevaba una mañana exasperante. Toda su ilusión había sido estar tumbado plácidamente en el sofá con su manual de balística, pero primero se había visto casi asfixiado por mis investigaciones acerca de la anatomía interna de la tortuga, y ahora tenía ante sí a un hombrecillo borracho que pretendía estafarnos por el valor de cinco pavos. Su irascibilidad, nunca demasiado controlada, estalló.

—¡Es usted un cochino embustero y un tramposo! —rugió.

El hombrecillo dio un paso atrás y se puso lívido.

— *Usted* es el embustero y el tramposo —replicó con ebria beligerancia—. *Usted* es el embustero y el tramposo. Usted deja que su perro mate los pollos y los pavos de todo el mundo, y luego, cuando vienen los dueños, se niega a pagar. *Usted* es el embustero y el tramposo!

Incluso llegadas las cosas a ese punto creo que podría haber prevalecido la cordura, pero el hombrecillo cometió un error fatal, que fue escupir copiosamente a los pies de Leslie. Lucrecia soltó un alarido de espanto y agarró a mi hermano por un brazo. Conociendo su genio, yo le agarré por el otro. El propio hombrecillo se asustó de lo que había hecho, y, recobrando la sobriedad por un instante, retrocedió. Leslie

retembló como un volcán, y Lucrecia y yo le sujetamos con todas nuestras fuerzas.

—¡*Cagada de cerdo*! —rugió—. ¡Hijo ilegítimo de puta enferma…!

Salieron en tropel los magníficos tacos griegos, redondos, vulgares y biológicos, y el hombrecillo viró del blanco al sonrosado y del sonrosado al rojo. Evidentemente no había supuesto que Leslie tuviera un dominio tal de los insultos más sabrosos de la lengua griega.

—Se arrepentirá —dijo con voz temblorosa—. Se arrepentirá.

Y, escupiendo una vez más en patético gesto de desafío, dio media vuelta y desapareció a toda prisa por el camino abajo.

Fueron precisos los esfuerzos combinados de la familia y de Lucrecia durante tres cuartos de hora para calmar a Leslie, con ayuda de varios copazos de coñac.

—No se disguste usted por ese hombre, *kyri*. Leslie —fue el resumen final de Lucrecia—. Todo el pueblo sabe que es un mal bicho. No se disguste usted.

Pero no pudimos evitar el disgusto, porque lo siguiente fue que demandó a Leslie por impago de deudas y por injurias.

Al saber la noticia, Spiro se puso furioso.

—¡Pero hombres, señoras Durrells! —dijo, rojo de ira—. ¿Por qué no les deja usted al señorito Leslies que le pegues un tiro a ese hijos de perra?

—No creo que con eso se arreglara nada, Spiro —dijo Mamá—. Lo que hay que averiguar es si ese hombre tiene alguna posibilidad de ganar el pleito.

—¡Ganar! —repitió Spiro con absoluto desdén—. ¡Qué va a ganar ese canallas! Usted déjemelos a mí. Yo me encargos.

—Oiga, Spiro, ni se le ocurra hacer nada violento —dijo Mamá—. Sólo serviría para empeorar las cosas.

—Yo no voy a hacer nada violentos, señoras Durrells. Pero ya verá ese canallas.

Durante varios días le vimos circular con aire conspiratorio y tenebroso, fruncidas las espesas cejas en gesto de inmensa concentración, respondiendo sólo con monosílabos a nuestras preguntas. Como un par de semanas antes de la fecha fijada para la vista del juicio fuimos todos al pueblo de compras. Al cabo, cargados de paquetes, dirigimos nuestros pasos a la ancha explanada bordeada de árboles, y nos sentamos allí a beber algo y a intercambiar saludos con los numerosos conocidos que pasaban. Al rato Spiro, que miraba furtivamente en torno a sí, con el aspecto de un hombre que tiene muchos enemigos, se enderezó de pronto y, alzando su gran barriga, se apoyó en la mesa para dirigirse a Leslie.

—Señorito Leslies, ¿ve usted a aquel señor de allí, el del pelos blancos?

Y con un dedo que era como una morcilla apuntó a un pulcro hombrecito que sorbía tranquilamente una taza de café bajo los árboles.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo Leslie.

—Es el juez —dijo Spiro.

—¿Qué juez? —preguntó Leslie, despistado.

—El juez que va a juzgar su caso —dijo Spiro—. Quiero que se acerques usted allá y hables con él.

—¿Usted cree que es prudente? —dijo Leslie—. Lo mismo piensa que pretendo torcer el curso de la justicia y me mete diez años de cárcel o qué sé yo.

—¡Hombres, no! —dijo Spiro, aterrado sólo de pensarlo—. ¡Cómo le vas a meter en la cárcel, señorito Leslies! No se atreverías a hacerlo estando yo aquí.

—De todos modos, Spiro, ¿no cree usted que le puede resultar un poco *extrañ*. que de pronto Leslie se acerque a hablarle? —dijo Mamá.

—No, hombres —dijo Spiro, y, luego de mirar en derredor para asegurarse de que nadie nos oía, se inclinó hacia delante y susurró—. colecciona sellos.

La familia puso cara de estupor.

—¿Es aficionado a la filatelia, quiere usted decir? —preguntó al fin Larry.

—No, no, señorito Larrys, no es de esa gente. Está casados y tiene dos hijos.

La conversación parecía en vías de complicarse aún más de lo normal tratándose de Spiro.

—¿Y qué pasa porque coleccione sellos? —dijo Leslie pacientemente.

—Yo le presentós —dijo Spiro, desvelando por primera vez su maquiavélico plan —. y usted le dice que le va a conseguir sellos de Inglaterras.

—¡Pero eso es soborno! —exclamó Margaret, escandalizada.

—No es sobornos, señorita Margo —dijo Spiro—. El colecciona sellos. *Quieres* sellos.

—Yo diría que si intentas sobornarle con sellos lo más probable es que te condene a quinientos años de trabajos forzados —dijo Larry juiciosamente.

Yo pregunté con gran interés si, en el caso de que condenaran a Leslie, le mandarían a Vido, la penitenciaría que había en una islita en medio del mar brillante como a un kilómetro del pueblo.

—No, no, hijo —dijo Mamá, cada vez más sofocada—. No van a mandar a Leslie a Vido.

Pues era una lástima, pensé. Yo ya tenía un amigo presidiario, que cumplía condena en Vido por haber asesinado a su mujer. Era «de los de confianza», y por eso le habían permitido hacerse un bote y volvía en él a casa los fines de semana. Me había regalado un gavión descomunal que tenía dominados a todos mis restantes animales y a la familia. Era muy emocionante ser amigo de un asesino de verdad, pero aún habría estado mejor tener a Leslie encarcelado en Vido, para que también él viniera a casa los fines de semana. Hubiera sido bastante exótico tener un hermano presidiario.

—No creo que pueda haber nada malo en que simplemente me acerque y *le habl*. —dijo Leslie.

—Yo que tú no lo haría —dijo Margo—. Acuérdate de eso de «por la boca salta la liebre».

—Yo creo que debes tener cuidado, hijo —dijo Mamá.

—Ya lo estoy viendo —dijo Larry con fruición—. Leslie con cadena y bola; Spiro también, probablemente, para hacerle compañía. Margo tejiéndoles calcetines abrigadores para el invierno, y Mamá enviándoles paquetes de comida y ungüento contra los piojos.

—Oh, cállate, Larry —dijo Mamá enfadada—. Esto no es cosa de broma.

—Sólo se trata de que hables usted con él, señorito Leslies —dijo Spiro seriamente—. De verdad que tienes que hablar con él, si no yo no puedo arreglarlos.

Hasta ese momento Spiro no nos había defraudado nunca. Su consejo siempre había sido acertado, y, aunque a veces se saliera de la legalidad, nunca nos habíamos tenido que arrepentir de seguirlo.

—Está bien —dijo Leslie—. Vamos a intentarlo.

—Sé muy prudente, hijo —dijo Mamá mientras Leslie y Spiro se levantaban y se dirigían hacia donde estaba sentado el juez.

El juez les recibió con gran simpatía, y durante media hora Leslie y Spiro tomaron café sentados a su mesa, mientras Leslie hablaba con él en su griego exuberante pero impreciso. Al fin el juez se puso en pie y les dejó, con mucho apretón de manos y mucha inclinación. Ellos regresaron a nuestra mesa, donde los demás les esperábamos ávidos de noticias.

—Es un hombre encantador —dijo Leslie—. No podía haber estado más simpático. Le he prometido conseguirle sellos. ¿A quién conocemos en Inglaterra que haga colección?

—Tu padre la hacía —dijo Mamá—. Era un filatelista acérrimo.

—Por Dios, no diga usted eso, señoras Durrells —dijo Spiro, auténticamente angustiado.

Hubo que hacer un pequeño paréntesis para explicarle lo que quería decir «filatelista acérrimo».

—Yo sigo sin entender de qué te va a servir esto en el juicio —dijo Larry—. aunque le inundes de ejemplares únicos.

—Usted no se preocupes, señorito Larrys —dijo Spiro sombríamente—. Yo he dichos que me encargos y lo harés. Usted déjemelo a mí.

En los días siguientes Leslie, convencido de que Spiro podía obstruir el curso de la justicia, escribió a todo el mundo que pudo recordar de Inglaterra pidiendo sellos. El resultado fue que nuestro correo se triplicó, y que prácticamente todos los espacios libres de la villa se llenaron de montones de sellos, que cada vez que hacía viento revoloteaban cual hojas otoñales por la habitación, para vociferante y rugiente contento de los perros. En consecuencia, muchos de los sellos empezaron a tomar un

aspecto un poco ajado.

—¿No le irás a dar *esos*. verdad? —dijo Larry, mirando con desdén un montoncito de sellos mutilados y semi-masticados que media hora antes Leslie había rescatado de las mandíbulas de Roger.

—Se supone que le puedo dar sellos viejos, ¿no? —respondió Leslie en pie de guerra.

—Viejos tal vez —dijo Larry—. pero no lo suficientemente pringados de babas de perro como para que le transmitan la hidrofobia.

—Pues si se te ocurre un plan mejor, ¿por qué no lo dices, puñetas? —dijo Leslie.

—Querido mío, *a m*. me da igual —replicó Larry—. Pero cuando el juez vaya por ahí mordiendo a todos sus colegas y tú te estés pudriendo en un presidio griego, no me eches la culpa.

—¡Yo lo único que te pido es que no te metas en lo que no te importa! —exclamó Leslie.

—Vamos, vamos, querido; Larry sólo pretende ayudar —terció Mamá.

—¡Ayudar! —rugió Leslie, echando el guante a un grupo de sellos que salían volando de encima de la mesa—. Poner dificultades, como siempre.

—Bueno, hijo —empezó Mamá, ajustándose las gafas—. si quieres que te diga mi opinión, yo creo que tal vez tenga razón tu hermano. La verdad es que algunos de esos sellos parecen un poco, en fin, como si fueran de segunda mano.

—Ese hombre quiere sellos y los va a tener por narices —dijo Leslie.

Y sí que los tuvo el pobre juez, en portentosa diversidad de tamaños, formas, colores y grados de desintegración.

En esas ocurrió otra cosa que multiplicó al ciento por uno la confianza de Leslie en ganar el juicio: descubrimos que el hombre de los pavos, a quien Larry aludía constantemente con el nombre de Gilipoulos, había cometido la torpeza de citar a Lucrecia como testigo de la acusación. Ella, furibunda, quiso negarse, hasta que se le explicó que no podía.

—¡Mira que citarme ese hombre como testigo para que le siga la corriente! —decía—. Pues usted no se preocupe, *kyri*. Leslie, que yo le contaré al tribunal cómo él le obligó a usted a decir palabrotas y a llamarle…

Alzose la familia como un solo hombre y vociferantemente comunicó a Lucrecia que no haría tal cosa. Media hora nos costó meterle en la mollera lo que debía y lo que no debía decir. Como la mayoría de los corfiotas, no era muy experta en lógica, de modo que el esfuerzo nos dejó un poco exhaustos.

—Pues con ella de testigo de la acusación —dijo Larry— lo menos que te puede caer es sentencia de muerte.

—Larry, hijo mío, no digas esas cosas —dijo Mamá—. Eso no tiene gracia ni siquiera dicho en broma.

—¡Pero si lo digo en serio!

—Qué bobada —dijo Leslie, intranquilo—. Estoy seguro de que lo hará muy bien.

—Yo creo que sería mucho más seguro que fuera Margo disfrazada de Lucrecia —dijo Larry muy serio—. Con su magistral dominio de la lengua griega, probablemente te perjudicaría bastante menos.

—¡Eso! —exclamó Margo muy excitada, reparando por vez primera en la perspicacia de Larry—. ¿Por qué no voy yo de testigo?

—¡No seas majadera! —dijo Leslie—. Si tú no estabas presente, ¿cómo vas a testificar?

—Estaba casi presente —dijo Margo—. Estaba en la cocina.

—Ya, está, lo que te hacía falta —dijo Larry a Leslie—. Margo y Lucrecia en la tribuna de los testigos, y no necesitas ni juez: te linchará el populacho.

Llegado el día del juicio, Mamá congregó a la familia.

—Es ridículo que vayamos todos —dijo Larry—. Si Leslie está empeñado en que le metan en la cárcel, eso es asunto suyo. No veo razón para que nos enrede a los demás. Además, yo quería escribir esta mañana.

—Es nuestro deber ir —dijo Mamá con firmeza—. Hay que hacer de tripas corazón. No quiero que piensen que estoy criando a una reata de presidiarios.

Con que todos nos pusimos nuestras mejores galas y nos sentamos a esperar pacientemente hasta que vino Spiro a recogernos.

—Buenos, no se preocupe, señorito Leslies —gruñó con aire de carcelero en la celda del condenado—. No pasarás nada, ya verá.

Pero, a despecho de ese pronóstico y con gran fastidio de Leslie, Larry se empeñó en recitar «La balada de la cárcel de Reading» hasta que llegamos al pueblo.

La sala del juicio era un hervidero de actividades inconexas. Unos bebían tacitas de café, otros revolvían montones de papeles con fruición pero sin objeto, y había mucho parloteo y muchas risas. Gilipoulos vestía su mejor traje pero rehuyó nuestras miradas. Lucrecia, no se sabía por qué, iba de negro de pies a cabeza. Según Larry, era un gesto prematuro: debería haber reservado el luto para después del juicio.

—Mires, señorito Leslies —dijo Spiro—. usted se pone aquí, yo me pongo aquí y le traduzcós.

—¿Para qué? —preguntó Leslie, desconcertado.

—Porque usted no habla griegos —fue su respuesta.

—¡Oye, Spiro! —protestó Larry—. ¡Es verdad que su griego no es homérico, pero le basta y le sobra!

—Señorito Larrys —dijo Spiro, con ceñuda expresión de absoluta seriedad—. el señorito Leslies no debes hablar en griegos.

No tuvimos tiempo de indagar más a fondo en la cuestión, porque en ese

momento hubo un revuelo general y entró el juez. Tomó asiento, paseó la mirada por la sala y, al reconocer a Leslie, sonrió y le saludó con una inclinación.

—Los jueces que mandan a la horca siempre sonríen así —dijo Larry.

—Larry, hijo, ya basta —dijo Mamá—. Me estás poniendo nerviosa.

Hubo una larga pausa mientras el que debía ser secretario del tribunal leía en voz alta la acusación. Luego se llamó a Gilipoulos a prestar declaración. Fue la suya una actuación preciosa, a la vez servil y cargada de indignación, apaciguante y belicosa. El juez quedó visiblemente impresionado, y yo empecé a emocionarme mucho. A lo mejor al final tenía un hermano presidiario. Luego le llegó el turno a Leslie.

—Se le acusa —dijo el juez— de haberse dirigido a este hombre en términos calumniosos e insultantes, y haber intentado denegarle la indemnización debida por la pérdida de cinco pavos, muertos por el perro de usted.

Leslie se le quedó mirando con expresión vacía.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Spiro.

Spiro izó la barriga.

—Dice, señorito Leslies —su voz retumbó por la sala como un trueno—. dice que usted ha insultado a este hombres y que le ha intentados negar el dineros que le debía por sus pavos.

—Eso es ridículo —dijo Leslie con firmeza, e iba a seguir cuando Spiro alzó una mano del tamaño de un jamón y le detuvo, volviéndose al juez:

—El *kyrios* rechaza la acusación —dijo—. Además, de todos modos su culpabilidad sería imposible, porque no habla griego.

—¡Jesús! —gimió Larry con voz sepulcral—. Espero que sepa lo que hace.

—¿Qué dice? ¿Qué está haciendo? —preguntó Mamá muy nerviosa.

—Que yo sepa, ponerle la soga al cuello —respondió Larry.

El juez, que había tomado tantos cafés con Leslie, que había recibido tantos sellos de sus manos y había tenido tantas conversaciones en griego con él, le miró impasible. Aunque no le hubiera conocido personalmente, no habría podido ignorar que mi hermano tenía cierto dominio de la lengua griega. En Corfú nadie podía tener secretos, y tratándose de un extranjero el interés por su vida privada y el conocimiento de la misma eran lógicamente mucho mayores. Esperamos la reacción del juez sin atrevernos a respirar. Spiro tenía la cabeza un poco gacha, como el toro antes de embestir.

—Ya —dijo el juez secamente.

Durante algunos segundos revolvió unos papeles por hacer algo, y luego alzó la vista.

—Veo que la acusación tiene un testigo —dijo—. Será conveniente que le oigamos.

Ese fue el gran momento de Lucrecia. Púsose en pie, cruzó los brazos y dirigió

una mirada majestuosa al juez, colorada de emoción su cara normalmente pálida y encendidos sus mustios ojos.

—¿Es usted Lucrecia Condos, y está usted al servicio de estas personas como cocinera? —preguntó el juez.

—Así es —dijo Lucrecia—. y familia más buena y más generosa no se podría encontrar. Mismamente el otro día me dieron un vestido para mí y para mi hija, y hará sólo uno o dos meses que le pedí al *kyrios*.

—Sí, sí, bueno —la interrumpió el juez—. Pero todo eso no tiene mucha relación con el caso. Tengo entendido que estaba usted presente cuando este hombre fue a comunicar el asunto de sus pavos. Ahora dígame con sus propias palabras lo que sucedió.

Larry exhaló un gemido:

—Si se lo dice con sus propias palabras, Leslie no tiene salvación.

—Pues… —empezó Lucrecia, recorriendo con los ojos toda la sala para comprobar que todo el mundo estaba atento—. El *kyrios* había estado enfermo, muy enfermo en verdad. Como que en algunos momentos temimos por su vida. Yo todo el tiempo le recomendé a su madre que le pusieran unas ventosas, pero ella no quiso ni oír hablar de…

—¿Le importaría a usted ir al grano? —dijo el juez.

—Está bien —asintió Lucrecia, abandonando a regañadientes el tema de la enfermedad, que era siempre uno de sus predilectos—. Pues era el primer día que el *kyrios* se levantaba de la cama, y estaba muy débil. Entonces llegó ese hombre —apuntó despectivamente con un dedo a Gilipoulos—, borracho como una cuba, y dijo que el perro le había matado cinco pavos. Pero el perro no podía haber hecho tal cosa, *kyri*. juez: un perro más dulce, más bueno, más noble no se ha visto jamás en Corfú.

—No estamos juzgando al perro —dijo el juez.

—Pues bien —prosiguió Lucrecia—. cuando el *kyrios* dijo, con toda la razón, que tenía que ver los pavos muertos antes de pagarle, ese hombre dijo que no se los podía enseñar porque el perro se los había comido. Eso es ridículo, como usted comprenderá, *kyri*. juez, porque ningún perro se puede comer cinco pavos.

—Usted comparece como testigo de la acusación, ¿no es cierto? —dijo el juez—. Se lo pregunto porque su versión de los hechos no coincide con la del demandante.

—¿Ese? —dijo Lucrecia—. De ése no se irá usted a fiar. Es un borracho y un embustero, y es bien sabido en el pueblo que tiene dos mujeres.

—De modo que, según usted —dijo el juez, intentando poner en orden aquel revoltijo—. el *kyrios* no profirió juramentos en griego ni se negó a pagar por los pavos.

—Pues claro que no —dijo Lucrecia—. Un *kyrios* más bueno, más educado, más cabal…

—Sí, sí, es suficiente —dijo el juez.

Meditó unos instantes mientras todos esperábamos con el alma en vilo, y luego alzó los ojos y dijo, mirando a Gilipoulos:

—No hallo pruebas de que el inglés se comportara como usted ha insinuado. En primer lugar, no habla griego.

—¡Claro que habla griego! —gritó Gilipoulos iracundo—. Me llamó…

—Guarde silencio —dijo el juez fríamente—. En primer lugar, como iba diciendo, no habla griego. En segundo lugar, su propio testigo niega todo conocimiento del incidente. Me parece claro, en cambio, que usted intentó que le pagaran por unos pavos que en realidad no habían sido matados y comidos por el perro del acusado. Sin embargo, no se le está juzgando a usted por eso, de manera que me limitaré a declarar inocente al acusado, y usted quedará obligado a pagar las costas.

Aquello fue un caos. Gilipoulos saltó en pie morado de ira, gritando a pleno pulmón e invocando la ayuda de San Spiridion. Spiro, dando berridos de toro, abrazó a Leslie y le besó en las dos mejillas, y la llorosa Lucrecia hizo otro tanto. Hasta pasado un buen rato no conseguimos despegarnos del tribunal, y rebosantes de júbilo nos fuimos a celebrarlo en un café de la Explanada.

Al rato pasó por allí el juez, y todos a una nos levantamos para darle las gracias e invitarle a tomar algo con nosotros. El rechazó la invitación tímidamente, y fijó en Leslie una mirada penetrante.

—No quisiera que piense usted —dijo— que en Corfú siempre se administra justicia de este modo, pero es que tuve una larga conversación con Spiro acerca del caso, y luego de reflexionar sobre ello decidí que su delito no era tan grave como el de ese hombre. Esperaba darle un escarmiento para que en el futuro no estafe a los forasteros.

—Créame que le estoy agradecidísimo —dijo Leslie.

El juez hizo una ligera inclinación y consultó su reloj.

—Me tengo que ir —dijo—. Por cierto, muchísimas gracias por los sellos que me envió usted ayer. Había dos muy raros que me faltaban en la colección.

Y, saludando con el sombrero, se alejó a buen paso por la Explanada.

Entremés para espíritus

¿Qué otra cosa ves en las tinieblas del pasado y en el abismo del tiempo?

Shakespeare, La tempestad

No había transcurrido mucho tiempo desde el juicio de Leslie cuando Margo se vio aquejada por una nueva afección que vino a hacer compañía a su acné. De buenas a primeras empezó a ganar peso, y pronto observó con espanto que estaba casi esférica. Llamamos a nuestro médico, el doctor Androuchelli, para que examinara aquel misterio. Androuchelli contempló con disgusto la obesidad de Margo, emitió una larga serie de «Po-po-pos» y recetó diversas pastillas y potingues y numerosos regímenes, todo ello sin el menor resultado.

Un día, durante el almuerzo, Margo nos confesó, llorosa:

—Dice que debe de ser glandular.

—¿Glandular? —repitió Mamá, alarmada—. ¿Qué quiere decir con eso de que debe de ser glandular?

—¡No sé! —gimoteó Margo.

—¿Es que siempre hemos de comentar tus dolencias a la hora de comer? —inquirió Larry.

—Larry, querido, es que Androuchelli dice que es glandular —dijo Mamá.

—Bobadas —dijo Larry alegremente—. Son unas pocas grasas normales a tu edad.

—¡Normales! —chirrió Margo—. ¿Tú sabes lo que peso?

—Lo que te conviene es hacer más ejercicio —dijo Leslie—. ¿Por qué no practicas la vela?

—No creo que cupiera en el bote —dijo Larry.

—¡Bestia! —exclamó Margo, echándose a llorar—. ¡No dirías esas cosas si supieras lo que estoy sufriendo!

—Larry, hijo mío —dijo Mamá, apaciguadora—. es muy poco caritativo eso que has dicho.

—¡Y qué quieres que yo le haga si va por el mundo como una sandía llena de granos! —dijo Larry de mal talante—. ¡Encima parece que tengo *yo* la culpa!

—Habrá que hacer algo —dijo Mamá—. Mañana iré a hablar con Androuchelli.

Pero Androuchelli repitió que le parecía que podía ser un problema de glándulas, y declaró que, en su opinión, Margo debería ir a Londres para ponerse en tratamiento. Así pues, y tras un frenesí de telegramas y cartas, Margo fue despachada a Londres y confiada a los tiernos cuidados de dos de los únicos parientes dignos con los que todavía nos hablábamos: una prima de Mamá llamada Prudence y su madre, la tía abuela Fan.

Después de una breve misiva diciendo que había llegado felizmente, que la prima

Prue, la tía Fan y ella se habían instalado en un hotel cercano a Notting Hill Gate y que se había puesto en contacto con un buen médico, pasó bastante tiempo sin que volviéramos a saber nada de Margo.

—Debería escribir —dijo Mamá.

—No empieces, madre —dijo Larry—. Además, ¿para qué te va a escribir, como no sea para contarte sus nuevas dimensiones?

—Pues a mí me gustaría saber qué está pasando —dijo Mamá—. Ten en cuenta que está en *Londres*.

—¿Y qué tiene que ver que esté en Londres? —preguntó Larry.

—Que en una capital como ésa puede pasar cualquier cosa —dijo Mamá sombríamente—. La gente cuenta toda clase de cosas que les pasan a las chicas en las grandes ciudades.

—De veras, Mamá, te preocupas sin motivo —dijo Larry exasperado—. ¿Qué le puede pasar, por Dios santo? ¿Piensas que la están arrastrando a algún antro de perdición? No conseguirían meterla por la puerta.

—No es cosa de broma, Larry —dijo Mamá severamente.

—Pero es que te aterras por nada —dijo Larry—. Tú dime, ¿qué tratante de blancas que tenga un poco de dignidad se pararía a mirar a Margo? Y no creo que haya ninguno lo bastante forzudo para llevársela a cuestas.

—Pues yo no estoy tranquila —dijo Mamá—. y voy a mandar un cable.

De modo que envió un cable a la prima Prudence, quien al cabo respondió diciendo que Margaret se trataba con personas que no eran de su gusto, y que creía conveniente que Mamá fuera por allí para hacerla entrar en razón. Inmediatamente reinó el caos. Mamá, trastornada, despachó a Spiro a sacar billetes y se puso a hacer maletas frenéticamente, hasta que de repente se acordó de mí. Pensando que aún sería peor dejarme bajo la tierna tutela de mis dos hermanos mayores, optó por llevarme con ella; conque despachose a Spiro a sacar más billetes y se hicieron aún más maletas. A mí todo aquello me vino como llovido del cielo, porque acababa de adquirir un nuevo preceptor, el señor Richard Kralefsky, que, combatiendo mi resistencia con la más férrea determinación, estaba empeñado en hacerme aprender los verbos irregulares franceses, de modo que la escapada a Inglaterra, pensé, sería un respiro muy necesario en medio de aquella tortura.

El viaje en tren no tuvo nada de particular salvo que Mamá fue todo el rato temiendo ser detenida por los *carabinieri* fascistas, temor que se multiplicó por mil cuando, en Milán, yo dibujé una caricatura de Mussolini en el vaho de la ventanilla. Diez minutos enteros se pasó Mamá frotándola con el pañuelo, con todo el ahínco de una fregona en un concurso de limpieza, hasta convencerse de que no quedaba rastro.

Viniendo de los días soleados, lentos y apacibles de Corfú, nuestra llegada a Londres, a última hora de la tarde, fue una experiencia demoledora. ¡Tanta gente en la

estación que *no conocíamos*. todos corriendo de acá para allá con semblante gris y preocupado! El lenguaje casi incomprensible de los mozos, y Londres todo lleno de luces y atestado de gente; el taxi que avanzaba penosamente por Piccadilly como un escarabajo en mitad de una sesión de fuegos artificiales, y un aire frío que cada vez que hablabas te dejaba el aliento colgado como una nubecilla de humo delante de la boca, como si fueras un personaje de historieta.

Por fin el coche se detuvo delante de las falsas columnas corintias, recubiertas del hollín de las «Balaklava Mansions». Un portero irlandés anciano con las piernas torcidas nos ayudó a meter el equipaje en el hotel, pero no había nadie esperándonos: el telegrama que anunciaba nuestra llegada se debía haber perdido. La joven, según nos informó el portero, había ido a su reunión, y la señorita Hughes y la señora habían salido a dar de comer a los perros.

—¿Qué ha dicho, hijo? —me preguntó Mamá cuando quedamos solos en la habitación, porque el portero tenía un acento tan cerrado que era como si hablase en otro idioma. Dije que Margo se había ido a una reunión y que la prima Prue y la tía Fan estaban dando de comer a los perros.

—¿Y qué *querrá deci*. con eso? —dijo Mamá, perpleja—. ¿A qué reunión ha ido Margo? ¿Y de qué perros habla?

Respondí que no lo sabía, pero, por lo que yo había visto de Londres, no le vendrían mal unos cuantos perros más.

—Bueno —dijo Mamá, y con mano inexperta metió un chelín en el contador y encendió la estufa de gas—. Tendremos que ponernos cómodos y esperar hasta que vuelvan.

Al cabo de una hora de espera se abrió de golpe la puerta y la prima Prue se abalanzó a nosotros con los brazos abiertos, gritando «Louise, Louise, Louise» como una extraña ave de pantano. Nos abrazó a los dos, derramando cariño y emoción desde sus ojos oscuros como endrinas. Yo la besé como estaba mandado, y noté que su hermoso rostro, delicadamente perfumado, tenía la suavidad de las flores de pensamiento.

—Ya empezaba a pensar que no vendríais nunca —dijo—. Mamá está subiendo; a la pobre le cuestan trabajo las escaleras. Pero bueno, ¡qué *aspecto* tan estupendo tenéis los dos! Tenéis que contármelo todo. ¿Te gusta el hotel, Louise? Es muy barato y céntrico, pero está lleno de gente rarísima.

Por la puerta abierta llegó un débil sonido sibilante.

—¡Ah, aquí está Mamá! —exclamó Prue—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Está aquí Louise!

En la puerta apareció mi tía abuela Fan. A primera vista, pensé un tanto despiadadamente, tenía toda la pinta de una tienda de campaña andante. Iba envuelta en un traje de *tweed* color caldero, de corte y dimensiones increíbles, que le prestaba el aspecto de una roja pirámide de paño. Se tocaba con un sombrero de pana bastante

baqueteado, del estilo que supuestamente suelen preferir los duendes. Sus ojos de búho miraban fijamente desde detrás de un par de lentes brillantes.

—¡Louise! —exclamó abriendo los brazos y poniendo los ojos en blanco, como si Mamá fuera alguna aparición divina—. ¡Louise y Gerald! ¡Habéis venido!

Fuimos besados y abrazados con vehemencia. Pero ya no era el abrazo acariciante, suave como un pétalo, de la prima Prue; era un abrazo enérgico, de romperte las costillas, y un beso firme que te dejaba los labios doloridos.

—Cuánto lamento que no estuviéramos aquí para recibiros, querida Louise —dijo Prue—. pero no sabíamos exactamente cuándo llegabais, y teníamos que darles la comida a los perros.

—¿A qué perros? —preguntó Mamá.

—Pues a mis cachorritos de Bedlington. Ah, pero ¿no lo sabías? Es que mamá y yo nos hemos puesto a criar perros —. la prima Prue soltó una risilla coqueta y cantarina.

—Pero la última vez teníais otra cosa —dijo Mamá—. cabras o algo así, ¿no?

—Ah, y seguimos teniéndolas —dijo la tía Fan—. Y mis abejas, y los pollos. Pero a Prudence se le ocurrió que estaría bien criar perros. ¡Tiene tanta cabeza para los negocios!

—Yo estoy realmente convencida de que da dinero, Louise —dijo Prue muy seria —. Primero compré a Tinkerbell y luego a Lucybell…

—Y luego a Tinybell —interrumpió tía Fan.

—Y a Tinybell —repitió Prue.

—Y a Lucybell —dijo tía Fan.

—Ay, calla, mamá. A Lucybell ya la he dicho.

—Y a Tinkerbell —añadió tía Fan.

—Mamá está un poco dura de oído —dijo Prue innecesariamente—. y todas han tenido cachorros. Me los traje a Londres para venderlos, al mismo tiempo que cuidábamos de Margo.

—Eso te iba a decir: ¿dónde está Margo? —preguntó Mamá.

Prue se fue de puntillas a la puerta y la cerró sigilosamente.

—Está en una *reunión*. querida —dijo.

—Ya lo sé, pero ¿qué clase de reunión? —preguntó Mamá.

Prue miró en torno con nerviosismo y bisbiseó:

—¡En una reunión *espiritista*!

—Y también tenemos a Lucybell —dijo tía Fan.

—Ay, cállate, mamá.

—¿Una reunión espiritista? —dijo Mamá—. ¿Y para qué ha ido a una reunión espiritista?

—Para curarse de la gordura y del acné —dijo Prue—. Pero acuérdate de lo que

te digo, de ahí no puede salir nada bueno. Es un poder maléfico.

Vi que Mamá se empezaba a alarmar.

—Pero no lo entiendo —dijo—. Yo mandé aquí a Margo para que consultara a ese médico, ¿cómo se llama?

—*Ya sé*. querida —dijo Prue—. Pero después de llegar a este hotel cayó en las garras de esa mujer perversa.

—¿Qué mujer perversa? —dijo Mamá, ya considerablemente alarmada.

—Las cabras también están bien —dijo tía Fan—. pero este año están dando un poco menos de leche.

—Mamá, por favor, cállate —bisbiseó Prue—. Esa mujer perversa, la señora Haddock.

—Haddock, Haddock —repitió Mamá desconcertada. Siempre se corría el riesgo de interrumpir el hilo de sus pensamientos si se mencionaba algo culinario[9].

—Es una médium, querida —prosiguió Prue—. y tiene engatusada a Margo. Le ha dicho que tiene un guía.

—¿Cómo un guía? —preguntó Mamá débilmente—. ¿Qué clase de guía?

Vi que, en el penoso estado mental en que se hallaba, empezaba a creer que a Margo le había dado por el montañismo o alguna otra ocupación de índole semejante.

—Un guía espiritual. Se llama Mawake. Dicen que es un piel roja.

—Ahora tengo diez colmenas —dijo tía Fan muy orgullosa—. Sacamos el doble de miel.

—Cállate, mamá.

—No comprendo —dijo Mamá quejumbrosa—. ¿Por qué no ha seguido yendo al médico para que le pusieran las inyecciones?

—¡Porque Mawake le dijo que no lo hiciera! —dijo Prue, triunfal—. Hace tres sesiones, le dijo (según Margaret, y claro está que todo eso es a través de la señora Haddock, así que vete tú a saber), según Margaret, Mawake le dijo que no debía ponerse más perforaciones.

—¿Perforaciones? —repitió Mamá.

—Debe ser que los pieles rojas llaman así a las inyecciones —dijo Prue.

—Me alegro mucho de veros, Louise —dijo tía Fan—. Deberíamos tomar un té.

—Sería muy buena idea —dijo Mamá desmayadamente.

—Yo no bajo ahí a pedir té, mamá —dijo Prue, mirando hacia la puerta como si al otro lado de la misma estuvieran todos los demonios del infierno—. Yo no voy mientras estén reunidos.

—¿Por qué, qué pasa? —preguntó Mamá.

—Y estarían bien unas tostadas —añadió tía Fan.

—Ay, mamá, por favor, cállate —dijo Prue—. No te puedes hacer idea de lo que pasa en esas reuniones, Louise. La señora Haddock se pone en trance, y entonces se

cubre toda ella de ectoplasma.

—¿Ectoplasma? —repitió Mamá—. ¿Qué es ectoplasma?

—En mi cuarto tengo un tarro de la miel que hacemos en casa —dijo tía Fan—. Ya verás cómo te gusta, Louise. Miel pura, sin comparación con esas cosas sintéticas que venden ahora.

—Es como una sustancia que producen los mediums —dijo Prue—. Es parecido a… Bueno, es una cosa así como… Yo no he llegado a *verlo*. pero me han dicho que parecen *sesos*. Luego hacen volar trompetas por los aires, y qué sé yo. Ya te digo, querida, yo no bajo jamás a las regiones inferiores del hotel mientras están reunidos,

Aunque la conversación me tenía fascinado, pensé que la ocasión de ver a una mujer llamada Haddock cubierta de sesos, con un par de trompetas flotando por los aires, no era cosa de perdérsela, de modo que me ofrecí voluntario para bajar a pedir el té.

Sin embargo mi desilusión fue grande al no ver nada en las regiones inferiores del hotel que ni remotamente se asemejara a la descripción de la prima Prue, Pero sí conseguí que el portero irlandés subiera una bandeja con el té. Estábamos sorbiéndolo, y yo intentaba explicarle a tía Fan qué era el ectoplasma, cuando llegó Margaret, con un gran repollo debajo del brazo y acompañada de una mujercilla culibaja de azules ojos saltones y escaso pelo.

—¡Mamá! —exclamó Margo melodramáticamente—. ¡Has venido!

—Sí, hija —dijo Mamá severa—. Y por lo que veo, ya era hora de que lo hiciera.

—Te presento a la señora Haddock —dijo Margo—. Es *absolutamente maravillosa*.

Al instante se echó de ver que la señora Haddock padecía un extraño defecto: por alguna oscura razón, parecía incapaz de respirar mientras hablaba. El resultado era que espurreaba todas las palabras unidas unas a otras como una cadeneta de margaritas, y, cuando se le acababa el aire, se paraba y aspiraba por succión, haciendo un ruido que era algo así como «Uaaaha».

Estas fueron sus palabras para Mamá:

—Encantada-de-conocerla-señora-Durrell. Naturalmente, mi-guía-espiritual-me-informó-de-que-venían. Espero-que-hayan-tenido-un-buen-viaje… Uaaaha.

Mamá, que había pensado dar una acogida muy gélida y digna a la señora Haddock, se quedó un poco parada ante tan extraña alocución.

—Ah, sí, ¿de veras? —dijo nerviosa, aguzando los oídos para entender lo que decía la señora Haddock.

—La señora Haddock es espiritista, Mamá —dijo Margo muy ufana, como si estuviera presentando a Leonardo da Vinci o al inventor del primer aeroplano.

—Ah, ¿sí, querida? —dijo Mamá, con sonrisa glacial—. Qué interesante.

—Consuela-mucho-saber-que-los-que-ya-se-han-ido-están-aún-en-contacto-con-

nosotros… Uaaaha —dijo la señora Haddock muy seria—. Tantas-personas-desconocen… Uaa… aha… el-mundo-espiritua-lque-tenemos-tan-cerca,

—Tenías que haber visto hoy a los perritos, Margo —observó tía Fan—. Los muy picaros habían destrozado toda su cama.

—Mamá, cállate, por favor —dijo Prue, que miraba de hito en hito a la señora Haddock como si esperase que de un momento a otro le salieran cuernos y rabo,

—Su-hija-ha-tenido-mucha-suerte-al-poder… Uaa… aha… obtener-uno-de-los-mejores-guías —siguió diciendo la señora Haddock, un poco como si Margo hubiera estado consultando el *Debrett*[10] antes de escoger su espíritu asesor.

—Se llama Mawake —dijo mi hermana—. ¡Es *absolutamente maravilloso*!

—No parece que hasta ahora te haya hecho mucho bien —dijo Mamá ásperamente.

—¡Sí que me ha hecho! —dijo Margo indignada—. He adelgazado noventa gramos.

—Se-requiere-tiempo-y-paciencia-y-fe-implícita-en-la-vida-futura… Uaaaha… querida-señora-Durrell —dijo la señora Haddock, con sonrisa empalagosa.

—No me cabe la menor duda —dijo Mamá—. pero de todos modos yo preferiría que Margo estuviera en manos de un profesional de la medicina al que se pudiera ver.

—Yo creo que lo han hecho sin mala intención —dijo tía Fan—. Debe ser que están echando los dientes, y tienen las encías doloridas.

—Mamá, *no estamos hablando* de los cachorros —dijo Prue—. Estamos hablando del guía de Margo.

—Eso le hará mucho bien —dijo tía Fan, y dirigió a mi hermana una sonrisa cariñosa.

—El-mundo-de-los-espíritus-es-mucho-más-sabio-que-ningún-ser-terrenal… Uaaaha —dijo la señora Haddock—. No-podría-usted-tener-a-su-hija-en-mejores-manos. Mawake-fue-un-gran-curandero-en-su-tribu. Uno-de-los-más-entendidos-de-toda-Norteamérica… Uaaah.

—Y me ha dado unos consejos buenísimos, Mamá —dijo Margo—. ¿Verdad, señora Haddock?

—No-más-perforaciones. La-muchacha-blanca-no-debe-hacerse-más-perforaciones… Uaaaha —entonó la señora Haddock.

—¿Lo ves? —bisbiseó Prue triunfal—. lo que te dije.

—Toma un poco de miel —dijo tía Fan amigablemente—. No es como esa cosa sintética que venden ahora en el comercio.

—Cállate, mamá,

—Aun así, señora Haddock, yo preferiría que mi hija recibiera un tratamiento médico adecuado, en lugar de fiarse de ese Mawake.

—Oh, Mamá, ¿cómo puedes tener unas ideas tan convencionales y tan del siglo

pasado? —exclamó Margo exasperada.

—Mi-querida-señora-Durrell-hay-que-aprender-a-confiar-en-las-grandes-influencias-del-mundo-espiritual-que-al-fin-y-al-cabo-sólo-pretenden-ayudarnos-y-guiarnos… Uaaaha —dijo la señora Haddock—. Yo-creo-que-si-usted-viniera-a-una-de-nuestras-reuniones-se-convencería-de-los-grandes-poderes-benéficos-que-tienen-nuestros-guías-espirituales… Uaaaha.

—Yo prefiero guiarme por mi propio espíritu, muchas gracias —dijo Mamá con dignidad.

—La miel ya no es como antes —dijo tía Fan, que había estado meditando sobre el asunto.

—Todo eso son prejuicios, Mamá —dijo Margo—. Estás condenando una cosa *sin probarl*. siquiera.

—Estoy-segura-de-que-si-convence-usted-a-su-madre-para-que-asista-a-una-de-nuestras-reuniones… Uaaaha —dijo la señora Haddock—. ella-misma-verá-cómo-ante-sí-se-abre-un-mundo-nuevo.

—Sí, Mamá —dijo Margo—. tienes que asistir a una reunión. Estoy *segura* de que te convencerías. ¡Se ven y se oyen unas cosas! Al fin y al cabo, cuando el río suena, ganancia de pescadores.

Yo veía que Mamá estaba librando una batalla interior. Desde hacía muchos años le interesaban profundamente las supersticiones, la magia popular, la brujería y demás temas afines, y en aquellos momentos la tentación de aceptar el ofrecimiento de la señora Haddock era muy grande. Yo contenía la respiración, en espera de que aceptase. Nada me apetecía más en aquel instante que ver a la señora Haddock cubierta de sesos y con trompetas volándole alrededor de la cabeza.

—Bueno —dijo Mamá, indecisa—. ya veremos. Mañana hablaremos de ello.

—Estoy-segura-de-que-una-vez-que-rompamos-la-barrera-para-usted-podremos-darle-mucha-ayuda-e-iluminación… Uaaaha —dijo la señora Haddock.

—Sí, sí —asintió Margo—. ¡Mawake es sencillamente *maravilloso*!

Cualquiera habría pensado que estaba hablando de su galán de cine favorito.

—Mañana-por-la-tarde-tendremos-otra-reunión-aquí-en-el-hotel… Uaaaha —dijo la señora Haddock—. y-espero-que-asistan-ustedes-y-Margo… Uaaaha.

Nos dirigió una pálida sonrisa, como perdonándonos desganadamente nuestros pecados; le dio un cachetito a Margo en la mejilla y se marchó.

—De veras, Margo —dijo Mamá cuando la puerta se cerró tras la señora Haddock—. me pones de mal humor.

—¡Pero Mamá, es que eres tan *anticuada*! —dijo Margo—. De todas formas, ese médico no me estaba haciendo nada con las inyecciones, y Mawake está obrando milagros.

—¡Milagros! —se carcajeó mi madre con desdén—. Yo te veo exactamente del

mismo tamaño.

—Dicen que la mejor es la de trébol —dijo tía Fan a través de un bocado de tostada—. pero a mí me gusta más la de brezo.

—Escucha, hija mía —dijo Prue—. esa mujer te tiene sorbido el seso. No tiene buenas intenciones. Hazme caso antes de que sea demasiado tarde.

—Yo sólo os digo que vengáis a una reunión y *lo veái*. —dijo Margo.

—Jamás —dijo Prue, estremeciéndose—. Mis nervios no lo resistirían.

—También es interesante que tenga que haber abejorros para fertilizar el trébol —observó tía Fan.

—Bueno —dijo Mamá—. yo estoy demasiado cansada para que lo discutamos ahora. Lo discutiremos por la mañana.

—¿Me puedes ayudar a ponerme el repollo? —preguntó Margo.

—¿A qué? —dijo Mamá.

—Que si me ayudas a ponerme el repollo —dijo Margo.

—Muchas veces me he preguntado si no sería posible criar abejorros —dijo tía Fan, pensativa.

—¿Qué haces con el repollo? —quiso saber Mamá.

—Se lo pone en la cara —bisbiseó Prue—. ¡Una ridiculez!

—No es ninguna ridiculez —dijo Margo airadamente—. Me va estupendamente para el acné,

—¿Cómo lo usas, cocido o algo así? —preguntó Mamá.

—No, me pongo las hojas sobre la cara, y tú me las atas. Mawake me lo aconsejó, y hace maravillas.

—Es ridículo, Louise. No debes permitírselo —dijo Prue, erizada como un gatito regordete—. No es más que brujería.

—Estoy muy cansada para discutir —dijo Mamá—. No creo que eso te haga ningún daño.

Conque Margo se sentó en una silla y se colocó sobre la cara grandes hojas rizadas de repollo, que Mamá le sujetó solemnemente a la cabeza con hebras de bramante. A mí se me asemejaba a una curiosa momia vegetal.

—Es paganismo, eso es lo que es —dijo Prue.

—No digas tonterías, Prue; siempre estás igual —respondió la voz de Margo amortiguada por las hojas de repollo,

—A veces me pregunto —dijo Mamá mientras ataba el último nudo— si mi familia estará *bien de la cabeza*.

—¿Es que Margo se va a un baile de disfraces? —quiso saber tía Fan, que había seguido la operación con mucho interés.

—No, mamá —rugió Prue—. es para los granos.

Margo se levantó, buscó a tientas la puerta y se despidió.

—Bueno, yo me voy a la cama.

—Si te encuentras a alguien en el descansillo, le vas a dar un susto horroroso —dijo Prue.

—¡Que te diviertas! —dijo, tía Fan—. No vuelvas muy tarde, que ya se sabe cómo sois los jóvenes.

Cuando Margo se hubo marchado, Prue se volvió a Mamá:

—¿Ves lo que te decía, Louise? No son exageraciones mías. Esa mujer es una influencia perniciosa. Margo se comporta como una loca.

—Bueno… —empezó Mamá, cuya máxima en la vida era defender siempre a la prole por grandes que fueran sus yerros—. yo creo que está siendo un poco *imprudente*.

—¡Imprudente! —exclamó Prue—. ¡Con toda la cara llena de hojas de repollo! ¡Sin hacer nada que no le diga Mawake! ¡No es normal!

—No me extrañaría que le dieran el primer premio —dijo tía Fan, riendo para sí —. ¡Seguro que no hay nadie más que vaya vestido de repollo!

La conversación se prolongó durante bastante rato, entreverada de reminiscencias de tía Fan sobre los bailes de disfraces a los que había asistido en la India. Por fin ella y Prue nos dejaron, y Mamá y yo nos acostamos.

—A veces pienso —dijo Mamá mientras se subía el embozo y apagaba la luz—. a veces pienso que soy la única persona *cuerda* de la familia.

Decidimos que a la mañana siguiente iríamos de tiendas, porque había muchas cosas inasequibles en Corfú que Mamá quería comprar para llevárnoslas. Prue dijo que era un plan excelente, porque de paso podría dejar a sus cachorritos de Bedlington en casa de su nuevo dueño.

Así que a las nueve en punto nos congregamos en la acera delante de las «Balaklava Mansions». Debíamos ofrecer a los transeúntes un espectáculo un tanto curioso. Tía Fan, supongo que para celebrar nuestra llegada, se había puesto un gorro de duende con una gran pluma, y presentaba todo el aspecto de un mayo, envuelta en las correas de los ocho cachorritos de Bedlington que brincaban, se peleaban y orinaban a su alrededor.

—Deberíamos tomar un taxi —sugirió Mamá, mirando con alarma a los retozones cachorritos.

—De ninguna manera, Louise. ¡Imagínate qué gasto! —dijo Prue—. Podemos ir en metro.

—¿Con todos los cachorros? —preguntó Mamá con ciertas reservas.

—Sí, querida. Mamá tiene mucha costumbre de manejarlos.

Tía Fan, reducida ya a inmovilidad casi total por las correas de los perros, hubo de ser desliada para bajar la calle hasta la estación del metro.

—Levadura y jarabe de arce —dijo Margo—. Que no se nos olvide la levadura y

el jarabe de arce, Mamá; Mawake dice que son excelentes para el acné.

—Si me vuelves a nombrar a ese hombre me enfadaré de verdad —dijo Mamá.

Nuestro avance hacia la estación del metro fue lento, porque cada uno de los cachorros circunnavegaba por distinta ruta los obstáculos que encontraba en su camino, y cada dos por tres teníamos que pararnos para desenredar a tía Fan de las farolas, de los buzones y, ocasionalmente, de los transeúntes.

—¡Picarones! —exclamaba ella sin resuello después de cada encuentro—. No lo hacen con mala intención.

Cuando por fin arribamos a la taquilla, Prue sostuvo una prolongada y áspera discusión en torno a la tarifa que debían pagar los bedlingtons.

—¡Pero si sólo tienen ocho semanas! —protestaba una y otra vez—. Los *niño*. de menos de tres años no pagan.

Al final se compraron los billetes y nos dirigimos a las escaleras mecánicas, donde nos recibió un chorro continuo de aire caliente procedente de las entrañas de la tierra y que los cachorritos dieron muestras de encontrar tonificante. Ladrando y gruñendo en una maraña de correas adelantáronse en tromba, arrastrando tras de sí a tía Fan cual voluminoso galeón. Sólo cuando avistaron las escaleras empezaron a abrigar reservas sobre lo que hasta ese momento les había parecido una aventura emocionante. Al parecer no les gustaba pisar cosas que se movieran, y su decisión fue unánime. En pocos instantes quedamos todos encajados en compacto tapón en lo alto de las escaleras, luchando con los cachorros histéricos y vociferantes.

A nuestras espaldas se formó una cola.

—No debería estar permitido —dijo un señor de aspecto glacial que llevaba sombrero hongo—. No deberían dejar ir con perros en el metro.

—He pagado por ellos —jadeó Prue—. Tienen el mismo derecho que usted a viajar en metro.

—Me cago en la leche —observó otro hombre—. Tengo prisa. ¿No me pueden dejar pasar?

—¡Picarones! —observó tía Fan, riendo—. ¡Son tan alegres a esta edad!

—¿Y si los cogiéramos en brazos, uno cada uno? —sugirió Mamá, cada vez más alarmada por el rezongar del gentío.

En ese momento tía Fan, que estaba de espaldas a la escalera, dio un paso atrás, pisó el primer escalón, se resbaló y cayó en medio de una cascada de *tweed*. arrastrando consigo a todos los perritos berreantes.

—¡Gracias a Dios! —dijo el señor del sombrero hongo—. A ver si ahora podemos pasar.

Prue se asomó al borde y miró. Tía Fan había llegado ya a media altura y era incapaz de ponerse en pie, aplastada por el cargamento de cachorros.

—¡Mamá, mamá, te has hecho daño? —chilló Prue.

—No se habrá hecho nada, querida —dijo Mamá por tranquilizarla.

—¡Picarones! —decía débilmente tía Fan, escaleras abajo.

—Ahora que ya han pasado sus perros, señora —dijo el señor del hongo—. ¿sería mucho pedir que también los demás hiciéramos uso de los servicios de esta estación?

Prue se volvió dispuesta a la guerra, pero Margo y Mamá la agarraron y embarcaron las tres en la escalera, hacia el agitado cúmulo de *tweed* y bedlingtons que era la tía abuela Fan.

La levantamos, le sacudimos el polvo, desenredamos a los perros y nos encaminamos al andén. Los perritos habrían servido de ilustración idónea para un cartel de la Sociedad Protectora de Animales. Ni en las mejores circunstancias es la bedlington una raza bien parecida, pero en momentos de crisis puede tomar un aspecto mucho más maltratado que ninguna otra de cuantas conozco. Tal era el de nuestros cachorros, emitiendo gañidos agudos y trémulos cual gaviotas en miniatura, temblando con violencia y aculándose periódicamente con las patas torcidas para decorar el andén con los productos de su pavor.

—¡Pobres criaturas! —dijo al pasar una gorda compasiva—. ¡Es de vergüenza cómo tratan algunos a los animales!

—¿La habéis oído? —exclamó Prue, beligerante—. ¡Me dan ganas de irme detrás y decirle un par de cosas!

Menos mal que en ese instante llegó el tren, acompañado de un rugido y una tromba de aire caliente, y distrajo la atención de todos. Su efecto sobre los cachorritos fue inmediato. Si un instante antes se les veía temblequear y gemir como un grupo de grises corderillos famélicos, un instante después habían emprendido veloz carrera por el andén como un tronco de viriles huskies, con la tía Fan a la cola.

—¡Mamá, mamá, vuelve! —chilló Prue, y todos emprendimos su persecución.

Prue había olvidado el sistema que tenía la tía Fan para llevar a los perros, sistema que me había explicado prolijamente: no tirar nunca de la correa, porque se les podía hacer daño en el cuello. Practicando tan novedoso método de educación canina, tía Fan galopaba por el andén tras la reata de bedlingtons. Al fin le dimos alcance y sujetamos a los cachorros, en el mismo momento en que las puertas se cerraban con un resoplido de satisfacción y el tren salía retumbando de la estación. Tuvimos, pues, que esperar al siguiente, en medio de un lago de bedlingtons. Cuando al cabo logramos introducirlos en el vehículo, sus ánimos revivieron súbitamente: se pelearon con fruición, rugiendo y chirriando; rodearon con las correas las piernas de los viajeros, y uno de ellos, en un arranque de euforia, dio un salto y desgarró un ejemplar del *Times* entre las manos de un señor que por su aspecto habría podido ser el gerente del Banco de Inglaterra.

Cuando llegamos a nuestro punto de destino todos teníamos ya dolor de cabeza, menos tía Fan, que iba encantada de la virilidad de los cachorritos. Por consejo de

Mamá esperamos a que se hiciera un claro en la riada humana para encararnos con la escalera mecánica. Para sorpresa de todos, llegamos arriba sin grandes dificultades. Se veía que los perritos se estaban convirtiendo en viajeros experimentados.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —dijo Mamá al llegar arriba.

—La verdad es que se han puesto un poquito pesados —dijo Prue, sofocada—. Es que hay que comprender que están acostumbrados a estar en el campo. En la ciudad todo lo entienden al revés.

—¿Cómo? —dijo tía Fan.

—¡Al revés, que aquí los perritos todo lo entienden al revés! —gritó Prue.

—Vaya por Dios —dijo tía Fan, y antes de que pudiéramos detenerla ya había llevado a los cachorros a la escalera de bajada, y nuevamente desaparecieron en las entrañas de la tierra.

Una vez libres de los cachorros, y aunque un poco maltrechos por nuestras experiencias, tuvimos una sesión de compras muy satisfactoria. Mamá encontró todas las cosas que necesitaba, Margo consiguió su levadura y su jarabe de arce, y yo, mientras ellas adquirían tantos artículos innecesarios, conseguí hacerme con un hermoso cardenal rojo, una salamandra de manchas negras gorda y reluciente como un edredón y un cocodrilo disecado.

Satisfecho cada uno a su manera con sus adquisiciones, regresamos a las «Balaklava Mansions».

Ante la insistencia de Margaret, Mamá había decidido asistir a la sesión de aquella tarde.

—No lo hagas, querida Louise —dijo la prima Prue—. Es jugar con lo desconocido.

Mamá justificó su proceder con una notable muestra de lógica.

—Creo que debo conocer a ese tal Mawake —fue su respuesta—. Al fin y al cabo está tratando a Margaret.

—Bueno, querida —dijo Prue, viéndola inflexible—. me parece una locura, pero tendré que acompañarte. No puedo permitir que vayas tú sola a una cosa así.

Yo supliqué que se me dejara ir también, porque, como señalé a Mamá, poco tiempo atrás Teodoro me había prestado un libro sobre el arte de descubrir a los falsos mediums, y los conocimientos que de ese modo había adquirido podían sernos de sumo provecho.

—No me parece que debamos llevar a mamá —dijo Prue—. Podría tener un efecto perjudicial sobre ella.

Conque a las seis en punto de la tarde, llevando entre nosotros a una Prue palpitante cual pajarito recién atrapado, bajamos a la habitación que la señora Haddock tenía en el sótano. Allí encontramos un variado muestrario de gente. La señora Glut, gerente del hotel; un ruso alto y saturnino de acento tan cerrado que

parecía como si hablara con la boca llena de queso; una chica rubia joven y muy seria, y un jovencito insípido del cual se decía que estaba estudiando para actor, pero a quien no habíamos visto hacer nada más fatigoso que dormitar pacíficamente en el saloncito bordeado de palmeras. Me fastidió mucho que Mamá no me dejara registrar la habitación antes de empezar, en busca de cordeles ocultos o ectoplasma de imitación; pero sí conseguí hablarle a la señora Haddock acerca del libro que había leído, porque pensé que si era una médium de verdad el tema tenía que interesarla. La mirada que derramó sobre mí tenía muy poco de benévola.

Nos sentamos en círculo cogidos de las manos y empezamos un poco en falso, porque al apagarse la luz Prue soltó un chillido taladrante y se puso en pie de un salto. Se descubrió que su bolso, que había dejado apoyado en la pata de la silla, había resbalado y le había rozado una pierna, produciéndole la sensación de haber sido tocada por una garra fría. Cuando pudimos tranquilizarla y convencerla de que no la había asaltado ningún espíritu perverso, regresamos cada uno a nuestra silla y volvimos a cogernos de las manos. La iluminación procedía de una lamparilla de aceite que ardía débilmente en un plato, y cuyo parpadeo arrojaba sombras cambiantes sobre la habitación y nos daba un aspecto fisonómico de recién salidos de tumbas muy antiguas.

—Ahora-quiero-que-no-hable-nadie-y-debo-rogarles-que-todos-se-mantengan-cogidos-muy-fuerte-de-las-manos-para-que-no-perdamos-nada-de-la-esencia… Uaaaha —dijo la señora Haddock—. Sé-que-hay-incrédulos-entre-nosotros. No-obstante-les-ruego-que pongan-su-espíritu-en-un-estado-de-calma-y-receptividad.

—¿Por qué dice eso? —susurró Prue a Mamá—. Yo no soy incrédula. Si lo malo es que creo *demasiado*.

Una vez dadas las instrucciones, la señora Haddock fue a ocupar su lugar en un sillón y, con engañosa facilidad, entró en trance. Yo la vigilaba atentamente. Estaba decidido a no perderme el ectoplasma. Al principio no hizo otra cosa que estar allí sentada con los ojos cerrados, y lo único que se oía eran los crujidos y temblores de la agitada Prue. Después la señora Haddock empezó a respirar profundamente, y, al poco rato, a emitir opulentos y vibrantes ronquidos, que sonaban como el vaciado de un saco de patatas en el suelo de un desván. No me impresionó. Al fin y al cabo, el ronquido era una de las cosas más fáciles de falsificar. La mano de Prue que asía una de las mías estaba bañada en sudor, y yo sentía correr por su brazo repeluznos de miedo.

—Ahaaaaa —dijo de pronto la señora Haddock, y Prue saltó en la silla y exhaló un débil gemido desolado, como si le hubieran asestado una puñalada.

—Ahaaaaaaaa —dijo la señora Haddock, agotando todas las posibilidades dramáticas de tan simple alocución.

—No me gusta —susurró Prue entrecortadamente—. Louise, querida, no me

gusta esto.

—Cállate, que lo vas a estropear todo —susurró Margaret—. Relájate y ponte receptiva.

—Yo ver extraños entre nosotros —dijo de improviso la señora Haddock, con tan fuerte acento indio que tuve que contener la risa—. Extraños que venir a entrar en nuestro círculo. A ellos yo decir «bienvenidos».

Desde mi punto de vista, lo único extraordinario era que la señora Haddock ya no decía todas las palabras ensartadas unas detrás de otras ni emitía aquella extraña inhalación respiratoria. Durante algunos segundos masculló y murmuró cosas incomprensibles, y luego dijo claramente:

—Os habla Mawake.

—¡Oooh! —dijo Margaret, embelesada—. ¡Ha venido! ¡Escucha, Mamá! ¡Ese es Mawake!

—Me parece que me voy a desmayar —dijo Prue.

Yo escudriñaba a la señora Haddock, y bajo aquella luz débil y vacilante no veía ni rastro de ectoplasma ni de trompetas.

—Mawake decir —anunció la señora Haddock— que muchacha blanca no deber ponerse más perforaciones.

—¡Lo ves! —exclamó Margaret triunfante.

—Muchacha blanca deber obedecer a Mawake. No deber dejarse influir por incrédulos.

En la oscuridad oí a Mamá bufar belicosamente.

—Mawake decir que si muchacha blanca confiar en él curarse antes de dos lunas. Mawake decir…

Pero lo que Mawake estuviera a punto de decir no tuvimos el gusto de oírlo, porque en aquel preciso instante un gato que deambulaba por la habitación, nebuloso e inobservado, saltó al regazo de Prue. El alarido de ella fue ensordecedor; se puso en pie de un brinco, gritando: «¡Louise, Louise, Louise!», y cual polilla deslumbrada salió dando tumbos alrededor de todo el círculo de gente, chillando cada vez que se tropezaba con algo.

Alguien tuvo el buen sentido de encender la luz antes de que Prue, presa de aquel pánico gallináceo, causara algún desaguisado.

—Pero bueno, esto es pasarse —dijo el jovencito insípido.

—La puede usted haber hecho muchísimo daño —dijo la chica, clavando en Prue una mirada asesina y dando aire con un pañuelo a la señora Haddock.

—Sentí que me tocaba algo. Me tocó. Se me subió encima —decía Prue llorosa —. Ectoplasma.

—¡Lo has estropeado todo! —dijo Margaret iracunda—. ¡Justo cuando empezaba a hablar Mawake!

—Creo que ya hemos oído bastante de Mawake —dijo Mamá—. Y creo que ya es hora de que dejes de hacer el ganso con toda esta estupidez.

La señora Haddock, que a lo largo de toda esta escena había seguido roncando con gran dignidad, se despertó de golpe y porrazo.

—¡Estupidez! —exclamó, fijando en Mamá sus saltones ojos azules—. ¿Se-atreve-usted-a-llamarlo-estupidez?… Uaaaha.

Fue aquélla una aquellas rarísimas ocasiones en que he visto a mi madre verdaderamente enfurecida. Se irguió cuan alta era, es decir, un metro treinta centímetros, y echando chispas espetó sin piedad:

—¡Charlatana! Lo he llamado estupidez y *me ratifico* en lo dicho. Y no voy a permitir que a *mi* familia la timen con semejante engañabobos. Vamos, Margo; vamos, Gerry; vamos, Prue. Vámonos de aquí.

Tan asombrados quedamos ante aquel despliegue de decisión por parte de nuestra normalmente pacífica madre, que la seguimos dócilmente, dejando en la habitación a la furibunda señora Haddock y sus diversos discípulos.

En cuanto llegamos al refugio de nuestra habitación, Margo prorrumpió en cataratas de lagrimones.

—Lo has estropeado. Lo has estropeado —decía, retorciéndose las manos—. La señora Haddock no nos volverá a mirar a la cara.

—Me alegraré de que así sea —dijo Mamá impertérrita, sirviéndole una copa de coñac a la temblorosa y todavía trastornada Prue.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó tía Fan, despertándose de pronto y sonriéndonos lechucescamente.

—No —dijo Mamá secamente—. nada bien.

—No puedo dejar de pensar en el ectoplasma —dijo Prue, tragando coñac—. Era así como…, una cosa…, una cosa así como viscosa.

—¡Justo cuando empezaba a hablar Mawake! —aulló Margo—. ¡Justo cuando nos iba a decir algo *importante*!

—Habéis hecho bien en volver pronto —dijo tía Fan—. porque incluso en esta época del año refresca mucho por las tardes.

—Sentí con certeza que se dirigía a mi garganta —dijo Prue—. Sentí con certeza que se dirigía a mi garganta. Era como una especie de…, así como, no sé…, como si fuera *una mano* viscosa.

—Y Mawake es el único que me ha hecho algún bien.

—Mi padre solía decir que en esta época del año el tiempo puede ser muy traicionero —proseguía tía Fan.

—Margaret, deja de comportarte como una necia —dijo Mamá enfadada.

—Y Louise querida, noté aquella especie de horribles dedos viscosos que me subían hacia la garganta —continuó Prue sin prestar atención a Margo, enfrascada en

el adorno de su experiencia.

—Mi padre siempre llevaba paraguas, lo mismo en invierno que en verano. La gente se burlaba de él, pero más de una vez, incluso en días de mucho calor, le vino bien llevarlo.

—Siempre *lo estropeas todo*. Siempre tienes que meterte por medio —dijo Margo.

—Lo que pasa es que no me meto lo bastante —replicó Mamá—. Atiende a lo que te digo: basta ya de tonterías, deja de llorar. Nos volvemos a Corfú inmediatamente.

—Si no llego a saltar en ese momento —dijo Prue—. se me abalanza a la yugular.

—No hay nada más útil que unos buenos chanclos, solía decir mi padre.

—Yo no vuelvo a Corfú. No quiero. No quiero.

—Tú harás lo que yo te mande.

—¡Se me enroscó alrededor de la garganta de una manera tan siniestra!

—Nunca le gustaron las botas de agua, porque decía que hacían subir la sangre a la cabeza.

Yo había dejado de escuchar. Todo mi ser rezumaba emoción. Volvíamos a Corfú. Íbamos a dejar aquel Londres absurdo, hosco y sin alma. Íbamos a volver a los olivares encantados y al mar azul, al calor y las risas de nuestros amigos, a los días largos, dorados, suaves.

Capítulo 6. El tiovivo de la aceituna

Cuando llegaba el mes de mayo ya hacía tiempo que se estaban recogiendo las aceitunas. Habían crecido y madurado durante los calurosos días del verano, y luego caían y quedaban relucientes entre la hierba, como una cosecha de perlas negras. Las campesinas acudían en tropel, con latas y banastas sobre la cabeza; se agachaban en círculo al pie de los olivos, y parloteando con agudas voces de gorrión recogían los frutos y los iban echando en los recipientes. Algunos olivos llevaban quinientos años produciendo de esa forma, y quinientos años llevaban los campesinos recogiendo la aceituna exactamente de la misma manera.

Era una época idónea para el chismorreo y la broma. Yo iba de un árbol a otro y me unía a los diferentes grupos, y sentado en cuclillas ayudaba a recoger las bruñidas olivas, oyendo chismes de todos los parientes y amigos de los cosechadores. De vez en cuando me sentaba a comer con ellos bajo los árboles y devoraba con apetito el amargo pan negro y las tortas, envueltas en hojas de parra, que se hacían con los higos secos de la temporada anterior. Se cantaba, y era curioso que las voces de los campesinos, tan agrias y roncas al hablar, tomaran un tono tan quejumbroso y dulce cuando se alzaban al unísono. En aquella época del año, cuando los amarillos y céreos crocos empezaban a apuntar entre las raíces de los olivos y los ribazos se teñían del color violeta de las campánulas, los grupos de campesinos bajo los árboles parecían macizos de flores movientes, y las canciones reverberaban entre los añosos olivos, con son tan dulce y melancólico como el de las esquilas de las cabras.

Ya rebosantes de fruto los recipientes, los alzábamos y los llevábamos a la almazara, en larga y locuaz procesión. La almazara, una construcción lóbrega y sombría, estaba en el fondo de un valle por el que discurría un arroyuelo chispeante. La regentaba Papa Demetrios, un tosco anciano tan doblado y retorcido como los propios olivos, totalmente calvo y poseedor de un enorme mostacho blanco como la nieve, salvo donde la nicotina lo había teñido de amarillo, y que tenía fama de ser el bigote más grande de todo Corfú. Papa Demetrios era un viejo zafio y malhumorado, pero no sé por qué me tomó cariño y nos llevábamos estupendamente. Hasta me dejaba entrar en el mismísimo santo de los santos, o sea, en la prensa.

Había allí una gran artesa circular que parecía un estanque de jardín, y en su interior una muela gigantesca de la que sobresalía una palanca de madera. A aquella palanca se uncía el vetusto caballo de Papa Demetrios, que, con un saco por la cabeza para que no se marease, daba vueltas alrededor de la artesa haciendo girar la muela, que de ese modo iba machacando las aceitunas que caían sobre ella en centelleante cascada. Al triturarse los frutos se desprendía un fuerte olor a agrio. Los únicos sonidos eran el pesado golpeteo de los cascos del caballo, el sordo rumor de la gran muela y el constante goteo del aceite que escapaba por los orificios de la artesa,

dorado como sol destilado.

En un rincón de la almazara se apilaban, en negra masa inestable, los residuos de la trituración: los huesos, la pulpa y la piel machacadas de las aceitunas, formando negras tortas con costra, como de turba. Aquello exhalaba un intenso olor agridulce que casi lo hacía apetitoso; de hecho, se lo daban a las vacas y a las caballerías con su forraje de invierno, y también se usaba como combustible de notable rendimiento, aunque demasiado oloroso.

El mal genio de Papa Demetrios era la causa de su perpetua soledad: los campesinos entregaban la aceituna y se iban pitando de la almazara, porque nunca se podía estar seguro de que un hombre como aquél no te echara mal de ojo. Así que el viejo se sentía solo, y por eso acogía bien mi intrusión en sus dominios. Por mí le llegaba todo el chismorreo local: quién había parido y si era niño o niña; quién cortejaba a quién, y a veces una noticia más jugosa, como que a Pepe Condos le habían detenido por pasar tabaco de contrabando. A cambio de mi actuación como periódico particular, Papa Demetrios capturaba animales para mí. Podía ser una atragantada salamanquesa de color rosa pálido, o una mantis religiosa, o la oruga de una esfinge de la adelfa, listada como una alfombra persa en rosa, plata y verde. Fue él quien me consiguió uno de los animales más encantadores que tuve por entonces, un sapo de espuelas al que puse de nombre Augusto Rascalatripa.

Yo había estado ayudando a los campesinos en los olivares, y empecé a sentir hambre. Como sabía que Papa Demetrios tenía siempre una buena despensa en la almazara, fui a hacerle una visita. Era un día refulgente, con un ventarrón travieso que arrancaba del olivar sonidos de arpa. El aire cortaba, así que hice todo el camino a la carrera, con los perros saltando y ladrando a mi alrededor, y cuando llegué, acalorado y sin aliento, encontré a Papa Demetrios inclinado sobre una fogata que había hecho con mazacotes de orujo.

—¡Ah! —dijo, dirigiéndome una mirada feroz—. Así que has venido, ¿eh? ¿Por dónde andabas? Hace dos días que no te veo. Claro que, como ha llegado la primavera, ya no tendrás tiempo que gastar con un viejo como yo.

Expliqué que había estado atareado con muchas cosas; por ejemplo, con la construcción de una jaula nueva para mis urracas, porque habían hecho una *razzia* en el cuarto de Larry y corrían peligro de muerte si no las encerraba.

—Hum. Bueno, bueno. ¿Quieres un poco de maíz?

Repliqué, con toda la indiferencia que pude fingir, que me agradaría mucho tomar un poco de maíz.

El viejo se enderezó sobre sus piernas torcidas, se fue a la almazara y volvió con una sartén grande, una chapa de hojalata, una botella de aceite y cinco rubias panochas de maíz seco que parecían lingotes de oro. Puso la sartén en el fuego, le echó un poco de aceite y esperó hasta que el calor lo hizo crepitar y humear

débilmente en el fondo. Entonces cogió una panocha y la retorció rápidamente entre sus manos artríticas, derramando las doradas cuentas sobre la sartén con un sonido como de lluvia en un tejado. Tapó el recipiente con la chapa de hojalata, dio un gruñido y se volvió a sentar, encendiendo un cigarrillo.

—¿Te has enterado de lo de Andreas Papoyakis? —me preguntó, pasándose los dedos por el exuberante mostacho.

No, no me había enterado.

—Ah —dijo con regodeo—. Pues está en el hospital, el muy necio.

Dije que lo sentía, porque me caía bien Andreas. Era un chico alegre, vivaracho y de buen corazón, que siempre se las arreglaba para hacer las cosas al revés. En el pueblo decían de él que, si pudiera, iría en burro para atrás en vez de para adelante. ¿Qué le pasaba?, pregunté.

—Dinamita —dijo Papa Demetrios, y se paró a esperar mi reacción.

Yo solté un lento silbido de horror y sacudí la cabeza despacio. Papa Demetrios, ya seguro de contar con mi atención indivisa, se instaló más cómodamente en el asiento y empezó:

—La cosa sucedió así. Ya sabes que Andreas es tonto, tonto de remate. Tiene la cabeza más vacía que un nido de golondrinas en invierno. Pero es buena persona, eso sí; nunca le ha hecho daño a nadie. Pues cogió y salió a pescar con dinamita. ¿Tú conoces esa cala pequeña que hay cerca de Benitses? Pues allí se fue con la barca, porque le habían dicho que el policía de la comarca iba a estar todo el día por otra zona de la costa, mucho más allá. Pero claro, al muy necio ni se le ocurrió comprobar que el policía *estaba* efectivamente mucho más lejos.

Chasqué la lengua con pesar. La pesca con dinamita se castigaba con cinco años de prisión y una fuerte multa.

—Total, que se sube a la barca, y según iba remando despacio ve allí delante, a poca profundidad, un banco grande de *barbouni*. Deja de remar, y prende la mecha del cartucho.

Papa Demetrios hizo una pausa teatral, echó un vistazo al maíz para ver cómo se iba haciendo y encendió otro cigarrillo.

—Hasta ahí todo iba bien —prosiguió—. pero en el momento en que iba a tirar la dinamita los peces se alejaron, y ¿qué dirás que hizo el muy idiota? Pues remar tras ellos, con el cartucho en la mano. ¡Pum-ba!

Dije que no debía haber quedado mucho de Andreas.

—Ah, sí —dijo Papa Demetrios con desdén—. Si ni siquiera sabe dinamitar como es debido. Era un cartucho tan pequeño que únicamente le voló la mano derecha. Pero aun así le debe la vida al policía, que no era verdad que se hubiera ido más abajo. Andreas consiguió remar hasta la orilla y allí se desmayó por la pérdida de sangre, y sin duda se habría muerto si no es porque el policía, al oír el estampido,

bajó a la orilla a ver quién estaba dinamitando. Por suerte pasaba en aquel momento el autobús, y el policía lo paró, subieron a Andreas y se lo llevaron al hospital.

Dije que era una pena que le hubiera pasado eso a una persona tan simpática como Andreas, pero había tenido suerte de salir con vida. Cuando mejorase le detendrían y le meterían en Vido por cinco años, ¿no?

—No, no. El policía pensó que ya llevaba bastante castigo, así que en el hospital dijo que Andreas se había pillado la mano con no sé qué máquina.

El maíz había empezado a reventar, estrellándose en la hojalata como descargas de cañones diminutos. Papa Demetrios apartó la sartén del fuego y la destapó. Cada grano de maíz era una globosa nubecilla amarilla y blanca, crujiente y deliciosa. Papa Demetrios se sacó del bolsillo un paquete de papel arrugado y lo abrió. Estaba lleno de gruesos granos de sal de mar gris, y en ellos rebozamos las nubecitas de maíz y las masticamos con fruición,

—Tengo una cosa para ti —dijo al fin el viejo, mientras se limpiaba cuidadosamente los bigotes con un pañolón rojo y blanco—. Es uno de esos bichos terribles que tanto te entusiasman.

Llenándome la boca con los restos de las palomitas, me limpié los dedos en la hierba y pregunté ansioso qué animal era.

—Voy por él —dijo, levantándose—. Es una cosa muy curiosa. Yo es la primera vez que lo veo.

Esperé impaciente mientras él iba a la almazara y volvía de allí con una lata abollada cuya boca había cerrado con hojas.

—Toma —dijo—. Ten cuidado, porque huele.

Quité el tapón de hojas y miré al interior de la lata. Tenía razón Papa Demetrios: olía a ajos como un autobús de campesinos en día de mercado. En el fondo estaba acurrucado un sapo de tamaño medio, pardo-verdoso, de piel bastante lisa, con enormes ojos de color ámbar y la boca contraída en perpetua pero un tanto patológica sonrisa. Al meter yo la mano en la lata para cogerle escondió la cabeza entre las patas delanteras, remetió en el cráneo los protuberantes ojos de esa manera tan extraña que tienen los sapos y emitió un fuerte balido, como si fuera una oveja en miniatura. Yo le saqué de la lata y él se debatió violentamente, soltando un espantoso olor a ajos. Observé que en cada una de las patas posteriores tenía una excrecencia córnea negra, en forma de cuchilla, como un arado. Mi alegría fue inmensa, porque había dedicado bastante tiempo y energías a buscar sapos de espuelas, pero siempre sin éxito. Se lo agradecí vivamente a Papa Demetrios, me lo llevé a casa en triunfo y le instalé dentro de un acuario en mi dormitorio.

En el fondo del acuario había puesto tierra y arena hasta una altura de seis o siete centímetros, y Augusto, ya bautizado y suelto, emprendió inmediatamente la construcción de un hogar. Con un curioso movimiento de las patas posteriores,

trabajando hacia atrás con las cuchillas de los pies a modo de palas, se hizo un agujero con suma rapidez y desapareció de la vista, a excepción de los ojos saltones y la faz sonriente.

No tardé en descubrir que Augusto era un animal de notable inteligencia y cualidades muy atractivas, que se hicieron patentes conforme fue perdiendo el miedo. Cuando yo entraba en la habitación, salía de su agujero y hacía intentos desesperados por llegar hasta mí desde el otro lado de la pared de vidrio. Si yo le sacaba y le dejaba en el suelo, iba siguiéndome a saltos por todo el cuarto, y si me sentaba, él trepaba laboriosamente por una de mis piernas hasta llegar a mi regazo, y una vez allí se recostaba en diversas posturas, nada académicas, y disfrutaba del calor de mi cuerpo parpadeando lentamente, sonriéndome y tragando aire. Fue así cómo descubrí que le gustaba tumbarse panza arriba y que yo le frotara suavemente la barriga con el dedo índice, y esa conducta inusitada le valió el apodo de Rascalatripa. También observé que pedía la comida cantando. Si yo sostenía sobre el acuario una lombriz de tierra gorda y retorcida, a Augusto le daban paroxismos de gozo, parecía que se le fueran a saltar los ojos de la emoción y emitía una serie de cochiniles gruñiditos y el extraño balido que había soltado la primera vez que le cogí. Cuando por fin se dejaba caer la lombriz delante de él, asentía vigorosamente con la cabeza, como dando las gracias, y cogiendo la lombriz por un extremo procedía a metérsela en la boca con los pulgares. Cada vez que en casa había invitados, se les obsequiaba con un recital de Augusto Rascalatripa, y todos convenían gravemente en que era el sapo de mejor voz y repertorio de cuantos habían conocido.

Fue por entonces cuando Larry introdujo a Donald y a Max en nuestras vidas. Max era un austriaco de enorme estatura y cabellos claros y rizosos, bigote rubio posado sobre el labio cual elegante mariposa, y ojos intensamente azules y benévolos. Donald, por el contrario, era bajito y pálido: uno de esos ingleses que a primera vista parecen no sólo incapaces de hablar, sino totalmente desprovistos de personalidad.

Larry había conocido a aquella desigual pareja en el pueblo, y generosamente les había invitado a tomar unas copas en casa. El hecho de que llegaran, animados ya por diversos estímulos alcohólicos, a las dos de la mañana no nos pareció especialmente llamativo, porque para entonces estábamos ya acostumbrados, o casi acostumbrados, a las amistades de Larry.

Mamá, que estaba muy resfriada, se había acostado pronto, y el resto de la familia se había retirado también a sus habitaciones. Yo era el único de la casa que estaba todavía despierto, porque me había quedado a esperar que Ulises volviera de sus nocturnos vagabundeos para devorar en mi cuarto el plato de hígado picado y carne que constituía su cena. Estaba leyendo en la cama cuando oí un rumor lejano y confuso que reverberaba en los olivares. Al pronto pensé que sería un grupo de campesinos que regresaba de alguna boda, y no hice caso. Pero la cacofonía se fue

acercando, y por el golpeteo y tintineo acompañante comprendí que se trataba de unos trasnochadores que pasaban por la carretera en coche de punto. La canción que iban cantando no parecía griega; me pregunté quiénes serían. Salté de la cama, me asomé a la ventana y miré a los olivares. En ese momento el coche se desvió de la carretera y empezó a subir la larga avenida que llevaba a nuestra casa. Se lo veía muy claramente, porque era como si los que iban sentados en la parte trasera hubieran encendido una pequeña fogata, que yo, intrigado y desconcertado, veía parpadear y temblar entre los árboles en dirección a la villa.

En ese instante apareció Ulises en el cielo nocturno, planeando sigilosamente como un vilano, y trató de posarse en mi hombro desnudo. Me lo quité de encima y fui por el plato de su comida, que él procedió a picotear y engullir, emitiendo ruidillos guturales por lo bajo y guiñándome sus ojos brillantes.

Ya el lento pero seguro avance del coche lo había conducido hasta la entrada. Me asomé otra vez y quedé cautivado por el espectáculo.

Lo que había en la trasera no era una fogata, como yo había creído. Eran dos individuos, cada uno de ellos agarrado a un enorme candelabro de plata que sostenía varios cirios blancos de buen tamaño, de los que se solían comprar para ponérselos a San Spiridion. Los viajeros venían cantando a pleno pulmón una canción de *La doncella montañesa*. con voces desafinadas pero con mucho brío, y tratando de armonizar cuando podían.

El coche se detuvo ante los escalones de la entrada.

—«A los diecisiete…» —suspiraba un barítono muy inglés.

—¡A los diecisiete! —entonaba el otro cantor, con acento centroeuropeo bastante marcado.

—«Se enamora locamente —dijo el barítono, agitando su candelabro como un loco— de unos ojos de azul resplandor».

—De azul resplandorr —entonó el acento centroeuropeo, imprimiendo a tan simples palabras una lascivia que era cosa de oírlo para creerlo.

—«A los veinticinco —continuó el barítono— cree adorar perdidamente».

—Perrdidamente —dijo con languidez el acento centro-europeo.

—«Otros ojos de distinto color» —dijo el barítono, e hizo un ademán tan excesivo con su candelabro que los cirios salieron despedidos de sus mecheros como otros tantos cohetes, y cayeron sobre la hierba chisporroteando.

Se abrió la puerta de mi cuarto y entró Margo, envuelta en varios metros de encajes y muselina.

—¿Qué significa ese *estruendo*. —preguntó con ronco susurro acusador—. Sabes perfectamente que Mamá no se encuentra bien.

Expliqué que el estruendo no tenía nada que ver conmigo, sino que al parecer teníamos visita. Margo se asomó a la ventana y contempló el coche, en el que los

cantores acababan de llegar al verso siguiente de su canción.

—¡Oigan! —les llamó, sin levantar la voz—. ¡Hagan el favor de no hacer tanto ruido! ¡Mi madre está enferma!

Inmediato silencio envolvió el coche, y una figura alta y desgarbada se puso en pie vacilantemente. Alzando sobre sí el candelabro, el visitante miró a Margo muy serio.

—No deberr a la buena señorra —entonó sepulcralmente—. no deberr molestarr a Mazre.

—No, por todos los dioses —asintió la voz inglesa desde dentro del coche.

—¿Quiénes crees tú que pueden ser? —me susurró mi hermana, muy agitada.

Respondí que para mí la cosa estaba más clara que el agua: tenían que ser amigos de Larry.

—¿Son ustedes amigos de mi hermano? —preguntó Margo desde la ventana.

—Una noble perrsona —dijo la figura alta, blandiendo el candelabro—. Nos invitó a tomarr una copa.

—Hum… Esperen un momento, bajo en seguida —dijo Margo.

—Considerrarrla de cerrca serría lograrr la ambición de toda una vida —dijo el alto, acompañándose de una reverencia bastante insegura.

—Contemplarla —corrigió una voz apagada desde la trasera del coche.

—Voy a bajar, a meterlos dentro y tenerlos callados —me dijo Margo—. Tú vete a despertar a Larry.

Me puse unos calcetines, cogí sin ningún miramiento a Ulises, que digería su cena con los ojos entornados, y le arrojé por la ventana.

—¡Extraordinarrio! —dijo el alto, siguiendo con la vista el vuelo de Ulises sobre los olivos plateados por la luna—. ¿Esto es como la casa de Drrácula, no, Donald?

—Sí, por todos los dioses —dijo Donald.

Yo eché a correr por el pasillo e irrumpí en la habitación de Larry, pero me costó cierto tiempo despertarle, porque, bajo la firme impresión de que Mamá le había estado echando encima todos los gérmenes de su resfriado, había tomado la precaución de consumir media botella de whisky antes de irse a la cama. Al fin se incorporó y me miró con ojos pitañosos.

—¿Qué quieres, puñetas? —preguntome.

Expliqué lo de los dos tipos del coche, y que habían dicho que estaban invitados a tomar una copa.

—¡Al cuerno! —dijo Larry—. Diles que me he ido a Dubrovnik.

Expliqué que no me sería posible hacerlo, porque ya Margo debía haberles hecho entrar, y no era cosa de molestar a Mamá en vista de lo delicado de su estado. Gimiendo, Larry se levantó y se puso la bata y las zapatillas, y juntos bajamos las chirriantes escaleras hasta el cuarto de estar. Allí encontramos a Max, larguirucho,

benévolo y expansivo, desparramado en un sillón y accionando hacia Margo con el candelabro, ya con todos sus cirios apagados. Donald, sombrío y engurruñado en otro sillón, parecía un auxiliar de pompas fúnebres.

—Sus ojos tienen un azul resplandorr —decía Max, apuntando a Margo con un largo dedo—. Erramos cantando sobrre ojos azules, ¿ferdad, Donald?

—*Estábamo*. cantando una cosa sobre ojos azules —dijo Donald.

—Eso es lo que he dicho —dijo Max con benevolencia.

—Has dicho «éramos» —dijo Donald.

Max se paró a pensarlo un breve instante.

—Da igual —dijo—. los ojos estaban azules.

—Eran azules —dijo Donald.

—¡Ah, ya estáis aquí! —dijo Margo sin aliento al vernos entrar—. Creo que son amigos tuyos, Larry.

—¡Larry! —tronó Max, levantándose con la gracia desmañada de una jirafa—. ¡Hemos venido como nos dijiste!

—Qué estupendo —dijo Larry, forzando a sus facciones arrugadas por el sueño a contraerse en un simulacro de sonrisa acogedora—. ¿Te importaría bajar la voz? Es que mi madre está enferma.

—Las mazres —dijo Max, con inmensa convicción— son lo más imporrtante del mundo.

Y volviéndose hacia Donald se puso un largo dedo sobre el bigote y dijo «Sssh» con tal violencia que Roger, que había caído en un sueño apacible, al instante se puso en pie de un salto y empezó a ladrar desaforadamente. Widdle y Puke le corearon con energía.

—Vaya mala educación —observó Donald entre ladrido y ladrido—. Un invitado no debe hacer ladrar a los perros de su anfitrión.

Max se arrodilló y envolvió en sus largos brazos al todavía vociferante Roger, maniobra que yo contemplé con cierta intranquilidad, porque sabía que Roger era muy capaz de malinterpretarla.

—Calla, Guau Guau —dijo Max, lanzando una ancha sonrisa a la cara erizada y beligerante del perro.

Con gran asombro por mi parte, Roger al punto dejó de ladrar y se puso a darle entusiásticos lametones en la cara.

—Ejem…, ¿os apetece… tomar una copa? —dijo Larry—. Claro que no puedo pediros que os quedéis mucho rato, porque desdichadamente tengo enferma a mi madre.

—Eres muy amable —dijo Donald—. Sois amabilísimos. Excusad a mi amigo, por favor. Es que es extranjero.

—Bueno, yo me parece que me vuelvo a la cama —dijo Margo, e inició

cautamente la huida.

—¡Ni hablar! —ladró Larry—. Alguien tendrá que traer las copas.

—No aparrte usted —dijo Max, tendido en el suelo con Roger entre los brazos y dirigiendo a Margo una mirada lastimera—. no aparrte usted sus ojos de mi órrbita.

—Bueno, pues voy por las copas —dijo Margo sin respiración.

—Y yo la ayudo —dijo Max, echando a Roger para ponerse en pie.

Roger había sacado la errónea conclusión de que Max pensaba pasarse toda la noche acunándole frente al fuego moribundo de la chimenea, y lógicamente no encajó bien el verse despedido de esa manera, conque otra vez se puso a ladrar.

Abriose de golpe la puerta, y apareció Leslie sin más atuendo que una escopeta debajo del brazo.

—¿Qué leches pasa aquí? —preguntó.

—Leslie, *por favor*. ponte algo encima —dijo Margo—. Son unos amigos de Larry.

—¡Santo Dios! —gimió Leslie—. ¡*Más no*!

Y dando media vuelta desapareció escaleras arriba.

—¡Copas! —exclamó Max, rodeando apasionadamente a Margo con sus brazos y arrastrándola a paso de vals, con acompañamiento de los ladridos casi histéricos de Roger.

—¡Por favor, un poco de silencio! —dijo Larry—. ¡*Max*. por lo que más quieras!

—Qué mala educación —dijo Donald.

—Piensa en mi madre —añadió Larry— en vista de que aquella referencia evidentemente había pulsado alguna tecla en el alma de Max.

Inmediatamente el aludido puso fin a su vals con la jadeante Margo.

—¿Dónde está tu mazre? —quiso saber—. La señorra está enferrma… ¡lléfame para que yo la recorra!

—La socorra —corrigió Donald.

—Aquí estoy —dijo Mamá desde la puerta, con voz ligeramente nasal—. ¿Qué está pasando aquí?

Estaba en camisón, con un voluminoso chal sobre los hombros por aquello del resfriado. Debajo de un brazo portaba la figura lánguida, jadeante y apática de Dodo, su perrita Dandie Dinmont.

—Llegas muy oportunamente, Mamá —dijo Larry—. Quiero presentarte a Donald y Max.

Dando muestras de animación por primera vez hasta ese momento, Donald se puso en pie, cruzó ágilmente la habitación, tomó la mano de mi madre y se inclinó ligeramente sobre ella.

—Encantado —dijo—. Lamento muchísimo que la hayamos molestado. Ha sido cosa de mi amigo, compréndalo; es continental.

—Mucho gusto en conocerles —dijo Mamá, haciendo acopio de todos sus recursos.

Al verla aparecer Max había abierto los brazos, y ahora la contemplaba con toda la devoción que mostraría un cruzado al poner por primera vez sus ojos sobre Jerusalén.

—¡Mazre! —entonó con dramatismo—. ¡Usted es la mazre!

—¿Cómo está usted? —dijo ella, un poco indecisa.

—¿Usted —siguió Max, verificando su imagen de la situación— es la mazre enferrma?

—Bueno, sólo un ligero resfriado —dijo Mamá quitándole importancia.

—¡La hemos desporrtado! —clamó Max, llevándose las manos al pecho y con los ojos llenos de lágrimas.

—Despertado —dijo Donald *sotto voce*.

—Fenga usted —dijo Max, y poniendo sus largos brazos alrededor de mi madre la condujo a un sillón próximo a la chimenea y la hizo acomodarse en él con la más extremada delicadeza. Quitose la chaqueta y se la puso dulcemente sobre las rodillas; luego se sentó en cuclillas a su lado, le tomó una mano y la miró seriamente a los ojos.

—¿Qué desea Mazre? —inquirió.

—Que la dejen dormir en paz —respondió Leslie, que acababa de volver, ya más convencionalmente ataviado con unos pantalones de pijama y unas sandalias.

—Max —dijo Donald con severidad—. deja de monopolizar la conversación. Acuérdate de para qué hemos venido.

—¡Clarro! —dijo Max lleno de gozo—. Larry, trraemos estupendas noticias. Donald ha decidido serr escritorr.

—No podía hacer otra cosa —murmuró Donald modestamente—. viendo cómo vivís todos a cuerpo de rey, cobrando derechos todos los días… He pensado que debía probar suerte.

—Eso está muy bien —dijo Larry, con cierta falta de entusiasmo.

—Acabo de terminar el primer capítulo —dijo Donald—. y por eso hemos venido corriendo, literalmente, para leértelo.

—¡Santo cielo! —dijo Larry, horrorizado—. No, Donald, espera un momento. Mis facultades críticas están completamente deshidratadas a las dos y media de la madrugada. ¿No me lo podrías dejar y me lo leo mañana?

—Es corto —dijo Donald, haciendo oídos sordos y sacándose del bolsillo una cuartilla—. pero creo que el estilo te parecerá interesante.

Larry exhaló un suspiro de exasperación y todos nos sentamos y aguardamos expectantes, mientras Donald se aclaraba la voz.

—De pronto —empezó con voz profunda y vibrante—. de pronto, de pronto, de

pronto allí estaba él, y de pronto allí estaba ella; de pronto, de pronto, de pronto. Y de pronto él la miró, de pronto, de pronto, de pronto; y de pronto ella le miró, de pronto. Y de pronto ella abrió los brazos, de pronto, de pronto, y él abrió los brazos de pronto. De pronto se enlazaron, y de pronto, de pronto, de pronto él sintió el calor de su cuerpo, y de pronto, de pronto ella sintió el calor de la boca de él sobre la suya cuando de pronto, de pronto, de pronto cayeron juntos sobre el sofá.

Hubo un largo silencio mientras esperábamos que Donald prosiguiera. El tragó saliva un par de veces, como inundado de emoción ante su propia escritura, dobló cuidadosamente el papel y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Larry.

—Es un poquito corto —dijo Larry cautamente.

—Sí, pero ¿el estilo? —dijo Donald.

—Pues, hombre, sí, es interesante. Pero quizá te encuentres con que ya se ha hecho antes.

—Imposible —explicó Donald—. no se me había ocurrido hasta esta misma noche.

—Yo creo que no se le debe dejar que beba más —dijo Leslie muy audiblemente.

—Calla, hijo —dijo Mamá—. ¿Qué título le va usted a poner, Donald?

—He pensado… —dijo Donald con gesto lechucesco—. he pensado titularlo «El libro de pronto».

—Es un título muy incisivo —dijo Larry—. Pero yo creo que podrías redondear un poco la figura de los protagonistas, en profundidad, por así decirlo, antes de liarlos en el sofá.

—Sí —dijo Donald—. Quizá tengas razón.

—Pues sí, realmente es *muy* interesante —dijo Mamá, estornudando con violencia—. Y ahora podríamos tomar todos una taza de té.

—Yo harré el té parra usted, Mazre —dijo Max, y poniéndose en pie de un salto echó a ladrar de nuevo a todos los perros.

—Yo te ayudo —dijo Donald.

—Margo, ve con ellos para enseñarles dónde están las cosas —dijo Mamá.

Cuando los tres hubieron salido de la habitación, Mamá se volvió a Larry.

—Y ésta es la clase de gente —dijo con frialdad— que según tú no está chiflada.

—Donald no está chiflado —dijo Larry—. Lo único que le pasa es que está un poco alegre.

—Y de pronto, de pronto, de pronto, de pronto se amonó —entonó Leslie, metiendo más troncos en la chimenea y arrancándole a puntapiés un simulacro de llamarada.

—Los dos son muy buenos chicos —dijo Larry—. Donald tiene ya loco a medio Corfú.

—¿Qué quieres decir? —dijo Mamá.

—Pues ya sabéis cómo les encanta a los corfiotas sonsacarle al prójimo todos sus secretos —dijo Larry—. Todo el mundo anda convencido de que, como Donald parece tener dinero, y como es tan increíblemente británico, debe ser de una familia de lo mejorcito. Así que él se ha estado divirtiendo contándole a cada uno una historia diferente. Me aseguran que hasta este momento ha sido primogénito de un duque, primo del obispo de Londres e hijo ilegítimo de lord Chesterfield. Se ha educado en Eton, en Harrow, en Oxford y en Cambridge, y cuál no sería mi regocijo cuando esta mañana la señora Papanopoulos me aseguró que él le había asegurado que había hecho sus estudios en Girton.

En aquel preciso instante volvía Margo al cuarto de estar con cara de cierta preocupación.

—Haz el favor de venir y hacer algo con ellos, Larry —dijo—. Max acaba de encender la cocina con un billete de cinco libras, y Donald ha desaparecido y no hace más que gritar «Cuií», y no sabemos dónde está.

Corrimos todos en pelotón a la gigantesca cocina enlosada, donde una olla de agua empezaba a cantar sobre uno de los fuegos y Max contemplaba con aire doliente los restos calcinados de un billete de cinco libras que sostenía en una mano.

—Pero, Max —dijo Mamá—. ¿qué tontería ha hecho usted?

Max le dirigió una ancha sonrisa.

—No hay que ahorrar gastos para Mazre —le metió en la mano los restos del billete—. Quédeselo, Mazre, de recuerdo.

—Cuií —llegó un lúgubre lamento reverberante.

—Es Donald —dijo Max con orgullo.

—¿Dónde está? —preguntó Mamá.

—No sé —dijo Max—. Cuando quierre esconderse, quierre esconderse.

Leslie fue en dos zancadas a la puerta trasera y la abrió.

—¡Donald! —gritó—. ¿Estás ahí?

—Cuií —se oyó el grito tembloroso de Donald, acompañado de sutiles y reverberantes armónicos.

—¡Dios! —exclamó Leslie—. ¡Ese pedazo de idiota se ha caído al pozo!

En la parte del jardín que había detrás de la cocina había un pozo grande, de unos dieciocho metros de profundidad, por el cual bajaba una gruesa tubería de hierro de sección circular. Por los ecos que acompañaban a la voz de Donald, no cabía la menor duda de que Leslie estaba en lo cierto. Cogiendo una luz corrimos al brocal del pozo y todos en círculo nos asomamos a escudriñar sus profundidades. A media altura estaba Donald, firmemente enroscado al tubo con brazos y piernas. Alzó la vista hacia nosotros.

—Cuií —dijo coquetonamente.

—¡Donald, no seas imbécil! —dijo Larry exasperado—. Sal de ahí. Si te caes al agua te ahogarás. A mí me da igual, pero nos contaminarías todo el suministro de agua.

—No pienso —dijo Donald.

—¡Donald! —dijo Max—. Te querremos. Fen. Ahí abajo hace frrío. Fen a tomar el té con Mazre y hablarremos más sobre tu libro.

—¿Insistís? —preguntó Donald.

—Sí, sí, insistimos —dijo Larry con impaciencia.

Lenta y laboriosamente Donald subió trepando por el tubo, bajo las miradas de todos, que le observábamos conteniendo la respiración. Cuando llegó a nuestro alcance, Max y la familia en pleno nos inclinamos sobre el pozo y, echando mano a diversas partes de su anatomía, le sacamos sano y salvo. Luego llevamos otra vez a nuestros invitados al interior de la casa y les atiborramos de cantidades ingentes de té caliente, hasta lograr verles tan sobrios como se podía pedir que estuvieran sin haber dormido la mona.

—Ahora os vais a casa —dijo Larry con firmeza— y mañana nos veremos en el pueblo.

Les acompañamos al porche. Allí estaba el coche de punto, con el caballo tristemente derrumbado entre las varas; pero al cochero no se le veía por ninguna parte.

—¿Traían cochero? —me preguntó Larry.

Dije que, sinceramente, me había cautivado de tal modo la vista de sus candelabros que no me había fijado en eso.

—Yo conducirré —dijo Max—, y Donald cantará parra mí.

Donald se acomodó cuidadosamente en la trasera con los candelabros y Max ocupó el pescante. Restalló el látigo con la más absoluta falta de profesionalidad, y el caballo, despertando de su estado comatoso, dio un suspiro y empezó a arrastrarse por la avenida abajo.

—¡Buenas noches! —gritó Max, agitando el látigo.

Esperamos hasta verles desaparecer por detrás de los olivos, y luego, volviendo a casa en pelotón, cerramos la puerta de delante entre suspiros de sincero alivio.

—De veras, Larry, no deberías invitar a nadie a estas horas de la noche —dijo Mamá.

—Yo *no* les invité a estas horas de la noche —replicó Larry, picado—. Vinieron *ellos solos. Yo* únicamente les había invitado a unas copas.

En ese momento sonaron golpes atronadores en la puerta de delante.

—Bueno, yo me voy —dijo Mamá, y se escabulló escaleras arriba con notable ligereza.

Larry fue a abrir y se encontró con la figura trastornada del cochero.

—¿Dónde está mi *carrochino*? —gritó.

—¿Dónde estaba usted? —contraatacó Larry—. Los *kyrios* se lo han llevado.

—¿Me han robado el *carrochino*? —chilló el otro.

—¡Qué se lo van a haber robado, estúpido! —dijo Larry, agotada ya su capacidad de resistencia—. Como no estaba usted esperando, lo cogieron para volver al pueblo. Si se da usted prisa todavía los alcanza.

Implorando el auxilio de San Spiridion, el cochero echó a correr por entre los olivos hacia la carretera.

Decidido a no perderme el último acto de la obra, yo corrí a un buen punto de observación desde donde se veía claramente la entrada de la avenida y un tramo de la carretera que conducía al pueblo, iluminada por la luna. El coche acababa de dejar la avenida y enfilaba la carretera a buen paso, con Donald y Max cantando muy contentos al unísono. En ese momento apareció el cochero entre los olivos y, lanzando imprecaciones, echó a correr tras ellos.

Max, sobresaltado, volvió la cabeza y gritó:

—¡Lobos, Donald! ¡Agárrate bien!

Y arreó un latigazo a la grupa del desdichado caballo, que, sobresaltado, pasó al galope: la clase de galope de que sólo era capaz un caballo de coche de alquiler corfiota, suficiente para mantener al cochero echando los bofes a diez pasos de distancia, chillando, implorando y casi sollozando de rabia. Max, decidido a salvar a Donald a toda costa, cascaba al caballo sin piedad, y Donald, vuelto hacia atrás y sacando el cuerpo fuera, gritaba ¡«Bang!» de tanto en tanto. Así desaparecieron de mi vista camino de Corfú.

A la mañana siguiente la hora del desayuno nos encontró a todos un poco maltrechos, y Mamá sermoneó severamente a Larry por permitir que se presentara gente a las dos de la madrugada pidiendo copas. En mitad del sermón vimos subir el coche de Spiro hasta delante de la casa, y Spiro entró anadeando en el porche donde estábamos, abrazado a un enorme paquete oblongo de papel de estraza.

—Esto es para usted, señoras Durrells —dijo.

—¿Para mí? —dijo Mamá, ajustándose las gafas—. ¿Qué puede ser?

Abrió el paquete con cautela, y allí dentro, luciendo todos los colores del arco iris, estaba la mayor caja de bombones que yo había visto en la vida. Llevaba prendida una tarjetita blanca en la que se veía escrito con mano insegura: «Con nuestras disculpas por lo de anoche. Donald y Max».

Capítulo 7. Lechuzas y aristocracia

Ya se nos había echado encima el invierno, impregnándolo todo del humo de la madera de olivo quemada. El viento hacía chirriar a las contraventanas y las arrojaba contra los muros de la casa, y arrastraba a pájaros y hojas de un extremo a otro del cielo encapotado. Las pardas montañas del continente lucían desflecados capirotes de nieve, y la lluvia llenaba los erosionados y pedregosos valles, convirtiéndolos en torrentes espumeantes que se precipitaban ávidamente al mar, cargados de lodo y detritos. Al llegar al mar se extendían como amarillas vetas entre el agua azul, y la superficie se moteaba de bulbos de escila, troncos y ramas retorcidas, escarabajos y mariposas muertos, terrones de hierba parda y cañas astilladas. Entre las blanqueadas crestas de los montes de Albania se cocían tormentas que después venían rodando hasta nosotros, negras masas de cúmulos que escupían una lluvia punzante, entre relámpagos que se abrían y morían como helechos amarillos de un lado a otro del cielo.

Comenzaba el invierno cuando recibí una carta.

> «Estimado Gerald Durrell:
>
> Nuestro común amigo el doctor Stefanides me ha dicho que eres un gran naturalista y posees muchos animales. Querría saber, por tanto, si te gustaría tener un búho blanco que mis trabajadores han encontrado en un cobertizo viejo que estaban demoliendo. Desgraciadamente tiene un ala rota, pero por lo demás goza de buena salud y come bien.
>
> Si lo quieres, te propongo que vengas a almorzar el viernes y te lo lleves. ¿Serías tan amable de darme una respuesta? La una o una menos cuarto sería una hora conveniente.
>
> Atentamente,
>
> condesa Mavrodaki.»

Aquella carta me emocionó por dos razones. En primer lugar porque siempre había deseado tener una lechuza —pues evidentemente de eso se trataba—. Y en segundo lugar porque toda la buena sociedad de Corfú llevaba años y años intentando tratarse con la condesa, sin conseguirlo. Era el ermitaño por excelencia. Inmensamente rica, vivía en una gigantesca y destartalada villa veneciana perdida en el campo, y jamás invitaba a nadie ni veía a otras personas que los trabajadores de su vasta hacienda. Si se trataba con Teodoro era únicamente porque le tenía como asesor médico. Se aseguraba que poseía una biblioteca muy nutrida y valiosa, razón por la cual Larry había intentado por todos los medios lograr acceso a la villa, pero siempre

sin éxito.

—¡Hay que ver! —exclamó amargamente cuando le enseñé la invitación—. ¡Meses y meses intentando que esa vieja arpía me deje ver sus libros, y ahora te invita a ti a comer! ¡No hay justicia en el mundo!

Le dije que, después de comer con la condesa, tal vez tuviera yo ocasión de pedirle que le dejara ver los libros.

—Después de comer *contigo* no creo que esté dispuesta a enseñarme no ya su biblioteca, sino ni siquiera un ejemplar del *Times* —dijo él mordazmente.

Pero la baja opinión de mi hermano acerca de mis dotes para el trato social no me arredró: estaba decidido a interceder por él si veía oportunidad de hacerlo. A mi juicio era aquélla una ocasión importante, solemne incluso, de modo que me vestí con cuidado: camisa y pantalones cortos planchados con esmero, y un par de sandalias nuevas y un sombrero de paja que conseguí que Mamá me comprara. Como la hacienda de la condesa estaba un poco lejos, monté a Sally, que en honor de la ocasión llevaba una manta nueva a guisa de silla.

El día estaba nublado, y el suelo húmedo y blando. Parecía como si fuera a haber tormenta, pero yo iba con la esperanza de llegar antes de que estallara, por que la lluvia no estropeara la blanca tiesura de mi camisa. Según trotábamos entre los olivos, sin otra compañía que la de alguna chocha que ante nuestro paso *alzaba* el vuelo desde los arrayanes, me fui poniendo cada vez más nervioso. Descubrí que iba mal preparado para el acontecimiento. Para empezar, me había dejado en casa el pollo de cuatro patas que conservaba en alcohol. Estaba seguro de que a la condesa le habría gustado verlo, y en cualquier caso habría sido un tema de conversación para salvar la torpeza de los primeros momentos del encuentro. En segundo lugar, se me había olvidado consultar a alguien sobre el tratamiento que había que dar a una condesa. «Majestad» me parecía demasiado serio, sobre todo teniendo en cuenta que me iba a dar una lechuza. Tal vez fuera mejor «Alteza»; ¿o quizá sencillamente «señora»?

Cavilando sobre las complejidades del protocolo había abandonado a Sally a sus propios recursos, por lo que prestamente cayó en un sueño de burro. De todos los animales de tiro, sólo el burro parece capaz de dormirse y seguir andando. El resultado fue que se desvió hacia la cuneta, tropezó de pronto, se tambaleó, y yo, sumido en mis meditaciones, fui a caer en un palmo de agua y barro. Sally se me quedó mirando con la expresión de asombro acusador que ponía cada vez que sabía que había hecho algo inconveniente. Yo la habría estrangulado: las sandalias nuevas, encharcadas; los pantalones y la camisa —un momento antes tan tiesos, tan limpios, tan de niño bien educado—, pringados de barro y de trocitos de hierbas acuáticas en descomposición. Me daban ganas de echarme a llorar de rabia y de despecho. Estábamos demasiado lejos de casa como para desandar lo andado y cambiarme de

ropa; no había más remedio que seguir adelante, mojado y amargado, convencido de que ya no importaba qué tratamiento diese a la condesa: de la primera ojeada a mi gitanesco estado me despacharía para mi casa. Y no sólo perdería la lechuza, sino también toda posibilidad de conseguir que Larry viese la biblioteca. Era un idiota, me dije amargamente. Debía haber ido andando, en lugar de fiarme de aquella criatura incorregible, que trotaba ahora a paso ligero, con las orejas tiesas como peludas flores de aro.

Por fin llegamos a la villa de la condesa, oculta entre olivares, al fondo de una avenida flanqueada por altos eucaliptos de tronco verde y rosado. La entrada de la avenida estaba custodiada por dos columnas y sobre ellas un par de leones de alas blancas, que observaron con desdén cómo trotábamos por el camino adelante. La casa, inmensa, formaba exteriormente un cuadrado. En sus tiempos había lucido un intenso rojo veneciano, ahora desvanecido a rosa; el yeso aparecía abultado y agrietado en algunos sitios por la humedad, y del tejado faltaban muchas tejas pardas. De los aleros pendían nidos de golondrinas ya vacías, como pardos hornitos abandonados; en ningún sitio había visto yo tantos reunidos.

Até a Sally a un árbol a propósito y me dirigí al arco que daba acceso al patio central. Colgaba allí una cadena herrumbrosa, y al tirar de ella oí un débil campanilleo allá en las profundidades de la casa. Esperé pacientemente algún tiempo, y ya iba a tocar por segunda vez cuando las macizas puertas de madera se abrieron y ante mí se alzó un hombre que me pareció talmente un bandido. Era alto y fornido, con gran nariz aguileña, anchos y flameantes mostachos blancos y melena blanca y rizada. Tocábase con un fez de color escarlata, vestía blusón blanco con bonitos bordados en rojo y oro y zaragüelles negros, y calzaba *charukias* con la punta vuelta hacia arriba y decoradas con enormes pompones rojos y blancos. En su cara morena se dibujó una sonrisa, y vi que tenía todos los dientes de oro. Era como asomarse a una casa de la moneda.

—¿*Kyri*. Durrell? —preguntó—. Pase.

Crucé tras él el patio, poblado de magnolios y macizos de flores en invernal abandono, y entramos en la casa. Luego de conducirme por un largo corredor de baldosas rojas y azules, abrió una puerta y me hizo pasar a una estancia amplia y tenebrosa, forrada de librerías desde el suelo hasta el techo. En un extremo había una chimenea de gran tamaño, y en ella una gran fogata que silbaba y chisporroteaba. Sobre la chimenea pendía un enorme espejo con marco de oro, ennegrecido por el tiempo. En un largo diván que había junto al hogar, casi oculto a base de cojines y chales de colores, estaba sentada la condesa.

No se parecía en nada a lo que yo esperaba. Yo la había imaginado alta, enteca y más bien temible, pero cuando se levantó y cruzó la estancia hacia mí con paso de baile vi que era bajita, muy gorda y rubicunda como un capullo de rosa. Llevaba el

cabello, de color de miel, recogido en alto peinado de estilo Pompadour, y sus ojos, bajo cejas permanentemente arqueadas y sorprendidas, eran verdes y brillantes como aceitunas antes de madurar. Tomó mi mano entre las suyas, menudas, cálidas y regordetas, y la oprimió contra su opulento pecho.

—¡Qué alegría, qué *alegría* que hayas venido! —exclamó con cantarina voz de niña, exudando un aroma sofocante de violetas de Parma y coñac a partes iguales—. Pero qué *alegría*. ¿Te puedo llamar Gerry? Claro que sí. Yo soy Matilda para los amigos…, pero no es mi nombre de verdad, por supuesto que no. El de verdad es Stefani Zinia… rarísimo; suena a medicina. Es *mucho* mejor Matilda, ¿no te parece?

Prudentemente dije que Matilda me parecía un nombre muy bonito.

—Sí, es un nombre sólido, *a la antigua*. Porque los nombres son una cosa *muy* importante, ¿verdad que sí? Este —señaló al hombre que me había hecho pasar—. *Según él*, se llama Demetrios. Pero yo le llamo Mustafá.

Y tras lanzarle una rápida mirada se inclinó hacia mí, casi asfixiándome de olor a coñac y violetas de Parma, e inopinadamente me bisbiseó en griego: «Es un turco asqueroso».

El se puso rojo y se le erizó el bigote, prestándole más aspecto de bandido que nunca.

—¡Yo no soy turco! —rugió—. Miente usted.

—Eres turco y te llamas Mustafá —replicó ella.

—No es verdad… No… No lo soy… No es verdad —dijo él, casi atragantado de rabia—. Miente usted.

—No miento.

—Sí miente.

—No miento.

—Sí miente.

—*No miento*.

—Es usted una anciana embustera.

—¡Anciana! —chirrió ella, toda roja—. ¿Cómo te atreves a llamarme anciana, so… so *turco*.

—Anciana y gorda —dijo Demetrios-Mustafá con frialdad.

—¡No te lo consiento! —chilló ella—. ¡Anciana… gorda…! No te lo consiento. Quedas despedido. Tienes un mes de plazo para marcharte. No; vete inmediatamente, hijo de turco asqueroso.

Demetrios-Mustafá se irguió con aire majestuoso.

—Muy bien —dijo—. ¿Desea usted que sirva las bebidas y el almuerzo antes de marcharme?

—Naturalmente —respondió la condesa.

En silencio él cruzó la habitación y extrajo una botella de champán de un cubo de

hielo que había detrás del sofá. La descorchó y vertió cantidades iguales de coñac y champán en tres copas grandes. Nos entregó una a cada uno, y él alzó la tercera.

—Permítame un brindis —me dijo solemnemente—. A la salud de una anciana gorda y embustera.

Me vi en un aprieto. Si brindaba, parecería que compartía su opinión acerca de la condesa, y eso no sería de buena educación; pero si *no* brindaba, aquel hombre parecía muy capaz de romperme un hueso. Vacilé un instante, y en esas la condesa, con gran asombro por mi parte, se echó a reír alegremente y en sus mejillas tersas y gordinflonas se hicieron dos hoyuelos encantadores.

—No está bien que le tomes el pelo a nuestro invitado, Mustafá. Pero reconoce que el brindis ha sido un buen golpe —así diciendo se echó al coleto su copa.

Demetrios-Mustafá me miró sonriente, y sus dientes rutilaron y centellearon a la luz de la chimenea.

—Beba, *kyri* —dijo—. No nos haga caso. La señora condesa vive para comer, beber y regañar, y mi obligación es tenerla surtida de las tres cosas.

—Mentira —dijo la condesa, tomándome de la mano y conduciéndome al diván, lo que me produjo la sensación de ir a remolque de una nubecilla oronda y rosácea—. Mentira; yo vivo para muchas cosas, muchas cosas. Vamos, no te quedes ahí bebiéndote mis bebidas, borrachín. Ven a ocuparte de la comida.

Demetrios-Mustafá vació su copa y se fue. La condesa, sentada en el diván con mi mano entre las suyas, me dirigió una gran sonrisa.

—¡Qué agradable! —exclamó embelesada—. Tú y yo solitos. Dime, ¿siempre llevas toda la ropa llena de barro?

Azarado, me apresuré a explicarle lo de Sally.

—¡Así que has venido en *burro*! —dijo, y por su manera de decirlo parecía una forma de transporte muy exótica—. ¡Qué *buena* idea! A mí el automóvil no me inspira ninguna confianza: es una cosa ruidosa, incontrolable; no te puedes fiar… Recuerdo que en vida de mi marido tuvimos uno: grande, amarillo. Pero, hijo mío, era una mala bestia. A mi marido le obedecía, pero a mí no me hacía ni caso. Un día le dio por arremeter marcha atrás contra un puesto de frutas y verduras, a pesar de todo lo que yo hice por detenerlo, y a continuación se tiró desde el muelle al mar. Cuando salí del hospital le dije a mi marido: «Henri», le dije, porque así se llamaba; es un nombre muy bonito, muy *burgués*. ¿No te parece? ¿Por dónde iba? Ah, sí. Pues le dije: «Henri, ese coche es malévolo. Está poseído por un espíritu maligno. Tienes que venderlo». Y lo vendió.

En mi estómago vacío el coñac y el champán se combinaron con el calor de la chimenea para achisparme rápidamente. La cabeza me daba vueltas de una manera muy agradable. La condesa seguía parloteando con entusiasmo, y yo asentía sonriente.

—Mi marido era un hombre muy culto, culto de verdad. Coleccionaba libros, sabes. Libros, cuadros, sellos, chapas de cerveza, todo lo que tuviera que ver con la cultura le atraía. Poco antes de morir empezó a coleccionar bustos de Napoleón. No te puedes hacer idea de la cantidad de bustos que habían hecho del corso aquél horrible. Mi marido reunió quinientos ochenta y dos, hasta que un día le dije: «Henri», le dije, «Henri, esto no puede seguir así. O dejas de coleccionar bustos de Napoleón o te abandono y me voy a la isla de Santa Elena». Pero yo se lo decía en broma, no era en serio, y ¿sabes lo que me contestó? Pues que ya había pensado él ir de vacaciones a Santa Elena…, ¡con todos los bustos! ¡Señor, qué dedicación! ¡Era algo insoportable! Yo creo que un poco de cultura nunca está de más, pero no hasta el punto de convertirse en una *obsesión*.

Demetrios-Mustafá entró, volvió a llenarnos las copas, dijo: «El almuerzo estará dentro de cinco minutos», y volvió a salir.

—Era lo que podríamos llamar un coleccionista *compulsivo*, hijo mío. ¡Cuántas veces me habré echado a temblar cuando le veía aquel brillo de fanático en los ojos! Un día vio una cosechadora en una feria del campo, una cosa sencillamente inmensa, y yo le *vi* aquel brillo en los ojos, pero me puse firme. «Henri», le dije, «Henri, no voy a permitir que me llenes la casa de cosechadoras. Si quieres hacer colección de algo, ¿por qué no la haces de algo razonable: de joyas, de pieles, de algo así?» Te parecerá que fui muy dura, hijo mío, pero ¿qué iba a hacer? Si me hubiera ablandado por un *instante*, me habría llenado la casa de maquinaria agrícola.

Demetrios-Mustafá volvió a entrar.

—El almuerzo está servido —anunció.

Sin dejar de parlotear, la condesa me sacó de la estancia cogido de la mano, y por el corredor enlosado y unas escaleras de madera chirriante me condujo hasta una enorme cocina situada en el sótano. La cocina de nuestra villa era inmensa, pero al lado de aquélla habría resultado diminuta. El suelo era de baldosas de piedra; en un extremo, una verdadera batería de lumbres de carbón de encina parpadeaba y resplandecía bajo las cacerolas humeantes. Una gran variedad de cacharros cubría las paredes: ollas de cobre, hervidores, trincheros, cafeteras, enormes fuentes y soperas, teñidos todos del resplandor rojo-rosado de los fuegos, que les arrancaba guiños y brillos de cicindela. En el centro se alzaba una mesa de comedor de cuatro metros de largo, de hermoso nogal pulido. Estaba puesta con todo esmero para dos comensales, con servilletas de nívea blancura y cubiertos relucientes. En el centro de la mesa, dos gigantescos candelabros de plata sostenían sendos bosques blancos de velas encendidas. El efecto conjunto de cocina y comedor de pala combinados resultaba muy extraño. Hacía mucho calor, y la concentración de aromas suculentos era tal que casi ahogaba la fragancia de la condesa.

—Espero que no te importe comer en la cocina —dijo la condesa, de una manera

que se diría que, efectivamente, no había en el mundo nada más degradante que alimentarse en tan humilde lugar.

Respondí que comer en la cocina me parecía muy sensato, sobre todo en invierno, porque se estaba más caliente.

—Exactamente —dijo ella, al tiempo que tomaba asiento en la silla que le presentaba Demetrios-Mustafá—. Y además, si comemos arriba este turco anciano se me queja de lo mucho que tiene que andar.

—No me quejo de la distancia, sino del peso de la comida —dijo Demetrios-Mustafá, escanciando en nuestras copas un pálido vino verdidorado—. Sería más llevadero si no comiera usted tanto.

—Anda, deja de quejarte y sírvenos —dijo ella quejumbrosa, metiéndose cuidadosamente la servilleta bajo el mentón.

Yo, forrado de champán y coñac, estaba ya más que un poco alegre, y con un hambre canina. Observé con inquietud el gran número de utensilios que flanqueaban mi plato, porque no estaba seguro de cuál había que usar primero. Recordaba la máxima de Mamá de empezar por los más exteriores e ir de fuera a dentro, pero había tantos que no las tenía todas conmigo; así que decidí esperar a ver qué usaba la condesa, y hacer lo propio. Fue una decisión imprudente, pues no tardé en descubrir que la condesa usaba todos y cada uno de los cuchillos, tenedores y cucharas con señorial indiferencia, con lo que al poco rato mi confusión era tan grande que yo también acabé haciendo lo mismo.

El primer plato que Demetrios-Mustafá nos puso delante era un consomé tachonado de burbujitas doradas de grasa, con picatostes del tamaño de una uña flotando como crujientes balsitas sobre un mar ambarino. El consomé estaba delicioso, y la condesa tomó dos platos, masticando los picatostes con un ruido como de hojas secas pisadas. Demetrios-Mustafá nos llenó las copas con más vino pálido y almizclado, y puso ante nosotros una fuente de pescaditos minúsculos, dorados en la sartén. Venían acompañados de un plato de rodajas de limones verdiamarillos y una salsera llena hasta los bordes de una salsa exótica desconocida para mí. La condesa se llenó el plato hasta arriba de pescaditos, les agregó una riada de salsa y finalmente exprimió zumo de limón generosamente sobre los peces, la mesa y su persona. Luego me dirigió una gran sonrisa, con el rostro ya de un color rosa encendido y la frente ligeramente perlada de sudor. Su prodigioso apetito no parecía mermar en nada sus facultades para la conversación, porque charlaba sin parar.

—¿No te encantan estos pescaditos? ¡Están divinos! Desde luego es una pena que mueran tan *pequeñitos*. Pero qué se le va a hacer. ¡Es tan agradable podérselos comer *enteros*. Sin preocuparse de las espinas! ¡Qué *alivio*! Henri, mi marido, sabes, una vez empezó a hacer colección de esqueletos. Hijo mío, la casa estaba y olía como un depósito. «Henri», le dije, «Henri, esto no puede seguir así. Esto es un deseo de

muerte insano que te ha dado. Tienes que ir a que te vea un psiquiatra».

Demetrios-Mustafá retiró los platos vacíos, nos sirvió un vino tinto oscuro como el corazón de un dragón y seguidamente colocó ante nosotros una fuente de agachadizas, con las cabezas dadas la vuelta de modo que los largos picos pudieran servirles de broqueta, y sus órbitas vacías mirarnos con expresión acusadora. Estaban rechonchas y bien tostadas, cada una con su cuadradito de pan frito, y rodeadas de patatas fritas delgadísimas como cúmulos de hojas otoñales, espárragos como pálidas velas blanquiverdosas y guisantitos.

—Yo no comprendo que haya gente vegetariana —dijo la condesa, mientras golpeaba vigorosamente con el tenedor un cráneo de agachadiza para partirlo y acceder a los sesos—. ¿Querrás creer que Henri intentó una vez hacerse vegetariano? Pero yo no se lo consentí. «Henri», le dije, «esto no puede ser. Tenemos comida en la despensa como para alimentar a un regimiento, y yo sola no puedo con todo». Imagínate, hijo mío, acababa de encargar dos docenas de liebres. «Henri», le dije, «tendrás que renunciar a ese capricho absurdo».

Daba la impresión de que Henri, aunque sin duda un poco cargante como marido, había llevado una existencia muy frustrada.

Demetrios-Mustafá se llevó los restos de las agachadizas y escanció más vino. Yo empezaba a sentirme empapizado, y esperaba que no hubiera mucho más que comer. Pero junto a mi plato quedaba aún un ejército de cuchillos, tenedores y cucharas sin usar, y mi alarma fue grande cuando vi que Demetrios-Mustafá cruzaba la tenebrosa cocina portando una fuente colosal.

—¡Ah! ¡El plato fuerte! —exclamó la condesa, alzando emocionada sus regordetas manos—. ¿Qué es, Mustafá, qué es?

—El jabalí que mandó Makroyannis —repuso Demetrios-Mustafá.

—¡Oh, el jabalí! ¡El *jabalí*! —chirrió la condesa, y se cogió los carrillos con las manos—. ¡Qué maravilla! Se me había olvidado por completo. Espero que te guste el jabalí.

Dije que era uno de mis platos favoritos —lo cual era verdad—. Pero, por favor, ¿podría servirme muy poquito?

—No faltaba más —me respondió la condesa, e inclinándose sobre la gran pata parda, reluciente del jugo del asado, empezó a sacarle gruesas tajadas rosáceas. Puso tres en un plato —sin duda pensando que a cualquiera esa cantidad le parecería muy poquito— y seguidamente procedió a rodearlas de los adminículos: cataratas de *chanterelles*. Unas preciosas setitas doradas de paladar muy delicado, casi vinoso; diminutos calabacines rellenos de leche agria y alcaparras; patatas asadas con su piel, pulcramente partidas y ungidas con mantequilla; zanahorias del color del sol en un gélido día de invierno, y gruesos troncos de puerro blanco, cocidos en crema. A la vista de aquel platazo me desabroché subrepticiamente los tres primeros botones del

pantalón.

—En vida de Henri teníamos jabalíes *a montones*. Él solía ir a Albania a cazarlos, ¿sabes? Pero ahora lo tomamos pocas veces. ¡Qué *rico*! ¿Quieres más setas? ¿No? Son muy sanas. Cuando acabemos esto debemos darnos un respiro. Yo siempre pienso que un respiro es esencial para la buena digestión —añadió con candor—. Y así se puede comer mucho *más*.

El jabalí, bien adobado en vino con hierbas y mechado con dientes de ajo, era fragante y suculento, pero aun así me costó mucho trabajo terminarlo. La condesa se sirvió dos raciones, la segunda del mismo tamaño que la primera, y luego, con el rostro congestionado y violáceo, se echó hacia atrás y se enjugó el sudor de la frente con un impropio pañuelo de encaje.

—Un respiro, ¿eh? —me dijo con voz espesa, sonriendo—. Un respiro para hacer acopio de energías.

A mí no me quedaban energías que acopiar, pero no me atreví a decirlo, sino que asentí, sonreí y me desabroché todos los demás botones del pantalón.

Durante el respiro la condesa se fumó un cigarro largo y fino y comió cacahuetes salados, sin dejar de hablar de su marido. A mí me vino bien aquella pausa; alivió un poco mi hartazgo y mi somnolencia. Cuando la condesa decidió que ya nuestros órganos internos habían descansado lo bastante, pidió el plato siguiente, y Demetrios-Mustafá nos sirvió sendas tortillas, afortunadamente pequeñas, tostaditas por fuera, líquidas y suculentas por dentro y rellenas de gambitas sonrosadas.

—¿Qué has hecho de postre? —inquirió la condesa, con la boca llena de tortilla.

—Nada —dijo Demetrios-Mustafá.

La condesa puso unos ojos como platos.

—¿No has hecho nada de postre? —exclamó con voz de horror, como si el criado estuviera confesando un delito abominable.

—No he tenido tiempo —dijo Demetrios-Mustafá—. No pretendería usted que pudiera cocinar tanta cosa y encima hacer todo lo de la casa.

—¡Pero que no haya *postre*! —dijo ella consternada—. ¡No se puede acabar una comida sin postre!

—Bueno, compré unos merengues —dijo Mustafá—. Tendrá usted que conformarse con eso.

—¡Oh, maravilloso! —exclamó la condesa, de nuevo alborozada—. Justo lo que nos estaba haciendo falta.

A mí no me hacía falta alguna. Los merengues eran grandes, blancos y quebradizos como el coral, y rebosantes de crema. Fervientemente eché de menos haber llevado a Roger, que sentado bajo la mesa habría recibido la mitad de mi comida, porque la condesa estaba demasiado absorbida por su plato y sus reminiscencias como para prestarme mucha atención.

—¡Bueno! —dijo al fin, deglutiendo el último bocado de merengue y limpiándose la barbilla de migas blancas—. Bueno, ¿estás lleno? ¿O te apetecería algo más? ¿Un poco de fruta? Aunque en esta época del año no es que haya mucha.

Respondí que no, muchas gracias, que ya estaba más que satisfecho.

La condesa suspiró y me miró con pena. Creo que nada le habría dado mayor placer que hacerme zampar otros dos o tres platos.

—No comes lo suficiente —dijo—. Cuando se está creciendo como tú hay que comer más. Estás demasiado delgado para tu edad. ¿Tu madre te alimenta bien?

Me imaginé la ira de Mamá si hubiera oído semejante insinuación. Sí, repuse, mi madre era excelente cocinera y en casa comíamos todos como reyes.

—Me alegro de que así sea —dijo la condesa—. De todos modos, yo te noto mala cara.

Cómo iba yo a decírselo, pero si tenía mala cara era porque empezaba a sentir los efectos del asalto de la comida contra mi estómago. Con toda la delicadeza que pude, le hice notar que iba siendo hora de que volviese a casa.

—Como tú quieras, hijo —me respondió—. ¡Pero si son ya las cuatro y cuarto! ¡Cómo pasa el tiempo!

Suspiró ante esa idea y luego se iluminó visiblemente.

—Pero es casi la hora del té. ¿Seguro que no te apetece quedarte a tomar algo?

Dije que no, que Mamá estaría preocupada.

—Bueno, pues vamos a ver: ¿qué era lo que habías venido a recoger? —dijo la condesa—. Ah, sí, el búho. Mustafá, tráele el búho a este muchacho y a mí tráeme café y unos dulces de fruta de los que hay en el saloncito.

Mustafá apareció con una caja de cartón atada con un cordel y me la dio.

—Le aconsejo que no lo abra hasta llegar a casa —me dijo—. Está muy salvaje.

Aterrorizado por la idea de que si no aceleraba mi partida la condesa me invitaría a compartir sus dulces de fruta, les di las gracias sinceramente por la lechuza y emprendí el camino de la puerta.

—Bueno, pues ha sido encantadora esta visita, *absolutamente encantadora*. Tienes que venir otro día. Tienes que venir en primavera, o en verano, cuando tengamos más variedad de frutas y verduras. Mustafá prepara el pulpo de una manera que verdaderamente se te deshace en la boca.

Dije que me agradaría mucho volver, y mentalmente me juré no hacerlo sin tres días de ayuno previo.

—Toma, llévate esto —la condesa me metió una naranja en el bolsillo—. Por si te entra apetito por el camino.

Monté a Sally, y, según echábamos a andar por la avenida, la condesa me gritó:

—¡Conduce con cuidado!

Con la mirada fija y la lechuza apretada contra el pecho, me mantuve firme en la

montura hasta dejar atrás las puertas de la hacienda de la condesa. Pero poco después el traqueteo a que me sometía Sally fue demasiado para mí: desmonté, me metí detrás de un olivo y me di una sanísima vomitona.

Llegado a casa subí la lechuza a mi cuarto, desaté la caja, saqué el animal, que se debatía y chascaba el pico, y lo dejé en el suelo. Los perros, que se habían congregado en círculo para ver la nueva adquisición, retrocedieron precipitadamente; sabían de qué cosas era capaz Ulises cuando estaba de mal talante, y esta lechuza era tres veces mayor. Me pareció una de las aves más hermosas que había visto hasta entonces. Las plumas del dorso y las alas eran de color miel, salpicadas de gris ceniza pálido; la pechera era cremosa e inmaculada, y la máscara de plumas blancas que rodeaba los oscuros ojos, de extraño corte oriental, parecía una gola renacentista, tiesa y almidonada.

El ala no estaba tan mal como yo me temía. Era una fractura limpia, y al cabo de media hora de lucha, durante la cual el animal consiguió hacerme sangre varias veces, se la dejé entablillada a mi entera satisfacción. La lechuza, a la que decidí llamar Lampadusa, sencillamente porque me gustaba ese nombre, parecía sentir un combativo temor hacia los perros; se mostró totalmente reacia a hacer amistad con Ulises y contempló a Augusto Rascalatripa con repugnancia manifiesta. Se me ocurrió que hasta que se aclimatara estaría más a gusto en sitio oscuro y retirado, y me la llevé al ático. Uno de los cuartos del ático era muy pequeñito y tenía un solo ventanuco, tan cubierto de polvo y telarañas que dejaba pasar muy poca luz. Era un lugar tranquilo y sombrío como una cueva, y pensé que allí Lampadusa pasaría bien la convalecencia. La dejé en el suelo, con un plato grande de carne picada, y cerré la puerta con llave para que nadie la molestase. Aquella noche fui a verla, llevándole de regalo un ratón muerto, y la encontré muy mejorada. Se había comido casi toda la carne, y pedaleaba de acá para allá, silbándome y chascándome el pico con las alas abiertas y la mirada encendida. Animado por la evidente recuperación, la dejé con su ratón y me fui a la cama.

Algunas horas más tarde me despertó un ruido de voces procedente de la habitación de Mamá. Preguntándome todavía en duermevela qué estaría haciendo la familia a semejante hora, me levanté y me asomé a la puerta para escuchar.

—Yo os digo —estaba diciendo Larry— que es un *poltergeist*[11] de tomo y lomo.

—No puede ser un *poltergeist*, hijo —dijo Mamá—. Los *poltergeists* tiran cosas.

—Bueno, pues sea lo que sea está ahí arriba arrastrando sus cadenas —prosiguió Larry—. Y exijo que sea exorcizado. Margo y tú, que sois las expertas en ultratumba, subid a exorcizarlo.

—Yo no subo —dijo Margo con voz trémula—. Puede ser cualquier cosa. Puede ser un espíritu maligno.

—Coño, que si es maligno. Hace una hora que no me deja dormir —dijo Larry.

—¿Estás seguro de que no es el viento o algo así, hijo? —preguntó Mamá.

—Sé distinguir el viento de un puñetero fantasma que anda divirtiéndose con sus bolas y sus cadenas —repuso Larry.

—Puede que sean ladrones —dijo Margo, más por tranquilizarse que por otra cosa—. Puede que sean ladrones, y en ese caso deberíamos despertar a Leslie.

Medio dormido y todavía atontolinado por el alcohol que había ingerido en el día, yo no entendí de qué estaban hablando. Parecía una de aquellas crisis enigmáticas que eran capaces de desencadenar en los momentos más inesperados del día o de la noche. Me acerqué, pues, a la alcoba de Mamá y me asomé por la puerta entreabierta. Larry paseaba de uno a otro extremo de la habitación, imprimiendo un imperial flameo a los vuelos de su batín.

—Hay que hacer algo —dijo—. Yo no puedo dormir con un rechinar de cadenas sobre la cabeza, y si no duermo no puedo escribir.

—Pero no sé qué pretendes que hagamos *nosotras* para remediarlo, hijo —dijo Mamá—. Seguro que es el viento.

—Pues claro, no pretenderás que subamos ahí —dijo Margo—. Sube *tú*, que eres un hombre.

—Oye —dijo Larry—. Tú eres quien volvió de Londres rebozada en ectoplasma y hablando del infinito. Lo más probable es que sea algún ente demoníaco que conjuraste en una de tus sesiones y que te ha seguido hasta aquí. Conque es *tu* protegido. Tú eres quien tiene que habérselas con él.

La palabra «protegido» me sugirió algo. Pero no podía tratarse de Lampadusa. Al igual que todos los búhos, las lechuzas tienen un aleteo tan suave y silencioso como el vuelo de un vilano. ¿Cómo iba a hacer Lampadusa ruidos de cadenas y bolas?

Entré en la alcoba y pregunté de qué estaban hablando.

—Nada, querido, sólo se trata de un fantasma —dijo Mamá—. Que Larry ha encontrado un fantasma.

—Está en el ático —dijo Margo muy excitada—. Larry cree que me ha seguido desde Inglaterra. ¿Podría ser Mawake?

—No *empecemos* otra vez con toda aquella historia —dijo Mamá con firmeza.

—Me importa un comino *quién sea* —dijo Larry—. Cuál de tus amistades desencarnadas. Quiero que desaparezca.

Dije que, en mi opinión, había una posibilidad remotísima de que se tratara de Lampadusa.

—¿Y eso qué es? —preguntó Mamá.

Expliqué que era la lechuza que me había regalado la condesa.

—Debí suponerlo —dijo Larry—. Debí suponerlo. Lo que no sé es por qué no se me ocurrió desde el primer momento.

—Bueno, hijo, cálmate —dijo Mamá—. No es más que una lechuza.

—¡Que no es más que una lechuza! —exclamó Larry—. Suena como un batallón de tanques chocando unos con otros. Dile que se la lleve del desván.

Yo dije que no comprendía que Lampadusa pudiera hacer ruido, porque las lechuzas eran lo más sigiloso del mundo…; que cruzaban la noche con alas silenciosas, como copos de ceniza…

—Pues ésta no tiene alas silenciosas —dijo Larry—. Suena como una lechuza-orquesta. ¡Sube y *llévatelo*!

Apresuradamente cogí una linterna y subí al ático. Me bastó abrir la puerta para ver lo que sucedía. Lampadusa había devorado el ratón, y después había descubierto que aún quedaba una larga tira de carne en el plato. Al cabo de las horas, el calor la había solidificado y adherido al plato. Lampadusa, sin duda pensando que aquel bocado le vendría bien como tentempié para resistir hasta el amanecer, había intentado cogerlo. La curva de su afilado pico ambarino había atravesado la carne, pero ésta se había negado a desprenderse, y allí estaba mi lechuza atrapada, aleteando inútilmente por el suelo, zarandeando y estrellando el plato contra el entarimado para despegárselo del pico. Así que la saqué de aquel aprieto y me la llevé a mi cuarto, donde la encerré en su caja de cartón por lo que pudiera suceder.

Tercera Parte: *Criseda*

Este lugar es de una belleza indescriptible. Me gustaría que lo conocierais; si vinierais os podría alojar regiamente, y alimentaros con gambas, higos, clarete y gaseosa.

Edward Lear

Capítulo 8. Erizos y lobos de mar

Con la llegada de la primavera nos mudamos a otra casa: a una villa elegante, blanca como la nieve, sombreada por un enorme magnolio y situada entre olivares a poca distancia de la primera que habíamos tenido. Se alzaba en una ladera, al pie de la cual se extendía un llano cruzado por acequias que lo dividían en cuadros como un gigantesco tablero de ajedrez. Para mí aquello eran «los campos». En realidad eran las antiguas salinas venecianas donde antaño se recogía la sal que pasaba a las acequias desde el gran lago salado adyacente. El lago se había secado hacía mucho tiempo, y las acequias, llenas ahora de agua dulce procedente de los montes, regaban una cuadrícula de parcelas de espesa vegetación. Era aquélla una zona superabundante en animales, y por lo tanto uno de mis cotos de caza mejores.

En Corfú la primavera era siempre una cosa muy seria. Diríase que casi de la noche a la mañana los vientos invernales limpiaban de nubes el cielo y lo dejaban de un azul claro de espuela de caballero, y de la noche a la mañana las lluvias invernales alfombraban los valles de flores: el rosa de los satiriones, el amarillo de los crocos, los altos tallos pálidos de los asfódelos, los azules ojos de los nazarenos que parecían mirarte desde la hierba, y las anémonas, como mojadas en vino, que cabeceaban con la brisa más leve. Los olivares se animaban con el murmullo de los pájaros recién llegados: las abubillas de color salmón y negras, con sorprendidas crestas, hundían el largo y curvado pico en la tierra blanda, entre los matojos de hierba verde esmeralda; los jilgueros, con destellos de oro, rojo y negro en su plumaje, danzaban alegres de rama en rama, entre silbidos y gorjeos. En las acequias de los campos las algas teñían el agua, sembrada de hileras de huevos de sapo que eran como sartas de perlas negras; ranas verde esmeralda se croaban unas a otras, y los galápagos de concha negra como el ébano trepaban a las orillas para hacer sus agujeros y poner sus huevos. Las libélulas de acerado azul, delgadas cual hilos, desovaban y flotaban como el humo entre la maleza, trasladándose con vuelo extrañamente rígido. Era entonces cuando los ribazos se iluminaban de noche con la luz verdiblanca y palpitante de mil luciérnagas, y de día con el destello de las fresas silvestres que pendían en la sombra como rojos farolillos. Era un tiempo emocionante, un tiempo de exploraciones y nuevos descubrimientos, un tiempo en el que dar la vuelta a un tronco podía revelar casi cualquier cosa, desde un nido de arvícola agreste hasta un reluciente amasijo de luciones recién nacidos, que parecían como de bronce fundido y bruñido.

Estaba yo un día en los campos, tratando de capturar alguna de las pardas culebras de agua que habitaban las acequias, cuando desde unos seis campos más allá me llamó una vieja, a la que yo sólo conocía ligeramente. La vieja llevaba un rato removiendo la tierra con una azada de mango corto y ancha pala, metida en el barro

hasta los tobillos, protegidas sus piernas con las feas y gruesas medias de lana que se ponían los campesinos para realizar aquella operación.

—¡Te he encontrado una cosa! —gritó—. ¡Ven, date prisa!

Me era imposible darme prisa, porque cada campo estaba rodeado de acequias por sus cuatro lados, y encontrar los puentecillos que permitían cruzarlas era como encontrar el camino en un laberinto.

—¡Corre, corre! —chillaba la vieja—. ¡Que se escapan! ¡Corre!

Corrí, salté, volé, cayéndome casi a las acequias, cruzando como un meteoro los inseguros puentes de tablas, y llegué junto a la vieja con la lengua fuera.

—¡Mira! —me dijo, apuntando con un dedo—. ¡Mira! Ten cuidado no te muerdan.

Vi que había sacado de la tierra un envoltorio de hojas, dentro del cual se movía algo blanco. Abrí las hojas cautelosamente con el mango del cazamariposas, y cuál no sería mi alegría al ver cuatro gordezuelos erizos recién nacidos, rosados como el ciclamen, con púas blanquísimas y blandas. Eran todavía ciegos y se estremecían y hocicaban unos a otros como una carnada de gorrinitos. Los recogí y los puse cuidadosamente dentro de mi camisa, y, dando las gracias a la vieja, me fui a casa. Iba entusiasmado con mis nuevos protegidos, principalmente por lo jovencitos que eran. Yo tenía ya dos erizos adultos, llamados Itch y Scratch[12] por las enormes cantidades de pulgas que albergaban, pero no estaban realmente domesticados. Seguro que aquellos bebés se educarían de otra manera. Para ellos yo sería su madre a todos los efectos. Ya me veía marchando con orgullo por los olivares, precedido por los perros, Ulises y mis dos urracas, y, trotando junto a mis talones, cuatro erizos domesticados, a todos los cuales habría enseñado a hacer diversas gracias.

Encontré a la familia repartida en el porche bajo el emparrado, ocupado cada uno de sus miembros en sus cosas. Mamá tricotaba, a ratos contando los puntos en voz baja y exclamando «¡Cuernos!» cada vez que se equivocaba. Leslie, sentado en cuclillas, pesaba cuidadosamente pólvora y montoncitos de plateados perdigones e iba llenando con ellos cartuchos rojos y brillantes. Larry leía un librote y de vez en cuando lanzaba una mirada de irritación hacia Margaret, que pedaleaba en la máquina de coser, acompañando la confección de una de sus diáfanas prendas con el canto desafinado de la única frase que sabía de su canción favorita en aquel momento.

—Con su chaquetita azul —trinaba—. Con su chaquetita azul, con su chaquetita azul, con su chaquetita azul.

—Lo único destacable de tu manera de cantar es el tesón que pones en ello —dijo Larry—. Cualquier otra persona, a la vista de su incapacidad para seguir una melodía y aprenderse la más simple de las letras, habría reconocido su derrota y lo habría dejado hace mucho tiempo.

Así diciendo tiró la colilla del cigarrillo al suelo, lo que motivó un rugido de ira

por parte de Leslie:

—¡Cuidado con la pólvora! —gritó.

—Leslie, hijo —dijo Mamá—. Haz el favor de no dar esas voces; me has hecho perder la cuenta.

Yo saqué con orgullo mis erizos y se los enseñé a Mamá.

—¡Qué monada! —dijo ella, contemplándolos benévolamente a través de las gafas.

—¡Cielo santo! ¡Ya se ha traído otra cosa! —exclamó Larry, y miró con aversión mis rosados retoños de blanco abriguito.

—¿Qué son? —preguntó.

Expliqué que eran erizos recién nacidos.

—No puede ser —dijo—. Los erizos son pardos.

La ignorancia de mis familiares respecto del mundo en que vivían era un constante motivo de preocupación para mí, que nunca perdía ocasión de instruirles. Expliqué que las erizas no podrían parir crías recubiertas de púas duras sin padecer las más refinadas torturas imaginables, por lo cual los pequeños nacían con aquellas puntitas blancas y gomosas que se dejaban doblar entre los dedos como una pluma. Luego, al crecer, las púas se les oscurecían y endurecían.

—¿Y cómo les vas a alimentar, hijo? Con esa boquita tan pequeña que tienen —señaló Mamá—. Y seguro que todavía tomarán leche, ¿no?

Dije que en una tienda del pueblo había visto una canastilla completa de juguete, consistente en varios artículos despreciables, tales como un muñeco de celuloide, pañales, un orinalito, etc., pero uno de los componentes me había llamado la atención, a saber, un biberoncito en miniatura provisto de varias tetinas rojas diminutas. Aquello sería ideal para alimentar a los ericitos, mientras que el orinalito, el muñeco y los restantes adminículos se le podían regalar a alguna niña campesina que reuniera suficientes méritos. Sólo había un pequeño problema, y era que en los últimos tiempos había tenido yo que hacer frente a algunos gastos importantes (por ejemplo, la tela metálica para la jaula de las urracas), y por consiguiente, había agotado mi asignación.

—Bueno, querido —dijo Mamá, titubeante—. Tal vez yo te lo pudiera comprar, si no es demasiado caro.

Dije que no era nada caro, teniendo en cuenta que más bien podía ser una inversión, porque no sólo sería la forma de conseguir un inestimable biberón que resultaría útil para otros animales, sino que además criaríamos cuatro erizos domesticados, y encima nos ganaríamos la gratitud de una niña campesina. ¿Qué mejor manera de gastar el dinero? Comprose, pues, la canastilla. Una muchachita del campo a la que yo miraba con bastante simpatía recibió con el más completo alborozo el muñeco, el orinal y las demás porquerías, y yo puse manos a la obra en la

grave tarea de sacar adelante a mis niños.

Vivían en una caja grande de cartón forrada de algodón hidrófilo, debajo de mi cama, y por las noches, para que estuvieran calentitos, les ponía la caja encima de una botella de agua caliente. En un principio quise que durmieran en mi cama, conmigo; pero Mamá señaló que eso no sólo sería antihigiénico, sino que además se correría el riesgo de que al darme una vuelta les aplastara y les matara. Comprobé que lo que mejor les sentaba era la leche de vaca aguada; les alimentaba asiduamente tres veces al día, y una a mitad de la noche. El biberón de la noche tenía sus problemas, porque para estar seguro de despertarme hube de pedir prestado a Spiro un gran despertador de hojalata, que se disparaba como una descarga de mosquetería, y desgraciadamente no me despertaba sólo a mí, sino a toda la familia. Al cabo, tan clamorosas fueron las quejas que Mamá me sugirió darles un biberón más a última hora de la noche, antes de acostarme, en lugar del de las dos de la mañana, que despertaba a todo el mundo. Así lo hice, y los erizos medraron y crecieron. Se les abrieron los ojos, y sus púas viraron del blanco al gris y se hicieron más duras. Tal y como yo había previsto, se habían convencido de que yo era su madre, y cada vez que destapaba la caja acudían en tropel al borde de la misma y, dando chilliditos y gruñiditos sibilantes, se empujaban y atropellaban por ser el primero en chupar del biberón. Yo estaba enormemente orgulloso de ellos y esperaba con ilusión el día en que les viera trotar a mis pies por los olivares.

Sucedió entonces que Mamá y yo fuimos invitados a pasar un fin de semana con unos amigos que vivían en la punta meridional de la isla, y me encontré en un terrible dilema. Me apetecía muchísimo ir, porque el litoral bajo y arenoso del sur era un lugar idóneo para buscar erizos de corazón, que, por cierto, se parecían un poco a los erizos de tierra recién nacidos. Estos erizos de mar en forma de corazón estaban cubiertos de espinas blandas que componían una cola a modo de penacho en un extremo y una cresta espinosa, cual tocado de piel roja, a lo largo del dorso. Yo sólo había encontrado uno, casi irreconocible porque las olas lo habían aplastado, pero Teodoro me había dicho que en el sur de la isla se los encontraba en abundancia a seis o siete centímetros bajo la arena. Por otra parte, había que pensar en mi carnada de erizos, porque no era muy factible llevarlos conmigo, y, como Mamá venía también, no veía a nadie de mi confianza que pudiera cuidar de ellos.

—Yo los cuidaré —se ofreció Margo—. Pobres criaturitas.

Tenía yo mis dudas. ¿Se daba cuenta, le dije, de lo complicado que era cuidar de los erizos? ¿De que, por ejemplo, había que cambiarles el algodón de la caja tres veces al día? ¿De que sólo debían tomar leche de vaca diluida? ¿De que la leche había que calentarla sólo hasta la temperatura corporal? Y, y esto era lo más importante: que sólo podían ingerir medio biberón por cabeza en cada toma. Porque en seguida había observado que si se lo permitías se atiborraban en cada comida, lo

cual, además de dejarles en estado comatoso, tenía unos efectos muy lamentables que obligaban a cambiar el algodón aún con mayor frecuencia.

—No seas bobo —dijo mi hermana—. ¿Cómo no voy a saber cuidarlos? Yo entiendo de niños y tal. Tú no tienes más que dejarme escrito en una nota lo que tengo que hacer, y ya verás como no les pasa nada.

Yo estaba desgarrado. Ansiaba buscar erizos de corazón en las arenas de oro bañadas por las aguas someras y cálidas, pero al mismo tiempo dudaba de la vocación de niñera de Margo. Sin embargo, mi hermana mostró tal indignación al ver que desconfiaba de ella que al fin, y de mala gana, cedí. Había conseguido que Larry, que casualmente estaba de buenas, me pasara a máquina una relación pormenorizada de las cosas que debía y no debía hacer un criador de erizos, y di a Margo un cursillo práctico de calentamiento de biberones y cambio de algodones hidrófilos.

—Parecen tener muchísima hambre —comentó según sacaba de la caja, uno por uno, a los bebés estremecidos y berreones, y les metía la punta de la tetina en la boca que la buscaba con avidez.

Le dije que siempre hacían lo mismo. Ni caso: eran tragones por naturaleza.

—Pobrecillos —dijo Margo.

Debí figurarme lo que iba a pasar.

El fin de semana fue de lo más emocionante. Sufrí graves quemaduras, porque el frágil sol de primavera engañaba, pero regresé triunfante con ocho erizos de corazón, cuatro conchas nuevas para la colección y un gorrioncillo que se había caído del nido. Ya en casa, y luego de sufrir los ladridos y lametones y mordisqueos de bienvenida con que te agasajaban los perros siempre que hubieras estado fuera más de dos horas, le pregunté a Margo con ansia cómo estaban mis ericitos.

—Ahora van muy bien —fue su respuesta—. Pero oye, Gerry, me parece que no tratas bien a tus animales. A los pobrecitos los tenías muertos de hambre. Estaban depauperados. No te puedes hacer idea.

Noté como una sensación de peso en la boca del estómago.

—Estaban desfallecidos los pobrecitos. ¿Sabes que se han estado tomando dos biberones en cada comida?

Horripilado, corrí a mi cuarto y saqué la caja de debajo de la cama. En ella yacían mis cuatro erizos, inflados hasta lo inimaginable. Tenían el estómago tan abultado que no eran capaces de más movimiento que un débil pataleo infructuoso. Habían degenerado en sonrosados sacos llenos de leche y escarchados de púas. Aquella misma noche se murieron todos, y Margo lloró copiosamente sobre sus globosos cadáveres. Pero a mí su dolor no me dio ningún contento, porque ya nunca me seguirían dócilmente mis erizos por los olivares. En castigo para mi hermana por su excesiva indulgencia, cavé cuatro pequeñas fosas en el jardín y clavé en ellas cuatro crucecitas que sirvieran de recordatorio permanente, y estuve cuatro días sin dirigirle

la palabra.

Pero mi duelo por la muerte de los erizos duró poco, porque entonces Donald y Max hicieron una reaparición triunfal en la isla, con un yate de treinta pies, y Larry introdujo entre nosotros al capitán Creech.

Mamá y yo habíamos pasado una tarde muy placentera en los olivares, ella cogiendo flores y hierbas y yo cogiendo mariposas recién salidas de sus capullos. Cansados pero contentos, volvíamos a casa a tomar el té. Pero, ya a la vista de la villa, Mamá se paró en seco.

—¿Quién es ese hombre que está sentado en el porche? —preguntó.

Yo iba ocupado en tirarles palos a los perros, por lo que en realidad no me había fijado. Miré y vi una extraña figura con arrugados pantalones blancos, desparramada sobre un asiento del porche.

—¿Quién es? ¿Le ves? —preguntó Mamá, muy agitada.

Por aquella época se le había metido en la cabeza que en cualquier momento el gerente de nuestro banco en Inglaterra podía presentarse inopinadamente en Corfú con el propósito expreso de discutir nuestro descubierto, así que aquella figura desconocida del porche reavivó sus temores.

Examiné al extraño con atención. Era viejo, casi completamente calvo, y el poco pelo que aún conservaba pegado a la parte posterior del cráneo era largo, y tan blanco y ralo como el papo del cardo al final del verano. El desconocido lucía barba y bigote igualmente blancos y desaliñados. Le aseguré a Mamá que, según mi vista, no se asemejaba en nada al gerente del banco.

—¡Qué lata! —dijo ella, fastidiada—. Vaya momento para presentarse. No tengo absolutamente nada para el té. ¿Y quién puede ser?

El desconocido dormitaba plácidamente, pero al acercarnos se despertó de pronto y nos vio.

—¡Barco a la vista! —gritó, con voz tan fuerte y brusca que Mamá tropezó y casi se cae—. ¡Barco a la vista! Usted debe ser mamá Durrell, y éste es el chico, claro. Larry me ha hablado de todos ustedes. Bienvenidos a bordo.

—¡Válgame Dios —me susurró Mamá—. Otro amigo de Larry!

Ya desde más cerca observé que nuestro visitante tenía una cara verdaderamente extraordinaria, rosácea y carunculada como una nuez. Era evidente que, vaya usted a saber cuándo, el cartílago de la nariz había recibido tantos golpazos que bajaba por el rostro retorciéndose como una culebra. La mandíbula había corrido la misma suerte, y aparecía ladeada, como recogida hacia el lóbulo de la oreja derecha por un hilo invisible.

—Encantado de verles —dijo, como si fuera él el dueño de la villa, y en su mirada legañosa se dibujó una sonrisa—. No me había dicho su hijo que fuera usted una chavala tan guapa.

Mamá se puso tiesa y dejó caer una anémona del ramo de flores que portaba.

—Soy la señora Durrell —dijo con frígida dignidad—. Y éste es mi hijo Gerald.

—Yo me llamo Creech —dijo el viejo—. Capitán Patrick Creech.

E hizo una pausa para escupir precisa y copiosamente, por encima de la balaustrada, sobre el macizo de zinnias más querido de mi madre.

—Bienvenidos a bordo —repitió, todo afable—. Me alegro mucho de conocerles.

Mamá se aclaró la voz con nerviosismo.

—¿Está aquí mi hijo Lawrence? —preguntó, adoptando la pastosa voz aristocrática que sólo adoptaba en los momentos de tensión extrema.

—No, no está —dijo el capitán Creech—. Se quedó en el pueblo. Me dijo que viniera a tomar el té, que él subiría a bordo en seguida.

—Bueno —dijo Mamá, haciendo de tripas corazón—. Siéntese, por favor. Si me disculpa usted un momento, voy a preparar unas tortitas.

—Conque tortitas, ¿eh? —dijo el capitán Creech, mirando a Mamá con tal lascivia que a ella se le cayeron otras dos flores—. Me gustan a mí las tortitas, y me gustan las mujeres hacendosas.

—Gerry —dijo Mamá gélidamente—, atiende al capitán Creech mientras yo preparo la merienda.

Retirose con precipitación no demasiado elegante, y allí me quedé yo para habérmelas con el capitán Creech.

El se había vuelto a desmoronar en el asiento y me miraba con ojos acuosos, desde debajo de sus desflecadas cejas blancas. Me miraba tan fijamente que me puso un poco nervioso. Consciente a pesar de ello de mis obligaciones como anfitrión, le ofrecí una caja de cigarrillos. El capitán se inclinó sobre la caja como quien se asoma a un pozo, adelantando y retrayendo la mandíbula igual que un muñeco de ventrílocuo.

—¡Muerte! —gritó tan de improviso y tan fuerte que casi se me cayó la tabaquera; y, acomodándose otra vez en el asiento, fijó sobre mí sus azules ojos.

—Los cigarrillos son la muerte, chaval —dijo—. Rebuscó en un bolsillo del pantalón y sacó una pipa rechoncha, negra e informe como un pedazo de carbón, y se la metió entre los dientes, con lo cual la mandíbula se le quedó más torcida que nunca.

—No se te olvide —dijo—, la pipa es el mejor amigo del hombre.

Rió estrepitosamente su propia gracia, y yo, sumiso, se la reí también. Luego se levantó, escupió copiosamente por encima de la balaustrada y se volvió a desmoronar. Yo me devanaba los sesos en busca de un tema de conversación, pero no se me ocurría nada. Seguro que no le interesaría que ese mismo día hubiera yo oído la primera cigarra, ni que la pollita de Agathi hubiera puesto seis huevos del tamaño de avellanas. ¿Y si, en vista de que mostraba inclinaciones náuticas, le contaba aquello

tan divertido de que Taki, que no tenía dinero para comprarse una barca, había salido a pescar de noche (con un farol que sostenía en alto con una mano y un tridente en la otra), y había conseguido atravesarse con el tridente su propio pie, tomándolo por algún pez exótico? Pero fue el capitán, que me observaba a través del humo grasiento de su pipa, quien inició la conversación.

—Te está llamando la atención mi cara, ¿eh, chaval? —me espetó en tono acusador, y vi que al decirlo las mejillas se le ponían más rojas y más brillantes, como satinadas. Y antes de que yo pudiera negarlo, prosiguió:

—Cosas que pasan por andar en los veleros. Fue doblando el cabo de Hornos: una borrasca que parecía salida del propio culo de la tierra. Me caí, ¿entiendes? Ondeaban las lonas y rugían como demonios, y el cabo se me escurrió entre los dedos como una anguila. Me estampé contra la cubierta. Se hizo lo que se pudo; pero, claro, no llevábamos médico a bordo.

Hizo una pausa y se palpó la mandíbula con aire meditabundo. Yo le escuchaba fascinado, clavado en el asiento.

—Cuando llegamos a Chile la cosa había fraguado ya como el cemento Portland —continuó, todavía acariciándose la mandíbula—. Dieciséis años tenía yo entonces.

Dudaba yo si expresarle o no mi condolencia, pero vi que se quedaba ensimismado, vacíos de expresión sus azules ojos. Mamá salió al porche y se detuvo, sorprendida por nuestra inmovilidad.

—¡Chile! —dijo el capitán con delectación—. ¡Chile! Allí fue donde cogí por primera vez la gonorrea.

Mamá dio un respingo, se aclaró la voz ruidosamente y me ordenó:

—Gerry, ven a ayudarme a traer el té.

Entre los dos sacamos la tetera, la jarrita de leche y las tazas, y los platos con las tostadas y las doradas tortitas recién hechas.

—Colosal —dijo el capitán, llenándose la boca de tortita—. Con esto dejan de sonar las tripas.

—¿Y piensa usted quedarse aquí… por mucho tiempo? —preguntó Mamá, evidentemente con la esperanza de que no fuera así.

—A lo mejor me quedo aquí a vivir —repuso el capitán con la boca llena, sacudiéndose las migas del bigote—. Parece un sitio agradable. A lo mejor echo el ancla.

Lo de la mandíbula le obligaba a sorber el té con estrépito. Yo veía a Mamá cada vez más alarmada.

—¿Y no tiene usted un barco? —preguntó.

—Ni barcos ni puñetas, estoy retirado —dijo él, y echó mano a otra tortita—. Ahora tengo tiempo de mirar un poco más de cerca a las chavalas.

Y al decirlo miraba a Mamá pensativo, masticando con gran energía.

—Una cama sin mujer es como un barco sin bodega —observó.

Afortunadamente, la llegada del coche con el resto de la familia, Donald y Max libró a Mamá de tener que darle la réplica.

—¡Mazre, estamos aquí! —anunció Max, dirigiéndole una ancha sonrisa y abrazándola con ternura—. Y feo que llegamos a tiempo parra tomar el té. ¡Tortitas y computa! ¡Donald, hay tortitas y computa con el té!

—Compota —le corrigió Donald.

—Me acuerdo de una puta de Montevideo —dijo el capitán—. ¡Qué tía más buena! Dos días tuvo entretenido a todo el barco. Las de ahora ya no tienen esa resistencia.

—¿Quién es ese viejo repugnante? —le preguntó Mamá a Larry tan pronto como pudo acorralarle en un rincón, lejos de la reunión, que estaba animadísima.

—Se llama Creech —repuso Larry.

—Eso *ya lo sé* —dijo Mamá—. Pero ¿para qué le has traído?

—Es un tipo interesante —dijo Larry—. Y creo que no anda sobrado de dinero. Se ha jubilado y se ha venido aquí a vivir de una pensión modesta, según tengo entendido.

—Pues yo no estoy dispuesta a que viva a nuestra costa —dijo Mamá con firmeza —. No le vuelvas a invitar.

—Pensé que te caería bien —dijo Larry—. Ha viajado por todo el mundo. Ha estado incluso en la India. Cuenta unas historias fascinantes.

—Por mí puede seguir viajando —dijo Mamá—. Y las historias que ha contado hasta ahora no me han fascinado en absoluto.

Descubierto nuestro «fondeadero», como él lo llamaba, el capitán Creech se hizo visitante asiduo. Observamos que solía presentarse a la hora de alguna de las comidas, vociferando: «¡Ah del barco! ¿Puedo subir a bordo y charlar un rato?». Sabiendo que había hecho una caminata de cuatro kilómetros por los olivares para llegar hasta nosotros, costaba trabajo negarle ese privilegio; de modo que Mamá, refunfuñando pérfidamente, corría a la cocina a aguar la sopa y bisecar las salchichas para que el capitán Creech pudiera acompañarnos. El nos regalaba con historias de su vida en el mar y los nombres de los lugares que había visitado. De su boca dislocada manaban sugestivos nombres que yo conocía sólo por los mapas: Trincomalee, Darwin y Durban, Buenos Aires, Wellington y Calcuta, las Galápagos, las Seychelles y las Islas de los Amigos. Diríase que no había rincón del mundo a donde él no hubiera llegado. Entre las historias intercalaba prolongadas y vulgarísimas canciones de marineros y coplillas de tal complejidad biológica que, afortunadamente, Mamá no alcanzaba a entenderlas.

Nunca se me olvidará el día en que el capitán Creech se presentó a tomar el té sin previa invitación, en el momento en que recibíamos la visita del pastor inglés local y

su esposa, invitados más por sentido del deber que por religiosidad. Para asombro nuestro, el capitán se comportó estupendamente: intercambió opiniones con el cura sobre serpientes de mar y la altura máxima de las olas, y explicó a su mujer la diferencia entre longitud y latitud. Hizo gala de ejemplares modales y nos sentíamos muy orgullosos de él, pero ya al final de la merienda la esposa del cura, con astucia extremada, consiguió llevar la conversación al tema de sus niños, tema que para ella era absorbente. Oyéndola se diría que no sólo era la única mujer del mundo que hubiera dado a luz, sino que además la concepción de sus hijos había sido inmaculada. Tras deleitarnos con un monólogo de diez minutos de duración sobre la increíble perspicacia de sus retoños, hizo una pausa momentánea para beberse el té.

—Yo soy ya un poco viejo para tener niños —dijo entonces el capitán.

La esposa del pastor se atragantó.

—Pero —siguió diciendo el capitán con expresión satisfecha— me divierto mucho intentándolo.

La merienda no fue un éxito.

Poco tiempo después Donald y Max se presentaron un día en la villa.

—Mazre —dijo Max—, la famos a raptar a usted.

—Vamos a hacer un crucero de placer —dijo Donald—. Es una idea fabulosa. De Max, naturalmente.

—Un crucero de placer, ¿adonde? —quiso saber Mamá.

—Dar una fuelta en yate alrededor de la isla —dijo Max, abriendo sus largos brazos en ademán de abarcar.

—Yo creí que no sabíais llevar el yate —dijo Leslie.

—No, no, no lo llevamos nosotros. Larry lo lleva —dijo Max.

—¿Larry? —repitió Leslie, incrédulo—. Pero si Larry no sabe nada de barcos.

—Ah, no —dijo Donald muy serio—. Ah, no. Es todo un experto. El capitán Creech le ha estado dando clase. El capitán viene también, de tripulante.

—Pues entonces no hay más que hablar —dijo Mamá—. Yo no me subo a un yate con ese viejo repugnante, aparte del peligro que supondría que Larry lo gobernara.

Intentaron convencerla por todos los medios, pero ella no se dejó. Lo más que concedió fue que el resto de la familia, junto con Teodoro, fuera en automóvil al otro lado de la isla y se citara con los navegantes en cierta ensenada para almorzar allí y, si no hacía frío, bañarse.

La mañana estaba clara y despejada cuando emprendimos la marcha, y parecía que fuéramos a tener un tiempo ideal para navegar y estar en el campo. Pero cuando llegamos al otro lado de la isla y sacamos las cosas de la comida, aquello empezó a ponerse como si se preparase un siroco. Teodoro y yo bajamos entre los árboles hasta la orilla. El mar había tomado un tinte gris, frío y acerado, y el viento había estirado y almidonado varias nubes blancas a lo ancho del cielo azul. De improviso, allá sobre

el confín del mar aparecieron tres trombas, que corrían como enormes cuellos serpeantes de otros tantos monstruos prehistóricos. Doblándose y cimbreándose, elegantes cual cisnes, bailotearon sobre el horizonte y desaparecieron.

—Aja —dijo Teodoro, que había observado el fenómeno con interés—. Nunca había visto yo *tres* juntas. Muy curioso. ¿Te has fijado cómo se movían a la vez, casi como… eh…, como si fueran en manada?

Yo dije que me habría gustado que estuvieran más cerca.

—Hum —dijo Teodoro, rascándose la barba con el pulgar—. No creo que fuera muy deseable tener… eh… hum…, tener trato íntimo con una tromba marina. Recuerdo que una vez visité un lugar de Macedonia donde… eh… había llegado una tromba hasta la orilla. Y había dejado una estela de destrucción de unos doscientos metros de ancho por medio kilómetro de largo, *tierra adentro*, se entiende. Hasta olivos grandes habían quedado dañados, eh…, y los pequeños convertidos en montones de astillas. Y, por supuesto, el sitio donde por fin se había deshecho la tromba estaba saturado de toneladas de agua salada, y por lo tanto…, pues… quedó totalmente inservible para el cultivo.

—Oye, ¿habéis visto esas trombas inmensas? —dijo Leslie, que en ese momento llegaba a donde estábamos.

—Sí, una cosa muy curiosa —dijo Teodoro.

—Mamá está aterrada —dijo Leslie—. Está convencida de que van derechas contra Larry.

—No creo que haya ningún peligro —dijo Teodoro—. Yo diría que están muy lejos.

Cuando nos instalamos en el olivar al borde de la ensenada era ya evidente que se preparaba uno de aquellos sirocos súbitos y de extrema violencia que soplaban en esa época del año. El viento azotaba los olivos y encrespaba el mar, levantando oleadas de blanca cresta.

—Deberíamos irnos a casa —dijo Leslie—. No va a ser muy divertido comer en estas condiciones.

—No podemos irnos, hijo —dijo Mamá—. Hemos quedado aquí con Larry.

—Si tienen dos dedos de frente, habrán atracado en algún otro sitio —dijo Leslie.

—No les envidio tener que navegar con este tiempo —dijo Teodoro, con la mirada puesta en las olas que se estrellaban contra las rocas.

—¡Ay, señor! ¡Quiera Dios que no les pase nada! —dijo Mamá—. Ha sido una tontería de Larry.

Una hora estuvimos esperando, y el pánico de mi madre iba en aumento con cada minuto que pasaba. Al cabo Leslie, que se había subido a un promontorio cercano, volvió con la noticia de que ya se les veía.

—Lo que no se entiende es que hayan podido llegar hasta aquí —añadió—. Traen

la botavara bailando para todos lados y prácticamente están navegando en círculos.

Por fin el yate enfiló la estrecha boca de la ensenada, y vimos que Donald y Max se afanaban de acá para allá jalando cabos y lonas, mientras Larry y el capitán, aferrados a la caña del timón, les daban instrucciones a voz en grito. Contemplamos su avance con interés.

—Esperemos que se acuerden del arrecife —dijo Leslie.

—¿Qué arrecife? —dijo Mamá alarmada.

—Un arrecife enorme que hay ahí donde está el agua blanca —repuso Leslie.

Spiro llevaba un rato de pie mirando al mar como una gárgola parda, fruncido el ceño.

—No me gusta estos, señorito Leslies —dijo con ronco susurro—. No pareces que sepan llevar el barcos.

—¡Ay, señor! —clamó Mamá—. ¿Por qué se me ocurriría darles permiso?

En aquel momento (debido a que, según supimos después, Donald y Max interpretaron mal las instrucciones y recogieron toda una vela en lugar de desplegarla) ocurrieron varias cosas a la vez. De pronto un golpe de viento prendió en las velas, que se inflaron como globos.

Quebrose la botavara con un chasquido que se oyó claramente desde la orilla, y al romperse arrojó a Max por la borda. Tumbose el yate y, propulsado por la ráfaga, corrió con estrépito directamente al arrecife, para allí quedar levantado en vertical por un instante y luego, como si desesperase de su tripulación, tenderse lánguidamente de costado. Inmediatamente todo fue muy confuso.

Mamá, gritando: «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!», tuvo que sentarse precipitadamente en la raíz de un olivo. Margaret rompió a llorar, agitando las manos y chillando: «¡Se ahogarán! ¡Se ahogarán!». Spiro, Leslie y yo corrimos a la orilla, pero poca cosa podíamos hacer, porque no había allí embarcación alguna que pudiera servir de lancha de salvamento. Menos mal que al poco tiempo vimos a los cuatro expertos marineros alejándose a nado del yate naufragado, con Larry y Donald remolcando, al parecer, al capitán Creech. Leslie, Spiro y yo nos quitamos la ropa a toda prisa y nos tiramos al mar. El agua estaba muy fría, y el oleaje era bastante más fuerte de lo que yo había supuesto.

—¿Estáis bien? —gritó Leslie a la flotilla de marinos naufragados que venía hacia nosotros.

—Estupendamente —dijo Max.

Tenía un tajo de diez centímetros en la frente y le corría la sangre por la cara hasta el bigote. Larry traía un ojo magullado, que se le hinchaba por momentos. El rostro del capitán, que venía flotando entre los de Larry y Donald, había tomado un notabilísimo color violáceo, casi de ciruela.

—Ayudadnos a sacar al capitán —dijo Larry—. Hasta estar en el agua no ha

dicho el muy hijo de puta que no sabía nadar.

Spiro, Leslie y yo agarramos al capitán y relevamos a los jadeantes Donald y Larry de la tarea de salvamento. Debimos componer un bonito cuadro según nos arrastrábamos, dando boqueadas, por el agua somera hasta la orilla. Leslie y Spiro sostenían uno por cada lado al capitán, cuyas piernas amenazaban doblegarse bajo su peso de un momento a otro.

—¡Ah de la orilla, chavala! —gritó a Mamá.

—¡Mirad cómo trae la cabeza Max! —chilló Margo—. ¡Se va a desangrar!

Nos arrastramos al abrigo de los olivos, y mientras Mamá, Margo y Teodoro corrían a prestar los primeros auxilios a la cabeza de Max y el ojo de Larry, los demás tendimos al capitán Creech al pie de un árbol, porque no parecía capaz de sostenerse en pie.

—¡Puerto al fin! —dijo con satisfacción—. ¡Puerto al fin! Yo acabaré haciendo de vosotros unos buenos marineros, ya lo veréis.

Ahora que ya teníamos tiempo de centrar nuestras ideas, era evidente que el capitán Creech estaba borracho como una cuba.

—De veras, Larry, me pones de mal humor —dijo Mamá—. Os podíais haber ahogado los tres.

—Yo no he tenido la culpa —dijo Larry ofendido—. Hacíamos lo que nos decía el capitán. Pero Donald y Max tiraron de los cabos que no eran.

—¿Pero cómo podéis haberle hecho caso? —dijo Mamá—. Ese hombre está borracho.

—No lo estaba cuando zarpamos —explicó Larry—. Debe ser que tenía provisiones escondidas en algún sitio. Ahora que lo pienso, sí que bajaba con mucha frecuencia al camarote.

—«No creas, niña, a ese hombre que porfía —cantó el capitán con temblona voz de barítono— diciendo que su amor sólo a ti entrega, / no sea que te abandone cualquier día, / dejándote la carga en la bodega».

—Cerdo asqueroso —dijo Mamá—. De veras, Larry, estoy muy enfadada contigo.

—¡Venga un trago, chavales! —vociferó roncamente el capitán, haciendo un gesto hacia los derrengados Donald y Max—. No se puede navegar sin beber.

Por fin nos secamos como pudimos y escurrimos la ropa de todo el mundo, y dando diente con diente subimos por el monte hasta donde habíamos dejado el coche.

—¿Qué vamos a hacer con el yate? —preguntó Leslie, en vista de que a Donald y Max, que eran sus propietarios, no parecía importarles mucho la suerte que corriera.

—Pararemos en la próxima aldeas —dijo Spiro—. Yo conozcos a un pescador de allí. El se encargarás.

—Esto…, estoy pensando… —dijo Teodoro— que si tuviéramos aquí algún

estimulante no sería mala idea darle un poco a Max. Pudiera ser que después de un golpe así sufriera conmoción cerebral.

—Sí tenemos, llevamos coñac —dijo Mamá, y tras rebuscar por el coche sacó una botella y una taza.

—¡Qué buena chica! —dijo el capitán, fijando su mirada extraviada en la botella —. Justo lo que me ha recetado el médico.

—Usted esto ni lo prueba —dijo Mamá con firmeza—. Es para Max.

Tuvimos que acomodarnos en el coche de mala manera, sentados unos encima de otros por dejar el mayor espacio posible a Max, que había tomado un color plomizo muy feo y tiritaba violentamente, a pesar del coñac. Para su mortificación, Mamá hubo de aguantar verse encajada junto al capitán Creech.

—Siéntese en mis rodillas —dijo él hospitalario—. Siéntese en mis rodillas, que así apretaditos no pasaremos frío.

—No, gracias —respondió ella muy estirada—. En todo caso me sentaría en las de Donald.

Durante el recorrido por la isla hasta el pueblo el capitán nos entretuvo con su personal versión de algunas canciones de marineros. La familia discutía agriamente.

—Haz que deje de cantar esas canciones, Larry —decía Mamá.

—¿Qué quieres que haga yo? Hazle callar *tú*, que vas detrás.

—Pero es amigo *tuyo*.

—«María, ¡qué puñeta!, / tiene una sola teta / y pretende con eso criar al hijo. / Y por más que el pedorro / se cuelgue del pitorro, / el pobre está cada día más canijo.»

—Os podía haber matado a todos, este viejo verde repugnante —dijo Mamá.

—En realidad, casi todo fue culpa de Larry —dijo Leslie.

—¡De eso nada! —dijo Larry indignado—. Tú no estabas, así que no hables. Es un lío que te chillen que orces la caña, o lo que sea eso, en medio de los aullidos de una tempestad.

—«Las mozas de mi pueblo con sus andares / calientan a los santos de los altares» —observó el capitán Creech con regodeo.

—Yo por quien lo siento es por el pobre Max —dijo Margo, mirándole con pena.

—Pues no sé por qué lo tienes que sentir tanto —dijo Larry, cuyo ojo ya casi había desaparecido por completo en medio de una negrura densa y lustrosa—. Ese idiota ha sido el causante de todo. Yo tenía el barco perfectamente controlado hasta que él recogió la vela.

—Pues valiente marinero estás tú hecho —dijo Margo—. Un marino de verdad no le habría dicho que la recogiera.

—¡Ahí está el quid! —rugió Larry—. ¡En que yo no le dije que la recogiera! La recogió porque a él le dio la gana.

—«En el barco de Venus me enrolé…» —empezó el capitán, cuyo repertorio

parecía inagotable.

—No le des más vueltas, hijo —dijo Mamá—. Me duele mucho la cabeza. A ver si llegamos pronto al pueblo.

Llegamos al pueblo por fin, dejamos a Donald y Max en su pensión y al capitán, que seguía cantando, en la suya, y volvimos a casa, mojados y ateridos y dándonos a todos los diablos.

Cuando a la mañana siguiente nos reunimos para desayunar en el porche estábamos todavía un tanto alicaídos. El ojo de Larry había adquirido unos tonos crepusculares que sólo el pincel de un Turner habría sabido capturar. Terminábamos de desayunar cuando llegó Spiro por la avenida tocando la bocina, con los perros corriendo delante del coche, rugiendo y tirando mordiscos a las ruedas.

—Podía armar menos jaleo cada vez que viene —dijo Larry.

Spiro subió al porche con paso recio y procedió a soltar su retahíla de todas las mañanas.

—Buenos días señoras Durrells, buenos días señorita Margo, buenos días señorito Larrys, buenos días señorito Leslies, buenos días señorito Gerrys. ¿Qué tal tienes usted el ojos, señorito Larrys? —arrugó toda la cara para expresar su condolencia.

—Pues por ahora me siento como si tuviera que ir con un bastón blanco durante el resto de mis días —repuso Larry.

—Traigós una carta para usted —dijo Spiro a Mamá.

Mamá se puso las gafas y la abrió. Los demás aguardamos con expectación. Mamá se puso colorada.

—¡Qué impertinencia! ¡Qué insolencia! ¡El muy *asqueroso*! ¡Verdaderamente, jamás he visto cosa igual!

—¿Qué pasa? —preguntó Larry.

—¡Ese viejo indecente! —dijo Mamá, agitando la carta hacia mi hermano—. ¡Tu tienes la culpa; *tu* fuiste quien le trajo a esta casa!

—¿Pero qué he hecho yo esta vez? —preguntó Larry, perplejo.

—Ese marino repulsivo me escribe para hacerme proposiciones —dijo Mamá.

Hubo un momento de estupor mientras asimilábamos tan insólita información.

—¿Proposiciones? —dijo Larry cautelosamente—. ¿Proposiciones deshonestas, me figuro?

—No, no. Dice que quiere casarse conmigo. Que soy una excelente mujercita y otras sensiblerías por el estilo.

La familia, unida por una vez en la vida, se acomodó en sus asientos y rió hasta saltársele las lágrimas.

—¡Pues no es cosa de risa! —dijo Mamá, paseándose furibunda por el porche—. *Tendrás que hacer algo*.

—¡Ay! —dijo Larry, secándose los ojos—. Ay, esto es lo mejor que he oído en mi

vida. Será que como ayer se quitó los pantalones delante de ti para escurrírselos, se cree moralmente obligado a normalizar vuestra situación.

—Dejad de reír —dijo Mamá iracunda—. No tiene *ninguna gracia*.

—Ya me lo estoy imaginando —prosiguió Larry untuoso—. Tú vestida de blanca muselina, Leslie y yo de padrinos con chistera, Margo de dama de honor y Gerry de paje. Será un acto muy emotivo. Espero que el templo esté abarrotado de ajadas señoras de la vida, todas dispuestas a exponer sus impedimentos.

Mamá le traspasó con la mirada.

—Cada vez que surge una *crisis* de verdad —dijo furiosa—, no me servís para nada ninguno.

—Pero si estarías monísima de blanco —dijo Margo, todavía riendo.

—¿Y dónde pensáis pasar la luna de miel? —preguntó Larry—. Dicen que Capri está precioso en esta época del año.

Pero Mamá no le escuchaba. Se había vuelto hacia Spiro, transfigurada en la viva imagen de la decisión.

—Spiro, va usted a decirle al capitán que mi respuesta es que *no*, y que no permitiré que vuelva a poner los pies en esta casa.

—Vamos, Mamá, no seas así —protestó Larry—. ¡Si lo que todos estamos *deseando* es tener un padre!

—Y a vosotros —dijo Mamá, volviéndose hacia sus hijos hecha una furia— ni se os ocurra decirle a nadie nada de esto. No estoy dispuesta a oír mi nombre asociado al de ese… al de ese *réprobo asqueroso*.

Así que no volvimos a ver al capitán Creech. Pero lo que todos dimos en llamar «el gran romance de Mamá» fue una buena manera de empezar el año.

Capítulo 9. La cabeza parlante

Había caído el verano sobre la isla como si ante ella se hubieran abierto las puertas de un gran horno. Ni siquiera a la sombra de los olivos se estaba fresco, y el griterío continuo y penetrante de las cigarras parecía crecer en intensidad e insistencia con cada mediodía azul y caluroso. Encogíase el agua de charcas y acequias, y el lodo de sus orillas, rizado y agrietado por el sol, adquiría formas de rompecabezas. El mar estaba quieto y terso como un fardo de seda, y las aguas bajas ya no refrescaban de puro caldeadas; para eso había que salir en barca hasta aguas profundas —tú y tu reflejo lo único en movimiento— y tirarse por la borda. Era como zambullirse en el cielo.

Era la época de las mariposas diurnas y nocturnas. De día, en las laderas de los montes, de donde el sol implacable parecía haber extraído hasta la última gota de humedad, se veía a los grandes y lánguidos papilios, vagabundeando con elegante aleteo de matorral en matorral; las fritilarias, de un color naranja tan fiero y encendido como el de un ascua, que revoloteaban veloces y eficientes de flor en flor; las blancas de la col; las amarillas *Colias croceus*, y las limoneras, amarillo limón y anaranjado, que bordoneaban de acá para allá con alas desaliñadas. Entre las hierbas ronroneaban los hespéridos, cual peludos avioncitos pardos, y en las lajas brillantes de yeso se posaban las almirantes rojas, estridentes como bisutería barata, abriendo y cerrando las alas como si se estuvieran muriendo de calor. De noche cada lámpara se convertía en una pobladísima metrópolis de mariposas nocturnas, y en el techo las rosadas salamanquesas de ojos grandes y pies aplastados se atiborraban hasta que casi no se podían mover. Las esfinges de la adelfa, verde y plata, llegaban zumbando de improviso, no se sabía de dónde, y en amoroso frenesí se precipitaban contra el quinqué, con tanta fuerza que rompían el cristal. Las mariposas de la muerte, moteadas de negro y miel, con la macabra calavera y las tibias cruzadas bordadas sobre la pelusilla del tórax, bajaban dando tumbos por el tubo y aleteaban temblorosas en la rejilla, emitiendo chirridos de ratón.

Monte arriba, donde el sol tostaba los matorrales de brezo, circulaban las tortugas, los lagartos y las culebras, y las mantis colgaban entre las hojas verdes del arrayán, columpiándose lentas y malignas. Las primeras horas de la tarde eran las mejores para estudiar la fauna del monte, pero eran también las más calurosas. El sol te tatuaba el cráneo, y bajo las sandalias la tierra calcinada era una parrilla al rojo. Widdle y Puke le tenían miedo al sol y nunca me acompañaban a esas horas, pero Roger, estudioso infatigable de la historia natural, iba siempre conmigo, jadeando vigorosamente y deglutiendo la abundante saliva a grandes tragos.

Corrimos muchas aventuras juntos. Aquella vez, por ejemplo, que contemplamos extasiados a dos erizos que, borrachos como cubas por las uvas caídas y

semifermentadas que habían comido al pie de las viñas, correteaban en círculo y se tiraban belicosas tarascadas, con acompañamiento de agudos chillidos e hipidos. O aquella otra vez que vimos cómo un zorrito, rojo cual hoja en otoño, descubría su primera tortuga entre el brezo. La tortuga, con esa flema que les es propia, se replegó en la concha, hermética como un maletín. Pero el zorro había visto un movimiento, y, con las orejas tiesas, la rodeó cautelosamente. Luego, como era todavía un cachorrito, lanzó un manotazo rápido a la concha y reculó, esperando contestación. Después se echó y estuvo varios minutos examinando a la tortuga, con la cabeza entre las patas. Finalmente se adelantó con mucho tiento y, tras varios intentos fallidos, logró coger a la tortuga en la boca y, con la cabeza muy alta, se fue trotando orgulloso por el brezal. En aquellos montes vimos salir a las tortuguitas de sus huevos que parecían de papel, secas y apergaminadas como si nacieran ya milenarias, y allí presencié por primera vez la danza de apareamiento de las culebras.

Estábamos sentados, Roger y yo, al pie de una mata alta de arrayán que ofrecía un cuadrito de sombra y algo de escondite. Habíamos levantado a un halcón de un ciprés próximo y esperábamos pacientemente su regreso para identificarlo. De pronto, a unos tres metros de donde estábamos, vi salir dos culebras de un amasijo pardo de troncos de brezo. Roger, a quien no se sabía por qué le daban miedo las culebras, soltó un gañidito de alarma y bajó las orejas. Yo le acallé violentamente y me puse a observar qué hacían. Parecía como si una fuera pisándole los talones a la otra. ¿La iría persiguiendo para comérsela? Del brezal pasaron a unos matojos de hierbas agostadas y se ocultaron a mi vista. Ya maldecía yo mi mala suerte e iba a correrme de sitio con la esperanza de volver a verlas, cuando reaparecieron sobre terreno relativamente despejado.

Allí la que iba en cabeza se detuvo, y la de detrás se deslizó hasta situarse en paralelo con ella. Así permanecieron un momento, y luego la perseguidora se puso a hociquear cautelosamente la cabeza de la otra. Decidí que la primera era una hembra, y la segunda un macho. El siguió topándola en la garganta hasta que al fin ella alzó un poco del suelo la cabeza y el cuello; quedó inmóvil en esa posición, y el macho, apartándose unos centímetros, levantó también la cabeza, y ambos permanecieron así, petrificados, mirándose fijamente, durante bastante rato. Después el macho se adelantó despacio y se enroscó alrededor de la hembra, y los dos se alzaron todo lo que pudieron sin perder el equilibrio, entrelazados como dos convólvulos. De nuevo quedaron quietos un momento, y a continuación empezaron a balancearse como dos luchadores trabados en el ring, enroscando las colas y agarrándose a las raíces de alrededor para sujetarse mejor. De improviso se desplomaron de lado, reuniéronse sus extremos posteriores y copularon, tendidas al sol y enmarañadas cual serpentinas en carnaval.

En ese momento, Roger, que hasta entonces había observado mi interés por las

culebras con creciente disgusto, se puso en pie y se sacudió antes de que yo pudiera detenerle, dando a entender que a su juicio sería mucho mejor que nos largáramos de allí. Desgraciadamente, las culebras vieron su movimiento; por un instante se agitaron en una madeja de pieles brillantes al sol, y en seguida la hembra se desasió y huyó velozmente al abrigo del brezal, arrastrando tras ella al infeliz macho, todavía enganchado. Roger me miró, dio un estornudito de placer y meneó su muñón de rabo. Pero yo estaba enfadado con él y así se lo dije sin ambages. En las numerosas ocasiones en que él estaba acoplado a una perra, señalé, ¿le gustaría *a él* verse sorprendido por algún peligro y ser tan ignominiosamente sacado a rastras del campo del amor?

Con el verano llegaban a la isla los gitanos, para ayudar a recoger las cosechas y de paso afanar lo que pudieran. De ojos negros como la endrina, la oscura piel renegrida por el sol, desgreñados y andrajosos, se trasladaban en grupos familiares por los blancos y polvorientos caminos, a lomos de burros o de ligeros *ponies* relucientes como castañas. Sus campamentos eran lugares de miserable encanto, con una docena de calderos borboteando con distintos ingredientes sobre las hogueras, y las viejas sentadas a la sombra de las mugrientas tiendas, con las cabezas de los niños más pequeños sobre el regazo, buscándoles cuidadosamente los piojos, mientras los mayorcitos, astrosos como hojas de diente de león, jugaban dando alaridos y revolcándose en el polvo. Los hombres que tenían algún oficio aparecían muy atareados en él: uno retorcía y ataba globos multicolores que, con chirridos de protesta, tomaban extrañas formas de animales; otro, tal vez orgulloso propietario de un espectáculo de sombras *karaghiozi*[13], remozaba las figuras recortadas de vivísimos colores y practicaba su número, recitando las chocarrerías y los equívocos del *karaghiozi* con ruidoso regocijo de las hermosas muchachas que removían los guisos de los calderos o hacían calceta a la sombra.

Siempre había querido yo hacer amistad con los gitanos, pero eran gente tímida y poco sociable, que apenas toleraba a los griegos, de modo que mi mata de pelo casi decolorado por el sol y mis ojos azules me convertían automáticamente en sospechoso para ellos; y, aunque me dejaban visitar sus campamentos, nunca se mostraban comunicativos, como los campesinos que en seguida me contaban su vida privada y sus aspiraciones. A pesar de todo, fueron los gitanos los responsables indirectos de una conmoción familiar, de la cual, y por una vez en la vida, yo fui totalmente inocente.

Expiraba una tarde de verano excepcionalmente calurosa. Roger y yo nos habíamos dado una paliza terrible persiguiendo a una culebra[14] grande y furibunda por todo un muro reseco de piedras. No acabábamos de deshacer una parte del muro y ya la culebra se había escurrido limpiamente al trozo siguiente, y cuando terminábamos de reconstruir la parte deshecha tardábamos media hora en volver a

localizar al animal entre el laberinto de piedras. Al fin hubimos de darnos por vencidos, y volvimos a casa para la merienda, sedientos, sudorosos y llenos de polvo. Al doblar un recodo de la carretera paseé la mirada sobre el olivar que descendía por la ladera hasta una cañada, y vi a un hombre y, con él, algo que a primera vista me pareció ser un perro descomunal. Una mirada más atenta, sin embargo, reveló a mis ojos incrédulos que se trataba de un nombre y un oso. Fue tal mi asombro, que involuntariamente solté una exclamación. El oso se irguió sobre las patas traseras y se volvió a mirarme, y otro tanto hizo el hombre; ambos se me quedaron mirando, y el hombre me dirigió un saludo indiferente con la mano y reanudó la tarea de extender sus pertenencias al pie de un olivo, en tanto que el oso se volvía a sentar para observarle con interés. Emocionadísimo, bajé la ladera a todo correr. Había oído que en Grecia había osos que bailaban, pero no había visto ninguno; la ocasión no era como para perdérsela. Al acercarme le grité un saludo al hombre, y él volvió la vista del montón de sus cosas y me respondió con bastante cortesía. Vi que era efectivamente un gitano, de ojos oscuros y fieros y cabello negro-azulado, pero su aspecto delataba una prosperidad muy por encima de lo normal entre los de su raza, pues vestía un traje en buen estado y llevaba zapatos, lo cual en aquella época era señal de distinción incluso entre los campesinos acomodados de la isla.

Pregunté si podía acércame sin peligro, porque el oso, aunque llevaba bozal de cuero, estaba suelto.

—Sí, acércate —gritó el hombre—. Pavlo no te hará nada. Pero que no venga el perro.

Me volví hacia Roger, y vi que, aunque era un perro valiente, no le gustaba nada el oso y permanecía a mi lado por mero sentido del deber. Cuando le dije que se marchara a casa me miró con gratitud y se fue trotando por la ladera arriba, intentando aparentar que no había visto nada de todo el asunto. Yo me acerqué con cautela a pesar de las garantías del hombre sobre la mansedumbre de Pavlo, porque, pese a ser todavía muy joven, erguido sobre las patas posteriores me sacaba más de una cuarta, y en cada una de las manos, anchas y peludas, poseía un juego formidable y muy práctico de relucientes garras. Sentado, me contempló con sus ojillos marrones y chispeantes, jadeando levemente. Era como una gran maraña de algas animadas. A mí me pareció el animal más codiciable que habían visto mis ojos, y me di una vuelta a su alrededor, admirando sus encantos desde todos los ángulos.

Emocionado, acosé a preguntas al gitano. ¿Qué edad tenía el oso? ¿De dónde lo había sacado? ¿Qué hacía con él?

—Baila para ganarse su sustento y el mío —dijo él, visiblemente divertido por mi entusiasmo—. Verás, te voy a enseñar.

Cogió un bastón que tenía un ganchito en la punta y lo introdujo en una anilla del bozal del oso.

—Anda, baila con papá.

Con ágil movimiento, el oso se alzó sobre las patas traseras. El hombre chascó los dedos y empezó a silbar una melodía muy melancólica, moviendo los pies al compás de la música, y el animal hizo lo propio. Juntos fueron arrastrando los pies, en lento y majestuoso minué, por entre los cardos de color azul eléctrico y los tallos secos de asfódelo. Yo habría estado mirándolos toda la vida. Cuando el hombre puso fin a la melodía, el oso, como siguiendo una costumbre, se puso otra vez en cuatro patas y estornudó.

—¡Bravo! —dijo el hombre con suavidad—. ¡Bravo!

Yo aplaudía entusiásticamente. Jamás, dije con absoluta seriedad, había visto un baile tan bonito ni un bailarín tan bueno como Pavlo. ¿Podría darle una palmadita?

—Puedes hacer lo que quieras con él —dijo el hombre, risueño, y desenganchó el bastón del bozal—. Este es un alma de cántaro. No se metería ni con un bandido que le estuviera robando la comida.

Y para demostrarlo se puso a rascarle el lomo al oso, y éste, volviendo hacia el cielo la cabeza, emitió unos murmullos de placer sibilantes y guturales y poco a poco se fue dejando caer al suelo, sumido en éxtasis, hasta quedar tendido con todo el aspecto de una alfombra de piel.

—Le gusta que le rasquen —explicó su dueño—. Ven, ráscale tú.

Durante la media hora siguiente fui absolutamente feliz, rascando al oso mientras él ronroneaba de gusto. Examiné sus grandes garras, y sus orejas, y sus ojillos brillantes, y todo me lo dejaba hacer, como si estuviera dormido. Luego, recostado contra su masa caliente, me puse a hablar con el dueño. En mi mente se perfilaba un plan: aquel oso tenía que ser mío. Los perros y mis otros animales se acostumbrarían a él en seguida, y saldríamos todos juntos a bailar el vals por el monte. Me autoconvencí de que la familia vería con verdadero gozo mi adquisición de un animal tan inteligente. Pero antes había que poner a aquel hombre en disposición de regatear. Con los campesinos el regateo era asunto difícil, largo y ruidoso. Pero aquel hombre era gitano, y lo que los gitanos no supieran de ese arte cabría holgadamente en un dedal. Sin embargo, aquél parecía mucho menos taciturno y reticente que los demás que yo había tratado, y eso me animó. Le pregunté de dónde venía.

—De muy lejos, de muy lejos —me respondió, mientras cubría sus pertenencias con una lona vieja y sacudía unas mantas raídas que evidentemente le servían de cama—. Desembarcamos anoche en Lefkimi y desde entonces hemos estado caminando los tres: Pavlo, la Cabeza y yo. Es que a Pavlo no querían cogerle en los autobuses, porque les daba miedo. Así que anoche no dormimos nada, pero hoy dormiremos aquí y mañana iremos al pueblo.

Intrigado, le pregunté qué quería decir con eso de que «Pavlo, la Cabeza y él» venían caminando desde Lefkimi.

—Pues mi Cabeza —dijo—. Mi Cabecita parlante.

Y, recogiendo el bastón del oso, asestó un varetazo a un montón de cosas que había debajo de la lona, mientras me dirigía una ancha sonrisa.

Yo había exhumando los restos maltrechos de una chocolatina del bolsillo del pantalón y estaba muy entretenido dándoselos al oso, que recibía cada pedazo con sonoros gemidos y babeos de satisfacción. Le dije al hombre que no entendía a qué se refería. El se me sentó delante en cuclillas y encendió un cigarrillo, mirándome con sus ojos oscuros, enigmáticos como los de un lagarto.

—Tengo una Cabeza —dijo, y señaló con el pulgar hacia el montón de sus cosas —. Una Cabeza viva, que habla y contesta a lo que se le pregunta. Es lo más maravilloso que hay en el mundo, sin duda alguna.

Aquello me dejó perplejo. ¿Una cabeza sin cuerpo, quería decir?

—Claro, sin cuerpo. La cabeza sólo —formó un cuenco con las manos, como el que sostiene un coco.

—Se tiene sobre un palo y habla. Cosa igual no se ha visto en el mundo.

Pero si era una cabeza sin cuerpo, pregunté, ¿cómo podía estar viva?

—Es cosa de magia —respondió solemnemente—. De magia que me enseñó mi tatarabuelo.

Era seguro que me estaba tomando el pelo; pero, por más que el tema de las cabezas parlantes fuera un tema interesante, vi que nos estábamos apartando de mi objetivo principal, que era adquirir inmediatos derechos de propiedad sobre Pavlo, el cual succionaba a través del bozal el último pedacito de chocolate, entre roncos suspiros de satisfacción. Estudié atentamente al hombre, que seguía en cuclillas, con mirada soñadora y la cabeza envuelta en nubes de humo. Decidí que con él sería mejor emplear el procedimiento directo, y a bocajarro le pregunté si estaría dispuesto a vender el oso y por cuánto.

—¿Vender a Pavlo? —repitió—. ¡En la vida! ¡Si es como un hijo!

Sí, pero ¿y si supiera que iba a ir a una buena casa?, dije. ¿A una casa donde le quisieran y le dejaran bailar? ¿No le tentaría eso a venderlo? El me miró, chupando el cigarrillo con expresión meditabunda.

—¿Por veinte millones de dracmas? —inquirió, y se echó a reír al ver mi gesto de consternación—. La gente que tiene tierras necesita burros para trabajarlas —prosiguió—. No se desprenden de ellos así como así. Pues Pavlo es mi burro. Gana para sí y para mí bailando, y hasta que ya no pueda bailar de puro viejo no me pienso separar de él.

Mi desilusión fue grande, pero vi que no se dejaría convencer. Abandoné mi postura recostada contra el lomo ancho y caliente de Pavlo, que roncaba bajito, y poniéndome en pie me sacudí el polvo. Bueno, dije, yo no podía hacer más. Comprendía que no quisiera desprenderse del oso, pero, si cambiaba de opinión, ¿se

pondría en contacto conmigo? El asintió gravemente. Y si actuaban en el pueblo, ¿me podría avisar de en qué lugar, para que fuera a verlos?

—Naturalmente —repuso—. Pero ya te dirán dónde estoy, porque mi Cabeza es algo extraordinario.

Asentí y le di la mano. Pavlo se puso en pie, y yo le di unas palmaditas en la cabeza.

Cuando llegué a lo alto de la cañada me volví a mirar. Estaban los dos de pie, juntos. El hombre me saludó brevemente con la mano, y Pavlo, balanceándose sobre las patas posteriores, alzaba el hocico en el aire, buscándome con el olfato. Quise creer que era un gesto de despedida.

Volví a casa a paso lento, pensando en aquel hombre, en su cabeza parlante y en el maravilloso Pavlo. ¿Sería posible conseguirse un osezno en alguna parte y criarlo? A lo mejor poniendo un anuncio en un periódico de Atenas salía algo.

La familia estaba tomando el té en el cuarto de estar. Decidí exponerles mi problema. Apenas había entrado en la habitación, sin embargo, cuando en lo que hasta ese momento había sido una apacible escena se operó un cambio notable. Margo exhaló un alarido taladrante, Larry se dejó caer sobre el regazo una taza llena de té y dando un salto buscó refugio detrás de la mesa, Leslie agarró una silla y Mamá se me quedó mirando boquiabierta y con expresión de horror. Jamás había yo visto que mi presencia provocara tan visibles reacciones por parte de mi familia.

—¡Sácalo de aquí! —rugió Larry.

—¡Llévatelo, rediez! —dijo Leslie.

—¡Nos matará a todos! —chilló Margo.

—Id a buscar una escopeta —dijo Mamá con un hilo de voz—. Id a buscar una escopeta y salvad a Gerry.

Yo no entendía absolutamente nada. Todos tenían la vista clavada en algo que había a mis espaldas. Me volví a mirar, y allí, en mitad de la puerta, husmeando esperanzado en dirección a la mesa de la merienda, estaba Pavlo. Fui hacia él y le cogí por el bozal, y él me hociqueó con cariño. Expliqué a la familia que no pasaba nada, que era Pavlo.

—No lo *permtiré* —dijo Larry roncamente—. No lo *permitiré*. Toda la casa llena de pájaros y perros y erizos y ahora un oso. Pero por los clavos de Cristo, ¿qué se ha creído este niño que es esto, un circo romano?

—Gerry, hijo, ten cuidado —dijo Mamá temblorosa—. Parece un poco fiero.

—Nos matará a todos —balbuceó Margo con convicción.

—Yo no puedo salir para ir a buscar las escopetas —dijo Leslie.

—No vas a quedarte *con él*. Te lo prohíbo —dijo Larry—. *No pienso* permitir que esto se convierta en el foso de los osos.

—¿De dónde lo has sacado, hijo? —preguntó Mamá.

—*Me da igual* de dónde lo haya sacado —dijo Larry—. Que se lo vuelva a llevar ahora mismo, inmediatamente, antes de que nos despedace. Este niño no tiene sentido de la responsabilidad. No estoy dispuesto a convertirme en cristiano arrojado a las fieras en lo mejor de la vida.

Pavlo se alzó sobre las patas traseras y emitió un largo gemido sibilante, que yo interpreté en el sentido de que deseaba unírsenos en la degustación de cualesquiera exquisiteces que hubiera en la mesa de la merienda. La familia lo interpretó de otra manera.

—¡Aaah! —aulló Margo, como si la hubieran mordido—. ¡Nos ataca!

—Gerry, *por favor*, ten mucho cuidado —dijo Mamá.

—Yo no respondo de lo que puedo hacer con ese niño —dijo Larry.

—Eso será si sales vivo de ésta —dijo Leslie—. ¡Margo, cállate, que no sirves más que para empeorar las cosas! ¡Le vas a provocar, coño!

—¡Puedo gritar si me apetece! —replicó Margaret indignada.

Tan vocinglero era el susto de la familia, que no me habían dado ocasión de explicarles. En ese punto lo intenté. Les dije que, en primer lugar, Pavlo no era mío, y en segundo, que estaba domesticado como un perro y era incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Dos afirmaciones que me niego a creer —dijo Larry—. Tú lo has mangado de algún maldito circo. No sólo nos va a sacar las tripas, sino que encima nos meterán en la cárcel por dar asilo a mercancías robadas.

—Bueno, bueno, hijo, deja que Gerry nos lo explique —dijo Mamá.

—¿Que nos lo explique? ¿Que nos lo explique? —repitió Larry—. ¿Cómo se puede explicar la presencia de un oso como un castillo en un cuarto de estar?

Dije que el oso era propiedad de un gitano que tenía una cabeza parlante.

—¿Cómo una cabeza parlante? —preguntó Margo.

Dije que era una cabeza separada del cuerpo, que hablaba.

—Este niño ha perdido el juicio —dijo Larry con convicción—. Hay que llevarle a un psiquiatra cuanto antes.

Todos se habían replegado al rincón más alejado de la habitación, y formaban allí un grupo tembloroso. Repliqué indignado que lo que decía era absolutamente cierto, y para demostrarlo iba a hacer bailar a Pavlo. Tomé de la mesa un pedazo de bizcocho, introduje un dedo por la anilla del bozal y formulé las mismas órdenes que había visto dar a su amo. Con los ojos puestos codiciosamente en el bizcocho, Pavlo se enderezó y bailó conmigo.

—¡Anda, mirad! —exclamó Margo—. ¡Mirad! ¡Está bailando!

—Me importa un pimiento que evolucione como todo un cuerpo de baile —dijo Larry—. Exijo que se lleven de aquí a ese condenado bicho.

Empujé el bizcocho a través del bozal y Pavlo lo sorbió ávidamente.

—La verdad es que es bastante mono —dijo Mamá, ajustándose las gafas y contemplándole con interés—. Recuerdo que mi hermano tuvo una vez un oso en la India. Era un animalito muy cariñoso.

—¡ *No*! —exclamaron Larry y Leslie al unísono—. ¡No se lo puede quedar!

Dije que no me lo podría quedar en ningún caso, porque el dueño no lo quería vender.

—Esa suerte que hemos tenido —dijo Larry—. Y ahora, rico, ¿por qué no vas a devolvérselo, si habéis acabado ya de hacer vuestro número de cabaret con la mesa del té?

Cogí otro pedazo de bizcocho para sobornarle, volví a pasar un dedo por la anilla del bozal y saqué a Pavlo de la casa. Cuando ya íbamos a medio camino por el olivar encontramos al desesperado propietario.

—¡Mírale! ¡Mírale! Pero mira que es malo. No tenía ni idea de adonde se habría podido ir. Nunca se aparta de mí, por eso no le tengo atado. Ha debido de cogerte mucho cariño.

La honradez me obligó a reconocer que pensaba que la única razón de que Pavlo me hubiera seguido era que veía en mí a un proveedor de chocolatinas.

—¡Uuuf! Pues vaya peso que se me ha quitado de encima —dijo el hombre—. Pensé que a lo mejor se había ido al pueblo, y en ese caso habríamos tenido un lío con la policía.

De mala gana entregué a Pavlo a su amo y les vi regresar a su campamento entre los árboles. Luego, no sin cierta zozobra, volví a casa para dar la cara ante mi familia. Aunque no había sido culpa mía que Pavlo me siguiera, por lo visto mis actividades pasadas hablaban en mi contra, y costó muchos sudores convencerles de que aquella vez yo era inocente.

Todavía la imagen de Pavlo llenaba mis pensamientos cuando al día siguiente fui al pueblo como todas las mañanas, a casa de mi preceptor, Richard Kralefsky. Kralefsky era una especie de gnomo pequeñito y un poco cheposo, de grandes ojos color ámbar y seria mirada, que sufría verdaderas torturas intentando educarme sin conseguirlo. Tenía dos cualidades por las que me era muy querido: una era un amor profundo por la historia natural (todo el ático de su casa estaba dedicado a albergar una enorme variedad de canarios y otros pájaros); la otra era que, al menos durante parte del tiempo, vivía en un mundo fantástico en el que siempre hacía de héroe. Me relataba aquellas aventuras: invariablemente le acompañaba en ellas una heroína que nunca tenía nombre, «una dama», simplemente.

La primera mitad de la mañana se consagraba a las matemáticas, y aquel día, sin otra cosa que el recuerdo de Pavlo en la cabeza, me mostré todavía más bruto que de costumbre, para consternación de Kralefsky, que creía haber tomado ya toda la medida de mi ignorancia.

—Hijito, es que no te concentras esta mañana —dijo muy serio—. Parece como si no te entrara en la cabeza ni la cosa más sencilla. ¿No estarás un poquito cansado? ¿Quieres que nos tomemos un pequeño descanso?

Kralefsky disfrutaba tanto como yo con aquellos descansos. Se iba a zascandilear por la cocina, regresaba con dos tazas de café y unas galletas, y como si fuéramos dos buenos amigos me contaba historias muy adornadas de sus aventuras imaginarias. Pero aquel día no le di ocasión; apenas nos pusimos cómodos y empezamos a sorber el café, le conté todo el asunto de Pavlo y del hombre que tenía una cabeza parlante y un oso.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —exclamó—. No es lo que uno esperaría encontrarse en un olivar. Ya lo creo que te sorprendería.

Vidriáronse sus ojos y se sumió en un ensueño, con la mirada fija en el techo y la taza tan inclinada que el café se le derramó sobre el platillo. Era evidente que mi interés por el oso había puesto en marcha sus mecanismos de asociación de ideas. Hacía varios días que no me daba una nueva entrega de sus memorias, de manera que esperé ansioso a ver qué salía de aquello.

—Cuando yo era *joven* —empezó, mirándome de soslayo y con la mayor seriedad por ver si le escuchaba—. Cuando yo era joven era un poco tarambana, esa es la verdad. Siempre me estaba metiendo en líos, ¿sabes?

Sus reminiscencias le arrancaron una risilla, y se sacudió algunas migas de galleta del chaleco. Con aquellas manos de delicada manicura y aquellos ojazos bondadosos costaba trabajo imaginarle de tarambana, pero yo lo intenté dócilmente.

—Hubo una época en la que incluso pensé meterme en un circo —dijo, con aire de quien se confiesa autor de un infanticidio—. Recuerdo que a la aldea donde vivíamos llegó un circo grande, y yo iba a todas las funciones. No me perdía una. Llegué a conocer muy bien a los artistas, y hasta me enseñaron algunos trucos. Decían que yo era un trapecista *excelente* —me miró tímidamente, a ver cómo encajaba aquello. Yo asentí con absoluta seriedad, como si la idea de Kralefsky enfundado en una malla de lentejuelas y encaramado a un trapecio no tuviera nada de ridículo.

—¿Quieres otra galleta? —preguntó—. ¿Sí? ¡Eso es! A mí también me está apeteciendo tomar otra.

Masticando mi galleta, esperé pacientemente a que continuara el relato.

—En fin —prosiguió—, que aquella semana se me pasó volando, y llegó la noche de la última función. Yo no me la habría perdido por nada del mundo. Me acompañaba una dama, una joven amiga mía, que ardía en deseos de ver el espectáculo. ¡Cómo se reía con los payasos! ¡Y *cuánto* le gustó el número de los caballos! Poco se imaginaba ella el horror que nos aguardaba.

Y, sacando su pañuelo delicadamente perfumado, se enjugó con él la húmeda

frente. Siempre tendía a sobreexcitarse un poco conforme llegaba al punto culminante de la historia.

—La última actuación —continuó— era la del domador de leones —aquí hizo una pausa, para que calara hasta el fondo todo lo portentoso de aquella afirmación—. Cinco fieras tenía. Cinco inmensos leones de Nubia, de negra melena, recién traídos de la jungla, según me había contado. La dama y yo estábamos sentados en primera fila, desde donde mejor se veía la pista. ¿Tú conoces esa especie de jaula que montan en la pista para el número de los leones? Pues hete aquí que en mitad del número, una de las secciones, que no estaba bien sujeta, se desplomó hacia dentro. Cuál no sería nuestro espanto cuando vimos que caía sobre el domador, dejándole inmediatamente sin sentido.

Se detuvo, bebió con nerviosismo un sorbo de café y volvió a secarse la frente.

—¿Qué hacer? —inquirió retóricamente—. Eran cinco leones enormes, rugientes, y yo tenía una dama a mi lado. Pensé muy deprisa. No había más que una manera de salvarla. Empuñé el bastón, salté a la pista y me metí en la jaula.

Yo emití unos sonidos casi inaudibles, indicativos de admiración.

—Durante la semana que llevaba visitando el circo, había estudiado con mucha atención el método del domador, y en aquel momento bendije mi buena estrella por haberlo hecho. Aquellas feroces fieras se erguían muy por encima de mí sobre sus pedestales, pero yo las miré derechamente a los ojos. Ya sabes que la mirada del hombre ejerce un gran poder sobre los animales. Muy despacio, fijando en ellos una mirada taladrante y apuntándoles con el bastón, me impuse a ellos y centímetro a centímetro les hice retirarse de la pista y volver a su jaula. Así se evitó una tragedia espantosa.

Dije que la dama debía de haberle quedado muy agradecida.

—Sí que lo estaba. Sí que lo estaba —dijo Kralefsky, halagado—. Como que hasta llegó a decir que yo había dado un espectáculo mejor que el del propio domador.

¿Por casualidad en sus tiempos circenses había tenido algún trato con osos bailarines?, pregunté.

—Con toda clase de animales —me respondió generosamente—. Elefantes, focas, perros amaestrados, osos; de todo había.

Entonces, me aventuré a decir, ¿no le gustaría que fuéramos a ver al oso bailarín? Era sólo bajar la calle, y, aunque aquello no fuera exactamente un circo, pensaba yo que tal vez podría interesarle.

—¡Buena idea, sí señor! —dijo Kralefsky, y sacándose el reloj del bolsillo del chaleco lo consultó—. Diez minutos, ¿eh? Así nos despejaremos un poco.

Tomó el sombrero y el bastón, y muy animados emprendimos la marcha por las calles estrechas y llenas de gente, que olían a frutas y hortalizas, a alcantarilla y a pan

recién hecho. A fuerza de interrogar a diversos chiquillos averiguamos dónde daba el espectáculo el dueño de Pavlo. Era un oscuro barracón que había en la trasera de un comercio, en el centro. Por el camino le pedí dinero prestado a Kralefsky y compré una barra de mazapán, porque me parecía que no podía ir a ver a Pavlo sin llevarle algo de regalo.

—¡Hombre, el amigo de Pavlo! ¡Bienvenidos! —dijo el gitano al vernos aparecer en la puerta del barracón.

Cuál no sería mi gozo cuando vi que Pavlo me reconocía. Se adelantó arrastrando los pies y dando gruñidos, y al llegar ante mí se irguió en dos patas. Kralefsky retrocedió, un tanto precipitadamente, pensé, tratándose de un hombre tan habituado al circo, y asió el bastón con mayor firmeza.

—Ten mucho cuidado, hijo mío —me dijo.

Le di el mazapán a Pavlo, y cuando por fin se hubo despegado de las muelas la última partícula pegajosa y la hubo deglutido, dio un suspiro de satisfacción y se echó en el suelo con la cabeza entre las patas.

—¿Quieren ustedes ver la Cabeza? —preguntó el gitano, y con un gesto señaló hacia el fondo del barracón, en donde se veía una mesa de madera de pino y encima de ella una caja cuadrada, que parecía ser de tela.

—Esperen, voy a encender las velas —añadió.

Sobre la caja había como una docena de velas de buen tamaño, soldadas por su propia cera. Encendiolas el gitano, y dieron una luz vacilante y temblorosa que arrojaba sombras bailonas. Seguidamente el gitano se acercó a la mesa y la golpeó con el bastón del oso.

—¿Estás preparado? —preguntó.

Un delicado repeluzno de aprensión me corrió por la espalda. Del interior de la caja de tela salió una voz aguda y clara que dijo: «Sí, estoy preparado».

El hombre levantó la tela de uno de los costados de la caja, y vi que ésta estaba hecha de chapas delgadas de madera, sobre las cuales se había claveteado de cualquier manera la fina tela. La caja medía como un metro por cada lado. En el centro había una pequeña peana plana por arriba, y sobre ella, con el macabro aspecto que le daba la luz vacilante de las velas, descansaba la cabeza de un niño de unos siete años.

—¡Caramba! —exclamó Kralefsky con admiración—. ¡Qué bien hecho está!

Lo que a mí me asombró fue que la cabeza *estaba viva*. Se veía que era de un gitanillo, maquillada un tanto toscamente para que pareciera la cabeza de un negro. Nos miraba fijamente y parpadeaba.

—¿Estás preparado para que te haga preguntas? —preguntó el gitano, mirando con evidente satisfacción al extasiado Kralefsky.

La Cabeza se relamió los labios y dijo:

—Sí, estoy preparado.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el gitano.

—Más de mil años —dijo la Cabeza.

—¿De dónde eres?

—Soy africano y me llamo Ngo.

El gitano siguió preguntando con monótono soniquete y la Cabeza contestándole, pero eso no me interesaba. Lo que yo quería saber era *dónde* estaba el truco. Cuando el gitano me habló por primera vez de ella, me imaginé algo de madera tallada o de yeso, que hablaría por ventriloquismo; pero aquello era una cabeza viva posada en una peanita de madera, del diámetro de una vela. No cabía duda alguna de que estaba viva, porque mientras respondía automáticamente a las preguntas su mirada vagaba de un sitio a otro, y en un momento en que Pavlo se levantó y se sacudió, la cara adquirió una expresión de recelo.

—Ahí tienen —dijo el gitano con orgullo cuando acabó el interrogatorio—. Te lo había dicho, ¿no? Es la cosa más extraordinaria del mundo.

Le pregunté si me dejaría examinarlo todo desde más cerca. De pronto me había acordado de que Teodoro me había descrito una ilusión semejante, que se lograba con ayuda de espejos. No veía yo dónde se podría esconder el cuerpo que lógicamente correspondería a la Cabeza, pero pensaba que la mesa y la caja requerían una investigación.

—Claro que sí —me respondió el gitano, con cierta sorpresa por mi parte—. Ten, toma el bastón. Lo único que te pido es que la Cabeza no la toques.

Con el bastón tanteé cuidadosamente todo alrededor de la peana, en busca de espejos o alambres ocultos, y la Cabeza me observó con expresión de ligero regocijo en sus negros ojos. Comprobé que los costados de la caja eran sólo de tela, y que el suelo de la caja era, en efecto, el tablero de la mesa. Pasé a la parte de atrás y no vi nada. Incluso me metí debajo de la mesa, pero allí no había nada, y desde luego no quedaba sitio para esconder un cuerpo. Aquello era incomprensible.

—¡Ah!, no te lo esperabas, ¿eh? —dijo el gitano, triunfal—. Pensabas que tenía un niño ahí escondido, ¿verdad?

Admití la acusación humildemente y le rogué que me dijera cómo se hacía.

—Ah, no, no te lo puedo decir —me respondió—. Es cosa de magia. Si te lo dijera, la cabeza desaparecería en una nubecita de humo.

Por segunda vez examiné el cajón y la mesa, pero, aun acercando más una vela para facilitar la investigación, seguí sin explicarme cómo era posible aquello.

—Bueno, ya está bien de Cabeza —dijo el gitano—. Ven aquí, baila con Pavlo.

Enganchó el bastón en el bozal del oso, y Pavlo se puso en pie. El gitano me entregó el bastón, cogió un flautín de madera y se puso a tocar, y Pavlo y yo ejecutamos una solemne danza.

—¡Excelente, sí señor, excelente! —decía Kralefsky, palmoteando con entusiasmo. Le sugerí que, ya que tenía tanta experiencia circense, tal vez querría bailar él también con Pavlo.

—Bueno, no sé, no sé si no sería imprudente —dijo—. Porque a mí no me conoce.

—No pasa nada —dijo el gitano—. Se deja llevar por quien sea.

—¡Bueno! —dijo Kralefsky de mala gana—. ¡Si está usted seguro! ¡Si insisten!

Y, tomando de mis manos el bastón, se quedó parado delante de Pavlo, con expresión de desconfianza extrema.

—Hale —dijo el gitano—. A bailar.

Y empezó a tocar en la flauta una cancioncilla muy marcada.

Fue una escena mágica. La luz amarilla y temblorosa de las velas proyectaba en la pared las sombras de la figurilla cheposa de Kralefsky y la forma lanuda del oso, y, desde la peana de la caja, la Cabeza, riendo entre dientes, los miraba dar vueltas y más vueltas.

Capítulo 10. Las cubas iracundas

Al final del verano llegaba la vendimia. Todo el año los viñedos habían formado parte del paisaje, pero únicamente con la recogida de la uva se recordaba toda la sucesión de acontecimientos que la había preparado: los viñedos en invierno, cuando las cepas parecían muertas, como otras tantas astillas hincadas en la tierra formando hileras; luego, aquel día de primavera en que por primera vez advertiste un lustro verde sobre cada cepa, al desenroscarse las hojillas delicadas y rizosas. Después las hojas crecían y colgaban de la cepa, como verdes manos calentándose al calor del sol. Más tarde aparecían las uvas, nódulos diminutos sobre un tallo ramificado, y poco a poco aumentaban de tamaño y se hinchaban al sol hasta adquirir el aspecto de huevos de color de jade de algún extraño monstruo marino. Era entonces cuando se lavaban las viñas. Los siempre pacientes burros tiraban de los carritos de madera que llevaban a los viñedos el caldo bordelés, encerrado en grandes barricas. Aparecían los sulfatadores con aquellos uniformes que les convertían en visitantes de otro planeta: gafas y mascarillas, y a la espalda un gran bidón provisto de un tubo de goma, móvil como trompa de elefante, por el cual saldría el líquido. La mezcla era de un color azul que hacía palidecer al cielo y al mar; era la azulez destilada de todo lo azul del mundo. Cargábanse los bidones y los sulfatadores circulaban por entre las rizadas viñas, cubriendo cada hoja, envolviendo cada racimo de uvas verdes en una delicada telaraña azul celeste. Bajo ese manto protector crecían y maduraban las uvas, y por fin, tras los calores de la canícula, quedaban listas para ser recogidas y descargadas de su jugo.

La vendimia era tan importante que lógicamente se había hecho de ella un tiempo de visitas, de excursiones y celebraciones, tiempo de sacar el vino viejo y meditar con él.

Nos había invitado a asistir a la recolección el señor Stavrodakis, un hombre simpático, muy pequeño y apergaminado, con cara de tortuga hambrienta, que era propietario de una villa y algunos viñedos grandes en el norte de la isla. Era un hombre que vivía para su vino, que lo tenía por la cosa más importante del mundo; por lo tanto, su invitación nos fue transmitida con toda la solemnidad que semejante ocasión requería, y con igual solemnidad fue recibida por la familia. En la invitación, escrita con pesada letra gótica ornada de ricillos y ringorrangos que le daban aspecto de tracería de hierro forjado, decía: «Les suplico que con toda libertad traigan con ustedes a aquellos de sus amigos que tengan gusto en acompañarnos».

—¡Maravilloso! —exclamó Larry—. Dicen que tiene la mejor bodega de Corfú.

—Bueno, podemos ir si tú quieres —dijo Mamá dudosa.

—Claro que quiero —dijo Larry—. Imagínate, con todo ese vino. Escucha: podemos alquilar una motora e ir unos cuantos a pasar el día.

—¡Ay, sí! —dijo Margo con entusiasmo—. Tiene una playa maravillosa en la finca. Y tenemos que bañarnos más antes de que se acabe el verano.

—Podemos invitar a Sven —prosiguió Larry—. Para esa fecha ya debe estar de vuelta. Y se lo decimos a Donald y a Max.

—Y a Teodoro —añadió Leslie.

—Larry, hijo mío —dijo Mamá—, ese señor únicamente nos ha invitado a ver cómo pisan la uva o lo que sea que hacen con ella; no nos podemos llevar a un montón de gente.

—En la carta dice que llevemos a los amigos que queramos —dijo Larry.

—Sí, pero no a un regimiento —dijo Mamá—. ¿De dónde va a sacar el pobre hombre para darnos de comer a todos?

—Eso tiene fácil arreglo —repuso Larry—. Se le escribe y se le dice que nos llevaremos la comida.

—Supongo que eso quiere decir que la tendré que preparar yo —dijo Mamá.

—No hay por qué —dijo Larry vagamente—. Podemos llevar unas chuletas o algo así y asarlas al aire libre.

—También sé lo que *eso* quiere decir —dijo Mamá.

—¡Bueno, no me digas que no se puede organizar de alguna manera! —dijo Larry —. A mí me parece una cosa la mar de sencilla.

—Está bien —dijo Mamá de mala gana—. Mañana por la mañana hablaré con Spiro a ver cómo lo podemos arreglar.

El resultado fue que Mamá le escribió una ponderada esquela al señor Stavrodakis, diciendo que con mucho gusto aceptábamos su invitación y que iríamos acompañados de algunos amigos. Nos llevaríamos la comida y almorzaríamos en la playa, si él no tenía inconveniente. El señor Stavrodakis respondió con otra muestra de ornamentación caligráfica, en la que se declaraba abrumado por nuestra amabilidad al aceptar su invitación y decía que esperaba con ilusión nuestra visita. Y añadía: «Les ruego vengan ustedes desvestidos, como estaremos en la familia». Aquella frase nos desconcertó bastante —el señor era soltero de toda la vida—, hasta que nos dimos cuenta de que era una mala traducción del francés.

Al fin el grupo quedó compuesto por Donald y Max, Teodoro, Kralefsky, Sven, que en el último momento apareció procedente de Atenas, Spiro y la familia. A las seis y media de la mañana nos reunimos en los escalones que bajaban hasta el agua, a espaldas del palacio del rey, en el pueblo, donde nos esperaba una rechoncha motora recién pintada, que saludaba subiendo y bajando sobre las olitas diminutas. El embarque llevó bastante tiempo, por la cantidad de cestos que hubo que cargar con la comida y el vino, los utensilios de cocina y la enorme sombrilla de Mamá, que se negaba a viajar sin ella durante los meses de verano. Después Kralefsky, entre sonrisas y reverencias, hubo de representar la comedia de embarcar a Mamá y a

Margo.

—Despacio, despacio. Tenga cuidado, no tropiece. ¡Eso es! —decía escoltándolas al barco, con toda la cortesía que habría empleado un dux para depositar a su última amante en una góndola.

—Afortunadamente —empezó Teodoro, dirigiendo al cielo azul una mirada penetrante desde debajo del ala de su sombrero hongo—. Afortunadamente parece que vamos a tener, eh… hum…, que vamos a tener un día estupendo. De lo cual me alegro, porque ya saben ustedes que me mareo con el más ligero movimiento.

Sven resbaló al subir a bordo y casi se le cae al mar su amado acordeón, pero el largo brazo de Max lo salvó de una muerte acuática. Al fin estuvimos todos embarcados; apartose la motora de la orilla, se puso en marcha el motor y zarpamos. Bajo la bruma pálida y perlada de la mañana, la ciudad parecía un pueblecito de juguete, hecho de bloques mal puestos unos sobre otros. Las fachadas de las altas y venerables casas venecianas, que se desmoronaban lentamente, coloreadas en tonalidades pálidas de crema y ocre y blanco y rosa ciclamen, adquirían contornos borrosos tras la neblina, como un dibujo al pastel difuminado.

—¡Vivir sobre las olas del océano! —dijo Kralefsky, aspirando teatralmente el aire cálido y quieto—. ¡Eso es!

—A pesar de lo tranquilo que *parece* estar el mar —observó Teodoro—. Yo creo que hay un ligero movimiento…, casi imperceptible.

—No diga usted bobadas, Teodoro —dijo Larry—. Se podría poner un nivel de alcohol sobre el agua y no se movería la burbuja ni medio milímetro.

—¿Mazre fa cómoda? —inquirió cariñosamente Max.

—Sí, muchas gracias, hijo, voy muy cómoda —le respondió Mamá—. Pero un poquito preocupada. No sé si Spiro se habrá acordado de los ajos.

—No se preocupe, señoras Durrells —dijo Spiro, que había oído el comentario—. Llevos todas las cosas que me dijo usted que llevarás.

Sven, luego de examinar el acordeón con el mayor detenimiento y comprobar que no había sufrido ningún daño, se lo sujetó al cuerpo y pasó experimentalmente los dedos sobre el teclado.

—Una robusta canción de marineros —dijo Donald—. Eso es lo que nos hace falta. Yo-jo-jó, la botella de ron.

Yo les dejé y me fui a proa, y allí, tripa abajo, me asomé a contemplar cómo el casco cortaba el cristalino mar azul. De cuando en cuando, allá adelante, rompía la superficie una bandada de peces voladores, que arrojando destellos azul y plata salían al aire y rasaban el agua, como golondrinas de verano cazando insectos sobre un prado azul.

A las ocho llegamos a nuestro destino, una playa de casi un kilómetro de longitud tendida al pie del Pandokrator. Allí el olivar bajaba casi hasta la orilla, sólo separado

del mar por una ancha faja de guijarros. Al acercarnos a tierra paramos el motor y nos dejamos llevar suavemente por el impulso que traíamos. Ya sin el ruido del motor, se oían los gritos de las cigarras dándonos la bienvenida. Con enorme suspiro, la motora hundió la proa en los guijarros de la orilla. Salió de la cabina su dueño, un mocito moreno y ágil, y desde la proa saltó a tierra con el ancla, que alojó firmemente entre las piedras. Luego amontonó toda una colección de cajas junto a la proa, formando una especie de vacilante escalerilla por la cual descendieron Mamá y Margo ayudadas por Kralefsky, que hacía una fina reverencia cada vez que una de las señoras ponía pie en tierra, pero deslució un poco el efecto porque sin darse cuenta, al dar un paso atrás, se metió en quince centímetros de agua salada y se estropeó irremisiblemente la raya del elegante pantalón. Al cabo nos vimos en tierra todos, junto con nuestros avíos y bagajes, y dejando las cosas a la sombra de los olivos, desperdigadas como restos de un naufragio arrastrados por el mar, subimos por la ladera hasta la villa de Stavrodakis.

La villa era grande y cuadrada, de paredes rojas deslucidas y postigos verdes, y estaba construida en alto de tal manera que el piso inferior formaba una espaciosa bodega. Por el camino de acceso discurría un desfile de muchachas del campo, que circulaban con gatuna agilidad llevando cestos de uva sobre la cabeza. Stavrodakis vino sorteándolas para recibirnos.

—¡Cuánto honor, cuánto honor! ¡Cuánto honor me hacen ustedes! —repetía con cada presentación.

Nos sentó a todos en el porche, debajo de un gran dosel de luminosas buganvillas rojas, y descorchó varias botellas de su mejor vino, que era espeso y recio, y de un lustre rojo apagado que hacía el efecto de que nos estuviera llenando los vasos de granates. Ya fortalecidos y ligeramente mareados por aquel caldo, nos condujo a las bodegas, adelantándose a mostrarnos el camino como un amable escarabajo negro.

La bodega era tan grande que sus zonas más oscuras estaban alumbradas con lámparas de aceite, pequeñas mechas que parpadeaban en tazones del líquido ambarino. Estaba dividida en dos partes y Stavrodakis nos llevó primero a donde se pisaba la uva. En la semipenumbra se destacaban sobre todo lo demás tres cubas gigantescas. Una la estaba llenando de uva un desfile constante de campesinas; las otras dos estaban ocupadas por los pisadores. En un rincón, sentado en una barrica puesta de pie, un viejo gris de frágil aspecto tocaba el violín con gran solemnidad.

—Este es Taki y ése es Yani —dijo Stavrodakis, señalando a los dos pisadores.

De Taki no asomaba más que la coronilla por encima del borde del lagar, mientras que de Yani se veían aún la cabeza y los hombros.

—Taki lleva pisando desde anoche —dijo Stavrodakis, lanzando una ojeada nerviosa a Mamá y Margo—, por lo que mucho me temo que esté un poco ebrio.

Efectivamente, las densas emanaciones de la casca que llegaban hasta donde

estábamos eran bastante embriagadoras, de modo que concentradas en las cálidas profundidades del lagar debían tener el triple de potencia. De la base del lagar manaba el mosto a una artesa donde quedaba oculto bajo cúmulos de espuma, del color rosado de la flor del almendro; y de allí pasaba por sifón a las cubas.

—Esto que ven, naturalmente, es lo último de la vendimia —explicaba Stavrodakis—. Estas uvas son las últimas rojas. Vienen de un viñedo pequeño del monte, y me atrevería a decir que dan uno de los mejores vinos de Corfú.

Taki interrumpió momentáneamente su bailoteo sobre la uva, echó los brazos fuera del lagar y se quedó colgado como una golondrina beoda sobre su nido, con los brazos y las manos manchados de vino y recubiertos de una costra de hollejos y pepitas.

—Ya debería salir —dijo con voz espesa—. Si no salgo ya voy a coger una buena tajada.

—Sí, sí, en seguida, Taki —dijo Stavrodakis, mirando con nerviosismo a su alrededor—. Ahora mismo viene Costos a relevarte.

—¡Es que tengo que mear! —explicó Taki quejoso—. No se puede trabajar si no se mea.

El viejo dejó el violín y, presumiblemente a modo de compensación, le dio a Taki un pedazo de pan basto, que él devoró con ansia.

Teodoro estaba dándole a Sven una erudita conferencia sobre los vinos, apuntando con el bastón a los pisadores y a los lagares como si fueran objetos expuestos en un museo.

—¿Quién fue el que se ahogó en un tonel de malvasía? —le preguntó Max a Larry.

—Uno de los personajes más sensatos de Shakespeare —fue la respuesta.

—Recuerdo una ocasión —dijo Kralefsky dirigiéndose a Donald— en que estaba yo enseñándole a una dama una de las mayores bodegas de Francia. Estábamos en mitad de la bodega cuando empecé a sentirme inquieto. Me parecía intuir algún peligro; así que acompañé a la dama a la salida, y en ese momento explotaron catorce barriles con un fragor como de catorce cañones…

—Aquí, como han visto ustedes, pisamos la uva —dijo Stavrodakis—. Ahora, si quieren ustedes acompañarme por aquí, les mostraré dónde se conserva el vino.

Y por un arco nos hizo pasar al otro sector tenebroso de la bodega. Allí se amontonaban hilera sobre hilera de cubas situadas en horizontal, y el ruido era increíble. Yo al principio lo atribuí a alguna causa exterior, hasta que me di cuenta de que procedía de las cubas. Al fermentar el vino en sus pardas panzas, las cubas gorgoteaban y chirriaban, y se rugían unas a otras como una multitud enfurecida. El resultado era un sonido fascinante, pero que daba un poco de miedo. Era como si en cada cuba estuviera encerrado un demonio terrorífico que chillaba barbaridades

incomprensibles.

—Los campesinos dicen… —dijo Teodoro con macabro regodeo, golpeando levemente una cuba con el bastón—. Los campesinos dicen que es el sonido que hace un hombre al ahogarse.

—¡Malvasía! —exclamó Max excitado—. ¡Barriles y barriles de malvasía! ¡Larry, famos a aojarnos juntos!

—Ahogarnos —dijo Donald.

—Todo esto es muy interesante —le estaba diciendo Mamá falazmente a Stavrodakis—. Pero, si usted nos disculpa, sería conveniente que mi hija y yo volviéramos a la playa para ocuparnos de la comida.

—Sería curioso saber qué fuerza se genera ahí dentro —dijo Leslie, mirando melancólicamente a su alrededor—. Quiero decir, si se generase fuerza suficiente para hacer saltar uno de estos bitoques, ¿qué potencia tendría?

—Muchísima —dijo Teodoro—. Recuerdo haber visto una vez a un hombre que había sido muy malherido por el bitoque de una cuba.

Y, como para demostrarlo, le asestó un varetazo a una cuba y todos dimos un salto.

—Sí, bueno, si nos disculpan ustedes… —dijo Mamá nerviosa—. Margo y yo deberíamos irnos.

—Pero los demás, ¿los demás vendrán a mi casa y tomarán unos vinos? —suplicó Stavrodakis.

—No faltaba más —dijo Larry, como si le estuviera haciendo un favor.

—¡Malvasía! —dijo Max, poniendo los ojos en blanco—. ¡Beberremos malvasía!

Y así, mientras Margo y Mamá volvían a la playa para ayudar a Spiro en la preparación de la comida, Stavrodakis nos reintegró al porche prestamente y sin dejar de hacer aspavientos, y nos atiborró de vino, por lo que la hora de regresar a la playa nos sorprendió bastante achispados, acalorados y contentos.

—«Soñé —empezó a cantar Max según marchábamos entre los olivos, llevando con nosotros al feliz Stavrodakis para que compartiera nuestro almuerzo—, soñé que vivía en marmóreos salones, con caballos y ciervos junto a mí.»

—Lo hace sólo por fastidiarme —dijo Donald a Teodoro en tono confidencial—. Sabe perfectamente que es «con vasallos y siervos».

Bajo los árboles, a la orilla del mar, se habían encendido tres hogueras de carbón de encina que resplandecían, palpitaban y humeaban suavemente, y sobre ellas crepitaban y crujían diversos guisos. Margo había extendido un gran mantel a la sombra y estaba poniendo en él cubiertos y vasos, cantando desafinadamente por lo bajo, en tanto que Mamá y Spiro, inclinados como brujas sobre los fuegos, remojaban con aceite y ajo exprimido un crujiente cabrito y ungían de zumo de limón el corpachón de un pescado cuya piel burbujeaba y se doraba al calor de la manera más

apetitosa.

Almorzamos con gran calma, desperdigados en torno al alegre mantel, relucientes de vino los vasos. Los bocados de cabrito, entreverados de hierbas, eran sabrosos y suculentos, y los trozos de pescado se deshacían en la boca como copos de nieve. La conversación divagaba, se reanimaba y volvía a replegarse lánguidamente, lo mismo que el humo de las fogatas.

—Hay que enamorarse de un bloque de piedra —decía Sven solemnemente—. Ves una docena de bloques diferentes, y dices: «¡Bah! ¡Yo no quiero eso!». Y entonces ves un bloque delicado y elegante y te enamoras de él. Pasa como con las mujeres. Pero luego viene el matrimonio, y eso puede ser terrible. Te peleas con él, y ves que la piedra es dura. Te desesperas, y un buen día se te derrite entre las manos como si fuera de cera, y ese día has creado una forma.

—Recuerdo que una vez —empezó Teodoro— me pidió Berlincourt (ya saben ustedes quién es, ese pintor francés que vive allá en Paleocastritsa), me pidió que fuera a ver sus obras. Me dijo, eh, en fin, con toda claridad, «venga usted a ver *mis cuadros*». Conque fui una tarde, y me recibió con suma hospitalidad. Me dio, hum, me dio pasteles y té, y cuando le dije que me gustaría ver sus cuadros, me señaló un lienzo de buen tamaño que tenía puesto en el, hum, ¿cómo se llama eso que usan los pintores? Ah, sí, *caballete*. Era un cuadro muy bonito, verdaderamente. Se veía la bahía de Paleocastritsa con el monasterio, todo muy bien, y después de admirarlo me volví a ver dónde tenía los demás, pero no vi ningún otro. Así que le hum, le pregunté dónde tenía los *otros* cuadros, y él, señalando al caballete, me dijo, hum, «ahí debajo». Parece ser que no tenía dinero para telas, y por lo tanto pintaba cada cuadro encima del anterior.

—Es que el gran artista tiene que sufrir —dijo Sven con lúgubre voz.

—Cuando llegue el invierno os llevaré a las marismas de Butrinto —dijo Leslie con entusiasmo—. Hay cantidad de patos, y unos jabalíes descomunales en el monte.

—Los patos me gustan, perro los jabalíes creo que son un poco grandes para mí —dijo Max, con el convencimiento de quien conoce sus propias limitaciones.

—Yo no creo que Max fuera capaz —dijo Donald—. Lo más probable es que en el momento crucial abandonara y saliera corriendo. Ya se sabe cómo son estos extranjeros.

—Y entonces —decía Mamá a Kralefsky— es cuando se pone la hoja de laurel y la acedera, *justo antes* de que empiece a cocer.

—Así que, señorita Margo, yo le dijes, le dijes me da igual que sea el embajador francés, es un hijodeputas.

—Y a la orilla de la marisma (claro que por ahí cuesta trabajo andar, porque el terreno está muy encharcado), en las orillas hay chochas y agachadizas.

—Yo recuerdo haber visitado una aldea de Macedonia donde hacían, hum, donde

hacían esculturas de madera muy curiosas.

—Yo conocí a una dama que lo hacía sin la hoja de laurel, pero con una pizquita de menta.

Era la hora más calurosa del día, cuando hasta las cigarras parecían chirriar más despacio e incluso callarse de vez en cuando. Las hormigas negras corrían atareadas por el mantel, recogiendo las migas. Un tábano de ojos relucientes como malévolas esmeraldas se posó una fracción de segundo en la barba de Teodoro y salió zumbando.

Lentamente, harto de comida y de vino, me levanté y me acerqué al mar.

—Y a veces —oí que Stavrodakis decía a Margo—. A veces las cubas llegan a *gritar*. Hacen un ruido como si se estuvieran peleando. No me dejan dormir.

—Ay, no siga —decía Margo, estremecida—. Me dan escalofríos sólo de pensarlo.

El mar, quieto y caliente, parecía como recién barnizado, sin más que una onda diminuta que acariciaba la orilla lánguidamente. El caldeado guijarral crujía y cedía bajo mis pies descalzos. Las piedras que componían aquella playa tenían unas formas y colores increíbles, producto de la acción de las olas y del suave frote y pulimento de unas con otras. Aparecían esculpidas en miles de figuras: de punta de flecha, de hoz, de gallito, de caballo, de dragón, de estrella de mar. Igualmente extraña era su coloración, recibida de los jugos de la tierra millones de años atrás y ahora pulida y lijada por el mar. Piedras blancas con filigrana dorada o roja, rojas de sangre con manchas blancas, verdes, ocres y azules, color huevo de gallina, pardas con un dibujo de color de herrumbre oscuro como un helecho extendido sobre su superficie, rosáceas como una peonía con blancos jeroglíficos egipcios formando mensajes misteriosos e indescifrables. Era como un vasto tesoro de joyas sembrado a lo largo de la orilla.

Vadeé las aguas bajas calientes y me eché a nadar hacia aguas más frías. Allí, si contenías la respiración y te dejabas arrastrar al fondo, la suave manta aterciopelada del mar te aturdía y te cerraba momentáneamente los oídos, que luego, pasado un momento, se acomodaban a la sinfonía submarina. La vibración lejana de un motor de barco, blanda como un latido; el débil susurro de la arena movida y recompuesta por el movimiento del mar, y, por encima de todo lo demás, el musical tintineo de los guijarros de la orilla. Para oír el mar en acción sobre su gran caudal de cantos rodados, frotándolos y alisándolos con amor, nadé del agua profunda hacia la orilla. Me anclé con un puñado de piedras multicolores, y, sumergiendo la cabeza, escuché cómo cantaba la playa bajo la suave caricia de las olitas. Si las nueces cantaran, pensé, lo harían así: cronch-tinc-cluic-blomba-cuoj (silencio mientras la ola se retira), y luego otra vez lo mismo en diferente clave con la ola siguiente. El mar tañía la playa como un instrumento. Permanecí un rato aletargado en el agua baja y luego,

sintiendo sueño, regresé al olivar.

Todo el mundo se había tumbado por unos sitios u otros y sesteaba en torno a las ruinas del almuerzo. Aquello parecía el escenario de una batalla terrible. Yo me enrosqué como un lirón al abrigo de las raíces de un grueso olivo y me dormí también.

Me despertó un suave tintineo de tazas: Margo y Mamá ponían la mesa para el té. Spiro meditaba con inmensa concentración sobre un fuego en el que había instalado el hervidor. Todavía medio dormido, vi cómo el hervidor alzaba su tapadera y le hacía vivas señas, emitiendo silbidos de vapor. El lo cogió con una mano descomunal, vertió su contenido en la tetera y se volvió a mirar con ceñudo semblante nuestros cuerpos yacentes.

—¡El té! —rugió como un trueno—. ¡El té está listos!

Todos se despertaron con sobresalto.

—¡Cielo santo! ¿Por qué tiene usted que dar esas voces? —se quejó Larry, espesa de sueño su voz.

—Té —dijo Kralefsky, despertando y mirando a su alrededor con aspecto de polilla desmadejada—. Té, sí señor. Excelente idea.

—¡Dios, qué dolor de cabeza! —exclamó Leslie—. Debe haber sido el vino. Se sube que da gusto.

—Sí, yo también me siento una cierta flojera —dijo Larry, bostezando y desperezándose.

—Yo me siento como si me hubierra aojado —dijo Max con convicción—. Como si me hubierra aojado en malvasía y me hubierran reanimado haciéndome la inspirración artificial.

—¿Es que no puedes dejar de maltratar la lengua inglesa ni por un instante? —dijo Donald irritado—. Como si no bastara con los millares de ingleses que ya lo hacen, para que también la toméis con ella los extranjeros.

—Recuerdo haber leído no sé en dónde… —empezó Teodoro, que se había despertado instantáneamente, como un gato, y que después de dormir también como un gato presentaba el mismo impecable aspecto que si no se hubiera dormido—. Recuerdo haber leído que en las montañas de Ceilán hay una tribu que habla una lengua que no entiende nadie. Quiero decir, que ni siquiera los lingüistas especializados han podido entenderla.

—Eso parece una descripción del inglés de Max —dijo Donald.

Bajo las influencias del té, las tostadas con mantequilla, las galletas saladas, los emparedados de berros y un enorme bizcocho de frutas, tierno y frágil y oloroso como la tierra mojada, empezamos a despabilarnos. Luego bajamos a la orilla y estuvimos nadando en las aguas templadas hasta que el sol se puso y arrojó de pronto la sombra del monte sobre la playa, dándole un aspecto frío y descolorido. Subimos

entonces a la villa de Stavrodakis y nos sentamos bajo las buganvillas, a ver cómo los colores del ocaso se difuminaban y mezclaban sobre el mar. Al cabo nos despedimos de Stavrodakis, que se empeñó en darnos una docena de canecos de su mejor vino como recuerdo de la visita, y regresamos a la motora.

Al hacernos a la mar dejamos atrás la sombra del monte y salimos otra vez al cálido resplandor del sol, que se hundía sanguinoso por detrás de la mole del Pandokrator, arrojando sobre el agua un trémulo reflejo, como un ciprés llameante. Unas pocas nubecillas viraron al rosa y al amarillo vino; ocultose el sol al otro lado de la montaña, y el cielo pasó de azul a verde pálido y el terso espejo del mar tomó por un breve instante todos los colores mágicos de un ópalo de fuego. Latía el motor según bordeamos la isla camino del pueblo, desenrollando tras de nosotros una estela de blanco encaje. Sven tocó muy suavemente las primeras notas de «El almendro», y todo el mundo se puso a cantar.

«She shook the flowering almond tree one sunny day
With her soft little hands,
The snowy blossoms on her breast and shoulders lay
And in her hair's dark strands
The snowy blossoms on her breast and shoulders lay
And in her hair's dark strands…»[15]

La voz de Spiro, profunda, recia y tersa como negro terciopelo, armonizaba con la agradable voz de barítono de Teodoro y la de tenor de Larry. Dos peces voladores surgieron del azul abismo bajo la proa, planearon sobre el agua y se perdieron en el mar crepuscular.

Ya oscurecía lo bastante para ver los diminutos destellos verdes de la fosforescencia en el agua que hendía la proa. El oscuro vino borboteó musicalmente de los canecos a los vasos, el vino tinto que el pasado año reposara rugiendo para sí en las pardas cubas. Una brisilla cálida y suave como pata de gato acariciaba el barco. Kralefsky, con la cabeza echada hacia atrás y los grandes ojos llenos de lágrimas, cantaba al sedoso azul del cielo, estremecido de estrellas. El mar se rizaba contra los costados con el rumor de las hojas que el viento alza en invierno, y que se restriegan, cariñosas, contra los troncos de los árboles que les dieron vida.

«But when I saw my darling thus in snow arrayed,
To her sweet side I sped.
I brushed the gleaming petals from each lock and braid,
I kissed her and I said:
I brushed the gleaming petals from each lock and braid,
I kissed her and I said…» [16]

Allá lejos, en el canal que separaba Corfú del continente, las luces de los barcos de pesca salpicaban y acentuaban la oscuridad. Era como si se hubiera caído al mar un trocito de la Vía Láctea. Lentamente asomó la luna sobre el caparazón de los montes de Albania, roja al principio como el sol, luego cobriza, amarilla y blanca al fin. Los minúsculos reflejos que la brisa arrancaba del mar brillaban como un millar de escamas.

El aire cálido, el vino y la melancólica belleza de la noche me sumieron en una tristeza exquisita. Siempre la vida sería así, pensé: la isla radiante y amiga, plena de secretos; mi familia y mis animales a mi alrededor y, para que todo fuera completo, nuestros amigos. La cabeza barbuda de Teodoro recortada sobre la luna, sólo a falta de unos cuernecillos para ser la de Pan; Kralefsky que sollozaba ya sin recato, como un gnomo negro que llorase su destierro del país de las hadas; Spiro con su cara morena y ceñuda, y su voz vibrante con el vigor de un millón de abejas en verano; Donald y Max, fruncido el entrecejo, intentando recordar la letra de la canción y armonizar al mismo tiempo. Sven, como un gran rorro blanco y feo, sacando suavemente la melodía conmovedora de su destartalado acordeón.

«Oh, foolish one, to deck your hair so soon with snow,
Long may you have to wait;
The dreary winter days when chilling north winds blow
Do not anticipate!
The dreary winter days when chilling north winds blow
Do not anticipate!»[17]

Ahora, pensé, íbamos camino del invierno, pero en seguida volvería la primavera, bruñida, chispeante, luminosa como un jilguero; y luego vendría el verano, los largos días calurosos de color narciso.

«Oh, foolish one, to deck your hair so soon with snow,
Long may you have to wait;
The dreary winter days when chilling north winds blow
Do not anticipate!
The dreary winter days when chilling north winds blow
Do not anticipate!»[18]

Adormecido por el vino y por el aire templado de la noche, arrullado por el latido del motor y por el canto, me hundí en el sueño mientras el barco, surcando las aguas tersas y cálidas, nos devolvía a nuestra isla y a los días radiantes que ya nunca llegarían.

Epílogo

Corfú es tan importante para mí que su pérdida asestaría un golpe fatal a mis proyectos. Acordaos de esto: en el estado presente de Europa, la peor de las desgracias que pueden acaecerme sería la pérdida de Corfú.

Napoleón

Correo

Carta

«Querida señora Durrell:

Parece que al fin no se va a poder evitar la guerra. Creo que ha hecho usted bien en irse de Corfú. Ahora sólo nos queda la esperanza de volver a reunimos en tiempos mejores, cuando la humanidad haya recuperado la cordura. Así lo espero fervientemente.

Si desea usted ponerse en contacto conmigo, puede escribirme a c/o Banco de Jonia, Atenas.

Les deseo mucha suerte en el futuro, a usted y a su familia.

Muchos abrazos para todos de

Teodoro.»

Tarjeta postal

«Mamá, estoy en Atenas. Dame noticias. Esto es maravilloso. La Acrópolis es como un cuerpo desnudo al sol. Te he mandado mis cosas. En un baúl que pone «3» encontrarás un libro titulado Una valoración de Marlowe; ¿me lo puedes enviar? Aquí todo el mundo va con gorros de lata y cara de guerra. Yo me voy a comprar una lanza de buen tamaño. Besos,

Larry.»

Carta

«Querida madre:

Un asqueroso italiano me ha robado todos los cheques de viaje. Casi me detienen porque le di un puñetazo en el morro. Prefiero a los griegos cien veces.

¿Puedes mandarme algo más de dinero al Hotel Magnifico, Piazza de Contina, Milán? Pronto estaré ahí. No te preocupes.

Besos,

Les

P.D. Parece que la guerra va en serio, ¿no crees?».

Carta

«Querida Mamaíta:

Sólo unas líneas para decirte que salgo de aquí en el barco del lunes, de modo que espero estar en Inglaterra dentro de tres semanas.

Aquí todo el mundo anda de cabeza, pero ¿qué otra cosa se podría esperar? Al perro flaco, la cebada al rabo. Me parece sencillamente asqueroso lo que están haciendo los alemanes. Ya les daría yo para el pelo.

En seguida nos veremos. Hasta entonces, muchos abrazos de

Margo

P.D. Adjunto una carta curiosísima de Spiro.»

Carta

«Estimada señorita Margo:

Le escribo para decirle que ha estallado la guerra. No se lo diga a nadie.

Spiro.»

Notas

[1] Su nombre inglés: Keyhole limpet, «lapa de ojo de cerradura» (N. del T.) <<

[2] Licor griego que se toma diluido en agua, como el Pernod (N. del T.). <<



[3] Ciudad costera de Gran Bretaña, uno de los mayores puertos pesqueros del mundo y centro de conservas de pescado (N. del T.) <<



[4] De la caza del zorro. *Tantivy* indica la persecución al galope; *tally-h*, es el grito con que se descubre la presencia del zorro en campo abierto (N. del T.) <<



[5] Traducción del nombre inglés, China marks moth. No parece tener nombre vulgar en español; el científico es *Nymphula nympheat*. (N. del T.) <<

[6] Que significan «pis» y «vómito» (N. del T.). <<



[7] De Bootle, nombre de un personaje literario famoso por su corpulencia, y bum, «trasero», alusivo todo ello a la redondez de la embarcación (N. del T.) <<



[8] Literalmente «un halcón», porque el nombre inglés de la carey es *hawks-bill turtl*, «tortuga de pico de halcón» (N. del T.) <<

[9] *Haddock* es un nombre inglés de la merluza (N. del T.) <<

[10] Anuario de la nobleza británica (N. del T.) <<



[11] Espíritu burlón que supuestamente se entretiene o pretende asustar a los moradores de una casa haciendo ruidos. (N. del T.) <<

[12] «Pica» y «Rasca» sería el equivalente en nuestro idioma. (N. del T.) <<



[13] Teatrillo popular turco. Los personajes son figuras planas cuya silueta se proyecta sobre una pantalla. (N. del T.) <<



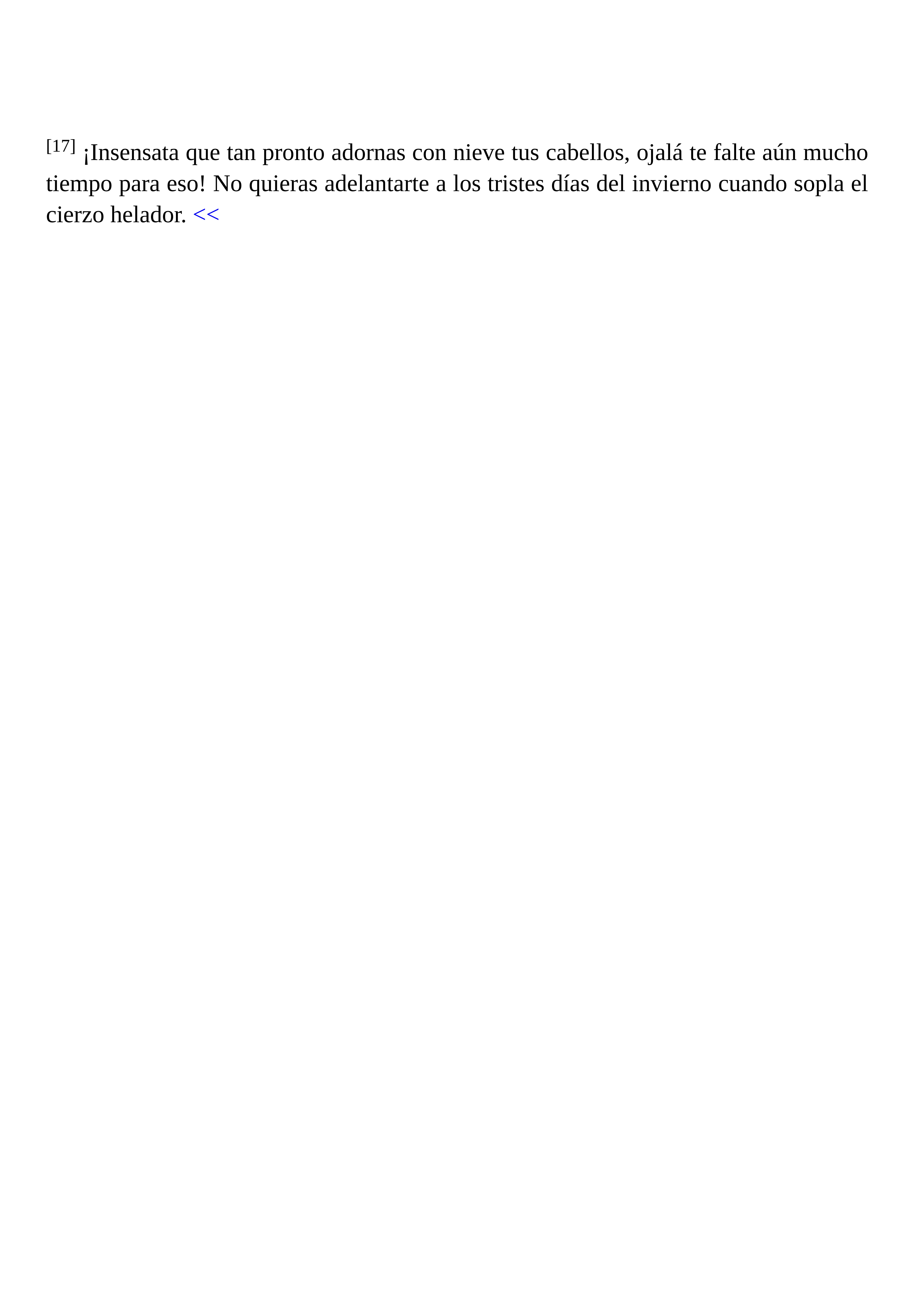
[14]En el original King snake, la culebra real, gen. *Lampropeltis*; pero estas culebras son sólo americanas. (N. del T.) <<



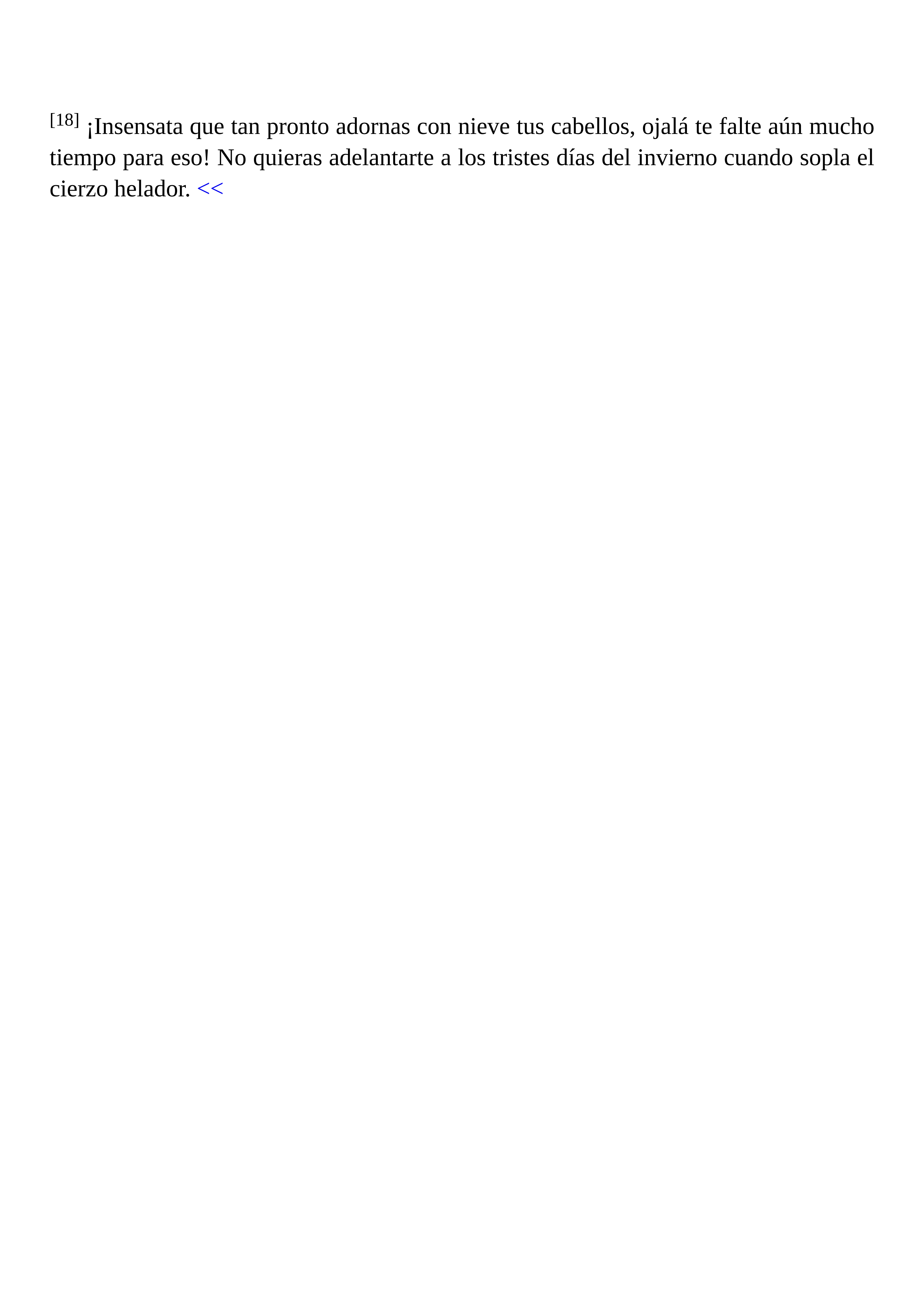
[15] Con sus blandas manitas sacudió el almendro en flor en un día de sol; cayeron los níveos capullos sobre sus hombros y su pecho, y en sus oscuras trenzas. <<



[16] Al ver a mi amada así vestida de nieve, corrí a su lado; y, apartando de sus trenzas los brillantes pétalos, le di un beso y le dije: <<



[17] ¡Insensata que tan pronto adornas con nieve tus cabellos, ojalá te falte aún mucho tiempo para eso! No quieras adelantarte a los tristes días del invierno cuando sopla el cierzo helador. <<



[18] ¡Insensata que tan pronto adornas con nieve tus cabellos, ojalá te falte aún mucho tiempo para eso! No quieras adelantarte a los tristes días del invierno cuando sopla el cierzo helador. <<

Glosario de algunos nombres de animales citados en el texto

Acentor. Nombre de un género de pájaros de la familia de los prunélidos, de aspecto parecido al de un gorrión pero más esbelto, habitantes de bosques y setos. Los huevos son de color azul oscuro.

Arrendajo. Ave de la familia de los córvidos, con el plumaje color castaño, cola y alas negras y una mancha blanca y otra azul en el borde de las alas.

Arvícola campestre. Pequeño roedor de la familia de los cricétidos, uno de los llamados «ratones de campo». Abunda en los campos y prados de toda Europa.

Asterina. Nombre común de diversas especies de estrellas de mar que se caracterizan por su pequeño tamaño y su forma pentagonal, con los brazos, muy cortos, apenas diferenciados del disco central.

Autillo. Ave rapaz nocturna, la de menor tamaño de la familia de los búhos, básicamente insectívora.

Cangrejo de mar. El cangrejo más habitual en nuestras costas, de color verdoso o rojizo y caparacho aplanado, abundante en puertos y estuarios.

Cauri. También llamado «porcelana». Molusco gasterópodo marino, de concha lisa arrollada sobre sí misma, que deja una sola abertura en forma de rendija. Las especies mediterráneas han sido muy apreciadas desde la Antigüedad por su hermoso aspecto.

Cicindela. Insecto coleóptero de la familia de los cicindélidos. Todas las especies que componen el género destacan por la viveza y brillo de su colorido.

Cíclope. Crustáceo microscópico de la familia de los copépodos, dulceacuícola. Debe su nombre al hecho de poseer un solo ojo.

Charrán. Ave de la familia de las gaviotas, de plumaje blanco y ceniciento. Vive en las playas o junto a los ríos y lagos, alimentándose de animales acuáticos.

Dafnia. Llamada también «pulga de agua». Crustáceo diminuto de la familia de los dáfnidos, de cuerpo globoso y transparente, que habita en las aguas dulces, alimentándose de bacterias y algas microscópicas.

Escorpena. Nombre de varias especies de peces marinos de la familia de los escorpénidos. Todas ellas tienen la piel muy manchada y rugosa, y las aletas armadas de espinas venenosas, cuyos pinchazos son muy dolorosos para el hombre.

Gavión. Gaviota de gran tamaño, de unos 70 cm. de longitud, con el lomo y las alas negras. Es un ave sedentaria que nidifica en las escolleras formando colonias.

Gobio. Pececillo marino de la familia de los góbidos, de ojos grandes, cuerpo tubular y colores vistosos, que habita entre las rocas del litoral.

Lagópodo. Nombre de varias especies de aves gallináceas de la familia de los tetraónidos, habitantes de las zonas frías del hemisferio boreal. En Gran Bretaña el lagópodo escocés viene a ser como pieza de caza lo que en España la perdiz, a la cual también recuerda por su forma y talla.

Liebre de mar. Molusco gasterópodo de la familia de los aplísidos, de cuerpo blando, alargado y rizado, que le presta un aspecto muy extraño. En la cabeza ostenta un par de tentáculos que recuerdan las orejas de una liebre.

Lución. Reptil saurio de la familia de los ánguidos. En realidad es un lagarto, pero su carencia de patas es causa de que a menudo se le confunda con una serpiente pequeña. Habita en pastizales y matorrales de toda Europa.

Maido. Cangrejo de mar de la familia de los maidos, que se mimetiza recubriéndose de algas. Especie afín a ésta es la del conocido centollo.

Mígales. Nombre común de varias especies de araneidos de cuerpo y patas gruesas. La especie que se cita en el texto es la mediterránea, que vive en galerías forradas de seda y cerradas por una trampilla con charnela.

Nemertino. Nombre de un tipo de gusanos generalmente marinos, algunos de los cuales alcanzan notable longitud, que contrasta con su pequeño diámetro.

Planorbis. Molusco gasterópodo de la familia de los planórbidos, que se diferencia de otros caracoles de agua dulce por tener la concha muy plana, con la espiral visible por ambos lados.

Portamadero. Larva acuática de un insecto tricóptero, la frigánea. Se llama así porque vive protegida por un estuche característico, compuesto de fragmentos de plantas, piedrecitas, arena, etc., aglutinados con seda.

Quitón. Pequeño molusco del orden de los quitónidos, de cuerpo aplanado y recubierto de placas superpuestas y articuladas. Vive adherido a las rocas costeras, como una lapa, alimentándose de algas.

Rabosa. Pez perciforme de la familia de los blénidos, de pequeñas dimensiones y piel viscosa por falta de escamas, habitante de las aguas someras de nuestras costas.

Roquero solitario. Ave de la familia de los túrdidos, que nidifica en paredes rocosas y edificios ruinosos. El macho es de color azul, y la hembra parda.

Rotífero. Animal microscópico, generalmente dulceacuícola, de formas muy variadas según las especies, pero siempre con una corona o rueda de cilios en su extremidad anterior.

Tritón. Anfibio urodelo de la familia de los salamándridos, de cuerpo parecido al de un lagarto. Suele vivir en tierra, pero se traslada a charcas o lagunas para reproducirse.

El Traductor



GERALD DURRELL, (7 de enero de 1925 – 30 de enero de 1995) fue un autor, naturalista, conservacionista, zoólogo y presentador de televisión británico. Fundó el Durrell Wildlife Conservation Trust y el Zoo de Jersey (actualmente renombrado como Durrell Wildlife) en la isla de Jersey en 1958, pero es más conocido como escritor de libros autobiográficos, coleccionista de animales y entusiasta de la naturaleza. Era hermano del conocido novelista Lawrence Durrell.